

Ann Radcliffe

El romance del bosque

VOLUMEN I

CAPÍTULO I

Soy un hombre,
Tan cansado de desastres, tan maltratado por la suerte,
Que expondría mi vida a cualquier riesgo,
Con tal de enmendarla, o librarme de ella^[3].

— **U**NA vez que el sórdido interés se apodera del alma, congela en ella cualquier brote de sentimientos generosos y afectuosos. Pues, no menos enemigo de la virtud que del gusto, pervierte a *este* y aniquila a *aquella*. Tal vez, amigo mío, llegará un día en que la muerte hará desaparecer la avaricia, y a la justicia le será permitido recobrar sus derechos.

Tales fueron las palabras del abogado Nemours a Pierre de la Motte mientras este último entraba, hacia la media noche, en el coche que iba a alejarle de París, librándolo de sus acreedores y de la persecución de la ley. De la Motte le agradeció aquella postrera prueba de amabilidad, y la ayuda que le había prestado en su huida. Y cuando el carruaje se alejaba, pronunció un triste adiós. La melancolía del momento y lo crítico de su situación le dejaron sumido en un callado ensueño.

Cualquiera que haya leído a Guyot de Pitaval^[4], el más fiel de cuantos escritores han consignado las actas de los tribunales legislativos de París durante el siglo diecisiete, sin duda recordará la sorprendente historia de Pierre de la Motte y del marqués Phillipe de Montalt. Pues bien: que sepan todos ellos que el personaje aquí presentado es el propio Pierre de la Motte.

Mientras Madame de la Motte asomaba por la ventanilla del carruaje y echaba una última ojeada a las murallas de París, ese París que fue escenario de su pasada felicidad y morada de numerosos amigos suyos, la entereza que hasta entonces la había sostenido sucumbió a la intensidad del dolor.

—¡Adiós a todos! —susurró ella—, ¡después de esta última ojeada, estaremos separados para siempre!

A estas palabras siguieron unas lágrimas; arrellanándose en su asiento, la dama se resignaba a la quietud del dolor. El recuerdo de tiempos pasados pesaba cruelmente sobre su alma: unos pocos meses atrás era rica y respetada, y estaba rodeada de amigos; ahora era despojada de todo, desterrada miserablemente de su lugar de nacimiento, sin hogar ni comodidades... casi sin esperanza. Uno de sus mayores pesares era el verse obligada a abandonar París sin despedirse de su único hijo, que estaba de servicio con su regimiento en Alemania. Y había sido tal la precipitación de su traslado, que ni siquiera se había enterado de dónde estaba él estacionado, ni había tenido tiempo de informarle de su marcha, ni del cambio de posición de su padre.

Pierre de la Motte era un caballero, descendiente de una antigua casa de Francia. Un hombre cuyas pasiones vencían a menudo a su razón, y momentáneamente

silenciaban su conciencia. Mas, aunque la imagen de la virtud que la naturaleza había impreso en su alma se veía oscurecida a veces por la influencia pasajera del vicio, jamás fue eliminada por completo. De haber contado con suficiente fortaleza para resistirse a las tentaciones, habría sido un buen hombre. Aunque siempre fue débil, y a veces vicioso, sin embargo, su mente era activa y su imaginación viva, lo cual, en connivencia con el vigor de las pasiones, ofuscaba a menudo sus opiniones y sus reprimidos principios. Así que era un hombre indeciso y soñador: en una palabra, se conducía más por sentimientos que por principios, y era incapaz, de resistirse a la presión de los acontecimientos.

Se había casado muy joven con Constance Valentia, una mujer bella y elegante, estrechamente vinculada a su familia. Su linaje era semejante al de él, su fortuna superior; y sus nupcias se habían celebrado bajo los auspicios de un mundo aprobatorio y complaciente. Su corazón pertenecía enteramente a La Motte y, por algún tiempo, halló en él a un marido afectuoso. Mas este, seducido por las diversiones de París, pronto se abandonó a sus placeres, y al cabo de unos pocos años su fortuna y su cariño se desvanecieron simultáneamente en la disipación. Un falso amor propio había obrado siempre en contra de sus intereses y le había retraído, cuando aún era posible, de una honrosa retirada de esos desórdenes. Las costumbres que había adquirido le encadenaban al escenario de sus primeros placeres. Y así, continuando con un plan de vida tan dispendioso, había agotado todos los medios de prolongar aquellos. Finalmente despertó de su letargo defensivo. Mas fue sólo para lanzarse a nuevos extravíos, y tratar de recuperar su fortuna por medios que le hundieron más y más en los abismos de la perdición. Las consecuencias de una transacción en la que se vio envuelto le arrastraron, con los escasos restos de sus bienes, a un destierro lleno de peligros e ignominia.

Era su intención trasladarse a una provincia meridional, y buscar allí asilo, cerca de las fronteras del reino, en alguna aldea escondida. Su familia se componía de su esposa y dos fieles criados, hombre y mujer, que seguían la suerte de su amo.

La noche era oscura y tempestuosa. A unas tres leguas de distancia de París, después de conducir durante algún tiempo por un agreste terreno baldío en el que se cruzaban varios caminos, Peter, que hacía de postillón, se detuvo y puso al corriente a La Motte de su incertidumbre sobre cuál de ellos debía tomar. La repentina parada del carruaje despertó a este último de su ensoñación e hizo temblar a todo el grupo ante la posibilidad de que les persiguiesen. Pero La Motte era incapaz de indicar la correcta dirección a seguir, y en la extrema oscuridad^[5] que reinaba era peligroso continuar sin un rumbo prefijado. Durante aquellos momentos de apuro percibieron una luz algo distante y, después de muchas dudas y vacilaciones, La Motte se apeó del carruaje y se dirigió hacia ella con la esperanza de obtener ayuda. Caminaba despacio, por miedo a caerse a algún hoyo. La luz provenía de la ventana de una casa pequeña y antigua, que aparecía en solitario en medio del terreno baldío, a una media milla de distancia.

Habiendo llegado a la puerta, La Motte se detuvo por algún tiempo y prestó atención con aprensiva inquietud... No se oía más ruido que el del viento, que soplaba sobre el yermo en ráfagas ahuecadas. Después de esperar algún tiempo, durante el cual oyó confusamente varias voces en conversación, se aventuró finalmente a llamar y alguien en el interior preguntó qué se le ofrecía. La Motte respondió que era un viajero extraviado que deseaba que le indicasen cómo ir a la ciudad más próxima.

—Se encuentra —dijo la persona— a siete millas; el camino es bastante malo y os costará gran trabajo encontrarlo. Si no necesitáis más que una cama, aquí podéis encontrarla; haríais mucho mejor en quedaros.

La «implacable reciedumbre» de la tormenta^[6], que descargaba en aquel momento con furia creciente, indujo a La Motte a renunciar a su tentativa de seguir adelante hasta que se hiciese de día. Mas, deseoso de ver a la persona con quien hablaba antes de aventurarse a exponer a su familia llamando al carruaje, pidió que le dejaran entrar. Abrió la puerta un hombre alto con un candil en la mano, el cual invitó a entrar a La Motte. Este le siguió a través de un pasadizo hasta una habitación sin otros muebles que un camastro tendido en el suelo en un rincón. El aspecto desolado y abandonado de aquel aposento hizo que La Motte temblara sin querer y, ya se volvía para abandonarlo, cuando de repente el hombre le hizo retroceder y cerró la puerta tras él. Aunque su ánimo vacilaba, La Motte hizo un desesperado esfuerzo para forzar la puerta, pero fue inútil y pidió a gritos que le soltaran. No obtuvo respuesta alguna. Sin embargo oyó voces humanas en la habitación de arriba y, no dudando de que su intención fuese robarle y asesinarle, el nerviosismo le turbó momentáneamente la razón. A la luz de unas ascuas casi apagadas, divisó una ventana; mas la esperanza que este descubrimiento hizo renacer en su corazón se desvaneció rápidamente cuando comprobó que la abertura estaba protegida por gruesos barrotes de hierro. Semejante precaución le sorprendió y confirmó sus peores temores. Solo, sin armas, sin ninguna posibilidad de ayuda, se veía ya en poder de gentes cuyo oficio al parecer no era otro que la rapiña y sus recursos el asesinato. Después de darle vueltas en la cabeza a todas las posibilidades de huida, se esforzó por no perder la calma y aguardar la evolución de los acontecimientos con entereza, a pesar de que esa era una virtud de la que La Motte no podía jactarse.

Las voces habían cesado, y toda la casa permaneció en silencio por espacio de un cuarto de hora. De pronto, entre los intervalos que dejaban las sacudidas del viento, La Motte creyó oír sollozos y gemidos de mujer. Prestó atención y su sospecha resultó confirmada: evidentemente expresaban congoja. Con esa convicción, el escaso valor que le quedaba le abandonó, viniéndole al pensamiento con la rapidez del relámpago una terrible sospecha. Probablemente su carruaje había sido descubierto por las gentes que habitaban aquella casa, quienes, con la intención de robarle, habían puesto a buen recaudo a su criado, y traído hasta aquí a Madame de la Motte. Lo que le hacía creer que eso hubiese sucedido así era, sobre todo, el silencio

que, por algún tiempo, había reinado en la casa, antes de los sonidos que acababa de oír. También era posible que los habitantes no fuesen ladrones, sino personas a las cuales había sido delatado por su criado o su amigo, con la intención de entregarlo en manos de la justicia.

No obstante, le costaba trabajo dudar de la integridad de su amigo, a quien había confiado el secreto de su fuga y el itinerario previsto, y el cual le había proporcionado el carruaje en el que había escapado.

—Semejante depravación —exclamó La Motte— no puede existir en la naturaleza humana, y mucho menos en el corazón de Nemours.

Esta exclamación fue interrumpida por un ruido en el corredor que conducía al aposento. El ruido se aproximó, la puerta se entreabrió y apareció el hombre que había permitido la entrada de La Motte en la casa, que traía, o más bien arrastraba por la fuerza, a una hermosa joven de unos dieciocho años, cuyo semblante estaba bañado en lágrimas y que parecía abismada en su congoja^[7]. El hombre cerró la puerta y se metió la llave en el bolsillo. A continuación se acercó a La Motte, que ya antes había visto a otras personas en el corredor, y apuntándole al pecho con una pistola, dijo:

—Estáis totalmente en nuestro poder, ninguna ayuda os puede llegar. Si queréis salvar vuestra vida, jurad que conduciréis a esta joven donde yo no pueda verla nunca más. O más bien, consentid en llevarla con vos, pues no me fiaría de vuestro juramento, y por lo mismo me cuidaré de que jamás volváis a encontrarme... Contestad en seguida, no tenéis tiempo que perder.

Nada más decir eso, cogió la temblorosa mano de la joven paralizada por el miedo, y la llevó a toda prisa hasta La Motte, que había enmudecido por la sorpresa. La joven se arrojó a sus pies y, con ojos suplicantes y bañados en lágrimas, le imploró que se apiadara de ella. A pesar del nerviosismo que le embargaba, a La Motte le resultó imposible contemplar con indiferencia tanta belleza y aflicción. Su juventud, su aparente inocencia y, en fin, la enérgica candidez de su actitud, a la fuerza abrumaron su corazón. Y ya se disponía a hablar cuando el rufián, que interpretó su silencio por la sorpresa como producto de la indecisión, se lo impidió.

—Tengo un caballo listo para sacaros de aquí —dijo— y os guiaré a través del terreno baldío. Si regresáis antes de una hora, moriréis; pasado ese plazo, sois dueño de venir cuando gustéis.

Sin responderle, La Motte levantó a la joven del suelo. Se hallaba tan recuperado de sus propios temores, que había tenido tiempo para intentar disipar los de ella.

—Partamos —dijo el rufián— y dejémonos de tonterías, podéis daros por satisfecho de veros libre a tan buen precio. Iré a preparar el caballo.

Estas últimas palabras irritaron a La Motte y le despertaron nuevos temores. No se atrevía a mencionar el carruaje, por miedo a que los bandidos intentasen saquearlo, y sin embargo, partir a caballo con aquel hombre podía acarrearle mayores riesgos todavía. Por otro lado, Madame La Motte, harta ya de tantos recelos, probablemente enviaría a alguien a la casa a saber de su esposo. Y eso supondría añadir al peligro

anterior el adicional de verse separado de su familia y la posibilidad de ser descubierto por los emisarios de la justicia si trataba de reunirse con su esposa.

Mientras esas reflexiones pasaban por su mente con tumultuosa rapidez, se oyó de nuevo un ruido en el corredor: un alboroto seguido de una pelea. Al punto pudo reconocer la voz de su criado, a quien Madame La Motte había enviado en su busca. Resuelto a revelar lo que ya no podía ocultar por más tiempo, exclamó a gritos que no necesitaba ningún caballo, pues tenía un carruaje a cierta distancia de allí que los conduciría a través del erial, y que el hombre que tenía en su poder era su criado.

El rufián, hablando desde el otro lado de la puerta, le rogó que tuviera un poco de paciencia, que muy pronto tendría noticias de él. Entonces La Motte volvió la mirada hacia su desdichada compañera, que, pálida y exhausta, se apoyaba en la pared. El dolor había proporcionado a sus bellas y delicadas facciones una fascinante expresión de dulzura. Tenía

Una mirada límpida y pura

Como el trémulo despuntar del cielo azul tras una nube^[8].

Un traje de camelote gris, de manga corta arrocada^[9], mostraba su figura, mas no la adornaba. Estaba abierto en la pechera, sobre la que caía desordenadamente una parte de su cabellera, y la joven, en su turbación, había dejado caer el ligero velo que se había puesto apresuradamente. En cada nueva observación, la sorpresa de La Motte iba en aumento, interesándose más entusiásticamente en su favor. Semejante elegancia y refinamiento aparentes contrastaban con la desolación de la casa, y los modales violentos de sus moradores le parecían más bien una situación novelesca que una verdadera aventura. Trató pues de consolar a la joven. Su sentido de la compasión era demasiado sincero para que pudiese ser malinterpretado, de modo que el temor de ella se fue convirtiendo poco a poco en gratitud y pesar.

—¡Ah, señor! —dijo ella—, el Cielo os envía en mi ayuda, y sin duda os recompensará la protección que me dispensáis. Si no hallo en vos a un amigo, ya no lo habrá para mí en este mundo.

Cuando La Motte le aseguraba que podía contar con su afecto y consideración, la entrada del rufián le interrumpió. Deseaba ser conducido junto a su familia.

—A su debido tiempo —respondió el rufián—. Ya me he ocupado de uno de ellos, y también me ocuparé de vos, voto a tal; de modo que tranquilizaos.

Esas palabras *de consuelo* reavivaron el temor de La Motte, que deseaba saber sinceramente si su familia estaba sana y salva.

—¡Oh!, en cuanto a eso yo respondo, y pronto os reuniréis con ella. Mas no os quedéis aquí toda la noche *parlamentando*. ¿Qué decidís, partir o quedaros? Ya conocéis las condiciones.

A continuación vendaron los ojos de La Motte y de la joven dama, a quien el terror había impedido hablar hasta entonces. Luego los montaron en sendos caballos, cada uno con un jinete a su grupa, y partieron de inmediato al galope. Al cabo de una media hora, La Motte imploró que le dijeran a dónde iban.

—A su debido tiempo lo sabréis —respondió el rufián—. Estad tranquilos.

Viendo La Motte que las preguntas eran inútiles, continuó en silencio hasta que los caballos se detuvieron. Su guía entonces se puso a llamar a gritos, y varias voces le contestaron en la lejanía. En seguida se oyó el ruido de unas ruedas de carruaje, y poco después un hombre le indicó a Peter el camino que debía seguir. Mientras se acercaba el carruaje, La Motte se puso a dar voces, a las que, ¡oh, alegría indecible!, respondió su esposa.

—Ya estáis fuera de los límites del erial, y podéis tomar el camino que deseáis —dijo el rufián—. Mas si volvéis de aquí a una hora, seréis recibido con un par de balazos.

Era una advertencia bastante superflua para La Motte, que en aquel momento era puesto en libertad. La joven desconocida suspiró profundamente al subir al carruaje. Y el rufián, después de darle algunas instrucciones y amenazarlo de nuevo, esperó a verlos partir. No tuvieron que aguardar mucho tiempo.

La Motte refirió de inmediato un breve resumen de lo que había pasado en la casa, incluyendo la forma en que había conocido a la joven desconocida. Durante su narración, los profundos y convulsivos sollozos de la joven llamaron la atención de Madame La Motte, cuya compasión hacía que se interesara cada vez más en su favor y tratase de tranquilizar sus ánimos. La desdichada joven respondió a su amabilidad con expresiones tan cándidas como simples, y luego volvió a quedarse callada y a llorar. Madame se abstuvo por el momento de hacerle ninguna pregunta más que pudiese conducir al descubrimiento de sus parientes o que pareciese exigir alguna explicación de la última aventura. Esta le proporcionaba un nuevo motivo de reflexión, con lo que el sentimiento de sus propios infortunios pesaba ahora con menos fuerza sobre su alma. La aflicción del mismo La Motte se vio incluso interrumpida momentáneamente. Reflexionaba sobre la última escena, y le parecía una visión, o una de esas situaciones inverosímiles que a veces aparecen en las novelas. No podía considerarla como mera coincidencia, ni comprenderla por mucho que intentara analizarla. Su turbación actual, y la posibilidad de que esa aventura pudiera causarle nuevas inquietudes, le ocasionaron algún disgusto. Mas la belleza y aparente inocencia de Adeline, unidas a las súplicas humanitarias en su favor, le impresionaron tanto, que resolvió tomarla bajo su protección.

Las tumultuosas emociones que se habían agitado en el corazón de Adeline empezaban ya a apaciguarse. Su terror era ya sólo inquietud; su desesperación, pesar. La simpatía tan evidente con que la trataban sus compañeros, en especial Madame La Motte, tranquilizaron su alma y alentaron su esperanza de días más felices.

La noche transcurrió en un lúgubre silencio, pues los viajeros estaban demasiado absortos en sus múltiples penas para pensar en entablar conversación. Al fin llegó el alba, tan deseada, y con ella los forasteros tuvieron más ocasión de conocerse entre sí. Adeline hallaba consuelo en los ojos de Madame de La Motte, que a menudo la miraba con atención, pensando que raras veces había visto un semblante tan interesante o una figura tan distinguida. La languidez de la tristeza proyectaba sobre sus facciones una delicadeza melancólica, que inmediatamente apelaba al corazón. Y había en sus ojos azules una perspicaz dulzura que indicaba un alma inteligente y sensible.

La Motte miró ansiosamente por la ventanilla del carruaje, para hacerse cargo de su situación y cerciorarse de que no les seguían. La oscuridad del amanecer limitaba su observación, mas no vio a nadie. Al fin el sol tiñó de oro las nubes de Oriente y las cimas de las colinas más elevadas, hasta estallar poco después en todo su esplendor. Los temores de La Motte comenzaron a apaciguarse, y las penas de Adeline a suavizarse. Estaban entrando en un terreno confinado entre altas lomas y salpicado de árboles, cuyas ramas mostraban el verde naciente de los primeros brotes de la primavera que brillaban con el rocío. La brisa fresca de la mañana elevó los ánimos de Adeline, cuya delicada alma era sensible a las bellezas de la naturaleza^[10]. Mientras contemplaba la lujuriente vegetación del césped y el tierno verdor de los

árboles, o vislumbraba, entre las lomas, la variedad del paisaje^[11], repleto de bosques, que se fundía gradualmente en la lejanía con las montañas azuladas, su corazón se explayó en una alegría momentánea. La novedad^[12] realzaba a los ojos de Adeline los encantos de la naturaleza, pues raras veces había visto la grandiosidad de una perspectiva tan extensa, o la magnificencia de un horizonte tan vasto, y no había gozado tan a menudo de las pintorescas bellezas de un escenario más limitado. A pesar de la prolongada opresión, su alma no había perdido esa energía flexible que se resiste a la desgracia, sin la cual, por muy susceptible que pudiera ser su gusto personal, las bellezas de la naturaleza no le habrían encantado con tanta facilidad ni le habrían proporcionado siquiera un sosiego pasajero.

Finalmente el camino descendió por la falda de una colina, y La Motte, atisbando otra vez ansiosamente por la ventanilla, vio ante sí una campiña poco tupida, por la que aquel discurría casi en línea recta, sin que nada pudiese ocultarlo a la vista. Lo peligroso de esa circunstancia le hizo concebir nuevos temores, pues desde las colinas que ahora descendía podía rastrearse su fuga, sin ninguna dificultad, a muchas millas de distancia. La Motte preguntó al primer campesino que encontró si existía algún camino entre montañas. Mas, al no lograr enterarse de ninguno, se sumió de nuevo en sus primitivos temores. A pesar de sus propios recelos, Madame trató de tranquilizarle; mas, al comprobar que sus esfuerzos eran vanos, se abandonó también ella a la contemplación de sus infortunios. A medida que avanzaban, La Motte se volvía de vez en cuando a mirar el país que acababan de atravesar. Y, a menudo, su imaginación le traía ecos de una persecución lejana.

Los viajeros se detuvieron a desayunar en una aldea, donde el camino quedaba al fin oculto entre bosques, y La Motte cobró nuevos ánimos. Adeline parecía hallarse más tranquila. La Motte le pidió entonces una explicación de la escena de la cual él había sido testigo la noche anterior. La petición reavivó la angustia de la joven, la cual le suplicó con lágrimas en los ojos que de momento la dispensase de semejante cometido. La Motte no insistió más. Pero notó que durante la mayor parte del día la joven parecía tenerlo bien presente y era presa del abatimiento y la melancolía. En aquel momento circulaban entre montañas y, por consiguiente, con menos riesgo de ser vistos. Por otra parte, La Motte evitaba las poblaciones grandes, deteniéndose en las más recónditas sólo el tiempo necesario para que descansaran los caballos. Unas dos horas después del mediodía, el camino descendió a un valle profundo, regado por un arroyuelo y coronado de bosques. La Motte llamó a Peter y le ordenó dirigirse a un lugar escondido entre la espesura del follaje, que surgió a la izquierda. Allí se apeó con su familia, y, habiendo extendido Peter sobre la hierba las provisiones que traían, se sentaron y compartieron una comida que en otras circunstancias hubieran tenido por muy deliciosa. Adeline se esforzaba por sonreír, mas en aquel momento una indisposición vino a aumentar sus pesares y su languidez. La violenta agitación de su mente, y la fatiga corporal que había padecido en las últimas veinticuatro horas, habían aniquilado sus fuerzas. Y cuando La Motte la volvió a conducir al carruaje, un

violento temblor agitaba todo su cuerpo. Sin embargo no profirió lamento alguno; antes por el contrario, habiendo observado por largo tiempo el abatimiento de sus compañeros, hizo un débil esfuerzo para reanimarlos con su conversación.

Continuaron viajando el resto del día sin ningún accidente ni interrupción, y unas tres horas después de la puesta del sol llegaron a Monville, una población pequeña donde La Motte resolvió pasar la noche. Todo el grupo tenía realmente necesidad de descanso y, cuando se apearon del carruaje, su palidez y su aspecto macilento eran demasiado evidentes para que no los notasen las gentes de la posada. Tan pronto como estuvieron listas las camas, Adeline se retiró a su aposento, acompañada de Madame La Motte, que, dado el interés que había tomado por la bella forastera, trataba por todos los medios de tranquilizarla y consolarla. Adeline lloraba en silencio y, tomando la mano de Madame, la apretaba contra su pecho. No eran sólo lágrimas de dolor; parecían provenir también de un corazón agradecido que inesperadamente había encontrado comprensión. Madame La Motte las comprendía muy bien, y después de un silencio momentáneo, renovó sus promesas de amistad y pidió a Adeline que confiara en ella. Mas evitó cuidadosamente cualquier mención al asunto que antes tanto le había afectado. Adeline halló al fin palabras para expresar su agradecimiento por tantas consideraciones como tenía con ella. Y lo hizo de un modo tan franco y natural, que Madame, sintiéndose conmovida, se despidió de ella para irse a dormir.

A la mañana siguiente, La Motte, impaciente por irse, se levantó muy temprano. Todo estaba listo para la marcha y ya hacía algún tiempo que aguardaba el desayuno, mas Adeline no aparecía. Madame La Motte fue a su aposento y la encontró sumida en un sueño agitado. Su respiración era dificultosa e irregular; con frecuencia se sobresaltaba, o suspiraba, y a veces farfullaba alguna frase sin conexión aparente. Mientras Madame observaba con interés su lánguido semblante, la joven se despertó y, levantando la mirada, le alargó una mano, que abrasaba por la fiebre que la consumía. No había dormido en toda la noche, y cuando trató de levantar la cabeza, martilleada por la intensa jaqueca, le acometió un aturdimiento tal que, fallándole las fuerzas, volvió a hundirla en la almohada.

Madame estaba muy alarmada: tenía la convicción de que Adeline no podía continuar el viaje, y que cualquier retraso podría ser funesto para su marido. En seguida fue a informar a este de la situación: su consternación puede ser más fácilmente imaginada que descrita. La Motte comprendía todos los riesgos e inconvenientes de un retraso, y al mismo tiempo no podía renunciar a sus sentimientos humanitarios hasta el punto de abandonar a Adeline al cuidado o, más bien, a la negligencia de personas extrañas. Inmediatamente hizo venir a un físico, el cual le comunicó que la joven padecía una fiebre muy alta y que en aquel estado cualquier traslado podía ser fatal. En vista de semejante diagnóstico, La Motte resolvió esperar la evolución de los acontecimientos y procuró calmar los accesos de terror que, a veces, le acometían. Mientras tanto, tomó todas las precauciones que su

situación le permitía, pasando la mayor parte del día fuera de la aldea, en un lugar desde donde podía divisar una gran extensión de camino. No obstante, el verse expuesto a su perdición a causa de la enfermedad de una joven desconocida, a la que en realidad se había visto obligado a tomar a su cargo, era un infortunio al que difícilmente podía resignarse sin perder la compostura.

La fiebre de Adeline continuó aumentando durante todo el día, y por la noche, cuando se retiró el físico, le dijo a La Motte que su suerte se decidiría bien pronto. Este tomó la noticia con verdadero interés. La belleza y la inocencia de Adeline habían superado las circunstancias poco favorables que la rodeaban cuando él la conoció, y en aquel momento le importaban menos los inconvenientes que la joven podría ocasionarle en lo sucesivo, que la posibilidad de su restablecimiento.

Madame La Motte cuidaba de ella con la mayor solicitud, admirando su paciente amabilidad y su apacible resignación. Adeline la correspondía con creces, aunque se figurase que eso era imposible.

—Joven todavía —le decía a su benefactora— y abandonada por todos aquellos cuya protección tengo derecho a reclamar, no puedo recordar nada que me haga lamentar el abandono de esta vida, salvo la esperanza de la que podría llevar junto a vos. Si vivo, mi conducta expresará mejor que nada los sentimientos que me inspiran vuestra amabilidad, pues las palabras no son más que débiles testimonios.

La dulzura y suavidad de los modales de la joven atraían de tal modo a Madame La Motte que esta siguió el desarrollo de su trastorno con una solicitud que excluía cualquier otro interés. Adeline pasó una noche muy agitada, y cuando el físico volvió por la mañana, ordenó que no se le negase nada de cuanto pidiese, respondiendo ella a las preguntas de La Motte con una franqueza que no dejaba apenas esperanzas.

No obstante, después de haber bebido en abundancia ciertos líquidos inocuos, la paciente durmió varias horas sin interrupción, y tan profundamente, que sólo su respiración daba señales de su existencia. Cuando despertó no tenía calentura, y su único trastorno era una debilidad de la que en pocos días se recobró tan bien que pudo ponerse en camino con La Motte en dirección a B***, una aldea situada fuera del camino, del que él creyó conveniente desviarse. Allí pasaron la noche siguiente, y por la mañana muy temprano se pusieron en camino, prosiguiendo su viaje a través de una campiña agreste y poblada de árboles. A eso del mediodía se detuvieron en una aldea solitaria, donde descansaron y se informaron sobre cómo atravesar el extenso bosque de Fontangville, en cuyos límites se hallaban en aquel momento. Al principio La Motte quiso tomar un guía, pero comprendió que era más peligrosa la posibilidad de que aquel descubriese su ruta, que el hipotético provecho que pudiera obtener de su ayuda en una zona agreste y baldía.

La Motte planeó entonces pasar por Lyon, en cuyos alrededores podría buscar refugio, o bien embarcarse en el Ródano rumbo a Ginebra, si la urgencia de su situación le obligara algún día a abandonar Francia. Eran aproximadamente las doce del mediodía y La Motte deseaba avanzar más deprisa para poder dejar atrás el

bosque de Fontangville y llegar antes de la caída de la noche a la ciudad situada en el extremo opuesto. Después de acopiar en el carruaje un nuevo surtido de provisiones, y de haberse informado convenientemente acerca de los caminos a seguir, volvieron a partir y en poco tiempo penetraron en el bosque. Estábamos a finales de abril, y el tiempo era muy templado y agradable. La fragante lozanía que exhalaban los primeros perfumes de la vegetación y el suave calor del sol, cuyos rayos vivificaban cada uno de los mil matices de la naturaleza, permitiendo la apertura de las florecillas de la primavera, revivieron a Adeline, infundiéndole vida y salud. Respirando aquella brisa sus fuerzas parecían renacer y, mientras sus ojos vagaban por entre los románticos^[13] claros que se abrían en el bosque, su corazón se alegraba y gozaba con complaciente deleite. Mas cuando su mirada se dirigía a Monsieur y Madame La Motte, cuyos compasivos cuidados la habían vuelto a la vida, y leía en sus semblantes el buen trato y la estima que le profesaban, su pecho se llenaba de dulces afectos, y experimentaba una gratitud que podríamos llamar sublime.

Continuaron de ese modo su viaje durante el resto del día, sin ver ni una sola choza ni cruzarse con ningún ser humano. El sol estaba ya a punto de ponerse, y el bosque ocultaba la visión por todas partes. En esas circunstancias, La Motte empezó a recelarse que su criado se había equivocado de camino. Este, si se puede llamar tal a una angosta senda entre la hierba, estaba invadido por una vegetación lujuriente, y oscurecido a veces por las espesas sombras, por lo que Peter se detuvo finalmente, presa de la incertidumbre. La Motte, que temía verse sorprendido por la noche en medio de un bosque tan agreste y solitario, y sentía pavor por los bandidos, le ordenó que de todas formas prosiguiera su marcha y que, si no hallaba ningún camino, tratase de alcanzar una parte del bosque más despejada. Con estas órdenes, Peter volvió a ponerse en marcha, mas después de haber caminado algún tiempo sin ver más que claros y sendas forestales, él mismo empezó a desesperar de que logran salir del bosque, y se detuvo para recibir nuevas órdenes. El sol se había puesto ya, mas La Motte, mirando con inquietud por la ventanilla del coche, observó sobre el horizonte incandescente de poniente unas torres misteriosas que sobresalían por entre los árboles a corta distancia, y ordenó a Peter que se dirigiera hacia ellas.

—Si estas torres —dijo— pertenecen a algún monasterio, seguramente podremos encontrar refugio para esta noche.

El carruaje circulaba «bajo la sombra de las melancólicas ramas»^[14], a través de las cuales el crepúsculo, que todavía teñía la atmósfera, desprendía una solemnidad cuya viva sensación hacía estremecer el corazón de los viajeros. La expectación les mantenía en silencio. Aquella escena recordó a Adeline las terribles penalidades que últimamente había arrostrado, y su espíritu reaccionó, aunque demasiado fácilmente, recelando nuevos infortunios. La Motte se apeó al pie de un montículo verde, donde los árboles, permitiendo de nuevo el paso de la luz, mostraban más de cerca, aunque de manera todavía imperfecta, el edificio que buscaban.

CAPÍTULO II

¡Cómo estremecen el alma estas torres antiguas
Y estos patios vacíos! Hasta el punto de que la esperanza
Pone cara de miedo, y, medio dispuesto a convertirse
En devoción, el miedo murmura una especie
De plegaria mental, sin saber por qué.
¡Menudas son las circunstancias!

HORACE WALPOLE^[15]

LA Motte se aproximó y divisó los restos de una abadía gótica, que se elevaba sobre una especie de prado rústico, a la sombra de unos árboles altos y copudos que parecían coetáneos del edificio y difundían alrededor de él una romántica penumbra^[16]. La mayor parte de la mole parecía sumida en ruinas, y lo que había resistido las injurias del tiempo hacía aún más terrible el aspecto de la fábrica desmoronada. Las altas almenas, cubiertas de espesa hiedra, estaban medio demolidas y se habían convertido en residencia de las aves de presa. Enormes fragmentos de la torre oriental, que estaba casi demolida, yacían dispersos entre la alta hierba, que se ondulaba lentamente movida por la brisa. «El cardo agitaba su cabeza solitaria; el musgo silbaba al viento»^[17]. Aún permanecía entera una puerta gótica, adornada con grecas, que conducía al cuerpo principal del edificio, aunque estaba obstruida por la maleza. Por encima del vasto y magnífico pórtico había una ventana del mismo orden, cuyos arcos apuntados todavía mostraban fragmentos de las vidrieras, antaño orgullo de la devoción monacal. Imaginando que en aquel lugar todavía podrían resguardarse algunos seres humanos, La Motte se aproximó a la puerta y levantó el macizo llamador. Un ruido cavernoso resonó a través de aquel lugar vacío. Después de haber esperado algunos minutos, empujó la puerta, cuyo pesado armazón de hierro chirrió ásperamente al volverse sobre sus goznes.

Entró en lo que parecía haber sido la capilla de la abadía, en donde en otro tiempo se elevaron cánticos de fervor y se vertieron lágrimas de penitencia; sonidos que ya sólo podían imaginarse y lágrimas que estaban predestinadas desde hacía mucho tiempo. La Motte se detuvo unos instantes, pues experimentaba una sensación de sublimidad que rayaba en el miedo... ¡una mezcla de asombro y temor!^[18] Recorrió con la mirada la inmensidad del edificio, y al contemplar sus ruinas, la imaginación le hizo retroceder a épocas pasadas^[19].

—¡Esos muros —dijo—, donde en otro tiempo acechó la superstición, y la austeridad anticipó un purgatorio sobre la tierra, ahora tiemblan sobre los restos mortales de los seres que los levantaron!

La penumbra cada vez más intensa recordó a La Motte que no debía perder el tiempo en meditaciones, mas la curiosidad le incitaba a seguir explorando, y obedeció

a su impulso. Mientras caminaba sobre el destrozado pavimento, el ruido de sus pasos resonó en el vasto edificio, como si la voz misteriosa de los muertos reprobase al sacrílego mortal de ese modo osaba perturbar sus recintos.

De aquella capilla pasó a la nave de la gran iglesia, en la que una ventana, mejor conservada que el resto, ofrecía una vasta perspectiva del bosque, en la que se apreciaba el rico colorido de la puesta de sol, mezclado en imperceptibles gradaciones con el gris solemne del cielo. Cerraban la perspectiva unas colinas sombrías, cuyos contornos se divisaban todavía en el vívido arrebol del horizonte. Varios pilares, que en otro tiempo sostuvieron el techo, permanecían en pie como efigies orgullosas de la grandeza venida a menos, y parecían balancearse al menor susurro del viento sobre los fragmentos de aquellos otros que habían caído un poco antes. La Motte suspiró. La comparación entre él mismo y los diferentes grados de deterioro que mostraban aquellas columnas era demasiado obvia y conmovedora.

—Dentro de unos pocos años —dijo— seré como esos mortales cuyas reliquias ahora contemplo, y como ellos puede que sea también objeto de meditación para las generaciones venideras, que igualmente vacilarán un poco sobre el objeto de su curiosidad, antes de sumirse en el polvo.

Abandonando aquel escenario, La Motte atravesó los claustros, hasta que le llamó la atención una puerta que comunicaba con la parte superior del edificio. La abrió y descubrió otra al pie de una escalera, mas, refrenado en parte por el miedo y en parte por el recuerdo de la inquietud que su ausencia podría causar a su familia, regresó apresuradamente a su carruaje, después de haber malgastado los momentos más preciosos del crepúsculo sin haber obtenido ninguna información.

Su preocupación sólo le permitió expresar algunas breves respuestas a Madame La Motte y una orden imprecisa a Peter de que condujese con precaución y procurase hallar un camino. Las sombras de la noche se espesaron a su alrededor, reforzadas por la penumbra del bosque, y pronto se hizo muy peligroso seguir adelante. Peter se detuvo. Mas La Motte, insistiendo en su primera determinación, le ordenó proseguir. El criado se aventuró a protestar, y Madame La Motte le suplicó; sin embargo, su esposo les censuró y ordenó a aquel que se pusiera en marcha, de lo que luego se arrepentiría, pues una de las ruedas traseras pasó por encima del tocón de un árbol viejo, que la oscuridad impidió que Peter advirtiera, e inmediatamente volcó el carruaje.

Como puede suponerse, el grupo se asustó bastante, aunque nadie sufrió daño material alguno. Después de liberarse de tan peligrosa situación, La Motte y Peter trataron de levantar el carruaje. En seguida se dieron cuenta del alcance de su infortunio, pues comprobaron que la rueda estaba rota. Su desolación era bastante razonable, no sólo porque el coche estaba imposibilitado para continuar, sino porque tampoco les ofrecía refugio contra el helado rocío de la noche, ya que no podían mantenerlo en posición enderezada. Después de algunos momentos de silencio, La Motte propuso regresar a las ruinas que acababan de abandonar, de las que aún no se

hallaban más que a corta distancia, y pasar la noche en la parte más habitable de ellas. Cuando amaneciera, enviaría a Peter con uno de los caballos del tiro a buscar un camino y una aldea donde pudiese lograr ayuda para reparar el carruaje. Esa propuesta fue rechazada por Madame La Motte, que se estremecía con sólo pensar en pasar tantas horas en medio de la más completa oscuridad en un lugar tan desolado como aquel monasterio. Superada por esos temores, que no se atrevía a examinar ni a combatir, le dijo a su esposo que prefería permanecer expuesta al malsano rocío de la noche que enfrentarse a la desolación de las ruinas. Al principio La Motte era igualmente reacio a regresar a aquel lugar, pero tras dominar esos sentimientos, decidió no ceder a los de su esposa.

Después de desenganchar los caballos del carruaje, el grupo se dirigió hacia el edificio. Peter, que les seguía, encendió una luz, y entraron en las ruinas iluminados por las llamas de unas ramas encendidas que había recogido. Los destellos que aquellas arrojaban sobre la fábrica parecían hacer más solemne su desolación, al paso que la oscuridad de la mayor parte de la mole realzaba su sublimidad y preparaba la imaginación para escenas de horror. Adeline, que hasta entonces había permanecido en silencio, profirió una exclamación, mezcla de admiración y de miedo. Una especie de temor agradable se apoderó de su alma, haciendo que se estremeciera su corazón. Sus ojos se llenaron de lágrimas: aunque tenía miedo, quería continuar y optó por cogerse del brazo de La Motte, mirándole con una especie de interrogación indecisa.

La Motte abrió la puerta de la gran sala y entraron: su extensión se perdía en la penumbra.

—Permanezcamos aquí —dijo Madame La Motte—, yo no pienso ir más lejos.

La Motte señaló el techo roto y siguió adelante, cuando fue interrumpido por un ruido poco corriente que atravesó la sala. Todos enmudecieron, reinando el silencio del terror. Madame La Motte fue la primera en hablar.

—Abandonemos este lugar —dijo—, es preferible cualquier desgracia a esta sensación que me oprime. Retirémonos al instante.

Durante algún tiempo nadie perturbó el silencio, y La Motte, avergonzado del miedo que involuntariamente había demostrado, consideró conveniente fingir un valor que no tenía. Por tanto, ridiculizó el terror de su esposa e insistió en seguir adelante. Obligada pues a consentir, la dama atravesó la sala con paso tembloroso. Al llegar a un estrecho corredor, viendo que las antorchas de Peter estaban casi consumidas, se detuvieron a esperar que trajera otras.

La tenue luz que aún despedían, proyectándose débilmente sobre las paredes del corredor, hacía que el intermedio pareciera más horrible. Sus tenues rayos esparcían un trémulo destello por toda la sala, oculta en su mayor parte por las sombras, mostrando la sima en el techo, y en medio de la oscuridad se vislumbraba una multitud de objetos indecibles. Adeline preguntó a La Motte, sonriendo, si creía en los espíritus. La pregunta era inoportuna, ya que la escena había impresionado terriblemente a La Motte y, a pesar de sus esfuerzos, sentía que un temor

supersticioso se iba apoderando de él. Posiblemente en aquellos momentos estaba pisando las cenizas de los muertos. Si a los espíritus les estuviera permitido volver a la tierra, aquella parecía ser la hora y el lugar apropiado para su aparición. Como La Motte permanecía callado, Adeline le dijo:

—Si me dejase llevar por la superstición...

Fue interrumpida por la repetición del ruido que se había oído antes. Sonaba en el corredor, en cuya entrada se hallaban, e iba debilitándose gradualmente. Con los corazones palpitantes, permanecieron a la escucha completamente en silencio. Un nuevo motivo de aprensión se apoderó de La Motte: el ruido podía provenir de los bandidos, y dudaba si sería prudente continuar. Entonces llegó Peter con la luz. Madame se negaba a entrar en el corredor, y La Motte tampoco parecía muy decidido a hacerlo. Mas Peter, para quien la curiosidad prevalecía al miedo, ofreció al punto sus servicios. Tras unos momentos de duda, La Motte permitió que el criado se adelantase, mientras él aguardaba junto a la puerta el resultado de la investigación. Dada la extensión del corredor, Peter pronto quedó oculto a la vista, y el eco de sus pasos se confundió con un ruido que se precipitaba por la avenida, y fue debilitándose cada vez más hasta perderse en el silencio. Entonces la Motte llamó en voz baja a Peter, mas no obtuvo respuesta. Finalmente oyeron unos pasos en la lejanía, y poco después apareció el criado jadeante y pálido de miedo.

Cuando llegó al alcance del oído de La Motte, le gritó:

—Me complace comunicaros, señoría, que creo haberlo conseguido, aunque no sin trabajo. Creí estar peleándome con el diablo.

—¿De qué estás hablando? —dijo La Motte.

—Después de todo no eran más que búhos y grajos —continuó Peter—. Pero la luz los atrajo a todos alrededor de mis orejas, y me han aturdido tanto con su condenado batimento de alas, que al principio creí estar rodeado por una legión de demonios. Pero los he echado fuera a todos, amo, y ahora nada tenéis que temer.

Como la última parte de la frase insinuaba alguna sospecha sobre su valor, La Motte se picó y, para salvar de alguna manera su reputación, se creyó en la obligación de entrar en el corredor. Entonces avanzaron con prontitud, pues, como decía Peter, no tenían «nada que temer».

El corredor conducía a un patio grande, en uno de cuyos lados aparecía, por encima de una variedad de claustros, la torre occidental y una parte elevada del edificio; el otro lado estaba abierto al bosque. La Motte se dirigió a la puerta de la torre, que, ahora se daba cuenta, era la misma por donde antes entró. Mas tuvo dificultades para avanzar, pues el patio estaba cubierto de zarzas y ortigas, y la luz que su criado llevaba sólo proporcionaba un vacilante resplandor. Apenas hubo abierto la puerta, el deprimente aspecto del lugar revivió las aprensiones de Madame La Motte y forzó a Adeline a preguntar a dónde iban. Peter alzó la luz para mostrar la angosta escalera de caracol que subía a la torre, pero La Motte, advirtiendo la existencia de una segunda puerta, descorrió los herrumbrosos cerrojos y entró en una

pieza espaciosa, la cual, por su montante y su mejor estado de conservación, era evidentemente de construcción más reciente que el resto del edificio. Aunque desierta y abandonada, estaba muy poco deteriorada por el paso del tiempo; las paredes estaban húmedas, pero no descascaradas; y los vidrios estaban todavía firmes en las ventanas.

Pasaron a otras piezas parecidas a la primera que vieron, manifestando su sorpresa ante la incongruente discordancia entre aquella parte del edificio y las desmoronadas paredes que habían dejado atrás. Esos aposentos conducían a un pasadizo tortuoso que recibía la luz y el aire a través de unas estrechas aberturas en lo alto de la pared, y terminaba en una puerta atrancada con una barra de hierro. Tras abrirla con cierta dificultad, entraron en una habitación abovedada. La Motte la inspeccionó con ojos escrutadores, tratando de hacer conjeturas acerca del motivo por el que estaba tan bien protegido su acceso; mas en su interior vio poca cosa que pudiera satisfacer su curiosidad. La habitación parecía haber sido construida en tiempos más modernos, reproduciendo el estilo gótico. Adeline se acercó a una ventana grande que formaba una especie de nicho, elevado sobre el nivel del suelo por medio de un escalón, y comentó a La Motte que el pavimento estaba incrustado de mosaicos, lo que provocó la observación de él de que el estilo del aposento no era estrictamente gótico. La Motte se dirigió a una puerta que se encontraba en el lado opuesto, la abrió y se encontró en la gran sala por donde había entrado en el edificio.

Entonces se dio cuenta de que la penumbra le había ocultado antes una escalera de caracol que conducía a una galería más alta, la cual se hallaba en tan buen estado que parecía haber sido construida al mismo tiempo que la parte más moderna del edificio, aunque también simulaba la arquitectura gótica. La Motte imaginó que esa escalera conducía a los aposentos correspondientes a los que había encontrado en el piso inferior, y vaciló acerca de si debía explorarlos. Mas las súplicas de Madame, que estaba muy fatigada, le decidieron a aplazar cualquier examen ulterior. Después de una corta deliberación acerca de la elección de los aposentos en que pasarían la noche, determinaron regresar al que estaba contiguo a la torre.

Se encendió lumbre en un fogón, que probablemente hacía muchos años que no había proporcionado el calor de la hospitalidad; y habiendo extendido Peter las provisiones que había traído del carruaje, La Motte y su familia, colocados alrededor del fuego, compartieron una comida que el hambre y la fatiga hacían sumamente deliciosa. Poco a poco la confianza reemplazó a la aprensión, pues en aquellos momentos se encontraban en un lugar que parecía una habitación con calor humano, en donde podían reírse de sus recientes temores. Mas cuando el viento sacudía las puertas, Adeline solía sobresaltarse, mirando a su alrededor con espanto. Continuaron algún tiempo riendo y hablando animadamente; sin embargo su alegría era transitoria, por no decir afectada, ya que tenían la sensación de que sus peculiares y angustiosas circunstancias les urgían al recogimiento y sumían a cada uno de ellos en un silencio lánguido y meditabundo. Adeline sentía plenamente el abandono en que se

encontraba; reflexionaba sobre el pasado con asombro y anticipaba el futuro con miedo. Se veía completamente dependiente de dos desconocidos, sin más derecho que el que la desgracia reclama de la simple compasión de los seres afines. Su corazón se llenaba de suspiros y en sus ojos asomaban con frecuencia las lágrimas, que ella reprimía antes de que pudieran traicionarla, mostrando sobre sus mejillas un pesar que consideraba ingrato revelar.

Por fin La Motte rompió aquella taciturna meditación, ordenando renovar el fuego para que durase toda la noche y asegurar bien la puerta, precaución que parecía necesaria, incluso en aquella soledad, y que se llevó a cabo amontonando sobre ella piedras grandes, puesto que no había ninguna otra cosa a mano. La Motte imaginaba que aquel edificio aparentemente abandonado pudiera ser un refugio de bandidos. Disponían de la suficiente soledad para ocultarse y de un extenso y agreste bosque que favoreciera sus planes de saqueo, y que intimidara con sus laberintos a los más atrevidos que intentasen perseguirlos. No obstante, escondió sus temores en lo más recóndito de su corazón para evitar que sus compañeros compartieran la inquietud que le causaban. A Peter se le ordenó que vigilase la puerta, y después que hubo avivado el fuego, nuestro afligido grupo se colocó a su alrededor y buscó en el sueño una breve tregua a sus preocupaciones.

La noche transcurrió sin ningún altercado. Adeline se durmió, pero su imaginación se vio asaltada por sueños tan molestos que la despertaron muy temprano. El recuerdo de sus penas se apoderó de su mente y, cediendo a esa presión, derramó en silencio un torrente de lágrimas. Para poder verterlas sin restricciones fue a una ventana que daba a un claro del bosque, envuelto en la penumbra y el silencio, y allí permaneció un buen rato contemplando el sombrío panorama.

Las primeras luces del amanecer comenzaron a aflorar en el horizonte, desprendiéndose de las tinieblas. Eran tan puras, tan hermosas, tan etéreas, que parecía como si el cielo se abriera a su vista. A medida que la luz iba en aumento, las sombrías nieblas se veían rolar hacia el oeste, intensificando la oscuridad de aquella parte del hemisferio, que impedía ver el aspecto del campo. Entre tanto, por el este, los colores eran cada vez más vivos y derramaban a lo lejos un resplandor tembloroso, hasta convertirse en una claridad rojiza que encendía toda aquella parte del cielo, anunciando la salida del sol. Al principio, emergió por el horizonte una estrecha franja luminosa de inconcebible esplendor, que rápidamente se extendió, y apareció el sol en toda su belleza, desvelando la faz de la naturaleza, vivificando todos los colores del paisaje e iluminando con su luz brillante el rocío que cubría la tierra. Las débiles y moderadas respuestas de los pájaros, que los rayos matinales habían despertado, rompieron aquel silencio; sus suaves gorjeos fueron arreciando poco a poco hasta formar un coro de alegría general. El corazón de Adeline se colmó también de gratitud y adoración.

La escena que se presentaba a su vista apaciguó su espíritu y elevó sus pensamientos al gran Autor de la Naturaleza, pronunciando una involuntaria súplica:

—Padre de bondad, que creaste este glorioso espectáculo, me pongo en tus manos; tú me sostendrás en mi actual aflicción y me preservarás de los males futuros.

Confiada así en la benevolencia de Dios, la joven enjugó sus lágrimas, viendo su fe premiada con la dulce armonía de sus reflexiones y su conciencia. Y libre de los sentimientos que últimamente la oprimían, su espíritu quedó más tranquilo y sosegado.

La Motte despertó poco después, y Peter se preparó para ponerse de nuevo en camino.

—Si os parece, amo —dijo, mientras montaba a caballo—, creo que haríamos bien en no buscar habitación en otra parte hasta que vengan tiempos mejores; pues a nadie se le ocurrirá buscarnos aquí; y cuando veamos este lugar a la luz del día, comprobaremos que después de todo no está tan mal, con un pequeño arreglo quedará bastante cómodo.

La Motte no contestó, pero pensó en las palabras de Peter. Durante la noche, en los intervalos en que la preocupación le había impedido dormir, se le había ocurrido la misma idea. Su única protección consistía en ocultarse, y eso podía hacerlo en aquel lugar. La desolación que en él reinaba era ciertamente repulsiva; mas no podía elegir: un bosque en libertad no era un mal refugio para quien no puede esperar otra cosa que una prisión. Recorriendo uno a uno los aposentos, y examinando su estado con mayor atención, reconoció que podían hacerlos habitables con facilidad; y al contemplarlos en aquellos momentos en plena animación de la mañana, se afirmó en su resolución y pensó en la manera de llevarla a cabo, siendo al parecer el mayor inconveniente la aparente dificultad de procurarse víveres.

Comunicó sus reflexiones a Madame La Motte, a la que el plan no le agradó del todo. No obstante, La Motte raramente consultaba a su esposa sin haber decidido antes lo que pensaba hacer; y efectivamente había resuelto dejarse guiar en aquel asunto por el informe de Peter. Si este pudiese descubrir en las cercanías del bosque una aldea donde procurarse provisiones y demás cosas necesarias, no buscaría ya en ninguna otra parte un lugar para descansar.

Mientras tanto, aprovechó la ausencia de Peter para examinar las ruinas y recorrer los alrededores; eran encantadoramente románticos, y los lujuriantes bosques que tanto abundaban en ellos parecían aislar aquel sitio del resto del mundo. Una simple ojeada bastaba para abarcar todo aquel paisaje, limitado al fondo por unas colinas, que se replegaban en la distancia, desapareciendo gradualmente en el horizonte azul. Un arroyo, de curso variado y musical, serpenteaba al pie del prado sobre el que se asentaba la abadía; se deslizaba entre las sombras en silencio, nutriendo las flores que esmaltaban sus orillas y esparciendo su frescura húmeda a todo su alrededor; exhibía toda su extensión actual, reflejando la escena silvestre en la que un ciervo probaba sus olas. La Motte advirtió por todas partes una profusión de caza: los faisanes levantaban el vuelo apenas se acercaba él, y los ciervos le miraban pasar tranquilamente. ¡El hombre les era desconocido!

De vuelta a la abadía, La Motte subió por la escalera que conducía a la torre. Poco más o menos a mitad de camino, apareció una puerta en el muro, que cedió a su mano sin resistencia. Un ruido repentino en su interior, acompañado de una nube de polvo, le hizo retroceder y cerrar la puerta. Tras esperar algunos minutos, la volvió a abrir y se encontró con una vasta cámara de construcción más moderna. Los restos de la tapicería colgaban en jirones de las paredes, que se habían convertido en morada de las aves de rapiña, cuyo repentino vuelo nada más abrir la puerta La Motte había producido una gran cantidad de polvo, ocasionando el ruido que le había hecho detenerse. Las ventanas estaban destrozadas y casi sin cristales, pero le sorprendió encontrar algunos restos del mobiliario: sillas, cuya forma y estado de conservación dejaban ver su antigüedad, una mesa rota y una parrilla de hierro casi consumida por la herrumbre.

En el lado opuesto había una puerta, que conducía a otro aposento de las mismas dimensiones que el primero, pero con tapices algo menos andrajosos. En un rincón había un pequeña cuja, y unas cuantas sillas dispersas a lo largo de las paredes. La Motte miraba todo aquello con una mezcla de asombro y curiosidad.

—Es extraño —dijo— que estos aposentos sean los únicos con algún vestigio de haber sido habitados. Puede que algún desdichado fugitivo como yo haya buscado refugio aquí; y tal vez depositara en este lugar el peso de su existencia. ¡Quizás yo he seguido sus pasos sólo para mezclar mis cenizas con las suyas!

Se volvió de repente, y estaba a punto de abandonar la habitación, cuando percibió cerca de la cama una puerta pequeña; daba a un gabinete, que estaba iluminado por una ventana pequeña, y se hallaba en el mismo estado que los aposentos anteriores, salvo que estaba desprovisto incluso de restos de mobiliario. Caminando por el aposento, sintió moverse el piso bajo sus pies, y cuando lo examinó descubrió una trampa. La curiosidad le indujo a proseguir en su exploración, y abrió la trampa con alguna dificultad. Reveló una escalera que terminaba a oscuras. La Motte descendió algunos escalones, pero no estaba dispuesto a fiarse del abismo; y, después de preguntarse cuál sería el motivo de que se hubiera construido con tanto misterio, cerró la trampa y abandonó aquellos aposentos.

Los peldaños superiores de la torre estaban tan deteriorados que La Motte no intentó subirlos. Volvió a la sala, y por la escalera de caracol que había observado la noche anterior llegó a la galería, donde descubrió otra serie de aposentos completamente desamueblados y muy parecidos a los de abajo.

Reanudó su anterior conversación con Madame La Motte respecto a quedarse en la abadía, y ella se esforzó por disuadirle de su propósito, reconociendo la seguridad de aquel lugar solitario, pero alegando que podían encontrarse otros lugares igualmente seguros para ocultarse y más cómodos. La Motte no estaba convencido. Además, en el bosque abundaba la caza, lo que le proporcionaría al mismo tiempo diversión y víveres, circunstancia que de ningún modo podía despreciarse,

considerando la escasez de su bolsillo. Había dejado que la idease arraigara en su mente de tal modo, que se había convertido en su preferida. Adeline escuchó el discurso con muda inquietud, mientras esperaba los resultados de la gestión de Peter.

Pasó la mañana, mas Peter no regresaba. Nuestro solitario grupo almorzó con las provisiones que por fortuna habían llevado consigo, y luego pasaron por el bosque. Adeline, que jamás permitía que ningún bien le pasara inadvertido, porque siempre venía acompañado de algún mal, olvidó por un rato la desolación de la abadía ante la belleza de los alrededores. Lo agradable de las sombras apaciguaba su corazón, y los variados matices del paisaje distraían su imaginación; casi llegó a pensar que allí podría vivir contenta. Empezaba ya a interesarse por las preocupaciones de sus compañeros, en especial por Madame La Motte; eran sin duda las fervorosas emociones de la gratitud y el afecto.

Pasó lentamente la tarde y regresaron a la abadía. Peter todavía no había vuelto, y su ausencia empezaba ya a suscitarles sorpresa y temor. La proximidad de la oscuridad entristecía también las esperanzas de los fugitivos: debían pasar otra noche en el mismo abandono que la precedente; y lo que era aún peor, con muy escasa reserva de provisiones, La entereza de Madame La Motte la abandonó por completo y se puso a llorar amargamente. El corazón de Adeline no estaba menos triste que el de Madame, pero, recobrando su abatido ánimo, dio una prueba de su bondad, tratando de reanimar a su amiga.

La Motte estaba inquieto y preocupado; y, alejándose de la abadía, siguió el camino que había tomado su criado. No había andado mucho cuando lo divisó entre los árboles, llevando al caballo por la brida.

—¿Qué nuevas traes, Peter? —gritó La Motte.

Peter se acercó jadeante y no pronunció palabra hasta que La Motte repitió la pregunta en un tono algo más autoritario.

—¡Bendito sea Dios! —dijo, después de tomar aliento para responder—. Me alegro veros, amo. Creí que nunca volvería a regresar: me han sucedido una multitud de desgracias.

—Muy bien, ya me las contarás después; ahora, si has descubierto...

—¡Descubierto! —interrumpió Peter—. Sí, me han descubierto de verdad. Si su señoría mira mis brazos, verá cómo me han descubierto.

—Querrás decir descolorido^[20], supongo —dijo La Motte—. Pero ¿cómo vienes en ese estado?

—Bueno, señor, os diré lo que ocurrió. Su señoría sabe que aprendí un golpe de boxeo de aquel inglés que solía venir a nuestra casa con su amo.

—Bien, bien... dime dónde has estado.

—Ni yo mismo lo sé bien, amo; he estado en un lugar donde he recibido una paliza completa, pero como fue por serviros, no me importa. ¡Mas si me encuentro de nuevo a ese bribón!...

—Pareces tan contento con tu primera paliza que quieres recibir otra, y eso es lo

que pronto tendrás, a menos que respondas mejor a mi pregunta.

La amenaza obligó a Peter a ser más circunspecto y metódico, y trató de continuar con su relato:

—Cuando abandoné la abadía —dijo—, seguí el camino que vos me indicasteis, y torciendo a la derecha de aquella arboleda que se ve a lo lejos, miré en todas direcciones para ver si podía divisar alguna casa, o choza, o incluso un hombre; pero no vi ni un *alma*, de modo que seguí adelante, aproximadamente una legua, lo garantizo, y entonces llegué a una senda. ¡Ah!, me dije, ya te tengo; esta servirá... los senderos sólo pueden recorrerse andando. Sin embargo, estaba equivocado en mis cuentas; pues que el diablo me lleve si pude ver una sola *alma*, y siguiendo la senda en todas direcciones, más de un tercio de una legua, la perdí, y tuve que buscar otra.

—¿No puedes ceñirte al caso? —dijo La Motte—. Omite esos pormenores tontos y dime si has tenido éxito.

—Pues bien, amo, para abreviar, pues después de todo es el camino más directo, anduve vagando al azar, sin saber hacia dónde, en un bosque como este, y tuve un cuidado especial en fijarme en la disposición de los árboles para luego poder encontrar fácilmente el camino de vuelta. Por fin llegué a otra senda y tuve la sensación de que, aunque antes no lo lograra, entonces seguramente encontraría algo, ya que no podía equivocarme dos veces. De modo que eché una ojeada entre los árboles y divisé una choza; entonces di a mi caballo un latigazo, que resonó en todo el bosque, y en un minuto llegué a la puerta. Allí me dijeron que había una aldea a eso de media legua, y que no tenía más que seguir la senda que me llevaría hasta ella. Y así hice; y por el paso a que mi caballo me llevó, creo que había olido la cebada en el pesebre. Pregunté por un carretero, y me dijeron que sólo había uno en el lugar, pero que no había forma de encontrarlo. Esperé y esperé, pues sabía que era inútil pensar en regresar sin haber resuelto mi encargo. Al fin el hombre, que estaba en el campo, volvió a su casa y le comenté cuánto me había hecho esperar; pues le dije que sabía que era inútil regresar sin resolver mi encargo.

—No seas tan pesado —dijo La Motte— si te es posible.

—Sí que me es posible —contestó Peter—, y si lo fuera más, su señoría ya lo sabría todo. ¿Creeríais, señor, que aquel tipo tuvo el descaro de pedirme un luis de oro por arreglar la rueda del carruaje? Creo sinceramente que pensó que yo tenía prisa y que no podía pasarme sin él. «¡Un luis de oro!, le dije, mi amo no pagará esa cantidad, ni se dejará engañar por un bribón como tú». Después de lo cual, el individuo se quedó callado y me dio un puñetazo en la boca; yo levanté el puño y le di otro, y todavía estaría pegándole si no hubiera llegado otro hombre, viéndome entonces obligado a retirarme.

—Así que has vuelto sin resolver nada.

—Bueno, amo, espero haber tenido el coraje suficiente para no ceder ante un bribón, ni permitir tampoco que vos cedieseis. Además, he comprado algunos clavos para intentar arreglar la rueda yo solo... siempre he tenido buena mano para la

carpintería.

—Muy bien, alabo tu celo, mas en esta ocasión ha sido más bien inoportuno. ¿Qué traes en el cesto?

—Bien, amo, como pensé que no podríamos irnos de este lugar hasta que el carruaje estuviera listo para partir, y mientras tanto, digo yo, nadie puede vivir sin vituallas, dispuse del poco dinero que tenía y compré un cesto lleno de provisiones.

—Es la única cosa sensata que has hecho hasta ahora; eso compensa, efectivamente, tu metedura de pata.

—Ciertamente, amo, me alegra el corazón oírlos hablar así; ya sabía yo que mi intención era buena. Pero me costó mucho trabajo encontrar el camino de vuelta, y me sucedió otra desgracia, pues el caballo se clavó una espina en una pezuña.

La Motte hizo varias preguntas a su criado sobre aquella aldea, comprobando que podría suministrarle provisiones y los pocos muebles que fuesen necesarios para hacer habitable la abadía. Aquella información disipó sus dudas, y ordenó a Peter que regresara la mañana siguiente e hiciese preguntas acerca de la abadía, encargándole que, si las respuestas eran favorables a sus deseos, comprase un carro y lo cargase con algunos muebles y todo cuanto fuese necesario para reparar los aposentos más modernos. Peter abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Cómo! ¿Quiere eso decir que su señoría piensa vivir aquí?

—¡Y bien! Supongamos que lo hiciera.

—Bien, entonces, su señoría ha tomado una sabia determinación, según a mí me parece; pues su señoría sabe que yo dije...

—Muy bien, Peter, no es necesario que me repitas lo que dijiste; es posible que ya estuviera decidido antes de que volvieras.

—A fe mía, amo, que tenéis razón, y me alegro, porque creo que aquí no nos molestará nadie, salvo las cornejas y los búhos. Sí, sí... os prometo hacer este lugar digno de un rey; y en cuanto a la aldea, podremos conseguir todo lo que nos haga falta, de eso estoy seguro; aunque no sepan de este lugar más de lo que saben de la India o de Inglaterra, o de cualquier otro lugar.

En aquel preciso momento llegaron a la abadía, donde Peter fue recibido con gran júbilo. Mas su ama y Adeline tuvieron que reprimir sus esperanzas cuando se enteraron de que el criado había vuelto sin haber cumplido su encargo, y oyeron su informe sobre la aldea. Las órdenes de La Motte a Peter fueron escuchadas con casi el mismo interés por Madame y Adeline; mas esta última ocultó sus temores e hizo todo lo posible por disipar los de su amiga. La amabilidad de su comportamiento, y el aire de satisfacción que asumió, afectaron sensiblemente a Madame, descubriéndole una fuente de consuelo que hasta entonces no había advertido. Las afectuosas atenciones de su joven amiga prometían consolarla por la ausencia de la sociedad que frecuentaba, y su conversación alegraba unas horas que de otra forma puede que hubiera pasado entristecida y pesarosa.

Las observaciones de Adeline y su comportamiento en general demostraban ya un

buen juicio y un corazón amable, pero no sólo eso... poseía un don especial. Tenía diecinueve años; era de talla media y sus proporciones eran perfectas; tenía los cabellos de color castaño oscuro; y sus ojos azules eran siempre atractivos, ya fuese que brillasen de placer, como que se derritiesen de ternura; su figura tenía la ligereza airosa de una ninfa, y cuando sonreía su semblante hubiera podido servir de modelo para pintar a la joven hermana de Hebe^[21]. Los encantos irresistibles de su belleza estaban realzados por la gracia y sencillez de sus modales, y confirmados por el valor intrínseco de un corazón

Que podía ser encerrado en una urna de cristal,
Que permitiera escrutar todos sus movimientos^[22].

Annette, pues ese era el nombre de la criada, atizó el fuego para la noche; luego abrió el cesto de Peter y preparó la cena. Madame La Motte permanecía callada y pensativa.

—Seguramente no volveremos a encontrarnos en una situación tan desfavorable —dijo Adeline—, mas es posible que tarde o temprano sintamos haberla abandonado. El buen Peter confiesa que hubiera querido estar en la abadía cuando se extravió en el bosque, o cuando tuvo que enfrentarse a dos enemigos en lugar de uno. Y estoy segura de que no existe situación alguna por desvalida que sea de la que no pueda sacarse algún motivo de consuelo. Este fuego esparce un resplandor todavía más brillante y animado, en contraste con la tristeza de este lugar; y esta comida abundante es todavía más deliciosa después de la escasez transitoria que hemos padecido. Gocemos de los bienes y olvidemos los males.

—Habláis, querida —respondió Madame la Motte—, como si vuestra alma no hubiese sido oprimida frecuentemente por el infortunio —Adeline suspiró—, y por consiguiente vuestras esperanzas estuviesen intactas.

—El sufrimiento prolongado —dijo La Motte— ha atenuado en nuestras mentes esa energía elástica que rechaza la presión del mal y salta hasta el límite de la alegría. Mas hablo incoherentemente, aunque sólo por reminiscencia de un tiempo pasado. Yo también fui capaz antaño, como vos, Adeline, de hallar consuelo en la mayoría de situaciones desgraciadas.

—Y aún lo podéis, mi estimado señor —dijo Adeline—. Creo que todavía es posible, y que llegaréis a conseguirlo.

—La ilusión se ha desvanecido... no puedo seguir engañándome a mí mismo.

—Si me está permitido decíroslo, señor, es ahora cuando os engañáis a vos mismo, permitiendo que la nube del pesar oscurezca todos los objetos que miráis.

—Puede ser —dijo La Motte—, pero dejemos este asunto.

Después de cenar, las puertas fueron atrancadas, como la víspera, y los fugitivos se entregaron al descanso.

A la mañana siguiente, Peter se puso de nuevo en camino hacia la pequeña aldea

de Auboine^[23], y las horas que estuvo ausente las pasaron Madame La Motte y Adeline bastante preocupadas y algo esperanzadas, ya que era muy posible que trajese alguna información sobre la abadía que pudiera librarlas de los planes de La Motte. A la caída de la tarde lo divisaron; volvía muy despacio y el carro que traía confirmaba con toda certeza sus temores. Traía materiales para reparar aquel lugar, y algunos muebles.

Apenas llegó, dio un informe sobre la abadía, que en esencia era lo que sigue: perteneció, junto a una gran parte del bosque adyacente, a un noble, que por entonces residía con su familia en un país lejano. La heredó del padre de su esposa, que había hecho construir los aposentos más modernos, donde venía a residir una parte del año con el propósito de cazar. Se decía que, poco después de que tomara posesión de ella el actual propietario, cierta persona fue traída en secreto a la abadía y encerrada en esos aposentos. Nunca se supo quién era, ni lo que fue de ella. El rumor fue disipándose gradualmente, y muchas personas ya no creían nada de lo que se decía sobre el particular. Mas, fuera cual fuese el asunto, lo cierto era que el propietario actual sólo había visitado la abadía dos veranos desde que la heredó; y poco tiempo después se habían llevado los muebles.

Esa circunstancia había causado sorpresa al principio, dando lugar a varias conjeturas, aunque era difícil saber cuál de ellas debía creerse. Entre otras cosas, se dijo que habían sido vistas extrañas apariciones en la abadía, y escuchado ruidos poco corrientes; y aunque las personas instruidas se habían reído del cuento, producto de una infundada superstición propia de la ignorancia, este había arraigado de tal forma en las mentes de la gente corriente, que durante los últimos diecisiete años ningún campesino se había aventurado a acercarse a aquel lugar. Por consiguiente, la abadía estaba ahora abandonada y en ruinas.

La Motte reflexionó sobre aquel informe. Al principio le sugirió ideas desagradables, mas pronto fueron desestimadas, ocupando su lugar otras consideraciones más importantes para su bienestar. Se felicitó de haber hallado por fin un sitio donde no era probable que le pudiesen descubrir ni molestar. No obstante, no podía escapársele que había una extraña coincidencia entre una parte del relato de Peter y el estado de las cámaras a las que se subía por la escalera de la torre. Los restos de mobiliario, del que carecían los restantes aposentos... la cama solitaria... el número de habitaciones comunicadas entre sí, eran circunstancias que venían a confirmar su opinión. Sin embargo, la ocultó en su pecho, pues se había dado cuenta de que el informe de Peter no había contribuido a convencer a su familia de la necesidad de establecerse en la abadía.

Sin embargo, tuvieron que someterse en silencio, y cualesquiera que fuesen las aprensiones desagradables que pudiesen concebir, parecían dispuestas a no exteriorizarlas. Peter, desde luego, estaba exento de cualquier peligro de ese género; no conocía el miedo y su mente estaba completamente ocupada con los próximos asuntos. Madame La Motte, con una especie de desesperación plácida, intentaba

resignarse a aquello que no podía evitar por mucho que se esforzara su imaginación, y que una lamentación indulgente sólo podía hacer más intolerable. En efecto, aunque la sensación de los inconvenientes inmediatos que debían soportar en la abadía la hicieran oponerse al proyecto de establecerse allí, no veía realmente cómo podría mejorar su situación yéndose de aquel lugar. Sin embargo sus pensamientos volvían a menudo a París, y reflejaban un examen retrospectivo de los tiempos pasados, con las imágenes de los desconsolados amigos a quienes dejaba, quizás para siempre. Volvían a su memoria las afectuosas caricias de su único hijo, a quien, dado el peligro de su situación, y su ignorancia de la de ella, podía temer razonablemente no volver a ver nunca más, y eso doblegaba su entereza. Se decía a sí misma: «¿Por qué... por qué he vivido hasta este día, y cómo serán los años venideros?».

Adeline, por el contrario, no tenía recuerdos de goces pasados para hacer hincapié en su desgracia actual... ni amigos que la llorasen... ni objetos queridos de que lamentarse, que agudizasen sus penas y pusieran en entredicho sus perspectivas futuras. No conocía aún los tormentos de la esperanza defraudada, ni el acerado aguijón de la conciencia que se acusa a sí misma; no tenía ninguna pena que la paciencia no pudiese mitigar ni la entereza superar.

Al amanecer del día siguiente Peter se levantó para iniciar su trabajo. Procedió con diligencia, y en pocos días dos de las piezas del piso bajo mejoraron de tal forma que La Motte empezó a alegrarse, y su familia a darse cuenta de que su situación no sería tan mala como habían imaginado. Los muebles que Peter había traído se colocaron en esos cuartos, uno de los cuales era el aposento abovedado. Madame La Motte lo amuebló para convertirlo en sala de estar, prefiriéndolo sobre los demás por su gran ventanal gótico, que casi llegaba hasta el suelo, ofreciendo una vista del prado y el pintoresco paisaje de los bosques circundantes.

Habiendo vuelto Peter a Auboine para adquirir nuevos suministros, en pocos días todos los aposentos del piso bajo quedaron no sólo habitables sino también confortables. No obstante, como no bastaban para acomodar a toda la familia, se preparó un cuarto para Adeline en el piso superior. Era la cámara que daba directamente a la torre, que ella prefería a las otras más distantes, porque, además de encontrarse más cerca de la familia, sus ventanas daban a una avenida que conducía al bosque, proporcionando una vista más amplia. Los tapices, que estaban destrozados y pendían sueltos de las paredes, fueron clavados en ellas de nuevo, haciendo que la habitación pareciera menos desolada; y aunque todavía presentaba un aspecto solemne, a causa de su amplitud y de la estrechez de las ventanas, con todo no era desagradable.

La primera noche que Adeline ocupó la habitación, durmió poco: la soledad de aquel lugar afectaba a su ánimo; tanto más cuanto que, por consideración amistosa a Madame La Motte, la joven se había esforzado por ocultarlo en presencia de ella. Se acordaba del relato de Peter, del que algunos detalles habían impresionado a su imaginación más allá de lo razonable, y le resultaba muy difícil dominar su

aprensión. En un momento dado se apoderó de ella un terror tal, que incluso abrió la puerta con intención de llamar a Madame La Motte; mas, habiendo prestado atención por algún tiempo a la escalera de la torre, todo le pareció tranquilo. Finalmente, oyó la voz de La Motte que hablaba animadamente, y se convenció plenamente de lo absurdo de sus temores, avergonzándose por haberse rendido a ellos por un momento y volviendo a su cámara asombrada de su debilidad.

CAPÍTULO III

¿Acaso no se hallan estos bosques
Más libres de peligros que la envidiosa corte?
Aquí no sufrimos otro castigo que el de Adán,
El cambio de estaciones, como el colmillo helado
Y la ruda cólera del viento invernal.

SHAKESPEARE^[24]

LA Motte planeó el tipo de vida que iba a llevar. Las mañanas las pasaba normalmente cazando o pescando, y los manjares que por este medio se procuraba los saboreaba con más apetito del que nunca tuvo en las lujosas mesas de París. Las tardes las pasaba con su familia: a veces elegía un libro de los pocos que había traído consigo y trataba de fijar su atención en las palabras que sus labios repetían. Mas como quiera que su mente se abstraía bien poco de sus preocupaciones, los sentimientos que articulaba no hacían mella en él. A veces conversaba, pero más frecuentemente permanecía sentado en melancólico silencio, meditando sobre el pasado o previendo el futuro.

En esos momentos, Adeline se esforzaba, con una amabilidad casi irresistible, por reanimar su espíritu y sacarlo de su ensimismamiento. Rara vez lo conseguía; mas cuando eso sucedía, las miradas de agradecimiento de Madame La Motte, y los sentimientos benévolos de su propio corazón, hacían realidad la alegría que al principio únicamente había tratado de aparentar. La mente de Adeline poseía el arte de la felicidad, o tal vez sería más justo decir que era de natural alegre y se conformaba con su situación. Su estado actual, aunque triste, no estaba desprovisto de consuelo, y ese consuelo estaba confirmado por sus virtudes. Se granjeó de tal manera el afecto de sus protectores que Madame La Motte la quería como a un hija, y el mismo La Motte, aunque poco susceptible de ternura, no podía ser insensible a sus preocupaciones. Siempre que se relajaba de su tristeza pesarosa, era debido a la influencia de Adeline.

Peter traía regularmente de Auboine un surtido de provisiones cada semana, y en esas ocasiones abandonaba siempre la aldea por un camino opuesto al que conducía a la abadía. Habiendo pasado varias semanas sin que les molestarán, La Motte desechó todos sus temores de que le persiguieran y acabó por aceptar razonablemente su situación. A medida que la costumbre y el esfuerzo fortalecían la entereza de Madame La Motte, los rasgos de su infortunio parecían suavizarse. El bosque, que al principio le había parecido de una soledad espantosa, había perdido para ella su aspecto terrorífico. Y aquel edificio, cuyas paredes medio demolidas y cuya sombría desolación habían llenado su mente de melancolía y consternación, ahora lo veía como un refugio doméstico, un puerto seguro después de los temporales del poder.

Era una mujer sensible, dotada de eminentes cualidades, y se tomó el mayor placer en formar las nacientes gracias de Adeline, la cual, como ya ha sido mostrado, tenía una disposición amable que le permitía corresponder rápidamente a la instrucción con el progreso, y a la indulgencia con el amor. Nunca estaba Adeline tan contenta como cuando se adelantaba a sus deseos, y jamás tan diligente como cuando trabajaba para ella. Supervisaba y dirigía los pequeños quehaceres de la casa con tan admirable exactitud, que Madame La Motte no tenía que preocuparse por ellos. Y pese a su crítica situación, Adeline supo crearse unas cuantas diversiones que de vez en cuando la hacían olvidarse de sus infortunios. Los libros de La Motte constituían el principal consuelo de la joven. A menudo cogía uno de esos libros y se internaba en el bosque, donde el río, serpenteando por algún claro, esparcía frescura y con sus susurrantes cadencias invitaba al reposo. Allí se sentaba y, abandonándose a las ilusiones de la lectura, pasaba muchas horas olvidando sus penas.

Y cuando el paisaje que la rodeaba tranquilizaba su mente, buscaba inspiración y daba rienda suelta a sus ideales de felicidad. Esos momentos deliciosos los conmemoraba en la siguiente alocución.

A LAS VISIONES DE LA FANTASÍA

¡Queridas, insensatas ilusiones de la mente creativa!
Cuyos variados matices elevan el arte de la Fantasía,
Y son pronto combinados mediante su mágica fuerza
En formas agradables y escenas que al corazón conmueven:
¡Ay!, si al oír su voz adoptaras en silencio
La gracia solemne del pesar lánguido;
O te elevaras sublime por encima del arrogante penacho del terror,
Con el alma estremecida por el escalofriante infortunio;
O desplegaras brillantemente tus tonos más alegres,
Ocultando de mi vista las escenas de placer,
Mientras el amor agita sus alas purpúreas sobre mi cabeza,
Y el frágil pensamiento despierta a la pasión verdadera;
¡Ay, sombras quiméricas... acompañad mis horas solitarias,
Seguid mis verdaderas inquietudes con vuestros ilusorios poderes!^[25]

mi padre, y la única persona a la que podía acudir en busca de protección y amor.

»Permanecí en aquel convento hasta que tuve doce años. Mil veces había suplicado a mi padre que me llevara a casa, pero al principio la prudencia, y más tarde la avaricia, impidieron que lo hiciera. Entonces fui sacada de aquel convento y metida en otro, donde me enteré de que mi padre tenía la intención de que tomara el velo. En aquella ocasión procuré no exteriorizar mi sorpresa y mi pesar. Llevaba demasiado tiempo encerrada entre las paredes de un claustro, y conocía demasiado bien la lúgubre tristeza de sus devotas, para no sentir horror y repugnancia ante la

perspectiva de unirme a ellas.

»La abadesa era una mujer de rígido decoro y devoción severa; exacta en la observancia de la más fútil de las formalidades, jamás perdonaba la menor infracción del ceremonial. Cuando quería hacer conversos para su orden, su método se basaba más en la censura y el terror que en la persuasión y la seducción. Su arte consistía en practicar la astucia sobre el miedo, no la perfección sobre la razón. Empleó innumerables estratagemas para captarme para su causa, todas ellas con el sello de su carácter. Sin embargo, en la vida a la que ella me destinaba advertí demasiadas formas de verdadero terror para someterme a la influencia de su hospitalidad ideal, y estaba resuelta a rechazar el velo. Allí pasé varios años de desdichada resistencia contra la crueldad y la superstición. A mi padre lo vi muy pocas veces; cuando lo hacía, le imploraba que variase mi destino, mas él objetaba que su fortuna no era suficiente para sostenerme fuera del convento, y llegó a amenazarme con tomar represalias conmigo si persistía en mi desobediencia.

»Vos, mi querida señora, podéis haceros poca idea de mi horrible situación, condenada a prisión perpetua (y además de las peores) o a las represalias de un padre al que no podía apelar. Mi resolución fue mitigándose: durante algún tiempo dudé sobre cuál de ambos males debía elegir. Mas al final los horrores de la vida monástica saltaron a mi vista tan profusamente, que mi entereza cedió ante ellos. Excluida del trato cordial con la gente... de la agradable visión de la naturaleza... casi de la luz del día... condenada al silencio... a la rígida formalidad... a la abstinencia y a la penitencia... condenada a renunciar a las delicias de un mundo que la imaginación pintaba con los colores más alegres y seductores, y cuyos matices no eran tal vez menos cautivadores sólo porque fuesen ideales: ese era el estado al que estaba yo destinada. De nuevo se fortaleció mi resolución: la crueldad de mi padre contenía la ternura, y suscitaba indignación “Dado que le es posible olvidar —me decía yo— el afecto de un padre, y condenar a su hija a la tristeza y la desesperación sin ningún remordimiento, el vínculo del deber filial y paternal ya no subsiste entre nosotros, él mismo lo ha disuelto, y yo lucharé a pesar de todo por mi vida y mi libertad”.

»Viendo mi indiferencia ante sus amenazas, la abadesa recurrió entonces a medidas más sutiles: condescendió a sonreírme e incluso a halagarme; pero la suya era la sonrisa retorcida de la astucia, no el símbolo indulgente de la bondad; provocaba repugnancia, en lugar de inspirar afecto. Me presentó el personaje de una vestal con los más hermosos tonos artísticos... su bendita inocencia... su apacible dignidad... su sublime devoción. Como yo suspiré mientras ella hablaba, lo tomó por un síntoma favorable, y prosiguió con su retrato con mayor animación. Me describió la serenidad de la vida monástica... su seguridad frente a los encantos seductores, las pasiones agitadas y las pesarasas vicisitudes del mundo... las desbordantes delicias de la religión y el dulce afecto recíproco de su comunidad.

»Terminó de componer su retrato tan favorablemente, que el sutil entramado de su astucia habría pasado inadvertido a un ojo inexperto. El mío lamentablemente

estaba demasiado informado. Había presenciado demasiado a menudo la lágrima secreta y el rebotante suspiro de vano arrepentimiento, los melancólicos tormentos del descontento y la angustia callada de la desesperación. Mi silencio y mi comportamiento le garantizaban mi incredulidad, y le era muy difícil mantener una compostura decorosa.

»Mi padre, como puede imaginarse, estaba muy irritado por mi perseverancia, que él llamaba obstinación; mas, lo que parecerá aún más difícil de creer, poco después se apaciguó y señaló un día para mi salida del convento. Figuraos mis sentimientos cuando recibí la noticia. La alegría que me proporcionó despertó toda mi gratitud; olvidé la anterior crueldad de mi padre y que la actual indulgencia era menos consecuencia de su bondad que de mi resolución. Lamenté no poder complacer todos sus deseos.

»¡Qué dichosos fueron los días que precedieron a mi esperada partida! El mundo, del que yo había sido separada hasta entonces... el mundo, que mi imaginación se había deleitado tantas veces en frecuentar... cuyos senderos estaban cubiertos de rosas inmarcibles... donde cada paisaje rivalizaba en hermosura e invitaba al deleite... donde toda la gente era buena y feliz... ¡Ay! aquel mundo iba a aparecer de repente ante mí. ¡Permitidme que lo recuerde extasiada antes de que desaparezca! Es como las luces efímeras del otoño, que iluminan por un momento la colina y luego la abandonan a la oscuridad. Contaba los días y las horas que me separaban de aquel lugar de ensueño. Me parecía que sólo en el convento había gente falsa y cruel, que sólo allí habitaba semejante infortunio. ¡Y yo iba a abandonar todo aquello! ¡Cómo compadecía a las pobres monjas que iban a quedarse allí! Hubiera dado la mitad de aquel mundo que tanto apreciaba, si fuese mío, por poder llevármelas conmigo.

»Al fin llegó el día tanto tiempo deseado. Vino mi padre, y por un momento mi alegría se trocó en pesar al despedirme de mis pobres compañeras, por las cuales jamás había sentido tan cordial ternura como en aquel instante. Pronto me vi fuera de las verjas del convento. Miré en derredor y contemplé la vasta bóveda del cielo, no limitada ya por los muros monacales, y la tierra verde que se extendía en valles y colinas hasta donde llegaba el horizonte. Mi corazón saltó de placer, las lágrimas acudieron a mis ojos, y por unos momentos no pude hablar. ¡Mis pensamientos se elevaron al Cielo en señal de gratitud hacia el Dispensador de todos los bienes!

»Finalmente regresé con mi padre.

»Querido señor —le dije—, ¡cómo os agradezco mi liberación! ¡Qué no haría yo por complaceros!

»Volved, pues, a vuestro convento —dijo él, en un tono severo.

»Al oír aquellas palabras, me estremecí; su mirada y la forma en que las dijo hirieron mis sentimientos; sembraron la discordia en mi corazón, antes sólo sensible a la armonía. En un momento tuve que contener mi apasionado júbilo, y todos los objetos que me rodeaban se cubrieron con las sombras melancólicas de la decepción. No porque yo sospechara que mi padre quisiese llevarme otra vez al convento, sino

porque sus sentimientos me parecían muy discordantes con la alegría que yo acababa de experimentar y con la gratitud que un momento antes le había expresado. Perdonad, señora, estos detalles triviales; la intensa sucesión de sentimientos que imprimieron en mi corazón me hace pesar que son importantes, aunque tal vez sólo sean desagradables.

—No, querida —dijo Madame La Motte—, los encuentro interesantes; ilustran pequeños rasgos de carácter que me encanta observar. Merecéis todos mis respetos, y desde este momento vuestros infortunios gozarán de mi más cariñosa compasión, y la bondad de vuestra alma de todo mi afecto.

Aquellas palabras enternecieron el corazón de Adeline, que besó la mano que Madame le alargó y permaneció callada unos instantes. Al fin dijo:

—¡Ojalá fuera yo digna de tanta bondad y pudiera estar siempre agradecida a Dios, que, al darme semejante amiga, me proporciona esperanza y consuelo!

»La casa de mi padre estaba situada a unas pocas leguas de París; de modo que, camino de ella, atravesamos esa ciudad. ¡Qué nuevo espectáculo para mí! ¿Dónde quedaban ahora los rostros tristes, los modales recatados que estaba acostumbrada a ver en el convento? Allí por el contrario, todos los semblantes estaban animados, bien fuera por las ocupaciones o por los placeres; todos se movían con garbo y sonreían alegremente. Todos parecían ser amigos míos; me miraban y me sonreían; yo les sonreía a mi vez y hubiese deseado decirles lo contenta que estaba. ¡Qué delicia — exclamé—, vivir rodeada de amigos!

»¡Qué de gente en las calles! ¡Qué magníficos hoteles! ¡Qué espléndidos equipajes! Apenas noté que las calles eran estrechas o peligrosas. ¡Qué bullicio, qué tumulto, qué placer! Nunca podré agradecer lo suficiente mi salida del convento. Iba a expresarle de nuevo a mi padre mi gratitud, mas sus miradas me lo impidieron, y permanecí callada. Soy demasiado prolija; incluso las vagas imágenes de los placeres pasados que la memoria rescata son gratas a mi corazón. Siempre es contemplada con cierta fruición melancólica la sombra del placer, aunque su presencia se haya alejado de nosotros.

»Abandoné París suspirando, y no dejé de contemplarla hasta que los campanarios de las iglesias desaparecieron de mi vista en la lejanía. Pronto entramos en una carretera sombría y poco frecuentada. Por la tarde llegamos a un brezal; miré alrededor en busca de alguna casa, pero no encontré ninguna ni vi a ningún ser humano. Sentí algo parecido a lo que sentía en el convento; desde que lo abandoné jamás mi corazón había estado tan triste. Le pregunté a mi padre, que permanecía en silencio, si estábamos cerca de casa; me respondió afirmativamente. Sin embargo, antes de que llegásemos a nuestro destino se hizo de noche era una casa aislada en el yermo; pero no es necesario que os la describa, señora. Cuando el carruaje se detuvo, aparecieron dos hombres en la puerta y nos ayudaron a bajar; sus semblantes eran tan sombríos, y hablaban tan poco, que tuve la impresión de encontrarme de nuevo en el convento. Seguro que no había visto rostros tan melancólicos desde que lo abandoné.

¿Formará parte —me dije— de ese mundo que he contemplado tan indulgentemente?

»El interior presentaba un aspecto pobre y abandonado; me sorprendió que mi padre hubiera elegido semejante lugar para vivir, y, también no ver a ninguna mujer. Mas yo sabía que cualquier pregunta que hiciese no obtendría más que reprobación, y, por lo tanto, permanecí en silencio. Al cenar, los dos hombres que había visto antes se sentaron con nosotros; hablaron poco, mas parecía que me observaban mucho. Eso me desconcertó y molestó; mi padre se dio cuenta y les dirigió una mirada fulminante que me convenció de que quería decir más de lo que yo podía comprender. Cuando nos levantamos de la mesa, mi padre me cogió de la mano y me condujo a mi habitación; dejó la vela en el suelo, me dio las buenas noches y salió, dejándome a solas con mis pensamientos.

»¡Qué diferentes eran de aquellos con los que me complacía unas cuantas horas antes! Entonces, la esperanza y el deleite me sonreían; ahora, la melancolía y la decepción enfriaban los ardores de mi alma y ensombrecían mis expectativas futuras. El aspecto de todo lo que me rodeaba contribuía a deprimirme. Sobre el suelo había un pequeño lecho sin cortinas ni colgaduras; los únicos muebles que quedaban en la habitación eran dos sillas viejas y una mesa. Me dirigí a la ventana, con intención de mirar fuera el paisaje circundante, pero la encontré cerrada. Me chocó esa circunstancia, y comparándola con la situación aislada de la casa, su aspecto extraño, y los semblantes y el comportamiento de los hombres que habían cenado con nosotros, me perdí en un laberinto de conjeturas.

»Finalmente me acosté; mas las inquietudes de mi mente me impidieron descansar; lúgubres y desagradables imágenes revoloteaban en mi imaginación, y caí en una especie de letargo. Creía estar en un bosque solitario con mi padre; sus miradas eran severas y sus gestos amenazadores. Me recriminaba que hubiera dejado el convento y, mientras hablaba, sacó del bolsillo un espejo, que sostuvo frente a mi rostro; me miré en él y vi (me estremezco de horror al repetirlo) que estaba herida y sangraba abundantemente. Entonces creí estar de nuevo en la casa, y de repente oí las siguientes palabras, pronunciadas tan claramente, que cuando desperté durante algún tiempo me costó trabajo no creerlas verdaderas: “Huid de esta casa, la perdición se cierne sobre ella”.

»Unos pasos en la escalera me despertaron; era mi padre que se retiraba a su cámara; lo avanzado de la hora me sorprendió, ya que era más de medianoche.

»A la mañana siguiente se reunió para desayunar el mismo grupo de la noche precedente, y todos estuvieron tan taciturnos y sombríos como entonces. La mesa fue servida por un lacayo de mi padre, mas si había algún cocinero o criada, no se les veía por ninguna parte.

»Al día siguiente por la mañana, cuando quise salir de mi habitación, me sorprendió encontrar la puerta cerrada; esperé un tiempo considerable antes de aventurarme a llamar; cuando lo hice, no obtuve respuesta; entonces me dirigí a la ventana y llamé con más fuerza, pero sólo oí el eco de mi propia voz. Pasé cerca de

una hora en un estado de sorpresa y terror que me es imposible describir; finalmente, oí que alguien subía por la escalera, y llamé de nuevo. Me respondió que mi padre se había marchado aquella misma mañana a París, de donde regresaría al cabo de unos días; mientras tanto había ordenado que fuese confinada en mi habitación. Al expresar mi sorpresa y mis temores, me aseguró que nada debía temer, que viviría allí tan bien como si gozase de entera libertad.

»La última parte de su discurso parecía ofrecerme una especie de extraño consuelo. Apenas me atreví a responder, teniéndome que someter a la necesidad de las circunstancias con la mayor resignación. Una vez más me abandoné a mis tristes reflexiones; ¡vaya día que había pasado! Sola y presa de la congoja y la aprensión. Traté de adivinar la causa de aquel trato severo, y acabé por concluir que lo había concebido mi padre para castigarme por mi desobediencia anterior. Mas ¿por qué abandonarme en poder de unos desconocidos, hombres cuyos semblantes llevaban impreso el sello de la villanía tan profundamente que inspiraban terror a mi inexperta mente? Mis sospechas sólo conseguían confundirme todavía más; sin embargo, me resultaba imposible hacer otra cosa; y pasé el día entre lamentos y conjeturas. Al fin llegó la noche, y ¡qué noche! La oscuridad trajo nuevos temores; miré alrededor de la habitación por ver si encontraba algún medio de atrancar la puerta por dentro, mas no vi ninguno; finalmente se me ocurrió asegurarla, apoyando contra ella el respaldo de un silla en posición oblicua.

»Apenas lo hube hecho, me acosté vestida, con la idea de vigilar en lugar de dormir, cuando oí un golpecito en la puerta de la casa, que fue abierta y cerrada tan rápidamente, que me pareció que la persona que había llamado únicamente había entregado una carta o mensaje. Poco después oí voces espaciadas en una habitación del piso de abajo, que unas veces hablaban en voz baja y otras veces se alzaban todas al unísono, como en una disputa. Algo más excusable que la curiosidad hizo que me esforzara en distinguir lo que decían, aunque fue en vano; de vez en cuando me llegaba una palabra o dos, y en una ocasión oí pronunciar mi nombre, pero nada más.

»Así pasaron las horas hasta la medianoche, en que todo quedó en silencio. Había permanecido algún tiempo acostada debatiéndome entre el miedo y la esperanza, cuando oí que alguien forcejeaba en la cerradura de mi puerta; me levanté de un salto y me puse a escuchar; al principio todo estaba en silencio, mas luego el ruido volvió, y oí un cuchicheo al otro lado de la puerta. Mi ánimo se había venido abajo, pero todavía conservaba el sentido. Poco después, alguien intentó forzar la puerta; chillé sin poder contenerme, e inmediatamente oí las voces de los hombres que había visto en la mesa con mi padre, los cuales me pidieron a gritos que abriera la puerta, y como yo no respondía, profirieron terribles imprecaciones. Todavía me quedaron ánimos para ir a la ventana, con la apremiante esperanza de salvarme por allí; mas mis débiles fuerzas nada podían contra los barrotes que la cerraban. ¡Oh! ¿Cómo podré, al recordar aquellos momentos de horror, expresar adecuadamente mi agradecimiento por encontrarme ahora a salvo y confortablemente?

»Después de permanecer algún tiempo junto a la puerta, se fueron escaleras abajo. Mi corazón revivía a medida que se alejaban los pasos; caí de rodillas y di gracias a Dios por haberme salvado esa vez, implorando su protección para lo sucesivo. Después de aquella breve oración me levanté, cuando de repente oí un ruido al otro lado de la habitación y, al mirar en torno, vi abrirse la puerta de un pequeño gabinete, y que dos hombres entraban en mi cuarto.

»Me cogieron y caí en sus brazos sin sentido. Ignoro el tiempo que permanecí en aquel estado, pues al volver en mí, me hallé sola de nuevo y oí varias voces en el piso de abajo. Tuve bastante presencia de ánimo para correr a la puerta del gabinete, mi única posibilidad de escapar; ¡mas estaba cerrada! Entonces recordé que era posible que los rufianes se hubiesen olvidado de echar la llave a la puerta de mi habitación, que yo había atrancado con la silla; pero esa posibilidad tampoco resultó. Junté las manos presa de la desesperación y permanecí algún tiempo inmóvil.

»Un ruido violento procedente del piso de abajo me hizo volver en mí, y pronto oí que subía gente por la escalan. Me vi perdida. Los pasos se acercaron, y la puerta del gabinete volvió a abrirse. Me quedé quieta y vi entrar de nuevo en mi habitación a los mismos hombres; ni les hablé ni ofrecí resistencia: mis facultades anímicas habían perdido sensibilidad, lo mismo que un golpe violento en el cuerpo atrofia durante un rato la sensación de dolor. Me condujeron abajo; la puerta de una habitación de la planta baja estaba abierta de par en par y vi a un desconocido; fue entonces cuando recobré el sentido; grité y me resistí, pero me llevaron a la fuerza. Es inútil decir que aquel desconocido era Monsieur La Motte, y añadir que le bendeciré eternamente por haberme liberado.

Adeline dejó de hablar; Madame La Motte permaneció callada. Había en el relato de Adeline ciertas circunstancias que excitaban su curiosidad. Le preguntó a la joven si creía que su padre tuviese alguna parte en aquel misterioso asunto. Aunque era imposible dudar de que estuviese complicado directamente en alguna fase del mismo, Adeline creía, o decía que creía, que no era culpable de ninguna intriga contra su vida.

—Sin embargo —dijo Madame la Motte—, ¿qué motivos podía tener para una crueldad tan evidentemente gratuita?

Ahí terminaron sus preguntas, y Adeline confesó que durante mucho tiempo trató de resolver el enigma, hasta que finalmente abandonó la búsqueda horrorizada.

Madame La Motte expresó sin reservas la compasión que le despertaba tan extraordinario infortunio, y esa prueba de afecto estrechó más los lazos de aquella mutua amistad. Adeline se sintió muy aliviada con la revelación que acababa de hacer a Madame La Motte, y esta reconoció el valor de semejante confianza, aumentando sus cariñosas atenciones con ella.

CAPÍTULO IV

[...] El rumbo de mi vida
Declina como hoja amarilla, marchita

MACBETH^[26]

Absorto, inconsciente e ignorado,
Pasaba a solas sus interminables mediodías
En medio de los bosques otoñales.
A menudo solía abandonar la vida social
En un rápido y súbito arrebato.

WARTON^[27]

LA Motte había pasado ya más de un mes en aquel retiro, y su esposa tuvo la satisfacción de ver que recuperaba la calma e incluso la alegría. Adeline participaba calurosamente de esa satisfacción, y con razón podía felicitarse de haber contribuido a su recuperación; su alegría y sus delicadas atenciones habían conseguido lo que la mayor ansiedad de Madame La Motte no había podido lograr. La Motte no parecía indiferente a la amable disposición de la joven, y a veces se lo agradecía con más ardor de lo que era usual en él. Ella, a su vez, le consideraba su único protector y empezaba a profesarle el afecto de una hija.

El tiempo que la joven había pasado en aquel pacífico retiro había atenuado el recuerdo de los sucesos pasados, devolviendo a su espíritu la armonía natural: cuando la memoria volvía a traer ante ella sus antiguas, escasas y románticas expectativas de felicidad, aunque suspirase embelesada, lamentaba menos su desilusión de lo que disfrutaba de su seguridad y bienestar actual.

Mas la satisfacción que la alegría de La Motte producía a su alrededor duró poco; de repente se volvió taciturno y reservado; la compañía de su familia dejó de serle grata; y pasaba horas enteras en los lugares más recónditos del bosque, entregado a la melancolía y a pesares secretos. Ya no se abandonaba sin reservas, como antes, a su humor sombrío en presencia de otros; por el contrario, se esforzaba evidentemente en ocultarlo, y fingía una alegría demasiado artificial para no ser advertida.

Su criado Peter, bien por curiosidad, bien por afecto, a veces le seguía al bosque, sin ser visto. Así advirtió que se retiraba frecuentemente a un determinado lugar, bastante remoto, donde nada más llegar desaparecía, antes de que Peter, obligado a seguirle a distancia, pudiese darse cuenta exactamente de por donde. Todos sus intentos para localizarlo, impulsados por el asombro y estimulados por la decepción, eran infructuosos, y al final se veía obligado a soportar las torturas de la curiosidad insatisfecha.

Aquel cambio en los modales y hábitos de su esposo era demasiado patente para

que no lo advirtiera Madame La Motte, la cual probó todas las estratagemas que el afecto puede inspirar, o la inventiva femenina proporcionar, para ganar su confianza. Mas él parecía insensible a la influencia del primero, y se resistía a las artimañas de la segunda. Viendo que todos sus esfuerzos eran insuficientes para disipar las sombras que amenazaban su mente, o para descubrir la causa oculta de ellas, Madame desistió de seguir intentándolo y trató de acomodarse a aquella misteriosa congoja.

Las semanas se sucedían una tras otra, y la misma causa desconocida sellaba los labios y roía el corazón de La Motte. El lugar de sus visitas en el bosque no había sido localizado. Peter había registrado frecuentemente los alrededores del lugar en donde su amo desaparecía; pero no descubrió ningún escondrijo donde pudiese suponerse que se ocultaba. El asombro del criado aumentó hasta tal punto que, no pudiendo soportarlo más, se lo comunicó a su señora.

Esta disimuló la sensación que le causó la información, y le reprendió por los medios que había empleado para satisfacer su curiosidad. Mas reflexionando sobre aquella circunstancia, y comparándola con la reciente alteración que había notado en el humor de su esposo, renacieron sus inquietudes y su perplejidad aumentó considerablemente. Después de haber reflexionado sobre ello largo tiempo, no pudiendo hallar ningún otro motivo a su conducta, empezó a atribuirle a la influencia de alguna pasión ilícita; y su corazón, más rápido que su juicio, confirmó aquella suposición suscitando el tormento de los celos.

Comparativamente hablando, Madame La Motte no había conocido la aflicción hasta aquel momento: había abandonado a sus amigos más queridos... había renunciado a las diversiones, los lujos y casi todo lo necesario para vivir... había huido con su familia al exilio, un exilio de lo más monótono e incómodo; experimentaba todos los males de la realidad y del temor reunidos: todo eso lo había sobrellevado pacientemente, respaldada por el afecto de aquel por quien ella padecía. Aunque ese afecto, realmente, parecía haberse debilitado durante algún tiempo, ella había soportado su mengua con entereza. Mas el último embate del infortunio, evitado hasta entonces, sobrevino con fuerza irresistible... el amor, cuya pérdida lamentaba, ahora creía que lo había transferido a otra persona.

Las pasiones violentas trastornan las facultades de la razón y las arrastran en su misma dirección. El habitual grado de raciocinio de Madame La Motte, libre de la influencia de su corazón, podría haberle hecho notar en el objeto de su congoja algunas particularidades equívocas, por no decir contradictorias con sus sospechas. Mas no advirtió ninguna de ellas, y no tardó mucho tiempo en decidir que el objeto del afecto de su esposo era Adeline. Dada su belleza fuera de toda duda, ¿qué otra cosa, en efecto, podría haber ocurrido en un lugar tan apartado del mundo?

La misma causa destruía, casi al mismo tiempo, el único consuelo que le quedaba. Y cuando lloraba por no poder cifrar ya más su felicidad en el cariño de su esposo, lo hacía también por no poder buscar solaz en la amistad de Adeline. Sentía demasiada estima por ella para dudar de la integridad de su conducta, mas, en contra de la razón,

no volvió a abrirle el corazón con su habitual consideración afectuosa. Le retiró su confianza; y cuantas más sospechas le hacían abrigar sus celos, tanta más frialdad le mostraba ella, incluso en su comportamiento.

Al observar el cambio, Adeline lo atribuyó en un principio a la casualidad, y después a un disgusto pasajero, ocasionado por alguna ligera inadvertencia en su conducta. Redobló, por tanto, sus atenciones; pero al darse cuenta de que, en contra de lo esperado, sus esfuerzos por agradarla no lograban el resultado habitual, y que la reserva de Madame aumentaba en lugar de disminuir, empezó a preocuparse seriamente y decidió buscar una explicación. Eso era precisamente lo que Madame La Motte evitaba con más cuidado, y durante algún tiempo logró impedirlo. Sin embargo, demasiado interesada en las consecuencias para pararse en escrúpulos sutiles, Adeline la apremió tanto que Madame, nerviosa y confusa al principio, acabó por inventar alguna excusa fútil, y se tomó a risa el asunto.

Entonces comprendió la necesidad de contener sus reservas con Adeline; y aunque su empeño no pudo vencer los prejuicios de la pasión, le permitió aparentar, con relativo éxito, un talante amistoso. Adeline estaba defraudada, pero de nuevo había recobrado la paz. En efecto, la confianza sin límites en la sinceridad y bondad de los demás era su mayor debilidad. Mas los zarpazos de los celos reprimidos atormentaban el corazón de Madame La Motte, que decidió, en todo caso, obtener alguna certeza sobre el motivo de sus sospechas.

Entonces se permitió una bajeza que antes había desdeñado, y ordenó a Peter que siguiese los pasos de su amo, a fin de descubrir, si era posible, el lugar de sus frecuentes visitas. A fuerza de escuchar a sus celos, dejó que tomaran tal imperio sobre su razón que a veces incluso se atrevió a dudar de la probidad de Adeline, y pronto llegó a imaginarse que el motivo de los paseos de La Motte pudiera ser una cita con ella. Lo que más hacía pensar en aquella conjetura era que Adeline daba frecuentemente largos paseos por el bosque, y a veces se ausentaba de la abadía por espacio de varias horas. Esa circunstancia, que al principio Madame La Motte había atribuido a la afición de Adeline por las pintorescas bellezas de la naturaleza, actuaba por fuerza sobre su imaginación, y ya no podía verla más que como un pretexto para conversar en privado con su esposo.

Peter obedeció las órdenes de su señora con prontitud, secundado entusiásticamente por su propia curiosidad. Todos sus intentos, sin embargo, fueron infructuosos, porque no se atrevió nunca a seguir a La Motte lo bastante de cerca para observar el lugar en donde finalmente se escondía. Así que la impaciencia de Madame La Motte aumentaba con el retraso, y las dificultades estimulaban sus celos, por lo que resolvió solicitar a su esposo una explicación de su conducta.

Después de reflexionar un poco sobre el modo más apropiado de conseguirlo, fue a verle; mas al entrar en la habitación en donde él estaba, olvidó los modales que había acordado utilizar y cayó a sus pies, permaneciendo así un rato anegada en lágrimas. Sorprendido por su actitud y su congoja, él le preguntó cuál era la causa, y ella le respondió que su conducta.

—¡Mi conducta! ¿Qué parte de ella? —preguntó él.

—Vuestra reserva, vuestra pena secreta y vuestras frecuentes ausencias de la abadía.

—¿Tan sorprendente es que un hombre que lo ha perdido casi todo se lamente algunas veces de sus infortunios? ¿O tan reprobable que intente ocultar su congoja, como para que le censuren por ello precisamente aquellos a quienes quería evitar el sufrimiento de compartirla?

Tras pronunciar aquellas palabras, abandonó la habitación dejando a Madame La Motte sorprendida, pero un poco aliviada del peso de sus anteriores sospechas. No obstante, seguía persiguiendo a Adeline con ojos escudriñadores, y a veces dejaba caer su máscara de amabilidad y se mostraba desconfiada. Sin saber exactamente por qué, Adeline se sentía menos a gusto en su presencia y no era tan feliz como antes; su ánimo decaía, y cuando se encontraba a solas a menudo lloraba por el triste abandono a que se veía reducida. Antes, su recuerdo de los sufrimientos pasados se perdía gracias a la amistad de Madame La Motte; ahora, aunque se mantuviese tan en guardia para no dar ninguna muestra llamativa de su escasa amabilidad, había algo en sus modales que enfriaba las esperanzas de Adeline, sin que pudiese hallar la razón. Mas un incidente que ocurrió pocos días después suspendió por algún tiempo los celos de Madame La Motte y sacó a su esposo de su melancolía estupefacción.

Un día que Peter había ido a Auboigne, para abastecerse de sus provisiones semanales, volvió con una información que despertó en La Motte nuevos temores e inquietudes.

—¡Oh, señor! —exclamó Peter—, he oído algo que me ha asombrado cuanto es posible, y que igual os asombrará a vos cuando lo sepáis. Estando en la herrería, mientras el herrero le ponía un clavo a la herradura del caballo... por cierto, el caballo perdió el clavo de un modo extraño, señor, le contaré cómo fue...

—No, por favor, deja eso para otro momento, sigue con tu historia.

—Pues bien, señor, mientras estaba en la herrería, llegó un hombre con una pipa en la boca y una petaca grande en la mano.

—Bueno... ¿qué tiene que ver la pipa con la historia?

—Me desconcertáis, señor; no puedo seguir a menos que me dejéis contarla a mi modo. Como iba diciendo... con una pipa en la boca... Creo que estaba en eso, ¿no es así, señoría?

—Sí, sí... hombre, continúa.

—Se sentó en el banco y, quitándose la pipa de la boca, le dijo al herrero:

»—Amigo, ¿conocéis por aquí a alguien llamado La Motte?

»¡Dios mío, señoría, en un momento todo mi cuerpo se cubrió de un sudor frío!... ¿Se encuentra bien su señoría? ¿Quiere que vaya a buscar alguna cosa?

—No; pero se más breve en tu relato.

—¡La Motte! ¡La Motte! —dijo el herrero—, creo haber oído antes ese apellido.

»—¿Es cierto eso? —dije yo— entonces sois muy hábil, pues por aquí no hay nadie con ese nombre, que yo sepa.

—¡Necio!... ¿por qué dijiste eso?

—Porque no quería que supieran que su señoría estaba aquí; y si no me hubiese conducido tan astutamente, me habrían descubierto. No hay por aquí nadie con ese nombre, que yo sepa —le dije.

»—En verdad —dijo el herrero—, que en ese caso conocéis vecindario mejor que yo.

»—Sí —dijo el hombre de la pipa—, eso es muy cierto. ¿Cómo es que conocéis tan bien el vecindario? El próximo día de san Miguel hará como veintiséis años que vivo aquí, y vos sabéis más que yo. ¿Cómo habéis llegado a saber tanto?

»Después se metió la pipa en la boca y me echó la humareda en la cara. ¡Dios mío!, señoría, temblé de la cabeza a los pies.

»—No —dije yo—, en cuanto a eso, no se más que otros, pero estoy seguro de no haber oído hablar de nadie con ese nombre.

»—¿No sois vos —dijo el herrero, mirándome fijamente a los ojos— el hombre que preguntaba hace algún tiempo por la abadía de Saint Clair?

»—¿Y qué? —dije yo—. ¿Eso qué prueba?

»—Bueno, según dicen, alguien vive ahora en la abadía —dijo el hombre, volviéndose al otro—. Y se me antoja que podría tratarse muy bien de ese mismo La Motte.

»—A mí también —dijo el hombre de la pipa, levantándose del banco—; y vos sabéis más de lo que decís sobre eso. Apostaría mi cabeza a que ese Monsieur La Motte vive en la abadía.

»—Os engañáis —le dije—, ahora ya no vive en la abadía.

—¡Maldito disparate! —gritó La Motte—. ¿No puedes ir más rápido?... ¿Cómo acabó el asunto?

—Mi amo ya no vive allí —le dije.

»—¡Ah! —dijo el hombre de la pipa—, conque es vuestro amo, ¿eh? Entonces decidme, por favor, cuánto hace que dejó la abadía, y dónde vive ahora.

»—Esperad —dije yo— no vayáis tan rápido... sé cuándo hay que hablar y cuándo hay que morderse la lengua... Pero ¿quién pregunta por él?

»—¡Cómo! ¿Esperaba que alguien preguntase por él? —dijo el hombre.

»—No —dije yo—, no lo esperaba; mas si así fuese, ¿qué prueba eso?... Eso no demuestra nada.

»Entonces miró al herrero y ambos salieron juntos de la herrería, dejando sin

terminar la herradura de mi caballo. Pero eso no me importó, pues nada más irse, monté mi caballo y me largué lo más aprisa que pude. Pero con el susto que tenía, me olvidé, señoría, de dar un rodeo y vine directamente a la abadía.

Sobresaltado en grado sumo por lo que acababa de oír, como única respuesta La Motte maldijo al criado por su torpeza y se fue inmediatamente en busca de Madame, que estaba paseando con Adeline por la orilla del río. La Motte estaba demasiado excitado para suavizar la noticia con un exordio.

—¡Nos han descubierto! —dijo—. Los oficiales del rey han estado preguntando por mí en Aubeine, y la metedura de pata de Peter nos ha puesto en un aprieto.

Entonces le refirió el relato de Peter, y le pidió que se preparase para abandonar la abadía.

—Pero ¿adónde vamos a huir? —dijo Madame La Motte, que apenas podía sostenerse.

—¡A cualquier parte! —dijo La Motte—. Quedarse aquí sería nuestra perdición. Creo que debemos refugiarnos en Suiza. ¡Si había algún lugar en toda Francia donde poder esconderme, sin duda era este!

—¡Ay de mí, cómo nos persiguen! —replicó Madame—. Apenas habíamos acondicionado este lugar, cuando nos vemos forzados a abandonarlo para irnos no sabemos dónde.

—Ojalá no supiésemos todavía dónde —contestó La Motte—; es el menor de los peligros que nos amenazan. Si evitamos la prisión, poco me importa adónde vamos. Volved inmediatamente a la abadía y empaquetad todos los muebles que podáis.

Un torrente de lágrimas vino en socorro de Madame La Motte, que sin decir palabra se colgó temblorosa del brazo de Adeline. Aunque no podía consolarla, Adeline se esforzó por dominar sus sentimientos y aparentar calma.

—Vamos —dijo La Motte—; no perdamos tiempo. Dejemos los lamentos para más tarde; preparémonos ahora para huir. Mostrad un poco de esa entereza que tan necesaria es para nuestra protección. Adeline no llora, y sin embargo su situación es tan lamentable como la vuestra, pues no sé por cuanto tiempo podré seguir protegiéndola.

A pesar del terror que experimentaba, aquella reprimenda hirió el amor propio de Madame La Motte, que, bañada en lágrimas, no se dignó responder y miró a Adeline con marcada expresión de desagrado. Mientras se alejaban en silencio en dirección a la abadía, Adeline preguntó a La Motte si estaba seguro de que fuesen oficiales del rey los que habían preguntado por él.

—No me cabe la menor duda —respondió él—. ¿Quién si no podría preguntar por mí? Además, la conducta de aquel hombre que mencionó mi nombre hace que el asunto esté fuera de toda duda.

—Tal vez no —dijo Madame La Motte—. Esperemos hasta mañana antes de ponernos en camino. Acaso, entonces, no sea necesario que nos vayamos.

—En efecto, podría ser; y para entonces los oficiales del rey podrían decirnos otro

tanto.

La Motte fue a dar órdenes a Peter.

—¡Salir dentro de una hora! —dijo Peter—. ¡Dios mío, amo!, pensad solamente en la rueda del carruaje; me llevaría al menos un día arreglarla, pues su señoría sabe que no he arreglado ninguna en toda mi vida.

Aquella era una circunstancia que La Motte había pasado por alto totalmente. Cuando se establecieron en la abadía, Peter había estado al principio demasiado ocupado en reparar los aposentos para acordarse del carruaje, y más tarde, imaginando que no lo necesitarían tan pronto, había ido posponiendo el arreglo. La Motte perdió la paciencia y, profiriendo una sarta de maldiciones, ordenó a Peter que se pusiese manos a la obra inmediatamente. Mas al buscar los materiales que había comprado anteriormente, no los encontró donde debían estar, y Peter recordó finalmente, aunque fue lo bastante prudente para ocultar esa circunstancia, que había utilizado los clavos para reparar la abadía.

Era, pues, imposible abandonar el bosque aquella misma noche. No le quedaba otro recurso a La Motte que improvisar la manera de ocultarse, por si los oficiales del rey venían a las ruinas antes de la mañana; una circunstancia que el descuido de Peter al regresar de Auboine por el camino directo hacía bastante posible.

Al principio se le ocurrió, realmente, que pese a la imposibilidad de llevarse consigo a su familia, él podía coger uno de los caballos y huir del bosque antes de la noche. Pero pensó que seguía habiendo algún peligro de que le reconocieran en los pueblos por donde debía pasar; y tampoco podía aceptar la idea de dejar a su familia indefensa, sin saber cuándo podría volver con ellas, o adónde podría indicarles que le siguieran. La Motte no era un hombre de resoluciones enérgicas y tal vez prefería sufrir en compañía que solo.

Después de reflexionar bastante, recordó la trampa del gabinete en los aposentos del piso de arriba. No podía descubrirse fácilmente, y fuera cual fuese el lugar adonde le condujese, sin duda *le* protegería al menos de ser descubierto. Tras deliberar el asunto un rato más, decidió explorar el escondrijo adonde conducía la escalera, imaginando que toda su familia podría mantenerse allí oculta durante algún tiempo. Pasó muy poco tiempo entre la concepción del plan y su puesta en práctica, ya que la oscuridad iba en aumento y a cada susurro del viento se figuraba que oía las voces de sus enemigos.

Pidió una luz y subió solo a su cámara. Cuando llegó al gabinete, tardó algún tiempo en encontrar la trampa, de lo bien disimulada que estaba entre el entablado del suelo. Finalmente la halló y la levantó. Un aire frío, húmedo y viciado por el largo tiempo que llevaba estancado comenzó a brotar por la abertura, y antes de decidirse a bajar esperó unos instantes a que pasara. Mientras contemplaba el abismo que se abría a sus pies, recordó lo que Peter le había contado con respecto a la abadía y eso le causó una sensación desagradable. Mas pronto tuvo que anteponer a todos sus pensamientos el interés que más le acuciaba.

La escalera era bastante empinada y en muchos sitios temblaba bajo su peso. Continuó bajando durante algún tiempo hasta poner pie en tierra; se hallaba en un corredor estrecho, y cuando iba a volverse para seguirlo, los vapores húmedos que le rodeaban apagaron la vela. Llamó a voces a Peter, pero no pudo hacerse oír por nadie y al cabo de un rato trató de subir la escalera a oscuras. Con algunas dificultades, lo consiguió y, después de atravesar las cámaras con pasos cautelosos, descendió a la parte baja de la torre.

La seguridad que parecía prometerle el lugar que acababa de abandonar era demasiado importante para rechazarla negligentemente, de modo que decidió inmediatamente hacer otro experimento con la vela: la puso en un farol portátil, y bajó por segunda vez al corredor. El flujo de vapores ocasionados por la abertura de la trampa había disminuido, y el aire fresco que había entrado empezaba a circular, por lo que La Motte siguió adelante tranquilamente.

El corredor era bastante largo y le llevó hasta una puerta, que estaba cerrada. Puso el farol a alguna distancia para evitar la corriente de aire y empujó la puerta con todas sus fuerzas. Se movía, mas no cedía. Examinándola con más atención, observó que la madera estaba podrida junto a la cerradura, probablemente por la humedad, y eso le animó a seguir empujando. Al cabo de un rato cedió y La Motte se encontró en una habitación enlosada.

Permaneció algún tiempo examinándola. Las paredes, que rezumaban una humedad malsana, estaban completamente desnudas y no tenían ni una sola ventana. El aire entraba únicamente por una reja de hierro. Al fondo, cerca de un nicho estrecho, había otra puerta. La Motte fue hacia ella, y según pasaba miró el interior del nicho. Había un cofre grande; se acercó para examinarlo y, al levantar la tapa, vio los restos de un esqueleto humano^[28]. El corazón se le encogió del horror y retrocedió involuntariamente. Durante algunos instantes se apaciguó su conmoción inicial. La estremecedora sensación que a menudo producen en la mente humana las cosas que causan miedo le incitó a mirar otra vez aquel tenebroso espectáculo.

Mientras miraba, permaneció inmóvil; el objeto que tenía delante parecía confirmar los rumores de que, en tiempos pasados, alguien había sido asesinado en la abadía. Luego cerró el cofre y se dirigió a la segunda puerta, que también estaba cerrada. Mas como la llave estaba en la cerradura, la hizo girar con algunas dificultades, comprobando entonces que estaba asegurada con dos gruesos cerrojos. Habiendo descorrido estos, descubrió un tramo de escalera, que descendió. Terminaba en una serie de bóvedas bajas, o más bien celdas, que por la forma en que estaban construidas y su estado actual parecían coetáneas de las partes más antiguas de la abadía. En el estado de abatimiento en que se encontraba, La Motte pensó que serían los enterramientos de los monjes que en otro tiempo habitaron el edificio de arriba; pero estaban calculadas más como lugar de penitencia para los vivos, que de reposo para los muertos.

Al llegar al final de las celdas, otra puerta le cerraba el paso. La Motte dudó si

debía seguir adelante. El sitio en que estaba parecía ofrecerle la seguridad que buscaba. Allí podía pasar la noche tranquilo, sin temor a ser descubierto; y era más que probable que si los oficiales llegaran durante la noche y encontrasen la abadía vacía, se marcharían antes del amanecer, o al menos antes de que él pudiera tener ocasión de salir de su escondite. Esas consideraciones devolvieron la calma a su espíritu. Su única preocupación inmediata era traer a su familia, lo más pronto posible, a aquel sitio seguro, antes de que los oficiales se presentaran de improviso; y se reprochó por haberse detenido tanto tiempo a deliberar.

Mas el deseo irresistible de saber adonde conducía aquella puerta le hizo detenerse y se volvió para abrirla. La puerta, sin embargo, estaba cerrada, y cuando intentó forzarla creyó oír de repente un ruido arriba. Pensó que tal vez habían llegado los oficiales y abandonó las celdas precipitadamente con la intención de escuchar a través de la trampa.

«Allí —se dijo— puedo esperar sin peligro, y tal vez oiga algo de lo que pasa. A mis familiares no los reconocerán, o al menos no les harán daño; y en cuanto a su inquietud por mí, deben aprender a sobrellevarla».

Esos fueron los argumentos de La Motte, en los cuales, hay que reconocer, se manifestaba más su prudencia interesada que la compasiva preocupación por su esposa. Cuando llegó al final de la escalera miró hacia arriba y vio que había dejado abierta la trampa; subió apresuradamente para cerrarla y oyó pasos en los aposentos de arriba. Antes de que pudiese descender lo bastante para ocultarse completamente de la vista, miró otra vez hacia arriba y vio a través de la abertura el rostro de un hombre que le miraba.

—Amo —gritó Peter.

La Motte se tranquilizó un poco al oír su voz, aunque estaba bastante enojado por el terror que le había causado.

—¿Qué haces aquí? ¿Pasa algo arriba?

—Nada, señor, no pasa nada, sólo que mi señora me ha enviado a ocuparme de su señoría.

—¿Entonces no hay nadie arriba? —dijo La Motte, poniendo un pie en la escalera.

—Sí señor, está mi señora y mademoiselle Adeline y...

—Bien... bien —dijo La Motte animadamente— vete delante, que ya voy yo.

Le contó a su mujer dónde había ido, y su intención de ocultarse; luego deliberaron sobre la mejor manera de persuadir a los oficiales, en caso de que llegasen, de que él había abandonado la abadía. Con ese propósito mandó trasladar todos los muebles a las celdas de abajo. Él mismo ayudó en la operación y todos se emplearon con extrema diligencia. En muy poco tiempo la parte habitable del edificio quedó casi tan desolada como él la había encontrado. Luego ordenó a Peter que llevase los caballos a alguna distancia de la abadía y los soltara. Todavía imaginó algo que podía contribuir a engañarlos: colocar en alguna parte visible del edificio

una inscripción que expresase su infortunio y mencionase la fecha de su partida de la abadía. Con ese objeto grabó en la puerta de la torre, que conducía a la parte habitable de la estructura, las siguientes líneas:

¡Oh tú, a quien el infortunio puede conducirte a este sitio,
Sabe que hay otros tan desdichados como tú!

P*** L*** M***, un miserable exiliado, halló en estos muros refugio contra la persecución el 27 de abril de 1658, y los abandonó el 12 de julio del mismo año para buscar un asilo más conveniente.

Después de grabar esas palabras con un cuchillo, puso en una cesta el escaso resto de las provisiones de la semana (pues Peter, con su miedo, había vuelto de vacío de su último viaje), y habiendo reunido a su familia, subieron todos juntos la escalera de la torre y atravesaron todos los aposentos hasta llegar al gabinete. Peter iba delante con una vela y tuvo algunas dificultades para encontrar la trampa en el suelo. Madame La Motte se estremeció al contemplar aquel oscuro abismo; pero todos guardaron silencio.

La Motte tomó entonces la vela y mostró el camino; Madame le siguió, y después Adeline.

—Apuesto, señoría, que a los monjes que aquí vivían les gustaba el buen vino, como a los demás —dijo Peter, que cerraba la marcha—. Seguro que aquí tenían su bodega; ya siento el olor de los toneles.

—Tranquilo —dijo La Motte—, reserva tus chistes para una ocasión más conveniente.

—No hay nada malo en que le guste a uno el buen vino, como su señoría bien sabe.

—Acaba ya con esas payasadas —dijo La Motte, en un tono más autoritario— y pasa tú primero.

Peter obedeció. Llegaron a la habitación de las bóvedas. El tenebroso espectáculo que allí había visto disuadió a La Motte de pasar la noche en aquella cámara; además, los muebles habían sido trasladados a las celdas de abajo. A La Motte le preocupaba que sus familiares vieran el esqueleto, pues eso probablemente les provocaría tal horror que no lograrían superarlo durante su estancia allí. De modo que pasó apresuradamente por delante del cofre, y Madame La Motte y Adeline estaban demasiado absortas en sus pensamientos para prestar la menor atención a circunstancias externas.

Cuando llegaron a las celdas, Madame La Motte lloró al considerar que la necesidad la condenaba a pasar la noche en un sitio tan lúgubre.

—¡Ay de mí! —dijo—. ¡Hay que ver a lo que nos vemos reducidos! Los aposentos de arriba me parecían al principio un sitio deplorable, mas son un palacio comparados con este.

—Cierto, querida —contestó La Motte—. Mas que el recuerdo de lo que pensasteis de ellos en un principio apacigüe ahora vuestro descontento. Estas celdas

son también un palacio, comparadas con la Bicêtre, o la Bastilla^[29], y con los horrorosos castigos que en ellas se infligían. Que el temor a un mal mayor os enseñe a sobrellevar el menor. Ya me conformaría yo si encontrara aquí el refugio que busco.

Madame La Motte permaneció callada y Adeline, olvidando sus agravios recientes, trató de consolarla lo mejor que pudo. Aunque su corazón sucumbía a los infortunios, que sólo ella podía prever, mostraba un semblante tranquilo, e incluso alegre. Atendía a Madame La Motte con la más alerta solicitud, y se alegraba tanto de que su esposo estuviera oculto en este escondrijo que casi no se daba cuenta de su oscuridad ni de sus otros inconvenientes.

Se lo expresó sin rodeos a La Motte, el cual no podía ser insensible a semejante prueba de afecto. Madame La Motte tampoco lo fue y eso reavivó en su interior una sensación penosa. Tomaba las efusiones de gratitud de la joven como si fueran de ternura.

La Motte volvió muchas veces a la trampa para escuchar si alguien llegaba a la abadía, mas ningún ruido turbó la quietud de la noche. Luego se sentaron a la mesa y la cena fue bien triste.

—Si los oficiales no viniesen esta noche —dijo Madame La Motte, suspirando—, supongo, querido, que Peter volverá mañana a Auboine. Allí podría enterarse de algo más, o al menos procurarse un carruaje para sacarnos de aquí.

—Sin duda que podría —respondió La Motte, malhumorado—, mas la gente se daría cuenta también. Peter sería la persona idónea para mostrar a los oficiales el camino a la abadía e informarles de lo que tal vez estén dudando: que estoy oculto aquí.

—¡Qué ironía más cruel! —respondió Madame La Motte—. Lo que yo proponía era tan sólo por nuestro bien mutuo; tal vez me haya equivocado, sin embargo, mis intenciones eran por supuesto buenas.

Mientras decía aquellas palabras sus ojos se llenaron de lágrimas. Adeline deseaba consolarla, mas callaba por delicadeza. La Motte notó el efecto de su discurso y una especie de remordimiento conmovió su corazón. Se aproximó a su esposa y tomando su mano, le dijo:

—Debéis tener en cuenta el desorden de mi mente, no era mi intención afligiros de esa manera. La idea de enviar a Peter a Auboine, donde ya nos ha perjudicado tanto con sus pifias, me atormentaba y no podía dejarla pasar inadvertida. No, querida, nuestra única posibilidad de salvación es quedarnos donde estamos mientras nos duren las provisiones. Si los oficiales no vienen esta noche, probablemente lo harán mañana, o quizás el día siguiente. Cuando hayan registrado la abadía sin encontrarme, partirán; entonces podremos salir de este escondrijo y tomar las medidas oportunas para trasladarnos a un país lejano.

Madame La Motte reconoció lo justo de sus palabras y, habiéndose consolado un poco por la leve disculpa que acababa de ofrecerle su esposo, volvió a animarse relativamente. Después de cenar, La Motte apostó al fiel aunque simple Peter al pie

de la escalera que ascendía al gabinete para que vigilara durante la noche. Hecho esto, volvió a las celdas de abajo, en donde había dejado a su reducida familia. Prepararon las camas y, después de darse las buenas noches con tristeza, se acostaron todos e imploraron el sueño.

La mente de Adeline estaba demasiado ocupada para que le permitiese descansar. Y cuando creyó que sus compañeros se habían dormido, dio rienda suelta al pesar que sus reflexiones le ocasionaban. Miraba al futuro con la más lúgubre aprensión. ¿Qué sería de ella si atrapaban a La Motte? Entonces tendría que vagar sin rumbo por el ancho mundo, sin amigos que la protegiesen, ni dinero que la mantuviese. La perspectiva era deprimente... ¡terrible! Lo reconoció y se estremeció. Las congojas de Monsieur y Madame La Motte, a quienes amaba con el más vivo afecto, formaban también parte importante de las suyas.

A veces se acordaba de su padre; pero en él no veía más que a un enemigo de quien debía huir. Aquel recuerdo acrecentaba su pesar; sin embargo lo que le afligía no era tanto el recuerdo del sufrimiento que él le había ocasionado, cuanto la sensación de su crueldad; de modo que lloraba amargamente. Finalmente, con esa cándida piedad que sólo la inocencia conoce, se dirigió al Ser Supremo y se puso en manos de su providencia infinita. Su mente fue apaciguándose poco a poco y pronto se quedó dormida.

CAPÍTULO V

Una sorpresa. Una aventura. Un misterio.

LA noche pasó sin ningún sobresalto. Peter había permanecido en su sitio y no oyó nada que le impidiese dormir. Mucho antes de divisarle, La Motte oyó sus musicales ronquidos, aunque hay que reconocer que eran los más bajos de la gama. Pronto le despertó la *bravura* de La Motte, cuyas notas disonaban en sus oídos y le sacaron de su sopor.

—Dios le bendiga, amo —gritó Peter, despertando—, ¿pasa algo?, ¿han venido?

—En efecto; si fuera por ti, ya habrían venido. ¿Acaso te he puesto aquí para que te duermas, bribón?

—Dios mío, amo —respondió Peter—, dormir es el único consuelo que le queda a uno aquí; estoy seguro de que yo no tendría corazón para negárselo a un perro en un lugar como este.

La Motte le preguntó seriamente acerca de cierto ruido que había oído durante la noche; y Peter le contestó más solemnemente todavía que él no había oído ninguno; una afirmación que era rigurosamente cierta, pues había disfrutado del placer de dormir sin interrupción.

La Motte subió a la trampa y escuchó con atención. No se oía ningún ruido, y cuando se aventuró a levantarla, la luz resplandeciente del sol hirió sus ojos, pues la mañana estaba bastante avanzada. Recorrió muy despacio las diferentes cámaras y miró por una ventana, mas no vio a nadie. Alentado por aquella aparente seguridad, se aventuró a bajar la escalera de la torre y entró en el primer aposento. Cuando se dirigía hacia el segundo, se acordó de pronto y atisbó a través de una rendija de la puerta, que estaba abierta a medias, viendo claramente a una persona sentada cerca de la ventana, con el brazo apoyado en ella.

El descubrimiento le sobresaltó tanto, que por un momento perdió su presencia de ánimo y le fue totalmente imposible dar un solo paso. La persona, que estaba de espaldas a él, se levantó y volvió la cabeza. La Motte se recuperó entonces y, saliendo del aposento lo más rápida y silenciosamente posible, subió al gabinete. Levantó la trampa y, antes de cerrarla, oyó los pasos de alguien que entraba en el cuarto. La trampa no tenía cerrojos ni ningún otro sistema de cerramiento; su seguridad dependía exclusivamente del ajuste exacto de las tablas. La puerta exterior del aposento enlosado no había manera de defenderla, y los cerrojos de la del interior estaban situados por la parte de fuera, de modo que no le ofrecían ninguna seguridad, ni le permitían escaparse.

Cuando llegó a ese aposento se detuvo y oyó claramente a varias personas que andaban por el gabinete de arriba. Aguzando el oído, oyó también una voz que le llamaba por su nombre. Inmediatamente huyó a las celdas de abajo, esperando oír de

un momento a otro que se levantaba la trampa y entraban sus perseguidores, aunque no pudo oír nada. Habiéndose dejado caer al suelo en el extremo más alejado de las bóvedas, permaneció echado algún tiempo sin resuello por la agitación. Madame La Motte y Adeline, completamente aterrorizadas, le preguntaron qué había sucedido. Tardó algún tiempo en poder hablar; cuando lo hizo, era casi innecesario, pues los ruidos distantes que sonaban arriba informaron en parte a su familia.

Aunque los ruidos no parecían aproximarse, Madame La Motte, incapaz de dominar su miedo, gritó a voz en cuello, lo que redobló la angustia de La Motte.

—Vais a ser mi perdición —exclamó—. Con ese grito acabáis de descubrirles el lugar en que me encuentro.

Atravesó las celdas con paso rápido y las manos apretadas. Pálida y muda como una muerta, Adeline sostenía a Madame La Motte, costándole bastante trabajo impedir que se desmayara.

—¡Oh, Dupras, Dupras!, ¡ya estáis vengado! —dijo La Motte, con una voz que parecía salir del fondo de su corazón. Y después de un momento de silencio, prosiguió—: ¿Por qué me engaño a mí mismo con la esperanza de escapar? ¿Por qué espero aquí a que vengan por mí? Mejor sería acabar con estas angustias que me torturan, entregándome a ellos inmediatamente.

Mientras hablaba se dirigió hacia la puerta, mas la aflicción de Madame La Motte detuvo sus pasos.

—Deteneos —dijo ella—, hacedlo por mí, no me dejéis así; ¡no os arrojéis voluntariamente al abismo!

—Sin duda, señor —dijo Adeline—, sois muy impulsivo; vuestra desesperación es tan inútil como mal fundada. No se oye venir a nadie. Si los oficiales hubiesen descubierto la trampa, seguro que ya estarían aquí hace tiempo.

Las palabras de Adeline aplacaron el tumulto de su mente. Su inquietud se apaciguó, y la razón hizo brillar en sus ojos un débil rayo de esperanza. Escuchó atentamente, y al darse cuenta de que todo estaba tranquilo, se dirigió con cautela a la cámara enlosada; y de allí al pie de la escalera que conducía a la trampa. Estaba cerrada y no se oía ningún ruido arriba.

Observó durante un buen rato: el silencio continuaba y sus esperanzas aumentaban. Finalmente, empezó a creer que los oficiales habían abandonado la abadía, aunque pasó todo el día muy preocupado vigilando. No se atrevió a abrir la trampa, y con frecuencia creyó oír algún ruido lejano. Era evidente, sin embargo, que el secreto del gabinete no había sido descubierto; y con razón, fundaba su seguridad sobre esta circunstancia. La noche siguiente la pasó, igual que el día, en una temblorosa esperanza y una vigilancia continua.

Mas entonces se vieron amenazados por el hambre. Las provisiones, que se habían distribuido con la más escrupulosa economía, estaban casi agotadas, y una prolongada estancia en aquel escondite podía tener las más deplorables consecuencias. En semejante situación, La Motte meditó lo que sería más prudente

hacer. No veía otra alternativa que la de enviar a Peter a Auboine, única villa de donde podía volver a tiempo para atender sus necesidades. En el bosque, desde luego, había abundante caza. Pero por desgracia Peter no podía utilizar en su provecho ni una escopeta ni una caña de pescar.

Se convino, pues, en que Peter iría a Auboine para abastecerse de provisiones y al mismo tiempo traer los materiales necesarios para arreglar la rueda del carruaje, a fin de poder moverse por el bosque. La Motte prohibió a Peter que hiciese preguntas sobre la gente que se había interesado por él, y que no tomase ninguna medida para averiguar si se habían ido del lugar, temiendo que una vez más le delatase una de sus pifias. Le encomendó que guardase silencio absoluto acerca de esos particulares, y que concluyese su encargo y abandonara la villa con la mayor diligencia.

Todavía quedaba una dificultad que vencer: ¿quién se atrevería a salir primero a la abadía para enterarse si la habían dejado libre los oficiales de justicia? La Motte consideró que si volvían a verle estaría irremediablemente perdido; lo cual no era *tan* cierto si el descubierto era alguno de sus acompañantes, ya que todos ellos eran desconocidos para los oficiales. Era necesario, sin embargo, que la persona a quien enviase tuviese suficiente valor para continuar con la investigación, y bastante ingenio para dirigirla con prudencia. Peter tenía quizás la primera cualidad; mas desde luego carecía por completo de la segunda. Annette no tenía ninguna. La Motte miró a su esposa y le preguntó si se atrevería a intentarlo por él. La proposición le encogió el corazón; sin embargo, no quería negarse ni parecer indiferente en lo tocante a un punto tan esencial para la salvación de su esposo. Adeline notó en su semblante la agitación de su mente y, superando sus temores, que hasta entonces la habían mantenido en silencio, se ofreció a ir ella misma.

—Es probable —dijo— que tengan más consideración conmigo que con un hombre.

La vergüenza no le permitía a La Motte acceder a su ofrecimiento, y Madame, conmovida por la magnanimidad de su conducta, sintió revivir momentáneamente su anterior afecto por ella. Adeline insistió en su proposición con tanto entusiasmo, y parecía tan sincera, que La Motte empezó a titubear.

—Señor —dijo ella—, en una ocasión me salvasteis de un peligro inminente y desde entonces vuestra amabilidad no ha dejado de protegerme. No me neguéis la satisfacción de merecer esa bondad vuestra, devolviéndoosla agradecida. Dejadme ir a la abadía, y si al hacerlo consigo protegeros del mal, me veré suficientemente recompensada por el ligero peligro que pueda correr, ya que mi placer será al menos igual al vuestro.

Madame La Motte apenas pudo contener sus lágrimas mientras Adeline hablaba.

—Pues bien, sea como decís —dijo La Motte, suspirando profundamente—. Id, Adeline, y desde este momento consideradme vuestro deudor.

Adeline no se detuvo a contestarle, sino que, cogiendo una vela salió de las celdas. La Motte la siguió para levantar la trampa y le advirtió que mirase bien, si le

era posible, todos los aposentos antes de entrar en ellos.

—Si os descubrieran —dijo él— debéis justificar vuestra aparición de modo que no me comprometáis. Vuestra presencia de ánimo os aconsejará mejor que yo... ¡Que Dios os bendiga!

Cuando Adeline se fue, la admiración de Madame La Motte por su conducta no tardó en ceder frente a otras emociones. La desconfianza socavó gradualmente su buena disposición, y los celos suscitaron sospechas. Es posible que un sentimiento más fuerte que la gratitud —pensó— le permitiese a Adeline dominar sus miedos. ¿Y qué sentimiento mejor que el Amor para inspirar una conducta tan generosa? Y aunque sus sospechas se avinieran con lo que es habitual en el mundo, cuando creía no poder explicar la conducta de Adeline sin suponer motivos personales, Madame La Motte olvidaba sin duda cuánto había admirado poco antes la inocencia y desinterés de su joven amiga.

Entre tanto Adeline subió a las cámaras. Cuando vio una vez más los alegres rayos del sol recobró el ánimo. Atravesó los aposentos con paso ligero, sin detenerse hasta llegar a la escalera de la torre. Se detuvo allí durante algún tiempo y, como no oyó ningún ruido salvo el gemido del viento entre los árboles, finalmente descendió. Dejó atrás los aposentos de abajo sin ver a nadie, y los pocos muebles que quedaban parecían estar exactamente como los habían dejado. Entonces se aventuró a asomarse a la torre; mas no descubrió otros objetos animados que los ciervos, que pastaban tranquilamente bajo la sombra de los árboles. Su cervatillo favorito la reconoció y fue hacia ella saltando y dando vivas muestras de alegría. A ella le asustó un poco pensar que si el animal estaba vigilado podrían descubrirla, por lo que se fue rápidamente a los claustros.

Abrió la puerta que conducía a la gran sala de la abadía, pero el corredor estaba tan oscuro que temió entrar y retrocedió. Sin embargo, era necesario que siguiera con su inspección, sobre todo por el lado contrario a las ruinas, que no había visto todavía. Los temores volvieron a apoderarse de ella cuando cayó en la cuenta de que iba a alejarse demasiado de su único refugio y que le sería muy difícil volver a él. Dudaba qué hacer; mas al recordar sus obligaciones con respecto a La Motte y considerar que quizás esa fuera su única posibilidad de hacerle un favor, decidió continuar.

Mientras esos pensamientos pasaban rápidamente por su mente, elevó al cielo sus inocentes ojos y susurró una oración. Con pasos temblorosos, siguió recorriendo las ruinas, echando una ojeada alrededor con inquietud y sobresaltándose a menudo al oír el susurro del viento entre los árboles y tomarlo por cuchicheos de hombres. Llegó al prado que había frente al edificio, y, al no ver a nadie, se sintió más reanimada. Trató de abrir la enorme puerta que daba a la sala, mas al recordar de pronto que había sido condenada por orden de La Motte, se dirigió al extremo norte de la abadía, y al contemplar la perspectiva que se abría ante ella, hasta donde la espesura del follaje lo permitía, sin divisar a nadie, dirigió sus pasos hacia la torre de la que había salido.

Adeline estaba ahora alegre y regresó con impaciencia contarle a La Motte que estaba a salvo. En los claustros encontró de nuevo a su cervatillo favorito y se detuvo un momento a acariciarlo. El animal pareció reconocer su voz y se mostró muy alegre; pero mientras hablaba se le escapó de repente de las manos, y al levantar la mirada advirtió que la puerta del corredor que conducía a la gran sala estaba abierta y que un hombre con uniforme militar salía de ella.

Con la celeridad de una flecha huyó hacia los claustros, sin atreverse a volver la vista atrás ni una sola vez. Mas una voz le gritó que se detuviese, y oyó pasos que corrían en su persecución. Antes de que pudiera llegar a la torre se quedó sin aliento y se apoyó contra uno de los pilares de las ruinas, pálida y exhausta. El hombre se le acercó y, mirándola con una viva expresión de sorpresa y curiosidad, asumió un talante más amable, asegurándole que no tenía nada que temer y preguntándole si pertenecía a la familia de La Motte. Viendo que parecía aterrorizada todavía y permanecía callada, reiteró sus garantías y su pregunta.

—Se que está oculto en las ruinas —dijo el desconocido—; también sé por qué se oculta. Pero es de la mayor importancia que lo vea, y bien pronto se convencerá de que nada tiene que temer de mí.

Adeline temblaba tanto que le costaba mucho trabajo sostenerse... dudaba y no sabía qué responder. Su comportamiento parecía confirmar las sospechas del desconocido, y al darse cuenta de eso aumentó su desconcierto. El hombre se aprovechó de esa circunstancia para apremiarla todavía más.

—Es cierto que La Motte —respondió finalmente Adeline— ha habitado hace algún tiempo en la abadía.

—Y todavía habita, señora —dijo el desconocido—. Conducidme a donde pueda encontrarle... tengo que verla y...

—Jamás, señor —replicó Adeline—, os lo aseguro solemnemente, es inútil que le busquéis.

—Debo intentarlo —prosiguió él—, ya que vos, señora, no queréis ayudarme. Ya le he seguido hasta los aposentos de arriba, donde de pronto le perdí. Debe de estar oculto cerca de allí, y es evidente, por tanto, que en esas cámaras tiene que haber algún pasadizo secreto.

Sin esperar la respuesta de Adeline, se dirigió a toda prisa a la puerta de la torre. La joven pensó que si le seguía, confirmaría la veracidad de sus conjeturas, y resolvió quedarse abajo. Pero cuando reflexionó un poco más se le ocurrió que el desconocido podía introducirse en el gabinete a hurtadillas y probablemente sorprender a La Motte en la puerta de la trampa. Por consiguiente, se fue corriendo detrás de él, a fin de hacer oír su voz y evitar de ese modo el peligro que se temía. Cuando le alcanzó, el desconocido estaba ya en la segunda cámara; inmediatamente ella empezó a hablar en voz alta.

El desconocido registró la habitación con el más escrupuloso cuidado, mas al no hallar ninguna puerta secreta, ni ninguna otra salida, se dirigió al gabinete. Fue

entonces cuando Adeline necesitó de toda su entereza para ocultar su agitación. El desconocido prosiguió con su búsqueda.

—Sé que está oculto en estas cámaras —dijo—, aunque aún no haya podido descubrirle. Seguí hasta aquí a un hombre, que creo que es él, y no ha podido escaparse si no es por algún pasadizo secreto. Así es que no saldré de aquí hasta haberle encontrado.

Examinó las paredes y el suelo, pero sin descubrir la menor señal en el entablado, ya que la trampa estaba tan bien encajada que el mismo La Motte no la vio a simple vista, sino cuando el piso tembló bajo sus pies.

—Aquí hay algún misterio —dijo el desconocido—, que no puedo comprender, y tal vez nunca lo consiga.

Cuando se volvía para salir del gabinete, cual no sería la consternación de Adeline al ver levantarse la trampa suavemente y aparecer La Motte en persona.

—¡Ah! —gritó el desconocido, dirigiéndose impacientemente hacia él. La Motte dio un salto hacia delante y ambos se unieron en un abrazo.

El asombro de Adeline por un momento sobrepasó incluso a su congoja anterior; mas de pronto recordó algo que explicaba aquella escena, y antes de que La Motte pudiera exclamar «¡Hijo mío!», ya sabía ella quién era el desconocido Peter, que permanecía al pie de la escalera y oyó lo que pasaba arriba, corrió a informar a su señora del feliz encuentro y esta se halló muy pronto en brazos de su hijo. Aquel lugar que últimamente era morada de la desesperación, parecía haberse metamorfoseado en palacio del placer y sus muros únicamente repetían acentos de alegría y felicitación.

La alegría de Peter en aquella ocasión fue más expresiva que nunca: ejecutó una verdadera pantomima... brincó, aplaudió... corrió hacia su joven amo... le estrechó la mano a pesar de las miradas de desaprobación de La Motte; iba de un lado para otro sin saber por qué, y no daba ninguna respuesta racional a lo que se le preguntaba.

Cuando sus primeras emociones se calmaron, La Motte, súbitamente recuperado al parecer, reasumió su habitual solemnidad.

—He hecho mal —dijo— dejándome llevar por la alegría, cuando tal vez esté rodeado todavía de peligros. Asegurémonos un refugio mientras podamos —continuó—, pues dentro de unas horas los oficiales del rey pueden volver de nuevo a buscarme.

Louis comprendió las palabras de su padre e inmediatamente disipó sus temores contándole lo siguiente:

—Una carta de Monsieur Nemours, en la que me informaba de vuestra huida de París, llegó a mis manos en Péronne^[30], donde me hallaba entonces de guarnición con mi regimiento. En ella mencionaba que habíais ido al sur de Francia, mas al no haber recibido desde entonces ninguna noticia vuestra, ignoraba el lugar exacto en donde os refugiabais. Por aquella misma época fui enviado a Flandes y, no pudiendo obtener otras informaciones sobre vos, pasé algunas semanas de muy penosa

inquietud. A la conclusión de la campaña obtuve la licencia temporal y me marché inmediatamente a París, esperando que Nemours me informaría de dónde habíais hallado asilo.

»Sin embargo, sobre este punto sabía tanto como yo. Me dijo, no obstante, que dos días después de vuestra partida le habíais escrito desde D***, bajo nombre supuesto, según habíais convenido con él, manifestándole que el temor a ser descubierto os impediría arriesgaros a enviar otra carta. Por tanto, seguía ignorando vuestra residencia, aunque me dijo que no dudaba de que habíais continuado vuestro viaje hacia el sur. Con tan escasa información abandoné París para buscaros, y me fui inmediatamente a V***, donde mis pesquisas me llevaron hasta M***. Allí me dijeron que habíais estado algún tiempo, a causa de la enfermedad de una joven; una circunstancia que me dejó perplejo, ya que no podía imaginar qué joven podía acompañaros. No obstante, seguí hasta L***; mas allí creí haber perdido vuestra pista. Hallándome sentado y pensativo junto a la ventana de la posada, observé unos garabatos en el cristal y la curiosidad me incitó a leerlos. Creí reconocer los caracteres, y las palabras que leí confirmaron mi conjetura, pues recordé habéros las oído repetir muchas veces.

»Reanudé mis pesquisas acerca del camino que habríais tomado, y al final conseguí que la gente de la posada os recordara, y os seguí la pista hasta Aubeine. Allí la perdí de nuevo; mas al regreso de una infructuosa investigación en las cercanías, el patrón de la posada en donde estaba alojado me dijo que creía haber oído noticias de vos, e inmediatamente me contó el incidente que había sucedido en la herrería unas horas antes.

»Su descripción de Peter era tan exacta que no tuve ninguna duda de que habitabais la abadía; y como sabía la necesidad que teníais de ocultaros, la negativa de Peter no hizo vacilar mi confianza. A la mañana siguiente, con la ayuda de mi patrón, encontré la forma de llegar hasta aquí y, después de haber buscado en todas las partes visibles del edificio, empecé a dar crédito a la afirmación de Peter. Vuestra aparición, no obstante, acabó con ese temor, probándome que el lugar estaba todavía habitado; aunque desaparecisteis tan de repente que no estaba seguro de si érais vos el que acababa de ver. Continué buscándoos hasta casi la puesta del sol, y hasta ahora apenas he dejado las cámaras en donde habíais desaparecido. Os llamé repetidas veces, creyendo que mi voz podría convenceros de vuestro error. Finalmente, me retiré para pasar la noche en una choza cerca de la linde del bosque.

»Esta mañana he vuelto temprano a reanudar mis pesquisas y esperaba que, creyéndoos seguro, saldríais de vuestro escondite. ¡Qué decepción más grande sufrí, hallé la abadía tan solitaria y muda como la había dejado la noche anterior! Cuando volvía una vez más de la gran sala, llegó a mis oídos la voz de esta joven y descubrí lo que tan ansiosamente buscaba.

Aquella corta exposición disipó totalmente los últimos temores de La Motte; mas ahora temía que las pesquisas de su hijo, y el evidente deseo de ocultarse que él

mismo había manifestado, pudieran suscitar la curiosidad de la gente de Auboine y contribuyesen al descubrimiento de su verdadera situación. Sin embargo, decidió alejar por el momento esos desagradables pensamientos y trató de disfrutar del alivio que le había proporcionado la presencia de su hijo. El mobiliario fue trasladado a un lugar de la abadía más habitable y las celdas fueron abandonadas de nuevo a sus penumbras.

Madame La Motte parecía haber recobrado nueva vida: con la llegada de su hijo todas sus congojas quedaron momentáneamente sepultadas bajo la alegría. A menudo le miraba en silencio, con la ternura de una madre, y su parcialidad realzaba cualquier progreso que el tiempo hubiera obrado en su físico y en sus modales. Tenía ahora veintitrés años; su aspecto era varonil y tenía aires de militar; sus modales, más que solemnes eran sencillos y corteses; y aunque sus facciones eran irregulares, componían un semblante que, habiéndolo visto una vez, desearía uno volver a verlo.

Madame La Motte pidió con gran impaciencia que le informara acerca de los amigos que había dejado en París, y se enteró de que a los pocos meses de su partida algunos habían muerto y otros habían abandonado la capital. La Motte se enteró también de que se había llevado a cabo en París una intensa búsqueda de su persona, y aunque eso era lo que él esperaba, le sobresaltó tanto, que declaró al momento que sería conveniente trasladarse a un país lejano. Louis no tuvo escrúpulos en decirle que él pensaba que estaría más seguro en la abadía que en cualquier otra parte, y repitió lo que Nemours había dicho: que los oficiales del rey no habían podido seguirle la pista desde París.

—Además —continuó Louis—, esta abadía se halla protegida por un poder sobrenatural, y ningún habitante de los alrededores se atreve a acercarse a ella.

—Con vuestro permiso, mi joven amo —dijo Peter, que estaba esperando en el cuarto—. La primera noche que llegamos aquí tuvimos mucho miedo, y yo mismo, ¡que Dios me perdone!, creí que el lugar estaba habitado por demonios; mas después de todo no eran más que búhos y cosas así.

—No se te ha pedido tu opinión —dijo La Motte—. Aprende a callar.

Peter quedó desconcertado. Cuando hubo abandonado la habitación, La Motte preguntó a su hijo con aparente indiferencia cuáles eran los rumores que circulaban entre las gentes del pueblo sobre la abadía.

—¡Oh, señor! —respondió Louis— apenas me acuerdo de la mitad de ellos. Recuerdo, sin embargo, que decías que, hace muchos años, cierta persona (aunque nadie la había visto, así que figuraos el crédito que puede concederse al relato) fue traída en secreto a esta abadía y confinada en cierta parte de ella; y que hay serios motivos para creer que tuvo un fin desgraciado.

La Motte suspiró.

—Decían además —continuó Louis— que desde entonces el espectro del difunto se pasea todas las noches por entre las ruinas; y para hacer la historia más asombrosa (pues lo maravilloso es siempre lo que más agrada al vulgo), añadían que existe una

parte de las ruinas de donde nunca han vuelto los que se han atrevido a explorarla. Así pues, la gente, que no tiene otras cosas en que ocuparse, se complace en evocar tales imaginaciones.

La Motte se quedó pensativo.

—¿Y en qué razones —dijo al fin, despertando de su ensueño— pretenden fundarse para creer que la persona aquí confinada fue asesinada?

—No utilizaron un término tan tajante como ese —contestó Louis.

—Es cierto —dijo La Motte, ya recuperado—, únicamente dijeron que tuvo un fin desgraciado.

—Es una sutil diferencia —dijo Adeline.

—Lo que no puedo comprender —prosiguió Louis— son los motivos por los que la gente dice que realmente jamás se supo que la persona traída a este lugar hubiese salido de él con vida; pues yo no estoy seguro de que haya estado aquí. Ni tampoco entiendo que afirmen que, mientras estuvo aquí, se observó un extraño aislamiento y un misterio, y que desde entonces el propietario de la abadía no ha vuelto a habitarla. Parece, no obstante, que no hay nada en todo esto que merezca ser recordado.

La Motte levantaba la cabeza, como para responder, cuando la entrada de Madame hizo que cambiasen de tema de conversación, sin que se volviese a tratar en todo el día.

Peter fue enviado a traer provisiones, mientras La Motte y Louis se retiraron a deliberar hasta qué punto estarían a salvo si decidieran quedarse en la abadía. A pesar de las garantías que acababan de darle, La Motte no dejaba de pensar que las pifias de Peter y las pesquisas de su hijo podrían ocasionar el descubrimiento de su refugio. Durante algún tiempo le estuvo dando vueltas en la cabeza al asunto, mas finalmente se le ocurrió una idea: esta última circunstancia podía contribuir considerablemente a su seguridad.

—Si vuelves —le dijo a Louis— a la posada de Auboine, donde te mandaron aquí, y sin mostrar afectación alguna *le* cuentas al patrón que encontraste la abadía desierta, añadiendo que has hallado a la persona que buscabas en otra ciudad bastante alejada, eso echaría por tierra los rumores que ahora circulan y evitaría que se diera crédito a los que puedan surgir en el futuro. Y si después de todo eso tuvieras la suficiente presencia de ánimo y sin perder la serenidad le describieras alguna terrible aparición, creo que con esas circunstancias, unidas a lo alejada que está la abadía y lo difícil que es atravesar el bosque, podría llegar a considerar este lugar como mi propia casa.

Louis accedió a todo lo que su padre había propuesto, y al día siguiente realizó su encargo con tanto éxito, que podría decirse que a partir de entonces la abadía había recuperado completamente su tranquilidad.

Así acabó esta aventura, la única que turbó a la familia durante su estancia en el bosque. Eliminado el temor a los peligros que la habían amenazado en la reciente situación de La Motte, y el abatimiento que le había ocasionado el interés que este se

había tomado en ella, Adeline experimentó en el fondo de su alma una satisfacción fuera de lo normal. También le pareció observar que Madame La Motte volvía a ser amable con ella, y esa circunstancia despertó toda su gratitud y le causó un placer tan intenso como inocente. La satisfacción que proporcionaba a Madame La Motte la presencia de su hijo la interpretaba Adeline como una muestra de amabilidad hacia ella misma, y no regateó esfuerzos por hacerse digna de ella.

Mas la alegría que la llegada inesperada de su hijo había proporcionado a La Motte no tardó en desvanecerse, y la melancolía y el desaliento volvieron a apoderarse de su semblante. Volvía con frecuencia a su guarida en el bosque... y su conducta se teñía de la misma tristeza misteriosa de antes, renovando las inquietudes de Madame La Motte, la cual decidió comunicárselas a su hijo y solicitar su ayuda para descubrir su origen.

Sin embargo, no fue capaz de contarle los celos que tenía de Adeline, aunque de nuevo la atormentaban y le hacían interpretar con sorprendente ingenuidad cada mirada y cada palabra de La Motte, tomando a menudo las cándidas expresiones de agradecimiento de la joven por muestras evidentes de cariño a su esposo. Adeline se había acostumbrado a dar largos paseos por el bosque, mas el plan que Madame había ideado para vigilar sus pasos lo habían desbaratado los sucesos recientes, y ahora le parecía absolutamente impracticable a causa de su dificultad y peligro. Utilizar a Peter para eso supondría revelar sus temores, mas si la seguía ella misma corría el riesgo de descubrir sus intenciones, haciendo que Adeline notase sus celos. Así pues, frenada por el orgullo y la delicadeza, estaba obligada a soportar los tormentos de la incertidumbre respecto a la mayor parte de sus sospechas.

A Louis, sin embargo, le contó el misterioso cambio de humor de su esposo. Él la escuchó con la mayor atención, y la sorpresa y la preocupación que se reflejaron en su semblante mostraron a las claras el interés con que su corazón se lo tomaba. No obstante, estaba igual de confuso que ella sobre aquel asunto, y de buena gana se comprometió a observar los movimientos de La Motte, creyendo que su intromisión probablemente sería igual de útil a su padre que a su madre. De alguna manera adivinaba las sospechas de su madre, mas como pensaba que ella deseaba disfrazar sus sentimientos, le dio a entender que lo había logrado.

Luego preguntó por Adeline, y escuchó con gran interés un resumen de su historia de boca de su madre. Manifestó tanta compasión por sus infortunios, y tanta indignación por la conducta desnaturalizada de su padre, que los temores que Madame La Motte había empezado a concebir de que su hijo hubiera descubierto sus celos cedieron ante otro tipo de temores. Se daba cuenta de que la belleza de Adeline había seducido ya la imaginación de su hijo, y temía que los amables modales de la joven cautivaran muy pronto su corazón. Aunque hubiese continuado con sus primitivas muestras de cariño a Adeline, siempre habría visto sin desagrado su inclinación, y la consideraría un obstáculo para el ascenso y la fortuna que esperaba que su hijo pudiera disfrutar algún día. En eso fundaba todas sus esperanzas de

prosperidad futura, pues consideraba que el enlace matrimonial de su hijo era el único medio de librar a su familia de sus actuales dificultades. Por tanto, citó de pasada los méritos de Adeline, compartió tranquilamente con Louis su compasión por los infortunios de la joven, y en su censura a la conducta del padre introdujo algunas sospechas implícitas sobre la de Adeline. El medio que empleó para reprimir las pasiones de su hijo produjo un efecto contrario del que ella esperaba. La indiferencia que manifestaba hacia Adeline incrementó la compasión de Louis por la desvalida joven, y la indulgencia que fingió al juzgar a su padre aumentó su sincera indignación contra este.

Después de dejar a Madame La Motte, Louis vio a su padre atravesar la explanada e internarse en la negra espesura del bosque que había a su izquierda. Juzgó que sería una buena oportunidad para poner en marcha su plan y, abandonando la abadía, le siguió despacio y a distancia. La Motte continuó caminando con determinación, y parecía tan ensimismado en sus meditaciones que no miraba ni a derecha ni a izquierda y rara vez alzaba la mirada del suelo, Louis le había seguido casi media milla, cuando de pronto le vio adentrarse en el bosque por una senda cuya dirección era diferente del camino que hasta entonces había seguido, Apresuró sus pasos para no perderle de vista, mas, al llegar a la senda, encontró los árboles tan juntos que La Motte había desaparecido de su vista.

No obstante, siguió el camino, que le condujo a la parte de bosque más sombría que había visto hasta entonces, y finalmente llegó a un paraje umbrío, guarnecido por árboles muy altos, cuyas entrelazadas ramas impedían el paso directo de los rayos del sol, admitiendo únicamente una especie de media luz solemne. Louis miró en derredor buscando a La Motte, pero no le veía por ninguna parte. Mientras examinaba el lugar, y reflexionaba sobre lo que debía hacer, divisó un objeto a lo lejos entre la penumbra; mas las espesas sombras que le rodeaban le impidieron distinguir lo que era.

Adelantándose un poco, divisó las ruinas de un edificio pequeño que, por lo que quedaba de él, parecía haber sido una tumba. Mientras lo contemplaba, se dijo:

—Probablemente aquí estén depositadas las cenizas de algún antiguo monje que vivió en la abadía; tal vez, de su fundador, el cual, después de una vida de abstinencia y oración, buscaba en el cielo la recompensa por sus mortificaciones en la tierra. ¡Descanse en paz su alma! Mas ¿de verdad creía que una vida de simples virtudes pasivas merecía la recompensa eterna? ¡Qué equivocado estaba! Si hubiera confiado en los dictados de la razón, se habría informado de que sólo las virtudes activas, la adhesión a la regla de oro «Haz lo que quisieras que te hicieran a ti», puede merecer el favor de una deidad cuyo mayor orgullo es la benevolencia.

Tenía los ojos fijos en las ruinas cuando vio salir una figura bajo el arco del sepulcro. Al ver al joven se sobresaltó e inmediatamente desapareció. Aunque no estaba acostumbrado al miedo, Louis se sintió en aquel momento algo inquieto, mas casi al mismo tiempo se le ocurrió que debía tratarse del mismo La Motte. Se acercó

a las ruinas y le llamó. No obtuvo contestación y repitió la llamada, pero seguía reinando el silencio como en una tumba. Entonces se dirigió al arco de entrada y trató de examinar el lugar por donde la sombra había desaparecido; mas la oscuridad malogró su intento. Observó, sin embargo, un poco a la derecha, una entrada a las ruinas y descendió algunos pasos por una especie de pasadizo oscuro; aunque recordando que aquel lugar podía ser también una guarida de bandidos, el peligro le asustó y retrocedió precipitadamente.

Regresó a la abadía por el mismo camino, y viendo que nadie le seguía y creyéndose de nuevo a salvo, volvió a su primera suposición, es decir, se persuadió de que era La Motte el que había visto. Reflexionó sobre esa extraña posibilidad y se esforzó en buscar un motivo para tan misteriosa conducta; mas fue inútil. A pesar de eso, su presunción se fortaleció y entró en la abadía convencido, cuanto las circunstancias lo permitían, de que era su padre el que se le apareció en el sepulcro. Al entrar en lo que ahora utilizaban como salón, se quedó muy sorprendido de encontrarlo sentado junto a Madame La Motte y a Adeline, conversando como si hubiese regresado hacía algún tiempo.

Aprovechó la primera ocasión que tuvo para informal a su madre de su última aventura y para preguntarle cuánto tiempo hacía que La Motte había regresado. Y cuando se enteró de que hacía casi media hora que había vuelto, su sorpresa aumentó y no supo a qué conclusión llegar.

Entre tanto, la creciente parcialidad de Louis se unió a la sospecha que corroía a Madame La Motte para destruir en el corazón de esta aquel afecto por Adeline que en un principio le habían inspirado la compasión y el aprecio. Su severidad era ahora demasiado obvia para que no la notara aquella a quien iba destinada; y cuando Adeline se dio cuenta, eso le ocasionó una angustia que difícilmente podía soportar. Con el entusiasmo y el candor de la juventud, la joven buscó una explicación a aquel cambio de comportamiento y una oportunidad para exculparla de cualquier intención premeditada. Pero Madame La Motte eludió ambas ingeniosamente, y al mismo tiempo lanzó unas insinuaciones que dejaron perpleja a Adeline y sirvieron para hacer todavía más intolerable su actual congoja.

«He perdido ese afecto —se decía a sí misma— que lo suponía todo para mí. Era mi único consuelo... y sin embargo lo he perdido... y eso sin conocer siquiera mi delito. Pero me alegro de no haber merecido esa severidad, y aunque *ella me* haya abandonado, yo *la* amaré siempre».

Frecuentemente se marchaba del salón, angustiada de esa manera, y, tras retirarse a su cámara, caía en un abatimiento que hasta entonces no había conocido.

Una mañana, al no poder dormir, se levantó muy temprano. La débil claridad del día se abría paso por entre las nubes y se extendía gradualmente desde el horizonte, anunciando la salida del sol. Todavía húmedo por el rocío, el paisaje comenzaba a desvelarse y a aclararse con los primeros albos, hasta aparecer finalmente el sol, derramando sus raudales de luz por todas partes. La belleza de aquel instante la

invitaba a pasear y se fue al bosque a disfrutar de las delicias de la mañana. El canto de los pájaros que acababan de despertar la saludaba al pasar, y el fresco céfiro la acariciaba perfumado con la fragancia de las flores, cuyos colores brillaban más vivamente a través de las gotas de rocío que cubrían sus hojas.

Vagó a la ventura, sin darse cuenta de que se alejaba y, siguiendo las sinuosidades del río, llegó a un claro cuya humedecida vegetación descendía suavemente hasta el mismo borde del agua, formando una escena tan deliciosamente romántica, que se sentó al pie de un árbol a contemplar tanta belleza. Aquellas imágenes apaciguaron imperceptiblemente su tristeza, le infundieron esa suave y agradable melancolía tan querida de las almas sensibles. Durante algún tiempo permaneció sentada y absorta, mientras las flores que crecían a su lado en la orilla parecía que sonreían y le suministraban un motivo de comparación entre su renovada vida y la propia situación de la joven. Meditó y suspiró, y luego, con una voz cuya encantadora melodía estaba modulada por la delicadeza de su alma, cantó la siguiente canción:

SONETO A LA AZUCENA

¡Flor suave como la seda!, que en el húmedo valle
Despliegas tu modesta belleza en la alborada,
y por encima de su brisa errante tu fragancia exhalas,
Nacida sobre las verdes colinas y los sombríos valles;

Cuando el día su deslumbrante ojo ha cerrado,
Y las gentiles brisas mortecinas suavemente amainan;
Cuando el crepúsculo desciende a hurtadillas por el cielo de poniente,
Y las montañas, los bosques y los valles se desvanecen;

Tus delicados cálices, que crecen airosos,
Se inclinan tristes bajo el frescor del rocío;
Tus perfumes buscan su sedosa celda,
Y el ocaso vela tus lánguidos colores.

Mas pronto, ¡hermosa flor!, surgirá el alba,
Y elevará de nuevo tu solemne cabeza;
De nuevo tus níveos tintes desvelará,
Esparcirá de nuevo tu aterciopelado follaje.

¡Dulce hija de la Primavera!, por el pesar como tú abatida,
A menudo vierto lágrimas y en la tristeza caigo,
Y ¡ay! como las tuyas, ¡ojalá la luz disipe *mis* melancolías,
Y el Pesar huya ante el alba alegre y lleno de vida!^[31]

Un eco lejano prolongaba sus acentos y parecía responder a su dulce voz; mas, al repetir la última estrofa del soneto^[32], le contestó una voz casi tan delicada como la suya y menos distante. Miró en derredor sorprendida y vio a un joven vestido de cazador, apoyado contra un árbol, que la miraba con esa atención profunda propia de un alma embelesada.

Mil temores la asaltaron, confundiendo su atareado pensamiento; en aquel momento recordó por vez primera lo lejos que se encontraba de la abadía. Cuando se levantaba apresuradamente para irse, el desconocido se acercó a ella respetuosamente; mas viendo sus tímidas miradas y sus pasos retraídos, se detuvo. Adeline continuó su camino hasta la abadía, y a pesar de las muchas razones que la llenaban de inquietud ante la posibilidad de que la persiguieran, la delicadeza le impidió volver la vista atrás. Cuando llegó a la abadía, viendo que la familia aún no se había reunido para el desayuno, se retiró a su cuarto y allí dedicó todos sus pensamientos a hacer conjeturas sobre el desconocido. Considerando que su interés en aquel asunto concernía más bien a la seguridad de Madame La Motte, se entregó sin ningún escrúpulo a recordar el semblante digno y las nobles ficciones que distinguían al joven que había visto. Después de darle vueltas en la cabeza al asunto, le pareció imposible que una persona de su aspecto pudiese participar en una estratagema para traicionar a un semejante, y aunque no tenía motivos para suponer de quién se trataba o qué hacía en un bosque tan poco frecuentado, rechazó inconscientemente cualquier sospecha ofensiva contra aquel personaje. Por tanto, tras una deliberación ulterior, decidió no mencionar aquel pequeño incidente a La Motte, sabiendo perfectamente que, aunque el peligro fuese imaginario, sus temores serían reales y reavivarían toda su confusión y sus sufrimientos, de los que acababa de librarse. No obstante, resolvió abstenerse por algún tiempo de sus paseos por el bosque.

Cuando bajó a desayunar, notó que Madame La Motte se mostraba más reservada con ella de lo que tenía por costumbre. La Motte entró en la habitación poco después e hizo algunas observaciones sin importancia sobre el tiempo; y después de esforzarse por aparentar alegría, volvió a caer en su acostumbrada melancolía. Adeline observaba preocupada el semblante de Madame, y cuando descubría en él un destello de bondad, se le alegraba el alma; mas muy raras veces permitía que Adeline la lisonjeara. Su conversación estaba restringida, y a menudo contenía ciertas alusiones que ella no podía entender. La llegada oportuna de Louis supuso un alivio para Adeline, que casi tenía miedo de aventurar una sola frase, temiendo que su voz temblorosa traicionase su desasosiego.

—Esta encantadora mañana os ha hecho salir muy temprano de vuestro cuarto —dijo Louis, dirigiéndose a Adeline.

—Sin duda contáis también con un acompañante apropiado —dijo Madame la Motte—. Un paseo solitario raras veces resulta agradable.

—Fui sola, señora —respondió Adeline.

—¿De verdad? Entonces vuestros propios pensamientos deben complaceros mucho.

—¡Ay de mí! —respondió Adeline, que no pudo evitar, pese a sus esfuerzos, el dejar escapar una lágrima—. A mis pensamientos le quedan bien pocos motivos de contento.

—¡Asombroso! —prosiguió Madame La Motte.

—¿De veras os asombra, señora, que sea desgraciada quien ha perdido hasta el último amigo?

Madame La Motte acusó el reproche y se ruborizó.

—Bueno —continuó diciendo, después de una breve pausa—, en cualquier caso vos no os encontráis en esa situación —y miró significativamente a su esposo.

La inocente Adeline estaba bien lejos de sospechar la malicia que envolvía semejante respuesta y no la tuvo en cuenta; al contrario, sonriendo pese a sus lágrimas, se alegró de oírla hablar así. Durante toda aquella conversación La Motte había permanecido absorto en sus reflexiones; y Louis, incapaz de adivinar a qué se refería, miraba alternativamente a su madre y a Adeline, buscando una explicación. A esta última la miró con una expresión tan llena de ternura y de compasión, que Madame La Motte descubrió en seguida los sentimientos de su corazón y contestó inmediatamente a las últimas palabras de la joven en un tono muy serio.

—Un amigo únicamente es estimable cuando nuestra conducta se hace digna de él; la amistad que sobrevive a los méritos de su destinatario es, para ambas partes, una desgracia en lugar de un honor.

El tono con que profirió esas palabras volvió a alarmar a Adeline, que dijo suavemente:

—Esperó no llegar a merecer nunca semejantes censuras.

Madame se calló, mas Adeline estaba tan escandalizada por lo que había oído, que los ojos se le llenaron de lágrimas y se tapó el rostro con un pañuelo.

Louis se levantó conmovido, y La Motte, abandonando su ensimismamiento, le preguntó qué ocurría. Sin embargo, antes de que pudiera recibir una respuesta, pareció olvidarse de que la pregunta la había hecho él.

—Adeline puede daros su propia versión —dijo Madame La Motte.

—No merezco que me tratéis de ese modo —dijo Adeline, alzando la voz—. Mas, ya que mi presencia os desagrada, me retiro.

Hizo ademán de irse hacia la puerta, pero Louis, que se paseaba por la habitación visiblemente agitado, la tomó dulcemente de la mano, diciéndole:

—Aquí debe de haber algún desafortunado malentendido —y quiso llevarla de nuevo a su silla; mas su ánimo estaba demasiado abatido para soportar por más tiempo semejante violencia.

—Dejad que me vaya —pidió ella, soltándose la mano—. Si hay algún malentendido, no soy yo la que puede explicarlo.

Y diciendp eso abandonó la habitación. Louis la siguió hasta la puerta con los

ojos.

—Sin duda, señora —dijo, volviéndose hacia su madre—, sois vos la responsable de esto. Apuesto mi cabeza a que Adeline se merece vuestro más cariñoso afecto.

—Eres muy elocuente en su defensa, señor mío —dijo Madame—. ¿Puedo preguntarte qué es lo que has visto en ella para obrar así?

—Su amabilidad y buena educación —respondió Louis—; cualquiera que la observe sentiría inmediatamente aprecio por ella.

—Tal vez te fíes demasiado de tus propias observaciones; es posible que esa amabilidad y esa buena educación te engañen.

—Perdonad, señora; puedo afirmar, sin presunción, que no me engañan.

—Sin duda, tienes buenas razones para hablar así; y advierto, por tu admiración hacia esa cándida *inocente*, que ha logrado su propósito de atrapar tu corazón.

—Sin proponérselo se ha ganado mi admiración, cosa que no hubiera ocurrido si ella fuese capaz de la conducta que mencionasteis.

Madame La Motte iba a responder, pero se lo impidió su esposo, que, saliendo una vez más de su ensimismamiento, preguntó por el motivo de la disputa.

—Dejad de comportaros tan ridículamente —dijo, con evidentes muestras de disgusto—. Supongo que Adeline habrá descuidado alguna de sus obligaciones en lo referente al gobierno de la casa y un delito tan atroz merece sin duda un severo castigo; mas dejad de molestarme con vuestras mezquinas disputas; si tenéis que ejercer vuestra tiranía, señora, al menos que no sea en presencia mía.

Dicho esto, abandonó bruscamente la habitación y Louis le siguió inmediatamente, mientras Madame se quedaba sola con sus propias reflexiones tan desagradables. Su mal humor tenía el mismo motivo de siempre. Se había enterado del paseo de Adeline y de que La Motte se había ido al bosque muy temprano, y su imaginación, enardecida por los celos, supuso que habían quedado citados. Se lo confirmó la entrada de Adeline, seguida poco después por La Motte; de modo que, amargada así por los celos, ni la presencia de su hijo ni su habitual cuidado con los buenos modales habían sido capaces de dominar sus emociones. Consideraba el comportamiento de Adeline en la última escena como una refinada muestra de hipocresía, y la indiferencia de La Motte como un fingimiento. Tan cierto es esto como que

[...] Las fruslerías, tan ligeras como el aire,
Son, para los celosos, pruebas tan irrecusables
Como las afirmaciones de las Sagradas Escrituras^[33].

Y qué ingeniosa era ella para «desvirtuar la verdadera causa por un camino equivocado»^[34].

Adeline se había retirado a su cuarto a llorar. Cuando su excitación inicial se calmó un poco, examinó a fondo su conducta; y, no hallando nada en ella de lo que se

la pudiese acusar, se quedó más satisfecha; su mayor alivio provenía de la integridad de sus intenciones. En el momento en que es acusada, la inocencia puede verse a veces acuciada por el miedo al castigo, debido únicamente al sentimiento de culpa; mas la reflexión disipa ese miedo ilusorio, y proporciona al alma dolorida el consuelo de la virtud.

Cuando abandonó la habitación, La Motte se había dirigido al bosque. Louis le vio y se unió a él con la intención de ocuparse del asunto de su melancolía.

—Una mañana excelente, señor —dijo Louis—, si me lo permitís os acompañaré al paseo.

La Motte, aunque con disgusto, no puso objeciones; y después de caminar un rato, varió de dirección y tomó un sendero opuesto al que Louis le había visto seguir el día anterior.

Louis comentó que la senda que acababan de dejar era «más sombreada y, por consiguiente, más agradable». La Motte no pareció hacer mucho caso de esa observación.

—Conduce a un lugar extraño —continuó Louis— que descubrí ayer.

La Motte alzó la cabeza. Louis siguió describiendo la tumba y el encuentro que había tenido. Mientras hablaba, La Motte le miró con atención y su semblante mudó varias veces de color. Cuando terminó, le dijo:

—Fuiste muy osado al examinar ese sitio, sobre todo cuando te aventuraste a bajar al pasadizo. Te aconsejo que seas más precavido cuando penetres en lo más espeso del bosque. Yo nunca me he aventurado más allá de ciertos límites, y por consiguiente ignoro qué habitantes puede albergar. Lo que me has contado me alarma un poco —continuó—, pues si hay bandidos en las cercanías no estoy a salvo de sus rapiñas; bien es verdad que apenas tengo nada que perder, salvo mi vida.

—Y las vidas de vuestros familiares —respondió Louis.

—Desde luego —dijo La Motte.

—Estaría bien asegurarse sobre ese punto —contestó Louis—. Estoy pensando cómo podríamos hacerlo.

—Es inútil pensar en eso —dijo La Motte—. La investigación tendría sus peligros; podrías pagar con tu vida por satisfacer tu curiosidad. Nuestra única posibilidad de salvación está en empeñarnos en permanecer ocultos. Volvamos a la abadía.

Louis no sabía qué pensar, pero no dijo nada más sobre aquello. La Motte pronto volvió a sumirse en profundas meditaciones, y su hijo tuvo ocasión entonces para lamentarse del estado de abatimiento que últimamente había observado en él.

—Lamenta más bien la causa que lo engendra —dijo La Motte, suspirando.

—Lo hago de todo corazón, cualquiera que sea —dijo Louis—. ¿Me estaría permitido, señor, preguntaros cuál es la causa?

—¿Tan poco conoces mis infortunios —respondió La Motte— para venirme con semejante pregunta? ¿Acaso no he sido arrancado de mi casa, de mis amigos, y casi

de mi país? ¿Y todavía me preguntas qué es lo que me aflige?

Louis reconoció lo justo de su reprobación y guardó un momento de silencio.

—El que estéis afligido, señor, no me causa sorpresa —repuso—, lo extraño sería, realmente, que no lo estuvierais.

—¿Cuál es, entonces, la causa de tu sorpresa?

—El aspecto alegre que teníais cuando llegué aquí.

—Antes te lamentabas de que estuviera afligido —dijo La Motte—, y ahora no pareces demasiado complacido de que una vez estuviera alegre. ¿Qué significa todo esto?

—Me interpretáis mal —dijo su hijo—. Nada me daría más satisfacción que volveros a ver alegre. En aquella ocasión existían los mismos motivos para estar triste, y sin embargo estabais alegre.

—El que estuviera alegre —dijo La Motte— bien puedes atribúrtelo personalmente, y no es halago; tu presencia me reanimó y al mismo tiempo me liberó de un montón de temores.

—Si existe la misma causa, ¿por qué, entonces, no seguís alegre?

—¿Y por qué olvidas tú que es a tu padre a quien hablas así?

No lo olvido, señor, y nada en el mundo habría podido incitarme a hacerlo salvo la preocupación por mi padre. He observado con gran inquietud que tenéis algunos motivos ocultos para estar desasosegado. Reveladlos, señor, a aquellos que piden compartir todas vuestras aflicciones, y permitidles que, participando de ellas, suavicen su rigor.

Louis alzó la vista y observó el semblante de su padre, que estaba pálido como un muerto. Sus labios temblaron al decirle:

—Por mucha confianza que tengas en ella, tu perspicacia te ha engañado en esta ocasión. No tengo otro motivos de congoja que los que tú ya conoces, y deseo que nunca más reanudemos esta conversación.

—Si ese es vuestro deseo, obedeceré, desde luego —dijo Louis—. Mas me disculparéis, señor, si...

—No os disculpo, señor —interrumpió La Motte—. Pongamos punto final a esta charla.

Y diciendo esto, aceleró el paso; Louis, no atreviéndose a seguirle, caminó despacio hasta llegar a la abadía.

Adeline pasó la mayor parte del día sola en su cuarto, donde, después de examinar detenidamente su conducta, trató de fortalecer su alma contra el inmerecido disgusto de Madame la Motte. Era una tarea más difícil que absolverse a sí misma de la pretendida falta contra aquella. Pues la quería y había contado con su amistad, que le seguía pareciendo valiosa, a pesar de su extraña conducta. Era cierto que ella no había merecido perderla, pero Madame era tan enemiga de dar explicaciones que había pocas posibilidades de que la recuperase, por muy infundada que fuese la causa de su antipatía. Al final, razonó, o tal vez se persuadió más bien de conservar

aceptablemente la calma; pues renunciar a un bien real sin enfadarse es menos un esfuerzo de la razón que del carácter.

Durante varios días estuvo muy ocupada en un trabajo que le había encargado Madame La Motte; y lo hizo sin la menor intención de conciliarse su favor, ya que tenía la impresión de que ese modo de corresponder a su severidad era adecuado a su propio carácter, sus sentimientos y su orgullo. El egoísmo es *quizás* el eje alrededor del cual giran los demás afectos humanos, pues todo lo que tenga por objeto la satisfacción personal puede convertirse en egoísmo. Sin embargo algunos de esos afectos son tan puros en sí mismos... que aunque no podamos negar su origen casi merecen el apelativo de virtud. El de Adeline era de esa clase.

Adeline pasó la mayor parte del día que le fue posible ocupada de esa manera y leyendo. En efecto, los libros habían sido constantemente su principal fuente de información y entretenimiento. Los que tenía La Motte eran pocos, pero bien escogidos, y Adeline podía disfrutar de ellos más que antes. Cuando su mente estaba turbada por el comportamiento de Madame La Motte, o por el recuerdo de sus primeros infortunios, un libro era el narcótico que le devolvía la calma. La Motte tenía muchos, de los mejores poetas en inglés, lengua que Adeline había aprendido en el convento; por tanto, la joven estaba capacitada para apreciar sus bellezas, que a menudo le inspiraban un entusiástico deleite.

Al declinar el día, abandonó su cuarto para disfrutar del frescor de la tarde, mas no se alejó de la abadía más allá de una senda que daba a poniente. Leyó un poco, pero non pudiendo abstraerse del paisaje que la rodeaba, cerró el libro y se abandonó a la dulce y complaciente melancolía que el momento le inspiraba. El viento estaba en calma, y el sol, ocultándose tras las lejanas colinas, arrojaba un resplandor purpúreo sobre el paisaje y una luz más suave en los claros del bosque. El rocío difundía su frescura en la atmósfera. A medida que el sol descendía, la oscuridad avanzaba en silencio y la escena adquiría una solemne grandiosidad. Mientras meditaba, se acordó y repitió las siguientes estrofas:

NOCHE

¡La Tarde se desvanece! Abandona sus meditabundos pasos,
Y la Noche trae el rocío y las horas sombrías;
Su atroz pompa de fuegos planetarios,
Y todo su cortejo de poderes visionarios,

*Que con formas fugaces el sueño dormido describen,
Y en el alma despierta un temor agradable insuflan;
Entre la penumbra con terríficas formas se abren paso
¡Y los escalofriantes horrores de los muertos suscitan!*

Reina del pensamiento solemne... ¡misteriosa Noche!

Cuyo umbral es la oscuridad, ¡cuya voz es el miedo!
A tus sombras doy la bienvenida con intenso deleite,
¡Y saludo tu gentil brisa ahuecada, que tan monótona susurra!

Cuando, envuelta en nubes, y en la ráfaga cabalgando,
Extiendes la borrasca por la sonora costa,
Las arrolladoras olas me encanta ver chocar
Contra las rocas de abajo, y oír cómo braman.

Tu terror benigno, ¡oh Noche!, con frecuencia solicito,
Tus mudos relámpagos y tu deslumbrante luz meteórica,
Tus fuegos boreales, brillando con reflejos ensangrentados,
Que en la elevada bóveda del cielo el aire fervoroso alumbran.

Mas sobre todo me gustas cuando tu resplandeciente carro
Arroja un trémulo destello por entre los cirros,
Y muestra a lo lejos la nebulosa montaña,
El bosque más próximo y la arroyada.

Y objetos indecibles en el val de abajo,
Que flotan confusamente ante la vista,
Asumen, gracias a la Fantasía, una apariencia fantástica
Y alzan bien alto sus dulces visiones románticas.

Déjame, pues, entre tus profundas penumbras quedarme
En alguna ladera boscosa, y oír la brisa
Que se troca en lúgubre melodía,
Y tenuemente se extingue entre los árboles a lo lejos.

¡Qué melancólico encanto furtivo para la mente!
¡Qué venerables lágrimas el prometedor embeleso acogen!
Mientras en el viento más de un espíritu invisible
¡Gime en solitario con dulces acentos!

¡Ah!, quien pudiera renunciar a las caras ilusiones
Que la Fantasía extrae del silencio y de las sombras,
A pesar de las discretas formas de la Verdad revelada,
¡A pesar de todas las escenas que el radiante ojo del Día desvela!

Cuando regresaba a la abadía, se unió a ella Louis, quien, después de conversar un rato, le dijo:

—La escena que he presenciado esta mañana me ha apenado mucho y esperaba con impaciencia la ocasión de podérselo decir. El comportamiento de mi madre es

para mí un misterio inexplicable, mas no es difícil darse cuenta de que es víctima de algún malentendido. Lo único que os pido es que, siempre que pueda seros útil, dispongáis de mí.

Adeline le agradeció su amistosa oferta, que apreciaba más de lo que podía expresar.

—No soy consciente —dijo ella— de haber cometido ninguna ofensa que pudiera haber disgustado a Madame La Motte, y por tanto me es totalmente imposible responder por ella. He buscado reiteradamente una explicación, que ella ha eludido con el mismo cuidado; por consiguiente, es mejor no insistir más en ello. Al mismo tiempo, permitidme, señor, que os asegure que me he dado perfecta cuenta de vuestra bondad.

Louis suspiró y se calló.

—Me gustaría que me permitierais —dijo por fin— hablar con mi madre sobre este asunto. Estoy seguro de poder convencerla de su error.

—De ninguna manera —respondió Adeline—. El disgusto de Madame La Motte me ha causado una pena indecible; mas el obligarla a dar una explicación sólo serviría para aumentar ese disgusto en lugar de eliminarlo. Os ruego que no lo intentéis.

—Me someto a vuestra decisión —dijo Louis— por esta vez, aunque de mala gana. Me juzgaría el más feliz de los hombres si pudiera seros útil.

Pronunció estas palabras en un tono tan afectuoso que Adeline se percató por vez primera de los sentimientos del joven. Una mente más vanidosa que la suya se habría enterado mucho antes de las atenciones de Louis, y las hubiera considerado algo más que el resultado de su galantería y su buena educación. No obstante, aparentó no darse cuenta de sus últimas palabras y guardó silencio, apresurando sus pasos maquinalmente. Louis no dijo nada más, sino que pareció sumirse en profundas meditaciones; de modo que el silencio no se interrumpió hasta que entraron en la abadía.

CAPÍTULO VI

¡Fuera de aquí, sombra horrible!
Vano remedo, ¡fuera!

MACBETH^[35]

TRANSCURRIÓ un mes sin que nada notable sucediese: La Motte continuaba con su melancolía; y el comportamiento de Madame con Adeline, aunque algo más flexible, seguía siendo poco amistoso. Louis manifestaba con innumerables pequeñas atenciones su creciente afecto hacia Adeline, la cual continuaba sin ver en ellas más que pasajeras cortesías.

Sucedió que una noche de tormenta, cuando se disponían a acostarse, unas pisadas de caballo cerca de la abadía les asustaron. Siguió el sonido de varias voces, y unos fuertes golpes en la puerta principal de entrada pronto confirmaron la alarma. La Motte estaba casi convencido de que los oficiales de justicia habían descubierto al fin su escondite, y la turbación y el miedo casi trastornaron su juicio. No obstante, dispuesto a no descuidar la menor precaución ordenó que se apagasen las luces y se guardase un profundo silencio. Era muy posible, pensaba él, que la gente supusiera que el edificio estaba deshabitado, y creyesen haberse equivocado en lo concerniente a la persona que buscaban. Apenas cumplidas sus órdenes, volvieron a llamar de nuevo, y con mayor violencia. La Motte acudió a una pequeña ventana enrejada que había en el postigo de la puerta, a fin de observar por ella el número y aspecto de los desconocidos.

La oscuridad de la noche frustró su propósito; únicamente pudo distinguir un grupo de hombres a caballo; mas, escuchando atentamente, pudo oír una parte de su conversación. Muchos de ellos sostenían que se habían equivocado de lugar; hasta que alguien, que por su voz autoritaria parecía ser su jefe, afirmó que las luces que habían visto salían de aquel sitio, y que él estaba seguro de que había gente en su interior. Después de decir eso, volvió a llamar a la puerta estrepitosamente, mas no obtuvo otra respuesta que el sordo ruido del eco. La Motte temblaba y no podía dar ni un paso.

Después de esperar algún tiempo, le pareció que los desconocidos estaban deliberando, pues hablaban en voz tan baja que La Motte no pudo entender nada. Se apartaron de la puerta, como si fueran a irse, mas al momento les oyó entre los árboles que había al otro lado del edificio, y pronto se convenció de que no habían abandonado la abadía. La Motte permaneció unos minutos en la más cruel incertidumbre; abandonó la reja, dejando a Louis en su lugar, y se dirigió a la parte del edificio que daba al sitio donde los suponía reunidos.

La tormenta se había intensificado y las ahuecadas ráfagas de viento,

precipitándose entre los árboles, le impedían distinguir cualquier otro sonido. Sólo una vez, cuando el viento se calmó, creyó oír voces con nitidez; pero no dispuso de mucho tiempo para hacer conjeturas, ya que unos nuevos golpes en la puerta le horrorizaron todavía más; y, sin tener en cuenta el terror de Madame La Motte y de Adeline, huyó para tratar de llegar a tiempo a la trampa, su única posibilidad de esconderse.

Poco después, la violencia de los asaltantes pareció aumentar con el ímpetu de la tempestad; la puerta, que era antigua y estaba deteriorada, saltó de sus goznes y les dejó el paso libre. En el momento de entrar, un grito de Madame La Motte, que se encontraba junto a la puerta de un aposento contiguo, confirmó las sospechas del principal desconocido, que continuó avanzando tan rápido como la oscuridad se lo permitía.

Adeline se había desmayado, y Madame La Motte pedía socorro a voces. En eso entró Peter con velas y vio la sala llena de hombres y a su joven señora en el suelo sin conocimiento. Uno de los caballeros se adelantó y pidió perdón a Madame por la rudeza de su proceder, e iba ya a disculparse cuando descubrió a Adeline en el suelo y se apresuró a levantarla; mas Louis, que llegó en aquel momento, la tomó en sus brazos y rogó al desconocido que no se entrometiese.

La persona a la que se dirigió llevaba la estrella de una de las primeras órdenes de Francia^[36], y tenía un aire digno que delataba su superior rango. Tendría unos cuarenta años, aunque quizás el temple y la luminosidad de sus facciones hacían menos visible en su rostro el paso del tiempo. Su aspecto débil y sus modales insinuantes —desentendiéndose de sí mismo, parecía concentrar toda su atención en el percance de Adeline— disiparon gradualmente los temores de Madame La Motte y calmaron el súbito rencor de Louis. Contemplaba a Adeline, todavía sin conocimiento, con una admiración tan viva que parecía absorber todas las facultades de su alma. Realmente no era posible contemplarla con indiferencia.

Su belleza, realzada por la lánguida delicadeza del desmayo, ganaba en sentimiento lo que perdía en lozanía. El descuido de su vestido, que se le había aflojado para que respirase mejor, dejaba al descubierto esos encantos tan seductores que su cabello castaño, cayendo en profusión sobre su pecho, tamizaba pero no podía ocultar.

Entonces entró otro desconocido, un joven caballero que, después de hablar apresuradamente con el de mayor edad, se reunió con el grupo principal que rodeaba a Adeline. Era una de esas personas en las que la elegancia se armonizaba felizmente con la fuerza; tenía un semblante animado, aunque no altanero, noble pero con una peculiar dulzura. Lo que le hacía en aquel momento tan interesante era la compasión que parecía sentir por Adeline, la cual abrió los ojos y lo primero que vio fue a aquel desconocido que se inclinaba hacia ella preocupado.

Al percibir de quién se trataba, el rubor de la sorpresa tiñó sus mejillas: era el forastero que había visto en el bosque. Mas cuando observó la habitación llena de

gente, su semblante cambió de color y se puso pálida de terror. Louis ayudó a conducirla a otro aposento, donde los dos caballeros volvieron a disculparse por la alarma que habían provocado. El de más edad, volviéndose hacia Madame La Motte, le dijo:

—Vos sin duda ignoráis, señora, que soy el propietario de esta abadía —Madame La Motte se estremeció—. No os alarméis, señora, estáis aquí tan segura como en vuestra propia casa. Hace ya mucho tiempo que abandoné este edificio ruinoso y me hace feliz que os haya podido proporcionar refugio.

Madame La Motte expresó su gratitud por la condescendencia del caballero, y Louis elogió la cortesía del marqués de Montalt, pues ese era el nombre del noble forastero.

—Mi principal residencia —dijo el Marqués— está es una provincia lejana, pero tengo una quinta en los confines del bosque. Volviendo de dar un paseo, me sorprendió la noche y me extravié. Una luz que brillaba entre los árboles me trajo hasta aquí, y era tanta la oscuridad que no supe que procedía de la abadía hasta que llegué a la puerta.

El noble porte de los forasteros, el esplendor de su atavío y, sobre todo, esa explicación, acabaron de disipar las dudas de Madame; y cuando se disponía a dar órdenes para que sacasen unos refrescos, entró en el aposento La Motte que había estado escuchando y se había convencido de que no tenía ya nada que temer.

Se acercó al marqués con aire satisfecho, pero cuando trató de hablar, las palabras de bienvenida se quebraron en sus labios, todo su cuerpo se puso a temblar y una palidez mortecina cubrió su semblante. El Marqués no estaba menos conmovido; en el primer momento de sorpresa se llevó la mano a la espada, mas, recapacitando, la apareó y trató dominarse. Siguió un momento de silencio, realmente atroz. La Motte dio algunos pasos hacia la puerta, mas sus trémulas rodillas se negaron a sostenerlo y se dejó caer en un sillón, exhausto y mudo. El horror que reflejaba su semblante, unido a su extraño comportamiento, causó la mayor sorpresa a Madame, cuyos ojos inquirían del Marqués más de lo que él estaba dispuesto a contestar. Las miradas de este último hacían todavía más confuso el misterio en lugar de explicarlo, y expresaban una mezcla de emociones que ella no podía definir. Entre tanto, trató de tranquilizar y reanimar a su esposo, aunque él rehuyó sus intentos y apartando el rostro, lo cubrió con ambas manos.

El Marqués pareció recobrar su presencia de ánimo y se dirigió hacia la puerta de la sala, donde su comitiva estaba reunida. Entonces La Motte se levantó de su asiento, frenético, y le rogó que regresara. El Marqués volvió la cabeza y se detuvo, dudando sobre qué postura tomar. Las súplicas de Adeline, que acababa de regresar, unidas a las de La Motte, al fin le decidieron y se sentó.

—Os ruego, milord —dijo La Motte—, que me concedáis algunos minutos para poder conversar con vos.

—La petición es atrevida —dijo el Marqués— y concedéroslo tal vez sea

peligroso. Es más de lo que estoy dispuesto a conceder. Nada podéis tener que decirme de lo que vuestra familia no esté informada... Explicaos y sed breve.

La Motte mudó de color a cada frase del Marqués.

—Imposible, milord —dijo—. Mis labios se cerrarán para siempre antes que pronunciar delante de otro ser humano las palabras que sólo a vos os están reservadas. Os ruego... os suplico que me concedáis hablar en privado.

Mientras pronunciaba estas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas y el Marqués, conmovido por su congoja, consintió en lo que pedía, aunque con evidente mala gana.

La Motte cogió una vela y condujo al Marqués a una pequeña habitación situada en la parte más apartada de la abadía, donde permanecieron cerca de una hora. Alarmada por la duración de su ausencia, Madame fue en busca de ellos. Al acercarse, la curiosidad, quizás justificada dadas las circunstancias, la incitó a escuchar a hurtadillas, a tiempo de oír a La Motte que exclamaba: «¡el extravío de la desesperación!». Siguió otras palabras en voz baja que no pudo distinguir.

—He padecido más de lo que os podéis figurar —continuó—, la misma imagen me persigue sin cesar, por la noche en mis sueños y por el día durante mis paseos. No hay ningún castigo, a excepción de la muerte, que no esté dispuesto a soportar a cambio de recuperar el estado de ánimo con el que entré en este bosque. Imploro de nuevo vuestra compasión.

Una fuerte ráfaga de viento, que irrumpió en el corredor donde estaba Madame La Motte, se llevó la voz de su esposo y la respuesta del Marqués; mas poco después pudo distinguir estas palabras:

—Mañana, milord, si volvéis a estas ruinas, os conduciré a aquel lugar.

—No es necesario —dijo el Marqués— y puede ser peligroso.

—A vos, milord, os puedo excusar esas dudas —continuó La Motte—. Y aceptaré lo que me propongáis. Sí, cualesquiera que sean las consecuencias, me someteré a todo lo que decidáis.

La intensificación de la tempestad ahogó de nuevo sus voces y Madame La Motte se esforzó en vano por oír aquellas palabras, de las que probablemente dependía la explicación de aquella misteriosa conducta. Entonces se dirigieron a la puerta y ella se retiró precipitadamente al aposento en donde había dejado a Adeline, con Louis y el joven caballero.

El Marqués y La Motte la siguieron muy pronto; el primero, altanero e insolente; el segundo, algo más sereno que antes, aunque con las huellas del horror todavía impresas en su semblante. El Marqués pasó a la sala donde le esperaba su séquito. La tormenta aún no había amainado, pero él parecía impaciente por marcharse y ordenó a sus criados que estuviesen preparados. La Motte guardaba un melancólico silencio; con frecuencia recorría la habitación con pasos apresurados y a veces se ensimismaba en sus ensueños. Mientras tanto, el Marqués, sentado junto a Adeline, fijaba en ella toda su atención, excepto cuando le invadían repentinos accesos de distracción que le

hacían guardar silencio. En tales ocasiones el joven caballero se dirigía a la tímida y algo agitada Adeline, que rehuía ser observada por ambos.

El Marqués había pasado cerca de dos horas en la abadía, mas como la tempestad continuaba todavía, Madame La Motte le ofreció una cama. Una mirada de su esposo la hizo estremecerse, por las consecuencias que podía tener semejante proposición. No obstante, el Marqués rehusó cortésmente el ofrecimiento, pues era evidente que estaba tan impaciente por irse como su huésped parecía consternado con su presencia. A menudo volvía a la sala y desde la puerta miraba a las nubes con impaciencia. Nada se veía en la oscuridad de la noche... nada se oía, salvo los bramidos de la tormenta.

Antes de que partiera, la mañana alboreó. Mientras se preparaba para abandonar la abadía, La Motte le llamó aparte y le retuvo unos minutos para hablar a solas. Madame La Motte observaba desde el extremo más alejado de la habitación los ademanes apasionados de su esposo, y a su curiosidad pronto se agregó una especie de temor absurdo, derivado de la incertidumbre^[37] del caso. Hablaban en voz tan baja que el empeño de ella en distinguir las palabras correspondientes se veía frustrado irremediabilmente.

El Marqués y su séquito partieron al fin y La Motte, después de cerrar las puertas, se retiró a su cuarto en silencio y desalentado. Cuando se quedaron a solas, Madame aprovechó la oportunidad de implorar a su esposo que le explicase la escena que acababa de presenciar.

—No me hagas preguntas —dijo La Motte con tristeza—, pues no pienso responder a ninguna. Ya te he prohibido que me hables de este asunto.

—¿Qué asunto? —dijo su esposa.

La Motte pareció serenarse.

—No importa —dijo—. Estaba equivocado. Pensé que ya me habías hecho esas mismas preguntas anteriormente.

—¡Ah! —dijo Madame La Motte—. Entonces es lo que sospechaba: tu antigua melancolía y la angustia de esta noche proceden de la misma causa.

—Mas ¿por qué sospechas o haces preguntas? ¿No voy a poder librarme nunca de verme perseguido por tus conjeturas?

—Disculpa, mi intención no era perseguirte; pero mi preocupación por tu bienestar no me permite quedarme tranquila en medio de esta espantosa incertidumbre. Permite que reclame mis derechos de esposa y que comparta la aflicción que te oprime. No me niegues...

—Cualquiera que sea —interrumpió La Motte— la causa de las emociones que has presenciado, te juro que no la revelaré ahora. Llegará algún día en que no consideraré necesario guardar el secreto; hasta entonces calla y desiste de importunarme; sobre todo abstente de comentar con nadie lo que hayas podido ver de extraordinario en mí. Sepulta tus suposiciones en tu propio pecho, si quieres evitar mi maldición y mi ruina.

El tono de resolución con que pronunció aquellas palabras y la lividez que cubrió

su semblante estremecieron a su esposa, que se abstuvo de replicarle.

Madame La Motte se retiró a la cama, aunque no pudo descansar. Pensaba una y otra vez en lo sucedido, y su sorpresa y curiosidad por las palabras y el comportamiento de su esposo, hallaron en la reflexión su mejor estimulante. No obstante, una cosa parecía cierta: no había dudas de que la misteriosa conducta de La Motte, que durante tanto tiempo la había agobiado con su angustia, y la última escena con el Marqués procedían de la misma causa. Esta suposición, que parecía probar cuán injustamente había sospechado de Adeline, trajo consigo el remordimiento y la auto acusación. Madame suspiraba con impaciencia porque llegara el día siguiente, que traería de nuevo al Marqués a la abadía. Al fin la naturaleza fatigada recobró sus derechos por un rato olvidó sus preocupaciones.

Bien avanzada la mañana siguiente, la familia se reunió para desayunar. Todos parecían taciturnos y ensimismados, sin embargo, sus semblantes mostraban aspectos bien diferentes, y todavía más diverso era el cariz de sus pensamientos. La Motte parecía nervioso, víctima de un miedo impaciente, y la tristeza y la desesperación cubrían su rostro. Un cierto extravío en sus ojos expresaba a veces un repentino sobresalto de horror y su rostro se sumía de nuevo en la melancolía y el desaliento.

Madame La Motte parecía agobiada por las preocupaciones; observaba las frecuentes alteraciones del rostro de su esposo y esperaba impacientemente la llegada del Marqués. Louis estaba tranquilo y pensativo. Adeline parecía sufrir de lleno el acoso de su malestar. Había observado con mucha sorpresa el comportamiento de La Motte la noche precedente y eso hizo vacilar la confianza que hasta entonces había depositado en él. Temía también que la nueva situación de La Motte volviera a arrojarla al mundo, que él no pudiese o quisiese proporcionarle un refugio bajo su mismo techo.

Durante el desayuno, La Motte se asomó varias veces a la ventana, lanzando miradas inquietas. Su esposa comprendía muy bien la causa de su impaciencia y se esforzaba por ocultar la suya propia. En aquellos intervalos, Louis trataba de obtener más información de su padre, hablándole en voz baja, pero La Motte regresaba siempre a la mesa, donde la presencia de Adeline impedía seguir hablando.

Después de desayunar, mientras La Motte paseaba por el prado, Louis se reunió con él; mas su padre declaró perentoriamente que quería estar solo, y poco después, viendo que el Marqués no había llegado todavía, se alejó a mayor distancia de la abadía.

Adeline se retiró al cuarto de costura con Madame La Motte, que se mostraba alegre e incluso amable. Sintiendo la necesidad de hallar algún motivo para la llamativa agitación de La Motte, y de prevenir la sorpresa que la inesperada aparición del Marqués pudiera ocasionar a Adeline si llegaba a relacionarla con su comportamiento en la noche precedente, mencionó que el Marqués y su esposo se habían conocido hacía mucho tiempo, y que este imprevisto encuentro, después de varios años de ausencia, y en circunstancias tan distintas y humillantes por parte de

este último, le había causado una penosa conmoción, que aumentó todavía más al enterarse de que al principio el Marqués había interpretado mal algunos pormenores de su conducta hacia él, lo que había interrumpido su antigua intimidad.

Esa explicación no convenció a Adeline, pues parecía inadecuada a la intensa emoción que habían demostrado mutuamente el Marqués y La Motte. Aquellas palabras habían despertado su sorpresa y su curiosidad, cuando su intención era engañar a ambas. Con todo, se abstuvo de expresar sus pensamientos.

Madame La Motte, siguiendo con su plan, dijo:

—Estamos esperando al Marqués, y confío en que cualquier diferencia que pueda subsistir quedará totalmente resuelta.

Adeline se sonrojó y trató de responder, mas sus labios titubearon. Consciente de su nerviosismo, y de que Madame La Motte la observaba, su turbación aumentó, y sus esfuerzos por ocultarla sólo sirvieron para hacerla más patente. Cada vez que trataba de cambiar de conversación, le era imposible poner en orden sus ideas. Temiendo que Madame descubriese el sentimiento que hasta aquel momento casi se había ocultado a sí misma, perdió el color, miró al suelo, y durante algún tiempo le fue difícil hasta respirar. Madame La Motte le preguntó si se hallaba indispuesta y Adeline aprovechó aquel pretexto para quedarse a solas con sus pensamientos, totalmente acaparados por la esperanza de ver de nuevo al joven caballero que había acompañado al Marqués.

Mirando por la ventana de su cuarto vio a lo lejos al Marqués a caballo, con varios acompañantes, que se acercaban a la abadía, y se apresuró a avisar a Madame La Motte. En poco tiempo llegó a la entrada, y no habiendo regresado aún La Motte, su esposa y Louis salieron a recibirle. Entró en la sala seguido por el joven caballero y, dirigiéndose a Madame con una especie de cortesía majestuosa, preguntó por La Motte, a quien Louis se fue a buscar inmediatamente.

El Marqués permaneció unos instantes en silencio y luego preguntó a Madame La Motte cómo se hallaba su bella hija. Madame supuso que se refería a Adeline y respondió a su pregunta diciendo en tono despreciativo que no era pariente suya. El Marqués manifestó entonces su deseo de verla y enviaron a alguien a buscarla. La joven entró en la habitación con un discreto rubor y un aire tímido, que parecieron atraer toda la atención del Marqués. Adeline recibió sus cumplidos con afable benevolencia, mas al acercarse el joven caballero, el entusiasmo que este mostró en el trato hizo que ella involuntariamente se reservara en el suyo, y apenas se atrevió a levantar los ojos del suelo por miedo a encontrarse con los de él.

En aquel momento entró La Motte y se disculpó por su ausencia. El Marqués por toda respuesta hizo una ligera inclinación de cabeza, expresando al mismo tiempo en sus miradas desconfianza y orgullo. Inmediatamente salieron juntos de la abadía y el Marqués hizo señas a sus acompañantes para que le siguieran a distancia. La Motte prohibió a su hijo que le acompañase, mas Louis se dio cuenta de que se dirigía a lo más espeso del bosque. El joven estaba sumido en un caos de conjeturas sobre aquel

asunto, y la curiosidad y la angustia de su padre le inducían a seguirle a cierta distancia.

Entre tanto el joven forastero, a quien el Marqués se dirigió como Théodore, se quedó en la abadía con Madame La Motte y Adeline. La primera, pese a su habilidad, apenas pudo ocultar su agitación durante este intervalo. Cada vez que oía pasos, se volvía involuntariamente hacia la puerta, y en varias ocasiones fue hasta la puerta de la sala para mirar al bosque, mas en tantas otras volvió a sentarse presa de la decepción. Nadie aparecía. Théodore parecía dirigir toda su atención a Adeline, pues la cortesía le permitía apartarse de Madame La Motte. Sus modales, tan gentiles y al mismo tiempo solemnes, vencieron imperceptiblemente la timidez de la joven y acabaron con su reserva. Su conversación ya no padecía de aquella penosa turbación, sino que poco a poco revelaba las cualidades de su alma y parecía producir una confianza mutua. Pronto quedó de manifiesto la similitud de sentimientos, y Théodore, con esa impaciente alegría que animaba su rostro, con frecuencia parecía anticiparse a los pensamientos de Adeline.

A ellos se les hizo corta la ausencia del Marqués; mas para Madame La Motte, cuyo semblante resplandeció cuando oyó las pisadas de caballos en la entrada, fue bastante larga.

El Marqués entró, aunque sólo por un momento, y pasó con La Motte a un aposento privado, donde permanecieron algún tiempo conversando. Inmediatamente después partió. Théodore se despidió de Adeline, que al igual que La Motte y su esposa fue a acompañarles hasta la puerta, con una expresión de tierno pesar, y al alejarse volvió frecuentemente la vista a la abadía hasta que las ramas interpuestas se la ocultaron por completo.

El transitorio destello de placer que iluminó las mejillas de Adeline desapareció con el joven forastero, y mientras regresaba a la sala la joven suspiró. La imagen de Théodore la persiguió hasta su cámara. Recordaba con exactitud todos los detalles de su última conversación... sus sentimientos tan similares a los de ella... sus modales tan atractivos... su semblante tan animado... tan ingenuo y tan noble, en el que la dignidad varonil se combinaba con la dulzura y la benevolencia... Recordaba esos y otros muchos encantos y una suave melancolía arrebatada su corazón.

—¡No le volveré a ver más! —dijo, y luego suspiró.

El suspiro le dijo más a su corazón de lo que ella quería saber. Se ruborizó y volvió a suspirar, y luego, recuperándose repentinamente, procuró desviar sus pensamientos hacia otro asunto. La relación de La Motte con el Marqués acaparó toda su atención por algún tiempo; mas incapaz de desvelar el misterio, buscó refugio contra sus propias reflexiones en otras ideas más agradables que procedían de los libros.

Durante todo ese tiempo, asustado y sorprendido por la extrema consternación que su padre había manifestado la primera vez que vio al Marqués, Louis se dirigió a él y le habló de ello. No dudaba de que el Marqués estuviese implicado

personalmente en el suceso que obligó a La Motte a abandonar París; y le contó lo que pensaba sin rodeos, lamentando al mismo tiempo la desafortunada casualidad que le había llevado a buscar refugio en el lugar menos a propósito para proporcionárselo... la propiedad de su enemigo. La Motte no contradijo esa opinión de su hijo y se unió a sus lamentos por el funesto destino que le había conducido hasta allí.

El permiso de Louis para ausentarse del regimiento casi había expirado y eso le dio ocasión para expresar su pesar porque pronto se vería obligado a dejar a su padre en una situación tan peligrosa como la actual.

—Os dejaría, señor, con menos pena —le dijo a su padre— si estuviera seguro de conocer todo el alcance de vuestros infortunios. Ahora no me queda más que conjeturar males, que quizás no existan. Liberadme, señor, de este estado de cruel incertidumbre, y permitidme probaros que soy digno de vuestra confianza.

—Ya te he contestado respecto a ese asunto —dijo La Motte—, y te prohibí que volvieras a mencionarlo. Me veo obligado a decirte que no me importa cuándo te marchas, si vas a estar sometiéndome a semejantes preguntas.

La Motte se alejó bruscamente, dejando a su hijo confuso y preocupado.

La llegada del Marqués había disipado los temores celosos de Madame La Motte, haciendo que se diera cuenta hasta cierto punto de su crueldad con Adeline. Considerando su situación de huérfana abandonada... el inalterable afecto que había manifestado en su conducta... la dulzura y paciencia con que había soportado su injurioso trato... Madame se conmovió y aprovechó la primera ocasión para reanudar su antigua amistad con la joven. Mas no podía explicarle esa aparente contradicción en su conducta sin revelar sus recientes sospechas, de las que ahora se sonrojaba al recordarlas, ni podía disculparse por su comportamiento anterior sin darle una explicación. Se contentó, por tanto, con expresar con su conducta la estima que había renacido en su corazón. Al principio Adeline se sorprendió, pero experimentaba demasiado placer con el cambio para que tuviera escrúpulos en investigar sus causas.

A pesar de la satisfacción que recibió Adeline al recobrar la amistad de Madame La Motte, sus pensamientos volvían frecuentemente a las extrañas y tristes circunstancias de su situación. No podía evitar el sentir menos confianza que antes en la amistad de Madame La Motte, cuyo carácter le, parecía ahora menos amable de lo que su imaginación lo había presentado, y eminentemente caprichoso. Sus pensamientos insistían a menudo en la extraña aparición del Marqués en la abadía, y en las mutuas emociones y la aparente aversión entre La Motte y él. Y en aquellas circunstancias, le sorprendía igualmente que La Motte hubiese decidido quedarse en la propiedad del Marqués, y que este se lo hubiese permitido.

Su mente volvía casi siempre a aquel asunto, quizás porque estaba relacionado con Théodore; mas lo hacía sin darse cuenta de qué era lo que le atraía. Ella atribuía el interés que se tomaba por el asunto a su preocupación por el bienestar de La Motte y por su propio destino, que ahora estaba tan estrechamente unido al de él. A veces,

en efecto, se entregaba por entero a hacer conjeturas sobre el grado de parentesco entre Théodore y el Marqués; mas inmediatamente abandonaba esos pensamientos y se culpaba severamente por haberles permitido que se extraviaran por un asunto que ella consideraba demasiado peligroso para su tranquilidad.

CAPÍTULO VII

[...] Los males presentes
Son menos horribles de lo que imagináis^[38].

UNOS pocos días después del suceso narrado en el capítulo anterior, hallándose sola Adeline en su cuarto, unas pisadas de caballos cerca de la puerta la sacaron de su ensimismamiento; y, al mirar desde el interior de la ventana, vio entrar en la abadía al Marqués de Montalt. Esa circunstancia le sorprendió, y una emoción, cuyo origen no se molestó en investigar, hizo que se retirara inmediatamente de la ventana. La misma causa, sin embargo, la volvió a llevar allí apresuradamente; mas al no ver a la persona que esperaba, no tuvo prisas en regresar.

Mientras meditaba decepcionada, el Marqués salió con La Motte. Inmediatamente alzó la vista y la vio, saludándola. La joven le devolvió el saludo respetuosamente y se alejó la ventana, disgustada porque la hubiesen visto allí. Ambos se internaron en el bosque, y los acompañantes del Marqués, como antes, no les siguieron. Cuando regresaron, después de bastante tiempo, el Marqués montó a caballo y partió inmediatamente.

La Motte pasó el resto del día triste, taciturno y con frecuencia meditabundo. Adeline le observaba con una atención y una preocupación especiales; se daba cuenta de que siempre estaba más melancólico después de entrevistarse con el Marqués, y por eso se sorprendió al oír que este último había quedado en volver a la abadía al día siguiente para cenar.

Cuando La Motte lo comentó, añadió grandes elogios sobre el carácter del Marqués, alabando en particular la generosidad y nobleza de su alma. En aquel momento Adeline recordó las anécdotas que había oído contar sobre la abadía, que ensombrecían el brillo de esas cualidades que La Motte celebraba. Su relato, sin embargo, no parecía merecer demasiado crédito, ya que una parte del mismo había resultado ser falsa, pues se decía que la abadía estaba encantada, y, sin embargo, los actuales habitantes no habían observado ninguna aparición sobrenatural.

Adeline, no obstante, se aventuró a preguntar si era el actual marqués quien había suscitado tan injuriosos rumores. La Motte le contestó en tono de burla:

—Las historias de fantasmas y de duendes han sido siempre la admiración y la delicia del vulgo —dijo—. Me inclino a confiar en mi propia experiencia, al menos tanto como en los relatos de esos campesinos. Si has visto algo que corrobore esos relatos, te ruego que me lo comuniques, para poder poner a prueba mi fe.

—Me interpretáis mal, señor —dijo ella—; mi pregunta no se refería a la intervención de agentes sobrenaturales; aludía a una parte diferente de la historia: la que insinúa que, por orden del Marqués, se había encerrado aquí a una persona, que según dijeron había muerto injustamente. Se alegó que aquella muerte fue la causa de

que el Marqués abandonara la abadía.

—Puras invenciones de la ociosidad —repuso La Motte—. Cuentos románticos para excitar la imaginación. Basta con ver al Marqués para refutarlos; si tuviésemos que dar crédito a la mitad de todas esas historias que proceden de la misma fuente, apenas seríamos mejores que los simplones que las inventan. Creo, Adeline, que tu sensatez te hará desconfiar de ellas.

Adeline se sonrojó y permaneció callada. Le parecía que la defensa que La Motte hacía del Marqués era más acalorada y difusa que consecuente con su propia disposición, o con lo que exigían las circunstancias. Se acordaba de la anterior conversación de La Motte con Louis, y estaba más que sorprendida por lo que acababa de oír.

Entre tanto esperaba que llegara el día siguiente con una mezcla de pena y placer. La expectativa de ver de nuevo al joven caballero ocupaba todos sus pensamientos y los agitaba con emociones diversas. Tan pronto temía su presencia, como dudaba de su vuelta. Cuando se dio cuenta de eso, se avergonzó al ver hasta qué punto había cautivado su atención aquel joven. Llegó el día siguiente... apareció el Marqués... pero solo. La radiante alegría de Adeline se nubló, aunque pudo aparentar su animación habitual. El Marqués fue cortés, afable y atento; a los modales más naturales y elegantes unía los refinamientos extremos de la vida cortesana. Su conversación era animada, divertida, a veces incluso ingeniosa; y revelaba un gran conocimiento del mundo, o lo que a menudo se toma por tal: tener buenas relaciones en las altas esferas y estar al tanto de los tópicos del día.

Sobre eso La Motte estaba también capacitado para conversar con él, y ambos se pusieron a discutir con mucha energía y algo de humor sobre los personajes y las costumbres de la época. Madame La Motte no había visto a su marido tan alegre desde que abandonaron París, y a veces casi se imaginaba que se encontraba allí. Adeline escuchaba; y la alegría que al principio sólo había aparentado acabó por ser real. Era tan sugestiva y afable la habilidad de La Motte con el lenguaje, que su reserva cedió ante ella imperceptiblemente y recuperó su viveza natural por tanto tiempo perdida.

Al partir, el Marqués le dijo a La Motte que se felicitaba de haber encontrado un vecino tan agradable. La Motte inclinó la cabeza.

—Le visitaré de cuando de cuando —prosiguió—, y lamentó no poder invitar en este momento a Madame La Motte y a su bella amiga a mi quinta, pues estoy haciendo algunas reparaciones para que sea más cómoda.

La viveza de La Motte desapareció con su huésped y pronto volvió a su silencio y a sus distracciones.

—El Marqués es un hombre muy agradable —dijo Madame La Motte.

—Muy agradable —respondió él.

—Y parece tener un corazón excelente —prosiguió ella.

—En efecto, excelente —dijo La Motte.

—Tienes el semblante descompuesto, querido; ¿te preocupa algo?

—Nada en absoluto... pensaba solamente que es una lástima que con unos talentos tan agradables y un corazón tan excelente, el Marqués haya...

—¿Qué ibas a decir, querido? —dijo Madame con impaciencia.

—Que el Marqués haya... permitido que esta abadía se arruine —contestó al fin.

—¿Eso es todo? —dijo Madame decepcionada.

—Eso es todo, a fe mía —concluyó La Motte, saliendo del cuarto.

No hallándose ya respaldado por la conversación del Marqués, el ánimo de Adeline volvió a decaer; en cuanto aquel partió, se fue a pasear por el bosque muy pensativa. Siguió un sendero romántico que serpenteaba a orillas del arroyo, cubierto por el follaje de los árboles. La serenidad de la escena, que el otoño teñía con sus más suaves matices, la sumió en una especie de tierna melancolía y dejó caer una lágrima que se escapó de sus ojos sin saber bien porqué. Llegó a un lugar apartado y solitario, rodeado de árboles muy altos; el viento gemía lúgubrementemente entre las ramas y al agitar sus elevadas copas esparcía sus hojas por el suelo. Se sentó en una loma y se abandonó a las melancólicas reflexiones que acosaban su mente.

—¡Ojalá —dijo la joven en voz alta— pudiese penetrar el futuro y ver los sucesos que me esperan! Es posible que, gracias a mi constante meditación, fuese capaz de arrostrarlo con entereza. Huérfana en este vasto mundo... sin otro consuelo que la amistad de dos desconocidos, ni otro medio de subsistencia que su generosidad... ¿qué puedo esperar sino desgracias? ¡Ay, padre mío!, ¿cómo habéis podido abandonar así a vuestra hija, expuesta a las adversidades de la vida, que tal vez la hagan sucumbir? ¡Ay de mí, no tengo ni un amigo!

Un crujido entre las hojas caídas la interrumpió; volvió la cabeza y viendo al joven amigo del Marqués, se levantó para marcharse.

—Perdonad la intrusión —dijo el joven—. Vuestra voz me ha traído hasta aquí y ahora vuestras palabras me detienen. Sin embargo, mi delito lleva consigo su castigo, pues me he enterado de vuestros pesares. ¿Cómo podría evitar el sentirlos? ¡Ojalá mi compasión o mi padecimiento pudieran libraros de ellos! —vaciló—. ¡Ojalá pudiese merecer el título de amigo vuestro y hacerme digno de ello a vuestros ojos!

Adeline estaba tan confusa, que apenas podía responder; tembló y retiró despacio la mano, que él había tomado entre las suyas mientras hablaba.

—Lo que habéis oído, señor, es quizás algo exagerado. Es cierto que no soy feliz; mas un momento de desaliento me ha hecho ser injusta y en realidad soy menos desgraciada de lo que he manifestado. Cuando dije que no tenía ningún amigo fui una ingrata con las bondades de Monsieur y Madame La Motte, que han sido para mí más que amigos... han sido como padres.

—Si es así, les rindo homenaje —exclamó Théodore con ardor—. Y si no pensara que es un atrevimiento, os preguntaría por qué sois desdichada. Mas...

Se detuvo. Alzando los ojos, Adeline vio que él la contemplaba fijamente con gran ansiedad y volvió a mirar al suelo.

—Os he apenado —dijo Théodore— con una petición incorrecta. ¿Podréis perdonarme eso, y también cuando añado que fue el interés por vuestro bienestar lo que me urgió a hacer tal pregunta?

—No es necesario que pidáis perdón, señor. Os estoy ciertamente muy reconocida por la compasión que mostráis. Pero la tarde es fría, si os parece bien podíamos regresar a la abadía.

Se marcharon y Théodore estuvo callado durante algún tiempo.

—He tardado demasiado en solicitar vuestro perdón —dijo al fin—, y ahora quizás vuelva a tener necesidad de hacerlo. Pero debéis creerme si os digo que tengo poderosas y acuciantes razones para preguntaros cuál es vuestro grado de parentesco con Monsieur La Motte.

—No somos parientes —dijo Adeline—. Mas nunca podré pagarle el servicio que me ha hecho, y espero que mi gratitud no me permita nunca olvidarlo.

—¿De veras? —dijo Théodore, sorprendido—. ¿Puedo preguntaros desde cuándo le conocéis?

—Más bien, señor, permitidme que sea yo la que os pregunte a qué vienen todas esas preguntas.

—Tenéis razón —dijo el joven, como si se recriminara a sí mismo—, mi conducta merece vuestra reprobación; debería haber sido más explícito.

Parecía agitado por algo que no estaba dispuesto a expresar.

—Ignoráis lo delicada que es mi situación —prosiguió Théodore—. Sin embargo, puedo aseguraros que mis preguntas están dictadas por el interés más afectuoso en vuestra felicidad... e incluso por mis temores respecto a vuestra seguridad.

Adeline se estremeció.

—Temo que os engañéis —dijo él—. Temo que el peligro os aceche.

Adeline se detuvo y, mirándole seriamente, le rogó que se explicase. Sospechaba que algún daño amenazaba a La Motte y, como Théodore continuaba callado, repitió su petición.

—Si La Motte está implicado en ese peligro —dijo la joven—, os suplico que le pongáis al corriente inmediatamente. Tiene ya demasiados infortunios que temer.

—¡Buena y sensible Adeline! —exclamó Théodore—. Hay que tener un corazón de piedra para querer haceros daño. ¿Cómo daros a entender que lo que temo es demasiado cierto? ¿Cómo no voy a advertiros de vuestro peligro sin...?

Fue interrumpido por un ruido de pisadas entre los árboles y en seguida vio a La Motte que atravesaba la senda en que se encontraban. Adeline se sintió confusa por haber sido vista con el caballero y se apresuró a reunirse con La Motte; mas Théodore la retuvo, implorándole que le prestase un momento de atención.

—Ahora no tengo tiempo de explicarme —dijo el joven—. Sin embargo, lo que tengo que deciros es de la mayor importancia para *vos misma*. Prometedme, por tanto, reuniros conmigo mañana por la tarde a estas horas en algún lugar del bosque; entonces espero poder convenceros de que mi conducta no está dictada por

circunstancias normales, ni por intereses corrientes.

Adeline se estremeció ante la idea de concederle una cita; dudó mucho, mas al final pidió a Théodore que no aplazara para el día siguiente el darle una explicación, que parecía ser tan importante, sino que siguiera a La Motte y le informara inmediatamente del peligro que corría.

—No es con La Motte con quien quiero hablar —respondió Théodore—. No sé de ningún peligro que le amenace... pero se acerca; daos prisa, encantadora Adeline, prometedme que vendréis.

—Os lo prometo —dijo Adeline, con voz titubeante—. Mañana volveré lo más pronto posible al mismo lugar en que me habéis hallado esta tarde.

Diciendo esto, retiró su mano trémula, que Théodore se llevó a los labios en señal de reconocimiento antes de partir inmediatamente.

La Motte se acercó a Adeline, que estaba algo confusa, temiendo que este hubiera visto a Théodore.

—¿A dónde se ha ido tan rápido Louis? —preguntó La Motte. Adeline se alegró de su equivocación y no quiso sacarle de ella. Caminaron hacia la abadía pensativos, y Adeline demasiado absorta en sus propios pensamientos para hacer compañía a nadie, se retiró a su cuarto. Allí repasó mentalmente las palabras de Théodore, y cuanto más las analizaba tanto más aumentaba su perplejidad. A veces se culpaba a sí misma de haberse citado con el joven, dudando si este no habría solicitado la cita con el propósito de declararle su pasión. Mas la delicadeza de la joven desechaba aquella idea, disgustada por haberse creído capaz de inspirar una pasión. Recordaba la sinceridad de su voz y la formalidad de su comportamiento cuando le suplicó que se citara con él; y como ambas cosas la convencieron de la importancia del asunto, se estremeció ante un peligro que no podía entender, esperando con ansiosa impaciencia que llegara el día siguiente.

A veces se introducía a hurtadillas en su memoria el recuerdo del cariñoso interés que él había manifestado, en sus miradas y en su semblante, por el bienestar de ella, despertándole una emoción agradable y la esperanza latente de no serle indiferente a él. La llamada para la cena la sacó de esas reflexiones. La comida fue triste, pues era la última noche que Louis pasaba en la abadía. Adeline, que le estimaba, sentía su partida, y él no la perdía de vista con unas miradas que parecían expresar que se hallaba a punto de abandonar el objeto de su cariño. Con su alegría, la joven trató de reanimar a todo el grupo y sobre todo a Madame La Motte, que frecuentemente derramaba lágrimas.

—No tardaremos en vernos de nuevo —dijo Adeline—, y confío que en circunstancias más felices.

La Motte suspiró. El semblante de Louis se iluminó al oír esas palabras.

—¿Lo deseáis vos? —dijo el joven, con un énfasis peculiar.

—Por supuesto que sí —respondió ella—. ¿Acaso dudáis del interés que me tomo por mis mejores amigos?

—No puedo dudar de nada que os sea favorable —dijo Louis.

—¿Olvidas que has dejado París? —dijo La Motte a su hijo, con una ligera sonrisa—. Semejantes cumplidos están bien en aquel lugar... en estos bosques solitarios son completamente *chocantes*.

—El lenguaje de la admiración no coincide siempre con el del cumplido, señor —dijo Louis.

Deseando cambiar de conversación, Adeline le preguntó a qué parte de Francia iba. Él le respondió que su regimiento estaba ahora en Péronne, y que debía dirigirse allí inmediatamente. Después de tratar otros asuntos poco importantes, cada uno se retiró a su aposento para pasar la noche.

La proximidad de la partida de su hijo ocupaba los pensamientos de Madame La Motte, que se presentó al desayuno con los ojos hinchados de haber llorado. La palidez de Louis parecía indicar que no había descansado mejor que su madre. Después de desayunar, Adeline se retiró discretamente para no interrumpir con su presencia la última conversación familiar. Mientras paseaba por el prado que había frente a la abadía volvió a pensar en lo que había sucedido la tarde anterior, y su impaciencia por acudir a la cita aumentó. Louis no tardó en reunirse con ella.

—Fue poco amable de vuestra parte —dijo Louis— dejarnos así en los últimos momentos de mi estancia aquí. Si pudiese esperar que me recordarais a veces, cuando me encuentre lejos de aquí, partiría con menos pena.

Entonces le expresó su inquietud por tenerla que dejar, y aunque al principio se había armado de resolución para abstenerse de hacerle una confesión en regla de un cariño que seguramente no era correspondido, su corazón sucumbió finalmente al poder de la pasión y le contó lo que Adeline temía a cada momento oír.

—Esa declaración —dijo Adeline, tratando de contener su nerviosismo— me causa una inquietud indecible.

—¡Oh, no digáis eso! —interrumpió Louis—. Concededme más bien alguna ligera esperanza que me sostenga durante mi amarga ausencia. Decidme que no me odiáis... Decid...

—Me apresuro a decirlo —respondió Adeline, con voz trémula—. Si os gustaría estar seguro de mi estima y amistad... tened esa seguridad... como hijo de mis mejores benefactores tenéis derecho a...

—No habléis de beneficios —dijo Louis—, vuestros méritos los sobrepasan a todos. Permitidme esperar un sentimiento menos frío que el de la amistad, así como creer que no debo contar con vuestra aprobación de las acciones de los demás. He contenido mi pasión en silencio durante mucho tiempo porque preveía las dificultades que podía entrañar; mejor dicho, me he atrevido incluso a tratar de sofocarla; me he atrevido a creer posible, perdonad la suposición, que podría olvidaros... y...

—Me angustiáis —interrumpió Adeline—. Yo no debería oír semejantes conversaciones. No sé disimular, y por tanto os aseguro que, aunque vuestras virtudes merecerán siempre mi estima, no podéis esperar nada de mi amor. Aunque fuesen de

otro modo, nuestras circunstancias decidirían por nosotros. Si sois realmente mi amigo, os alegraréis de ahorrarme esta lucha entre el afecto y la prudencia. Dejadme esperar también que el tiempo os enseñará a reducir vuestro amor dentro de los límites de la amistad.

—¡Jamás! —gritó Louis vehementemente—. Si eso fuera posible, mi pasión sería indigna de su destinataria.

Mientras él hablaba, el cervato favorito de Adeline vino hacia ella dando brincos. Ese incidente afectó a Louis de tal modo que le hizo verter lágrimas.

—Este animalito —dijo, después de una breve pausa— me condujo hasta vos la primera vez; fue testigo de aquel feliz momento en que os vi por vez primera, rodeada de atractivos demasiado intensos para mi corazón. Aquel momento está todavía fresco en mi memoria, y la criatura vuelve para ser testigo de mi triste partida.

La congoja interrumpió su discurso. Cuando recobró la voz, dijo:

—¡Adeline!, cada vez que miréis a vuestro animalito favorito y lo acariciéis, recordad al desdichado Louis, que entonces estará lejos... lejos de vos. ¡No me neguéis el triste consuelo de creerlo así!

—No tendré necesidad de semejante advertencia para acordarme de vos —replicó Adeline, con una sonrisa—. Vuestros excelentes padres y vuestros méritos propios serán suficiente reclamo para mi memoria. Si pudiese ver que vuestro natural sentido común vuelve a tomarlas riendas de vuestra pasión, mi satisfacción igualaría a mi estima por vos.

—No lo esperéis —dijo Louis—, ni yo lo querría... porque en este caso la pasión es una virtud.

Mientras hablaba, vio que La Motte daba la vuelta a una esquina de la abadía.

—No hay tiempo que perder —dijo Louis—, nos van a interrumpir. ¡Oh, Adeline, adiós! Decidme que pensaréis en mí alguna vez.

—¡Adiós! —dijo Adeline, afectada por la congoja del joven—. Que la paz os acompañe. Pensaré en vos con el afecto de una hermana.

Louis suspiró profundamente y le apretó la mano. Entonces volvió a aparecer La Motte, doblando otro saliente de las minas. Adeline los dejó juntos y se retiró a su aposento, agobiada por la escena. La pasión de Louis y la estima que ella le concedía eran demasiado sinceras para no inspirarle una gran compasión por su desdichado amor. Permaneció en su cuarto hasta que él abandonó la abadía, no queriendo exponerle o exponerse a sí misma al sufrimiento de una despedida formal.

Cuanto más se acercaba la tarde y la hora de la cita, tanto más aumentaba la impaciencia de Adeline. Sin embargo, cuando llegó el momento, le falló la determinación y titubeó. Veía en aquella entrevista *concertada* cierta falta de delicadeza y un disimulo por su parte que le indignaba. Recordaba las cariñosas demostraciones de Théodore, y varias circunstancias que parecían indicar que su corazón estaba interesado en la cita. De nuevo se preguntaba si no habría obtenido él

su consentimiento a esa cita llevado de alguna sospecha sin base. Y estaba casi decidida a no ir. Sin embargo, era posible que la aserción de Théodore fuese sincera y que los peligros que ella corría fueran ciertos. La posibilidad de que así fuese hacía que sus delicados escrúpulos parecieran ridículos; se asombró de que por un momento les hubiese concedido tanta importancia y, culpándose de la demora que habían ocasionado, se apresuró a acudir a la cita.

El sendero que conducía a aquel lugar era silencioso y solitario. Cuando la joven llegó al retiro, Théodore no había aparecido todavía. Un orgullo pasajero hacía que no quisiese ser más puntual a la cita que él; por lo que tomó un camino que serpenteaba entre los árboles, a la derecha. Después de andar algún tiempo sin ver a nadie, ni oír pasos, regresó; mas el joven no había llegado y Adeline volvió a abandonar aquel retiro. Regresó a él por segunda vez y Théodore aún estaba ausente. Acordándose del tiempo transcurrido desde que dejó la abadía, empezó a preocuparse y calculó que la hora convenida había sido ya rebasada con creces. Estaba enfadada y perpleja, mas se sentó en el césped, resuelta a esperar a Théodore. Después de haber permanecido allí hasta la caída del crepúsculo esperando inútilmente, su orgullo estaba cada vez más herido; temía que el joven hubiese descubierto, aunque sólo fuese en parte, la atracción que le había inspirado y, creyendo que ahora la trataba con una negligencia premeditada, dejó aquel lugar con indignación, reconviniéndose por su imprudencia.

Apaciguadas esas primeras emociones, y una vez que la razón recuperó su mando, Adeline se avergonzó de lo que calificó de pueril efervescencia de amor propio. Recordó, como si fuese la primera vez, aquellas palabras de Théodore: «Temo que os engañéis, y que os aceche algún peligro». En aquel momento absolvió al pecador y vio solamente al amigo. El significado de aquellas palabras, de cuya veracidad ella no dudaba, renovó sus temores. ¿Por qué se molestó en venir de la quinta, con el propósito de avisarla del peligro que corría, si no pensaba protegerla? Y si pensaba protegerla, ¿qué otra razón más que la necesidad podía impedirle acudir a la cita?

De pronto esas reflexiones la decidieron. Resolvió acudir el día siguiente a la misma hora al lugar de la cita, donde el interés que él se tomaba por su suerte, según ella creía, le conduciría sin duda hasta allí con la esperanza de encontrarla. Podía creerse que alguna amenaza se cerniera sobre ella, mas le era imposible adivinar de qué podía tratarse. Monsieur y Madame La Motte eran sus amigos, y ¿quién más distante —pensaba ella—, fuera del alcance de su padre, podía perjudicarla? Mas ¿por qué dijo Théodore que estaba engañada? Aunque le resultaba imposible salir de aquel laberinto de conjeturas, trató de dominar su inquietud hasta el día siguiente por la tarde. Mientras tanto se empeñó en distraer a Madame La Motte, que efectivamente necesitaba algún consuelo después de la partida de su hijo.

Agobiada de aquel modo por sus propias preocupaciones, y compartiendo las de Madame La Motte, Adeline se retiró a descansar. Pronto las perdió de su memoria,

pero fue para caer en un sopor agobiante, como el que demasiado a menudo frecuenta el lecho de los desdichados. Al final su imaginación perturbada le inspiró el siguiente sueño.

Creyó verse en una habitación grande que pertenecía a la abadía, más antigua y desolada, aunque en parte amueblada que todas las que había visto. Estaba perfectamente resguardada con parapetos, sin embargo, no apareció nadie. Mientras meditaba, examinando el aposento, oyó una voz débil que la llamaba, y mirando hacia el lugar de donde procedía, divisó a la pálida luz de un farol una figura tendida en un lecho que yacía en el suelo. La voz volvió a llamarla y, al acercarse al lecho, distinguió claramente las facciones de un hombre que estaba a punto de expirar. Una palidez cadavérica cubría su semblante, que mostraba una expresión de bondad y dignidad que le interesó poderosamente.

Conforme le miraba, sus facciones cambiaron, apareciendo en ellas las convulsiones propias de un agonizante. La visión la aterró; retrocedió, mas de repente el moribundo alargó la mano y, cogiendo la de ella, se la apretó con violencia. Completamente aterrorizada, trató de desprenderse y, mirándole de nuevo a la cara, vio a un hombre, que parecía tener alrededor de treinta años, con las mismas facciones, aunque en perfecta salud, y con un semblante más benigno. La sonrió cariñosamente y movió los labios, como si fuera a hablar, pero en aquel momento se abrió de repente el suelo y desapareció de su vista. El esfuerzo que tuvo que hacer para librarse de ser arrastrada tras él, la despertó.

Aquel sueño había impresionado tan profundamente a su imaginación, que necesitó algún tiempo para poder superar el terror que le ocasionó, y aun para convencerse plenamente de que se hallaba en su propio cuarto. Al fin, consiguió tranquilizarse y se durmió; aunque fue para caer en otro sueño.

Creyó que se había extraviado en ciertas galerías tortuosas de la abadía; que era casi de noche, y había estado vagando durante bastante tiempo sin poder hallar una puerta. De pronto oyó repicar una campana en lo alto, y poco después una confusión de voces a lo lejos. Redobló sus esfuerzos para conseguir salir de allí. Luego todo quedó en silencio y finalmente, fatigada por la búsqueda, se sentó en un peldaño que atravesaba la galería. Cuando todavía llevaba poco tiempo allí sentada, vio en las paredes el resplandor de una tenue a lo lejos; pero un recodo de la galería, que era muy larga, le impidió distinguir de dónde provenía. Durante algún tiempo continuó brillando débilmente y luego creció en intensidad; entonces vio entrar a un hombre en la galería, vestido con una larga capa negra, como las que llevan normalmente los asistentes a un funeral, y con una antorcha en la mano. Le pidió que le siguiese y la condujo a través de un largo pasadizo hasta el pie de una escalera. Entonces le entró a ella miedo a seguir y, cuando se disponía a retroceder a toda prisa, el hombre se volvió a perseguirla; en medio del terror que la persecución le ocasionaba, se despertó.

Asustada por aquellas dos visiones, y sobre todo por la sorprendente relación que

parecían tener entre sí, trató de mantenerse despierta por miedo a que sus terroríficas imágenes volvieran a atormentar su espíritu. Sin embargo, al cabo de algún tiempo, volvió a sumirse de nuevo en un sopor, aunque no descansó.

Ahora creyó encontrarse en una larga galería antigua, al final de la cual vio la puerta entreabierta de un cuarto, en cuyo interior había una luz. Se dirigió a ella y descubrió al hombre que ya viera antes, de pie junto a la puerta, haciéndole señas para que se acercara. Con la falta de lógica tan común en los sueños, la joven no se esforzó por evitarle, sino que se adelantó y le siguió a una serie de aposentos muy antiguos, cubiertos de colgaduras negras y alumbrados como para un funeral^[39]. El hombre la siguió guiando hasta llegar a la misma habitación que recordaba haber visto en su primer sueño. En el extremo más alejado de la habitación había un ataúd cubierto por un paño mortuario; a su alrededor había algunas antorchas y varias personas que parecían muy acongojadas.

De pronto le pareció que todas aquellas personas habían desaparecido y que se había quedado sola; luego se dirigió al ataúd y, mientras lo contemplaba, creyó oír una voz en su interior, mas no vio a nadie. El hombre que había visto antes apareció poco después junto al ataúd y levantó el paño; entonces ella pudo distinguir debajo a una persona en la que creyó reconocer al caballero moribundo que había contemplado en su anterior sueño: sus facciones tenían impresas las huellas de la muerte, mas todavía no habían perdido la serenidad. Mientras ella lo miraba, brotó de uno de sus costados un chorro de sangre, que cayó al suelo e inundó todo el aposento. Al mismo tiempo, la voz que había oído antes pronunció unas palabras; mas el horror de aquella escena la agobió de tal modo que despertó sobresaltada.

Cuando recobró los sentidos, se incorporó en la cama para convencerse de que lo que había visto no fue más que un sueño. Estaba tan aterrada que le daba miedo estar sola y estuvo a punto de llamar a Annette. Las facciones de la persona fallecida, y el aposento en donde yacía, permanecían profundamente grabados en su imaginación, y todavía le parecía oír la voz y contemplar el semblante que había visto en sueños. Cuanto más pensaba en aquellos sueños, más se sorprendía: eran tan terribles, volvían tan a menudo y parecían tan relacionados entre sí, que apenas podía creer que fuesen fortuitos. No obstante, no podía explicarse por qué tenían que ser sobrenaturales. No durmió más aquella noche.

FIN DEL VOLUMEN I

VOLUMEN II

CAPÍTULO VIII

[...] Cuando esos prodigios
Coinciden a una, que nadie diga:
Tienen sus motivos; son fenómenos naturales
Porque a mi juicio son presagios siniestros.

JULIO CÉSAR^[40]

CUANDO Adeline apareció para el desayuno, su rostro atormentado y lánguido impresionó a Madame La Motte, que le preguntó si estaba indispuesta. Forzando una sonrisa, la joven respondió que no había descansado bien porque había tenido sueños muy preocupantes. Cuando estaba a punto de describirlos, un fuerte impulso involuntario se lo impidió. Al mismo tiempo, La Motte ridiculizó sus temores tan despiadadamente, que casi se avergonzó de haberlos mencionado y trató de superar el recuerdo de lo que los había causado.

Después del desayuno, trató de distraer sus pensamientos conversando con Madame La Motte, pero realmente estaban ocupados con los incidentes de los dos últimos días, los sueños propiamente dichos y sus conjeturas acerca de la información que Théodore iba a comunicarle. De modo que permanecieron sentadas durante algún tiempo, cuando de pronto les llegaron voces desde la gran puerta de la abadía y, al acercarse a la ventana, Adeline vio al Marqués y sus acompañantes en el prado que había delante de la fachada. El portal de la abadía ocultaba de su vista a un grupo de personas, entre las cuales era posible que se hallara Théodore, que no había aparecido todavía. Continuó buscándolo con gran ansiedad, hasta que el Marqués entró en la sala con La Motte y algunas otras personas. Poco después Madame fue a recibirles y Adeline se retiró a su aposento.

La Motte no tardó en enviarle recado para que se reuniese con el grupo, donde en vano creyó encontrar a Théodore. El Marqués se levantó al aproximarse ella y le hizo algunos cumplidos, después de los cuales la conversación se animó considerablemente. No pudiendo simular alegría en medio de la inquietud y la decepción en que estaba sumido su corazón, Adeline participó muy poco en la conversación. Théodore no fue nombrado ni una sola vez. De buena gana hubiera preguntado por él, si hubiese sido posible hacerlo sin levantar sospechas. Mas se vio obligada a contentarse con la esperanza, primero de que llegara antes de la cena, y más tarde de que lo hiciera antes de la partida del Marqués.

Así pasó el día entre la expectación y el desengaño. Se acercaba la noche, y estaba condenada a permanecer en presencia del Marqués, aparentando oír una conversación que en verdad apenas escuchaba, mientras dejaba escapar la oportunidad que podía decidir su suerte. De pronto se liberó de aquel estado terrible, para sumergirse en otro más angustioso todavía, si eso era posible.

El Marqués preguntó por Louis y, al ser informado de su partida, mencionó que Théodore Peyrou^[41] se había marchado también esa mañana para reunirse con su regimiento en una provincia distante. Lamentó la pérdida que sufría con su ausencia y expresó algunos elogios bastante lisonjeros de sus talentos. La noticia le produjo a Adeline una conmoción a la que sucumbieron sus ánimos largo tiempo agitados; la sangre abandonó sus mejillas y le acometió una debilidad repentina, de la que se recobró sólo para darse cuenta de que había revelado sus emociones, y que había peligro de que recayera en un segundo desfallecimiento.

Sr retiró a su cuarto y allí, una vez más a solas, su agobiado corazón halló alivio en las lágrimas, que derramó abundantemente. Las ideas se agolpaban en su mente con tanta rapidez que pasó mucho tiempo antes de que pudiese hilar algo semejante a un razonamiento. Trató de buscar una explicación la brusca partida de Théodore. ¿Cómo es posible —se preguntaba ella— que estuviese interesado en mi bienestar y, sin embargo, me haya dejado enteramente expuesta a un peligro que él mismo preveía? ¿O debo creer que se ha burlado de mi ingenuidad por un frívolo capricho, para abandonarme ahora con los incoherentes temores que él mismo me ha suscitado? ¡Es imposible que un semblante tan noble, unos modales tan amables, puedan ocultar un corazón capaz de elaborar un plan tan despreciable! ¡No! Cualquiera que sea lo que me esté reservado, no renunciaré al placer de creerle digno de mi estima.

El estruendo de un trueno lejano la sacó de aquellas reflexiones, viendo entonces que la oscuridad de la noche aumentaba con la proximidad de la tormenta. Esta siguió su curso y poco después los relámpagos comenzaron a reflejarse por toda la habitación. Adeline era poco propicia al miedo y nada fácil de aterrorizar; mas ahora le desagradaba estar sola, por lo que bajó al salón con la esperanza de que el Marqués se hubiese marchado ya de la abadía. Sin embargo, el aspecto amenazador del cielo le había retenido allí, y dado el cariz de la tormenta se felicitó de haberse quedado en aquel refugio. La tormenta continuó y sobrevino la noche. La Motte instó a su huésped a que aceptase una cama en la abadía y este consintió al fin, circunstancia que dejó algo perpleja a Madame La Motte, preguntándose qué habitación iba a ofrecerle. Al cabo de un tiempo, arregló el asunto a su entera satisfacción: cedió su aposento al Marqués, y el de Louis a dos de sus acompañantes; más adelante se convino en que Adeline le dejaría su habitación Monsieur y Madame La Motte, y ella se trasladaría a una cámara interior, donde le habían puesto un camastro que solía utilizar Annette.

Durante la cena el Marqués estuvo menos alegre de lo que acostumbraba; se dirigía con frecuencia a Adeline y sus miradas y su comportamiento parecían expresar el cariñoso interés con que se había tomado la indisposición de joven, que todavía estaba pálida y lánguida. Como de costumbre, Adeline se esforzó por olvidarse de sus problemas y aparentar que estaba contenta. Mas el velo de su alegría fingida era demasiado tenue para ocultar los vestigios de su tristeza; y sus débiles sonrisas únicamente servían para añadir cierta dulzura a su semblante. El Marqués

conversó con ella sobre una gran variedad de temas, mostrando una mente refinada. Las observaciones que hacía Adeline utilizando palabras sencillas y a la vez contundentes, cuando no le quedaba más remedio, pues era reacia a ellas debido a su modestia, parecían suscitar la admiración del Marqués, que él a veces dejaba entrever involuntariamente en su expresión.

Adeline se retiró temprano a su habitación, que estaba contigua por un lado a la de Madame La Motte, y por el otro al gabinete anteriormente mencionado. Era espaciosa y de techos altos y el escaso mobiliario que contenía estaba en muy mal estado. Quizás fuese la situación actual de su estado de ánimo más que aquellas circunstancias lo que contribuía a darle ese aire melancólico que parecía reinar en ella. No quería dormirse, temiendo que regresaran los sueños que le habían perseguido últimamente; y decidió no acostarse hasta que el sueño la venciera, de modo que pudiera dormir profundamente. Colocó la vela sobre una mesita y tomando un libro continuó leyendo durante más de una hora hasta que su mente se negó a seguir abstrayéndose de sus propios pesares y permaneció algún tiempo apoyada sobre su brazo en actitud pensativa.

El viento era fuerte, y cuando silbaba a través del desolado aposento y agitaba las débiles puertas la joven se sobresaltaba con frecuencia, y a veces incluso creía oír suspiros en los intervalos entre ráfagas; mas ella desechaba esas ilusiones urdidas por la noche y su propia imaginación melancólica. Mientras pensaba con los ojos fijos en la pared opuesta, advirtió que el tapiz que cubría toda la habitación se agitaba de un lado a otro; continuó observando un rato y luego se levantó para examinarlo más de cerca. Lo movía el viento. Al momento se avergonzó del miedo pasajero que le había provocado; mas observó que en una parte concreta se movía con mayor violencia que en el resto y que de allí salía un ruido que parecía debido a algo más que el viento. La vieja cuja que La Motte había encontrado en aquel aposento había sido trasladada de sitio para acomodar a Adeline, y era precisamente detrás de donde estaba ahora colocada donde el viento parecía precipitarse con especial fuerza. La curiosidad la incitó a seguir con su examen; tanteó el tapiz y notó que la pared cedía bajo su mano; entonces levantó el tapiz y descubrió un puerta pequeña, cuyas bisagras aflojadas dejaban que penetrara el viento, provocando el ruido que había oído.

La puerta sólo tenía un cerrojo; Adeline lo descorrió y, cogiendo la vela, descendió unos cuantos escalones hasta otra habitación. Inmediatamente se acordó de sus sueños. La habitación no se parecía apenas a aquella en la que había visto al caballero moribundo, y después el féretro; mas le recordaba confusamente a otra por la que había pasado. Levantó la luz para examinarla mejor y se convenció por su estructura de que formaba parte de los antiguos cimientos. El marco hecho pedazos de una ventana, a bastante altura sobre el suelo, parecía ser la única abertura por la que entraba luz. Vio otra puerta al lado opuesto de la habitación, y después de unos instantes de vacilación se armó de valor y resolvió seguir investigando. «Parece ser —pensó— que hay un misterio en estas habitaciones, que quizás me corresponda averiguar. Al menos comprobaré adónde conduce aquella puerta».

Se dirigió hacia ella, y después de abrirla, atravesó con paso trémulo una serie de aposentos, parecidos al primero en su estilo y en su estado de conservación, que terminaban en uno exactamente igual a aquel en el que vio en sueños al moribundo.

El recuerdo la impresionó tanto que estuvo a punto de desmayarse; y mirando alrededor de la habitación casi esperaba ver el fantasma de su sueño.

Incapaz de abandonar aquel lugar, se sentó encima de unos trastos viejos para recobrar fuerzas, ya que su ánimo estaba casi vencido por un temor supersticioso como nunca había experimentado antes. Se preguntaba a qué parte de la abadía pertenecerían estas cámaras, y le sorprendía que durante tanto tiempo no las hubiesen descubierto. Las ventanas estaban muy altas para proporcionar alguna información del exterior. Cuando se halló suficientemente calmada para considerar la orientación de las habitaciones y la situación de la abadía, no tuvo dudas de que formaban parte del edificio original.

Mientras estas reflexiones se sucedían en su mente, un repentino destello de la luna iluminó un objeto fuera de la ventana. Hallándose entonces bastante calmada para continuar su registro y, creyendo que aquel objeto podría proporcionarle algún medio de descubrir la situación de aquellos aposentos, combatió los temores que todavía le quedaban y, para distinguirlo más claramente, se llevó la vela a la cámara exterior; pero antes de que volviese, una nube espesa ocultó la faz de la luna y todo quedó a oscuras. Durante unos instantes esperó ver un nuevo destello, mas la oscuridad continuaba. Cuando regresaba en silencio para coger la vela, su pie tropezó con algo que había en el suelo; y mientras se detuvo a examinarlo, la luna volvió a brillar, de modo que pudo distinguir, a través de la ventana, las torres orientales de la abadía. El descubrimiento confirmó sus primeras conjeturas en lo relativo a la situación interior de aquellos aposentos. La oscuridad de aquel lugar le impidió reconocer lo que le impedía el paso; mas habiendo acercado la vela, vio en el suelo un puñal antiguo; lo cogió con mano temblorosa y, examinándolo más de cerca, observó que estaba manchado de orín.

Asustada y sorprendida, miró alrededor del cuarto buscando algún otro objeto que confirmase o destruyese la terrible sospecha que ahora asaltaba su mente; pero únicamente vio un gran sillón con los brazos rotos y una mesa también destrozada en una esquina del cuarto. En otra parte había también un montón de cosas que parecían ser trastos viejos. Se acercó y vio una cuja rota y algunos restos de muebles, cubiertos de polvo y telarañas, que parecían no haber sido tocados desde hacía muchos años. Sin embargo, deseando llevar más lejos su examen, trató de levantar lo que parecía haber formado parte de la cuja; mas se le escurrió de la mano y al caerse al suelo se llevó consigo algunos de los restantes trastos viejos. Adeline se echó a un lado y logró evitarlos; mas pasado el estruendo de la caída, oyó un ligero crujido y, cuando se disponía a abandonar la habitación, vio caer algo suavemente entre los trastos viejos.

Era un rollo de papel, atado con una cuerda y cubierto de polvo. Adeline lo cogió y lo abrió, descubriendo un texto escrito a mano. Intentó leerlo, mas la escritura estaba tan borrosa que le resultó difícil hacerlo, aunque las pocas palabras que eran legibles suscitaron su curiosidad y su terror y la indujeron a regresar inmediatamente

a su cámara^[42].

Cuando llegó a su habitación, cerró la puerta disimulada tras el tapiz y volvió a cubrirla con este. Era media noche. La quietud del momento, interrumpida de vez en cuando por los bramidos huecos del viento, realzaba la solemnidad de los sentimientos de Adeline. Hubiera deseado no estar sola y, antes de ponerse a leer el manuscrito, escuchó para comprobar si Madame La Motte seguía todavía en su cuarto; como no oyó ningún ruido, abrió suavemente la puerta. El silencio profundo que reinaba en el interior casi la convenció de que allí no había nadie; mas queriendo asegurarse todavía más, trajo la vela y halló la habitación vacía. Le extrañó que Madame La Motte no estuviese en su cuarto a una hora tan avanzada de la noche. Continuó hasta lo alto de las escaleras de la torre para escuchar si se movía alguien.

Oyó un ruido de voces abajo, entre otras la de La Motte, que hablaba en su tono acostumbrado. Convencida de que todo iba bien, Adeline volvió a su habitación, cuando oyó que el Marqués pronunciaba su nombre con un énfasis poco corriente. Adeline se detuvo.

—La adoro —prosiguió el Marqués— y juro que...

—Milord —le interrumpió La Motte—, acordaos de vuestra promesa.

—Me acuerdo bien —replicó el Marqués— y la cumpliré. Mas estamos perdiendo el tiempo. Mañana me declararé a ella, y entonces sabré lo que puedo esperar y lo que debo hacer.

Adeline temblaba tanto, que apenas podía sostenerse en pie. Deseaba volverse a su cuarto; sin embargo, las palabras que había oído le interesaban tanto que estaba ansiosa por obtener una explicación más completa. Hubo una pausa en la conversación, después de la cual ambos hablaron en un tono de voz más bajo. Adeline recordó los consejos de Théodore y resolvió liberarse, si era posible, de la terrible tensión que estaba soportando. Bajó sigilosamente unos pocos escalones a fin de escuchar mejor a los interlocutores, mas hablaban tan bajo que no distinguía más que algunas palabras de cuando en cuando.

—¿Su padre, decís? —preguntó el Marqués.

—Sí, milord, su padre. Estoy bien informado de lo que digo.

Adeline se estremeció al oír mencionar a su padre; un nuevo terror se apoderó de ella y llevada de su creciente impaciencia se esforzó por distinguir sus palabras; pero le fue imposible durante algún tiempo.

—No hay tiempo que perder —dijo el Marqués—, será pues mañana.

Adeline oyó levantarse a La Motte y, creyendo que iba a abandonar la habitación, subió rápidamente los escalones y al llegar a su cuarto se desplomó sin conocimiento en un sillón.

Pensaba únicamente en su padre. No dudaba de que la había perseguido y había descubierto su refugio; y aunque esa conducta parecía no concordar con su anterior comportamiento de entregarla a unos desconocidos, sus temores le hacían pensar que todo aquello terminaría con alguna nueva crueldad. No titubeó en decidir que ese

debía de ser el peligro del que le había avisado Théodore; mas le era imposible imaginar cómo había llegado a conocimiento de él, o cómo se había puesto al corriente de su historia; a menos que fuese a través de La Motte, su aparente amigo y protector, del que ella sospechaba, de mala gana, que le había traicionado. En efecto, ¿por qué La Motte le ocultaba sólo a ella su conocimiento de las intenciones de su padre, si no era porque planeaba entregársela? No obstante, pasó bastante tiempo antes de que creyera posible esa conclusión. Descubrir la depravación en aquellos que hemos amado es una de las torturas mayores para un alma virtuosa, que, aunque muchas veces rechace la convicción, acabará finalmente por admitirla.

Las palabras de Théodore, diciéndole que temía que fuera engañada, confirmaron sus penosos recelos acerca de La Motte y otros todavía más angustiosos: que Madame La Motte conspirara también contra ella. Este pensamiento alivió por un momento su terror y la dejó desconsolada, llorando amargamente.

—¿Es así cómo actúa la naturaleza humana? —exclamó Adeline—. ¿Estoy condenada a no hallar más que falsedad?

El descubrimiento de algún defecto en aquellos a los que hemos admirado nos inclina a extender nuestra censura individual a toda la especie; y a partir de entonces rechazamos las apariencias y concluimos demasiado a la ligera que no podemos confiar en nadie.

Adeline decidió arrojarse a los pies de La Motte a la mañana siguiente e implorar su piedad y su protección. Su alma estaba en aquellos momentos demasiado agitada por sus propias preocupaciones para que pudiese examinar el manuscrito, por lo que se sentó en un sillón a meditar, hasta que oyó los pasos de Madame La Motte yéndose a acostar. Poco después La Motte subió también a su cuarto; y Adeline, la bondadosa y perseguida Adeline, que acababa de pasar dos días atormentada por la ansiedad y una noche de visiones terroríficas, trató de calmarse para poder dormir. En su actual estado de ánimo se alarmaba fácilmente y, nada más quedarse dormida, la despertó un ruido fuerte y poco corriente. Aguzó el oído y pensó que el ruido venía de los aposentos de abajo; mas al cabo de algunos minutos llamaron precipitadamente a la puerta del cuarto de La Motte.

La Motte, que acababa de dormirse, no era fácil de despertar; pero los golpes en su puerta se redoblaron con tanta violencia que Adeline, extremadamente aterrorizada, se levantó y fue a la puerta interior que comunicaba su cuarto con el de él con intención de llamarle. La detuvo la voz de Marqués, que distinguió claramente al otro lado de la puerta, diciéndole que se levantara inmediatamente. Madame La Motte trataba al mismo tiempo de despertar a su esposo, que finalmente se levantó muy alarmado, y poco después, habiéndose reunido con el Marqués, bajaron juntos a escalera. Adeline se vistió, cuanto se lo permitieron sus temblorosas manos, y pasó a la habitación contigua, donde halló a Madame La Motte extremadamente sorprendida y aterrorizada.

Entre tanto, el Marqués dijo a La Motte con gran nerviosismo que recordaba

haberse citado con algunas personas para negocios importantes mañana muy temprano y que, por consiguiente, necesitaba volver inmediatamente a su quinta. Mientras decía eso y pedía que llamasen a sus criados, La Motte no pudo menos de observar la palidez cenicienta de su semblante, y de expresar sus temores de que su señoría se hallase indispuerto. El Marqués le aseguró que se encontraba perfectamente bien, pero deseaba ponerse en camino inmediatamente. Ordenaron a Peter que llamase a los demás criados, y el Marqués, tras rechazar tomarse un refresco, se despidió apresuradamente de La Motte y, tan pronto como su gente estuvo lista, se marchó de la abadía.

La Motte regresó a su cuarto pensando en la brusca partida de su huésped, cuya agitación parecía demasiado fuerte para que proviniese de la causa asignada. Apaciguó la inquietud de su mujer, y al mismo tiempo suscitó su sorpresa poniéndola al corriente de los motivos de la reciente alarma. Adeline, que se había retirado a su cuarto a la llegada de La Motte, miró por la ventana al oír pisadas de caballos. Era el Marqués y su gente que en aquel momento pasaban a poca distancia. No pudiendo distinguir quiénes eran, pero alarmada de ver tanta gente alrededor de la abadía semejante hora, llamó a Madame La Motte para informarla del hecho, poniéndola al corriente de lo que pasaba.

Finalmente la joven se acostó y aquella noche su sueño no fue perturbado por ninguna pesadilla.

Cuando se levantó por la mañana vio a La Motte que se paseaba solo por la avenida de abajo y se apresuró a aprovechar la ocasión que se le presentaba de defender su causa. Se acercó a él con pasos vacilantes: la palidez y timidez de su rostro revelaban el desorden de su mente. Sin entrar en explicaciones de ningún género, sus primeras palabras imploraron su compasión. La Motte se detuvo y, mirándola seriamente a la cara, le preguntó si algo en su conducta hacia ella merecía la sospecha que su súplica implicaba. Adeline se avergonzó por un momento de haber dudado de su probidad, mas las palabras que había oído casualmente volvieron a su memoria.

—Reconozco, señor —dijo la joven—, que vuestro comportamiento ha sido amable y generoso, más allá de lo que tenía derecho a esperar, mas...

Se interrumpió. No sabía cómo mencionar aquello que le avergonzaba creer. La Motte siguió contemplándola en silencio esperando su intervención, hasta que por fin le rogó que prosiguiese y se explicase. La joven le suplicó que la protegiese de su padre. La Motte la miró sorprendido y confuso.

—¡De vuestro padre! —dijo.

—Así es, señor —replicó Adeline—; no ignoro que ha descubierto mi refugio. Tengo que temer lo peor de un padre que me ha tratado con la crueldad de que habéis sido testigo. Os imploro de nuevo que no permitáis que caiga en sus manos otra vez.

Mientras La Motte permanecía absorto en sus reflexiones, Adeline redoblaba sus esfuerzos por interesar su piedad.

—¿Qué motivo tenéis para suponer, o más bien cómo habéis sabido que vuestro padre os busca?

La pregunta desconcertó a Adeline, pues le avergonzaba reconocer que había espiado su conversación y desdeñaba inventar o decir una falsedad. Finalmente confesó la verdad. El semblante de La Motte tomó de repente un aire de salvaje ferocidad y, después de reprocharla severamente por su conducta, a la que había sido inducida más bien por casualidad que a propósito, le preguntó qué había oído que pudiera alarmarla tanto. La joven le repitió fielmente las frases incoherentes que habían llegado a sus oídos. Mientras hablaba él la miraba con la mayor atención.

—¿Es eso todo lo que oísteis? ¿De esas pocas palabras es de donde sacáis semejante conclusión categórica? Examinadlas y veréis que no la justifican.

Adeline advirtió entonces lo que el fervor de sus temores no le había permitido observar antes: que las palabras, tal como las había oído sin ninguna ilación entre sí, significaban bien poco; que era su imaginación la que había llenado los huecos en las frases, sugiriendo la desgracia que temía. A pesar de eso, sus miedos se calmaron muy poco.

—Vuestros temores, sin duda, se habrán disipado ahora —prosiguió La Motte—. Mas para daros una prueba de mi sinceridad, que os habéis atrevido a cuestionar, os diré que estaban justificados. Lleváis razón al asustaros. Vuestro padre ha descubierto el lugar en que residís y os ha reclamado. Es cierto que yo me he negado a entregaros, por motivos estrictamente compasivos; mas no tengo ni la autoridad para reteneros ni los medios para defenderos. Cuando vuelva a exigir su reclamación, os daréis cuenta de eso. Estad preparada, por tanto, vuestra desgracia como veis es inevitable.

Durante algún tiempo Adeline no pudo expresarse sino con lágrimas. Al fin, con una entereza estimulada por la desesperación, dijo:

—¡Me resigno a la voluntad del Cielo!

La Motte la contemplaba en silencio, y su rostro mostraba una intensa emoción. No obstante, se abstuvo de reanudar la conversación y volvió a la abadía, dejando a Adeline absorta en su dolor.

Requerida para desayunar, la joven se apresuró a volver al salón, donde pasó la mañana conversando con Madame La Motte, a la que contó todos sus temores y expresó todos sus pesares. Aunque parecía muy conmovida por el discurso Adeline, lo único que ella podía ofrecerle era piedad y un consuelo muy superficial. Así pasaron tristemente las horas, mientras la inquietud de Adeline continuaba aumentando y el momento fatal parecía aproximarse rápidamente. Apenas acabada la cena, Adeline se sorprendió al ver llegar al Marqués. Entró en la habitación con su habitual naturalidad y, excusándose por el trastorno que había ocasionado la noche precedente, repitió lo que ya le había dicho a La Motte.

El recuerdo de la conversación que había escuchado casualmente al principio confundió a Adeline y sumió su alma en un estado en el que sólo le preocupaban los males que podía temer de su padre. El Marqués, como de costumbre atento con

Adeline, pareció afectado por su aparente indisposición y manifestó mucha preocupación por el abatimiento de que daba muestra, a pesar de los esfuerzos que hacía por ocultarlo. Cuando Madame La Motte se retiró, Adeline iba a seguirla, mas el Marqués le suplicó que le concediese un momento de atención y la hizo volver a sentarse. La Motte desapareció inmediatamente.

Adeline sabía demasiado bien el contenido del discurso del Marqués, cuyas palabras pronto aumentaron la confusión que sus temores le habían ocasionado. Mientras él le declaraba el ardor de su pasión en tales términos que muchas veces hacía pasar la vehemencia por sinceridad, Adeline, para quien esa declaración, si era honrada, le angustiaba, y si no lo era, le horrorizaba, le interrumpió y le agradeció el ofrecimiento de una distinción, que con aire modesto aunque resuelto, debía rechazar. La joven se levantó para irse.

—¡Quedaos, mi encantadora Adeline! —dijo el Marqués—. Y si la compasión por mis sufrimientos no os inclina de mi parte, permitid al menos que lo haga la consideración de vuestros propios peligros. Monsieur La Motte me ha informado de vuestros infortunios y del peligro que ahora os amenaza. Aceptad de mí la protección que él no puede proporcionaros.

Adeline seguía retirándose hacia la puerta, cuando el Marqués se arrojó a sus pies y tomándole una mano se la besó. La joven forcejeó para soltarse.

—¡Escuchadme, encantadora Adeline! —exclamó el Marqués—. No existo más que por vos. Atended mis súplicas y toda mi fortuna será vuestra. No me llevéis a la desesperación por un rigor mal entendido, o por...

—Milord —interrumpió Adeline, con un aire de inefable dignidad, y aparentando creer todavía que su propuesta era honrada—. Me doy cuenta de la generosidad de vuestra conducta y me halaga la distinción que me ofrecéis. Por tanto, os diré algo más de lo necesario para expresar escuetamente la negativa que me veo obligada a seguir dándoos. *No puedo* otorgaros mi corazón. *No podéis* obtener más que mi estima, a la que, en efecto, nada puede contribuir tanto como vuestra abstención en lo sucesivo de cualquier proposición de esa naturaleza.

De nuevo intentó irse, mas el Marqués se lo impidió; y después de alguna vacilación, insistió en su petición, aunque en unos términos tales que ya no le permitieron a ella dudar lo más mínimo acerca de sus intenciones. Sus ojos se anegaron en lágrimas, pero ella trató de contenerlas, y con una mirada en la que la congoja y la indignación parecían disputarse la preeminencia, dijo:

—Milord, eso no merece respuesta; dejadme pasar.

Por un momento la dignidad de la joven atemorizó al Marqués, que cayó a sus pies implorando perdón. Mas ella agitó la mano en silencio y se apresuró a salir de la habitación. Cuando llegó a su cuarto cerró la puerta y, arrellanándose en un sillón, sucumbió a los pesares que oprimían su corazón. Y no era el menor de todos ellos el sospechar que La Motte era indigno de su confianza; pues era casi imposible que ignorase los verdaderos designios del Marqués. Madame La Motte, creía la joven,

había sido engañada bajo el plausible pretexto de un afecto honrado, ahorrándola de aquel modo el tormento de dudar de su integridad.

Adeline echó una ojeada temblorosa a la perspectiva que se le presentaba. Por un lado estaba su padre, cuya crueldad ya había sido puesta de manifiesto tan claramente; por el otro, el Marqués la perseguía con injurias y una pasión depravada. Decidió informar a Madame La Motte del contenido de la última conversación y, con la esperanza de obtener su protección y su simpatía, se enjugó las lágrimas e iba ya a salir de su habitación cuando entró la susodicha. Mientras Adeline le contaba lo que había pasado, su amiga lloró y pareció experimentar una gran agitación. Trató de consolarla y le prometió servirse de su influencia para persuadir a La Motte de que prohibiera al Marqués que la cortejara.

—Ya sabéis, querida —añadió Madame—, que nuestra situación actual nos obliga a mantener relaciones con el Marqués, y por tanto haríais bien en demostrar el menor resentimiento posible en vuestro trato con él. Comportaos en su presencia con vuestra habitual naturalidad, pues no dudo de que este asunto pasará sin que os veáis sometida a más solicitudes.

—¡Ay, señora! —dijo Adeline—. ¡Qué carga más difícil me imponéis! Os suplico que no permitáis que me vea expuesta la humillación de hallarme en su presencia; que cada vez que él venga a la abadía se me permita quedarme en mi cuarto.

—De buena gana consentiría en eso —respondió Madame La Motte—, si nuestra situación lo permitiese. Mas vos sabéis perfectamente que el asilo que hallamos en esta abadía depende de la buena voluntad del Marqués, que no debemos perder insensatamente; y sin duda la conducta que proponéis la pondría en peligro. Tomemos medidas más suaves y conservemos su amistad sin exponeros a vos a ningún peligro grave. Manifestaos con vuestra complacencia habitual; la tarea no es tan difícil como os imagináis.

Adeline suspiró.

—Os obedezco, señora —dijo la joven—. Es mi deber hacerlo; mas me perdonaréis si os digo... que lo hago de mala gana.

Madame La Motte prometió ir a buscar inmediatamente a su esposo, y Adeline se fue algo más tranquila, aunque sin convencerse del todo de que no tenía nada que temer.

Poco después vio partir al Marqués y, como y ya nada parecía oponerse al regreso de Madame La Motte, Adeline la esperó con extrema impaciencia. Después de esperar casi una hora en su cuarto, le enviaron recado para que bajase al salón, donde halló a Monsieur La Motte solo. Al entrar ella, se levantó y durante algunos instantes se paseó por la habitación sin decirle nada. Después se sentó y le dirigió la palabra.

—Lo que le habéis contado a Madame La Motte —dijo— me preocuparía mucho si considerase el comportamiento del Marqués bajo el mismo punto de vista que ella lo considera. Sé que las jóvenes están siempre dispuestas a interpretar mal la galantería sin sentido de las gentes de mundo, y vos Adeline nunca seréis lo

suficientemente precavida para distinguir una ligereza de ese estilo de un requerimiento amoroso más serio.

Adeline se sorprendió y le ofendió que La Motte se tomara tan a la ligera la inteligencia y el carácter de la joven, como sus palabras hacían suponer.

—¿Es posible, señor —dijo ella— que hayáis sido informado de la conducta del Marqués?

—Muy posible y muy cierto —replicó La Motte con cierta aspereza—; y es también muy posible que yo vea este asunto con muchos menos prejuicios que vos. No obstante, no discutiré ese punto. Sólo os pediré que, puesto que conocéis lo crítico de mi situación, os conforméis con ella y no me indispongáis con el Marqués por un resentimiento intempestivo. Ahora es mi amigo, y por mi seguridad es necesario que continúe siéndolo. Si permitiese que alguien de mi familia le tratase con descortesía, podría convertirse en mi enemigo. Sin duda debéis tratarle con amabilidad.

A Adeline le pareció muy duro el término *descortesía*, que La Motte le había aplicado a ella; pero se abstuvo de expresar su desagrado.

—Hubiera deseado, señor —dijo Adeline—, el privilegio de poder retirarme cada vez que el Marqués apareciese por aquí. Mas si pensáis que esa conducta podría comprometer vuestros intereses, tendré que resignarme.

—Esa prudencia y esa buena voluntad me encantan —dijo La Motte—. Y ya que deseáis serme útil, sabed que no podéis conseguirlo más eficazmente que tratando al Marqués como un amigo.

La palabra *amigo* unida al Marqués sonaba disonantemente en el oído de Adeline, que dudó y miró a La Motte.

—Como amigo *vuestro*, señor —dijo la joven—, me esforzaré por...

Hubiera querido añadir: «tratarle como si fuera también amigo mío»; mas le resultó imposible concluir la frase. Entonces suplicó su protección contra el poder de su padre.

—Contad con toda la protección que pueda proporcionaros —dijo La Motte—, aunque ya sabéis que carezco de derecho y de medios para oponerme a él, y que yo mismo necesito protección. Puesto que ha descubierto vuestro escondite, probablemente no ignorará las circunstancias que me retienen aquí, y si me opongo a sus planes podría pensar que el método más seguro para apoderarse de vos consiste en delatarme a los oficiales de la ley. Estamos rodeados de peligros —continuó La Motte—. ¡Ojalá pudiera hallar algún medio de librarnos de ellos!

—Abandonad esta abadía —dijo Adeline—, y buscad refugio en Suiza o en Alemania; entonces os veréis libre tanto de vuestro compromiso con el Marqués como de la persecución que teméis. Perdonad que os dé un consejo que sin duda me ha inspirado hasta cierto punto el sentimiento de mi propia seguridad, pero que al mismo tiempo parece ofrecer los únicos medios de asegurar la vuestra.

—Vuestro plan sería razonable —dijo La Motte— si dispusiera de dinero para llevarlo a cabo. Tal como están las cosas, debo contentarme con permanecer aquí, tan

ignorado cuanto me sea posible; y mi única defensa consiste en hacerme amigo de cuantos conocen mi paradero. Sobre todo debo conservar el favor del Marqués. Él podría hacer mucho, si vuestro padre llegase a recurrir a las medidas más desesperadas. Mas ¿por qué hablo así? Es posible que vuestro padre haya tomado ya esas medidas, y que las consecuencias de su venganza penden sobre mi cabeza. Mi interés por vos, Adeline, me ha expuesto a eso; si os hubiese entregado a él, ahora estaría seguro.

Aquella prueba de afecto de La Motte, de la que ella no podía dudar, afectó tanto a Adeline que le fue imposible expresar sus sentimientos. Cuando pudo hablar manifestó su gratitud en los términos más encendidos.

—¿Son sinceras esas expresiones? —preguntó La Motte.

—¿Acaso es posible que yo no sea sincera? —replicó Adeline, llorando ante la idea de ser acusada de ingratitud.

—Es fácil pronunciar un sentimiento —dijo La Motte—, aunque no salga del corazón; yo creo que son sinceros únicamente cuando influyen en nuestras acciones.

—¿Qué queréis decir, señor? —dijo Adeline sorprendida.

—Quiero preguntaros si, en caso de que se os presentase ocasión de probar vuestra gratitud, seríais fiel a vuestros sentimientos.

—Indicadme una que haya rechazado —dijo Adeline con energía.

—Si, por ejemplo, el Marqués os declarase en lo sucesivo su seria pasión por vos y os pidiese la mano, ¿os incitaría a rechazarle el mezquino resentimiento o la oculta predisposición por algún amante más alegre?

Adeline se ruborizó y bajó los ojos al suelo.

—Habéis nombrado, en efecto, señor, la única ocasión en que me negaría a dar pruebas de mi sinceridad. Jamás podré amar al Marqués, ni siquiera estimarlo, si os he de hablar con franqueza. Confieso que la paz de toda una vida es demasiado sacrificio incluso para la gratitud.

La Motte parecía disgustado.

—Es lo que pensaba —dijo—. Esos delicados sentimientos parecen magníficos en los discursos y hacen que la persona que los expresa parezca sumamente amable; mas ponedlos en práctica y se evaporarán en el aire, no dejando tras de sí más que los restos de la vanidad.

Aquel injusto sarcasmo hizo que brotaran lágrimas en los ojos de Adeline.

—Puesto que vuestra seguridad, señor, depende de mi conducta —dijo la joven—, entregadme a mi padre. Estoy dispuesta a volver con él si mi estancia aquí puede ocasionaros nuevos infortunios. Permitidme probaros que no soy indigna de la protección que he hallado en vos hasta ahora, prefiriendo mi bienestar al vuestro. Cuando haya partido no tendréis motivo para temer el disgusto del Marqués, en el que probablemente incurriríais si yo me quedase aquí, pues me parece imposible poder aceptar sus pretensiones, por muy honestas que sean sus miras.

La Motte pareció dolido y alarmado.

—Eso no puede ser —dijo—. No nos atormentemos inventando unos *posibles* peligros, para luego eludirlos precipitándonos en los que son *ciertos*. No, Adeline, aunque estéis dispuesta a sacrificaros por mi seguridad, no permitiré que lo hagáis. No os entregaré a vuestro padre, a menos que me vea obligado a ello. Estad tranquila, por tanto, sobre este punto. Lo único que os pido a cambio es que seáis cortés con el Marqués.

—Trataré de obedeceros, señor —dijo Adeline.

En aquel momento entró Madame La Motte en la habitación y la conversación cesó. Adeline pasó la tarde en tristes reflexiones y se retiró a su cuarto lo más pronto que pudo, deseosa de hallar en el sueño un refugio contra sus penas.

CAPÍTULO IX

Más de una melancólica noche
El lento retornar de la luz observó
Y buscó los poderes del sueño;
Para esparcir una momentánea calma
Por su triste lecho, y en el bálsamo
De la flor de suave olvido sus ardientes ojos empapar.

WARTON^[43]

EL manuscrito que Adeline había encontrado la noche precedente había acudido varias veces a su memoria a lo largo del día; mas entonces se hallaba demasiado interesada en los acontecimientos del momento, o tenía demasiado miedo de que la interrumpiesen, para intentar una lectura atenta. Ahora lo cogió del cajón en donde lo había depositado y se sentó al lado de la cama con la intención de echarle únicamente una ojeada a las primeras páginas.

Lo abrió con una curiosidad impaciente, que lo descolorido y casi borroso de la tinta le impedía satisfacer como quisiera. Las primeras palabras de la página se habían perdido, mas las que parecían iniciar el relato eran como sigue^[44]:

«¡Oh, quienquiera que seáis, a quien la casualidad o el infortunio pueda algún día conducir a este lugar... a vos me dirijo... a vos revelo la historia de mis ultrajes, y os pido que los venguéis! ¡Vana esperanza! Sin embargo, es un consuelo creer que lo que ahora escribo podrá caer algún día en manos de algún semejante; que las palabras que narran mis padecimientos podrán algún día mover la piedad de un corazón sensible.

»Mas contened vuestras lágrimas... vuestra piedad no es necesaria ahora. Hace ya mucho tiempo que cesaron las angustias del sufrimiento; las quejas pasaron a mejor vida. ¡Es una debilidad desear una compasión que no podré sentir hasta sumirme en el reposo de la muerte y gozar, eso espero, de la felicidad eterna!

»Sabed pues que la noche del doce de octubre del año 1642 fui arrestado en el camino a Caux, en el mismo sitio donde se erige una columna en memoria del inmoral Enrique^[45], por cuatro rufianes que, tras poner fuera de combate a mi criado, me trajeron a la abadía a través de regiones inexploradas y bosques. Su comportamiento no fue de bandidos ordinarios y pronto advertí que obraban por mandato de un poder superior para perpetrar algún propósito espantoso. Inútilmente les supliqué y les ofrecí soborno para descubrir quién les había empleado y convencerles de que abandonasen sus propósitos; no me revelaron ni el menor detalle de sus planes.

»Mas cuando, después de un largo viaje, llegaron ante este edificio, me revelaron en seguida el nombre del pérfido instigador y me dieron a conocer su horrible plan.

¡Qué momento aquel! ¡Todos los rayos del cielo parecían lanzados sobre esta cabeza indefensa! ¡Oh, fortaleza!, da ánimos a mi corazón para...».

La vela de Adeline expiró entonces en su candelero y la palidez de la tinta, que apenas resaltaba, frustró sus intentos de distinguir las letras. Era imposible procurarse otra vela del piso de abajo sin descubrir que aún no se había acostado, circunstancia que habría causado sorpresa y conducido a explicaciones en las que no deseaba entrar. Obligada así a suspender su pesquisa, que el concurso de tantas circunstancias concomitantes la había vuelto tan terriblemente interesante, Adeline se retiró a su humilde lecho.

Lo que había leído del manuscrito despertó en ella una tremenda curiosidad por la suerte del que lo escribió y llenó su mente de imágenes terroríficas.

—¡En estos aposentos! —dijo, estremeciéndose y cerrando los ojos. Finalmente oyó a Madame La Motte entrar en su cuarto y los fantasmas del miedo empezaron a disiparse, permitiéndola descansar.

Cuando Madame La Motte la despertó por la mañana, se dio cuenta con gran disgusto de que había dormido más de lo que solía, por lo que no podía seguir ojeando el manuscrito...

La Motte parecía particularmente deprimido y Madame tenía un aire melancólico, que Adeline atribuyó a lo preocupada que estaba por ella. Apenas concluido el desayuno, un ruido de cascos de caballos anunció la llegada de un desconocido; a través del mirador de la sala Adeline vio apearse al Marqués. Se retiró precipitadamente y, olvidando la solicitud de La Motte, se fue a su cuarto a toda prisa; mas el Marqués había entrado ya en la sala y, al verla salir, se volvió hacia La Motte con mirada inquisitiva. La Motte la hizo regresar y, frunciendo el ceño con complicidad, le recordó su promesa. La joven se armó de valor, pero a pesar de eso se acercó visiblemente emocionada, mientras el Marqués le dirigía la palabra, como de costumbre, con la misma alegría fácil en su semblante y la misma inmediatez en sus modales.

Adeline se sorprendió y se sobresaltó por esa especie de confianza irreflexiva que, no obstante, al despertar en ella su orgullo, le imprimió un aire de dignidad que desconcertó al Marqués, el cual hablaba con vacilación y con frecuencia parecía hacer caso omiso de la conversación. Al fin se levantó y rogó a Adeline que le concediera unos minutos de conversación. Cuando Monsieur y Madame La Motte se disponían a abandonar la habitación, Adeline se volvió hacia el Marqués y le dijo que «no atendería ninguna conversación, excepto en presencia de sus amigos». Mas fue inútil, porque ya se habían ido; y La Motte, al retirarse, había expresado con la mirada lo mucho que le desagradaría que trataran de seguirle.

Adeline permaneció sentada algún tiempo en silencio y en temerosa expectación.

—Me doy cuenta —dijo al fin el Marqués— de que la conducta a la que el ardor de mi pasión me llevó recientemente me ha perjudicado ante vuestra opinión, y que no es fácil que recupere vuestra estima. Sin embargo, espero que el ofrecimiento que

ahora os hago de mi *título* y de mi fortuna os probará suficientemente la sinceridad de mi afecto por vos y reparará una falta inspirada únicamente por el amor.

Después de aquella muestra de verborrea y lugares comunes, que el Marqués parecía considerar como un preludio a su triunfo, trató de besar la mano de Adeline; mas ella, retirándola apresuradamente, le dijo:

—Señor, ya conocéis demasiado mis sentimientos sobre este particular, y es casi innecesario que os repita que no puedo aceptar el honor que me ofrecéis.

—Explicaos, adorable Adeline. No creo haberos hecho ese ofrecimiento hasta ahora.

—Muy cierto, señor —dijo Adeline—, y hacéis muy bien en recordármelo, porque después de haber oído vuestra primera proposición no sé cómo he podido escuchar ni por un momento cualquier otra.

Diciendo esto, la joven se levantó para abandonar la habitación.

—Quedaos, señora —dijo el Marqués, con una mirada que el orgullo herido trataba de ocultar—. No permitáis que un despecho excesivo obre en contra de vuestros verdaderos intereses; recordad los peligros que os rodean y considerad el valor de una oferta que puede proporcionaros por lo menos un refugio honroso.

—Nunca os he impuesto mis infortunios, señor, cualesquiera que fuesen. Por tanto, me perdonareis que os diga que la mención que ahora hacéis de ellos presenta más bien la apariencia de la injuria que de la compasión.

El Marqués, a pesar de su turbación tan manifiesta, estaba a punto de responderla; mas Adeline no se detuvo, y se retiró a su cuarto. A pesar de su desvalimiento, su corazón se indignó por la propuesta del Marqués y resolvió no aceptarla jamás. A la repugnancia que sentía por el carácter del Marqués y a la aversión que le había provocado su último ofrecimiento se unía, en efecto, la influencia de una amor anterior y de un recuerdo que no podía borrar de su corazón.

El Marqués se quedó a comer y, en consideración a La Motte, Adeline compareció a la mesa. Durante la comida el Marqués no dejó de mirarla seriamente en silencio, por lo que su disgusto llegó a hacerse insoportable y nada más quitar la mesa se retiró inmediatamente. Madame La Motte la siguió poco después, de modo que la joven no dispuso de un momento libre hasta la noche para volver a su manuscrito. Cuando Monsieur y Madame La Motte estaban en su cuarto, y todo parecía tranquilo, sacó el escrito y, despabilando el farol, se sentó a leer lo que sigue:

«Los rufianes me bajaron del caballo y me condujeron a través de la sala de la abadía hasta la escalera de caracol. La resistencia era inútil, mas yo miré en derredor con la esperanza de encontrar a alguna persona menos obstinada que los hombres que me trajeron aquí; alguien que fuese sensible a la piedad, o por lo menos capaz de un trato educado. Miré en vano; nadie apareció; y esa circunstancia confirmó mis peores temores. El secreto con que se llevaba a cabo la operación presagiaba una horrible conclusión. Después de atravesar algunos aposentos, se detuvieron en uno en donde pendía un tapiz antiguo. Pregunté por qué no seguíamos adelante, y se me respondió

que bien pronto lo averiguaría.

»En aquellos momentos esperaba ver alzarse sobre mí el instrumento mortal y me encomendé a Dios en silencio. Mas todavía no estaba prevista mi muerte. Levantaron el tapiz y descubrieron una puerta, que en seguida abrieron. Asiéndome por los brazos, me condujeron a través de una serie de cuartos oscuros. Al llegar al último de ellos, volvieron a detenerse. La horrorosa penumbra de aquel lugar parecía invitar al asesinato e inspiraba ideas de muerte. Miré otra vez en derredor buscando el instrumento de mi destrucción, pero esta fue aplazada de nuevo. Les supliqué que me hicieran saber lo que me tenían preparado, porque ya no era necesario que preguntara por el responsable del plan. No respondieron a mi pregunta, mas finalmente me dijeron que aquel cuarto iba a ser mi prisión. Dicho esto, y después de dejar en el suelo una jarra de agua, abandonaron la habitación y oí echar el cerrojo de la puerta.

»Fue aquel un momento de angustia indecible, de profunda desesperación. Sin duda la agonía de la muerte no es mayor que la que yo experimenté entonces. Privado de la luz del día, de mis amigos, de la vida (*pues yo preveía mi suerte*), en la flor de la edad, en la cima de mis transgresiones, entregado a imaginar horrores más terribles quizás que los que la certidumbre^[46] puede producir... sucumbí a...».

Al llegar a ese punto varias páginas del manuscrito estaban deterioradas por la humedad y eran completamente ilegibles. Con muchas dificultades Adeline descifró los siguientes párrafos:

»Han pasado tres días en medio de la soledad y el silencio; los horrores de la muerte los tengo siempre presentes; ¡intento prepararme para ese trance terrible! Cuando me despierto por las mañanas, pienso que no viviré lo bastante para ver otra noche; y cuando llega la noche, que nunca más abriré los ojos a la mañana siguiente. ¿Por qué me han traído aquí... por qué me han encerrado con tanto rigor... si no es para matarme? Sin embargo, ¿qué acción de mi vida ha merecido ese trato por parte de uno de mis semejantes?... De

.....

.....

.....

»¡Oh, hijos míos! ¡Oh, amigos tan lejanos! Nunca más os volveré a ver... nunca más recibiré de vosotros una amable mirada de despedida... ¡Nunca os podré dar mi última bendición! ¡Ay de mí!... no conocéis mi desdichada situación... no os es humanamente posible conocerla. Me suponéis feliz, pues de no ser así volaríais en mi ayuda. Sé bien que lo que ahora escribo no me sirve de nada; mas es un consuelo desahogar mi corazón; y bendigo al hombre menos cruel que sus compinches que me ha proporcionado los medios para describir mis pesares. ¡Ay de mí! Él sabe demasiado bien que nada tiene que temer de su indulgencia. Mi pluma no puede llamar a ningún amigo para que me socorra ni revelar, antes de que sea demasiado tarde, el peligro en que me encuentro. ¡Oh, vosotros, que en el futuro podáis leer lo que ahora escribo derramad alguna lágrima por mis sufrimientos! ¡Yo he llorado

muchas veces por los de mis semejantes!».

Adeline se detuvo aquí. El desdichado escritor apelaba directamente a su corazón; hablaba con el vigor de la verdad y, por una ilusión de la imaginación, parecía como si sus sentimientos pasados estuvieran presentes en aquel momento. Durante algún tiempo la joven no pudo continuar leyendo y permaneció sumida en una triste meditación.

—En estos mismos aposentos —dijo— estuvo encerrada aquella pobre víctima... aquí es donde...

Adeline se sobresaltó, pues creyó oír un ruido; mas nada turbaba la quietud de la noche.

—En estos mismos cuartos —prosiguió— fueron escritos estos párrafos... que le proporcionaron un consuelo, al figurarse que algún día serían leídos por algunos ojos compasivos. Ese día ha llegado ya. Vuestras desgracias son lloradas en el mismo sitio en que las soportasteis. ¡Aquí donde las sufristeis, lloro yo por vuestras penas!

La imaginación de la joven estaba vivamente conmovida; las ilusiones de una mente extraviada se presentaban a sus sentidos turbados con toda la fuerza de la realidad. De nuevo se sobresaltó y escuchó; y creyó oír claramente la palabra «Aquí», repetida inmediatamente por lo bajo detrás de ella. Sin embargo, su miedo fue sólo pasajero, pues sabía que aquello no podía ser cierto. Convencida de que su imaginación le había engañado, cogió el manuscrito y continuó su lectura.

«¿Qué me está reservado? ¿Por qué este retraso? Si voy a morir... ¿por qué no ahora? Ya he pasado tres semanas entre estas paredes sin que ninguna mirada piadosa haya atenuado mis aflicciones ni haya llegado a mis oídos ninguna otra voz que la mía. Los semblantes de los rufianes que me atienden son severos e inflexibles y su silencio es obstinado. ¡Cuán terrible es esta quietud! ¡Oh!, vosotros que habéis conocido lo que es vivir en medio de la soledad más profunda, que habéis pasado vuestros monótonos días sin ningún sonido que os alegrara; vosotros, sólo vosotros, podéis saber lo que ahora siento y lo que estaría dispuesto a soportar con tal de oír los acentos de una voz humana.

»¡Oh, espantosa situación extrema! ¡Oh, muerte en vida! ¡Qué horrorosa quietud! A mi alrededor todo está muerto; ¿existo en realidad o no soy más que una estatua? ¿Se trata de una visión? ¿Es real todo esto? ¡Ay de mí, estoy desconcertado!... Este silencio mortal y perpetuo... este cuarto deprimente... el temor de nuevos tormentos ha trastornado mi mente. ¿Dónde hallaré un pecho amistoso para reposar mi cansada cabeza? ¿Y unas palabras cordiales para reanimar mi espíritu?

.....

.....

.....

»Escribo a escondidas. Me temo que el que me ha proporcionado los medios de hacerlo haya sido castigado por mostrar algún síntoma de compasión hacia mí; no le

he visto hace varios días; quizás estaba resuelto a ayudarme y por eso le han prohibido venir a verme. ¡Es mi única esperanza! ¡Mas cuán vana es! Nunca más podré abandonar estas paredes mientras viva. Ha pasado otro día y todavía vivo; mañana por la noche a estas horas mis sufrimientos quedarán sellados por la muerte. Continuaré mi diario por la noche, hasta que la mano que lo escribe sea detenida por la muerte. Cuando el diario se interrumpa, el lector sabrá que no existo. Quizás estas sean las últimas líneas que escribo

.....

.....

Adeline se detuvo, vertiendo un torrente de lágrimas.

—¡Infeliz! —exclamó—. ¿Y no hubo ningún alma piadosa que te salvara? ¡Gran Dios, tus designios son impredecibles!

Mientras continuaba meditando, su imaginación, que ya vagaba por las regiones del terror, sometió poco a poco a su razón. Había un espejo sobre la mesa delante de ella, pero le daba miedo dirigir la mirada hacia él, temerosa de que sus ojos encontrasen otro rostro que no fuera el suyo. Otras ideas espantosas y extrañas imágenes fantásticas pasaron ahora por su mente.

Le pareció oír cerca de ella un profundo suspiro.

—¡Virgen santa, protégeme! —gritó, echando una ojeada a la habitación llena de miedo—. Sin duda es algo más que mi imaginación.

Sus temores la dominaban de tal modo que estuvo tentada varias veces de llamar a la familia; mas se contuvo porque no estaba dispuesta a molestarles y temía ponerse en ridículo. Tampoco se atrevía a moverse, ni casi a respirar. Mientras oía susurrar el viento en la ventana de su cuarto solitario, creyó escuchar de nuevo un suspiro. Su imaginación se negaba a someterse por más tiempo a su razón y, al volver la cabeza, vio una figura, cuya forma exacta no podía distinguir, en un rincón oscuro de la habitación. Un frío espantoso se apoderó de ella, y permaneció inmóvil sobre el sillón. Finalmente un profundo suspiro tranquilizó un poco sus oprimidos ánimos y la joven pareció recuperar el juicio.

Como todo permanecía en calma, al cabo de un rato empezó a preguntarse si no la habría engañado su imaginación, y pronto domó su terror de tal manera que desistió de llamar a Madame La Motte. No obstante, su mente estaba tan turbada que no se atrevió en toda la noche a seguir leyendo el manuscrito; y después de dedicar algún tiempo a la oración y a tratar de sosegar sus ánimos, se acostó.

Cuando despertó por la mañana, los alegres rayos del sol entraban por la ventana, disipando las ilusiones de la oscuridad. Tranquilizada y animada por el sueño, rechazó las místicas y turbulentas instigaciones de su imaginación. Se levantó reconfortada y agradecida; mas al bajar a desayunar aquel transitorio destello de paz se desvaneció a la vista del Marqués, cuyas frecuentes visitas a la abadía después de lo que había pasado no sólo le desagradaban, sino que le alarmaban. Comprendió que estaba resuelto a perseverar en su cortejo, y el descaro y la insensibilidad de su

conducta provocaba su indignación y aumentaba su repugnancia. Por piedad hacia La Motte se esforzó en ocultar esas emociones, aunque pensaba que exigía demasiado de su condescendencia; con todo, empezó a considerar seriamente el modo de eludir la necesidad de continuar así. El Marqués la trató con las más respetuosas atenciones; mas Adeline estuvo callada y reservada, y aprovechó la primera ocasión para marcharse.

Mientras Adeline subía por la escalera de caracol, Peter entró en la sala, y al verla se detuvo y la miró seriamente. Ella no se dio cuenta, pero Peter la llamó en voz baja; entonces vio que le hacía señas como si tuviese que comunicarle algo. En aquel preciso instante La Motte abrió la puerta de la habitación embovedada y Peter desapareció rápidamente. Adeline siguió hasta su cuarto, pensando en la seña que le había hecho Peter y en su ademán precavido al hacerlo.

Sin embargo, sus pensamientos pronto volvieron a los temas acostumbrados. Ya habían pasado tres días y no tenía noticias de su padre; empezó a creer que había abandonado las medidas violentas que había dado a entender La Motte, y que tal vez quisiese seguir un plan menos severo. Mas cuando consideraba su carácter, eso le parecía improbable y volvía caer en sus primitivos temores. La perseverancia del Marqués y la conducta que La Motte le obligaba a adoptar, hacían más penosa su estancia en la abadía; y sin embargo, no podía pensar sin horrorizarse en abandonarla para regresar con su padre.

La imagen de Théodore se inmiscuía frecuentemente en sus bulliciosos pensamientos, recordándole la angustia que le había ocasionado su extraña partida. Tenía la vaga sensación de que su suerte estaba unida de alguna manera a la de ellas y todos sus esfuerzos para evitar pensar en él únicamente servían para mostrar hasta qué punto su corazón le pertenecía.

Para distraer sus pensamientos de esos asuntos y satisfacer la acuciante curiosidad despertada la noche precedente volvió a tomar el manuscrito; mas le impidió abrirlo la entrada de Madame La Motte, que venía a decirle que el Marqués se había ido. Pasaron juntas toda la mañana, trabajando y conversando sobre temas generales. La Motte no apareció hasta la cena; mas habló poco y Adeline menos todavía. No obstante, la joven le preguntó si había tenido noticias de su padre.

—No sé nada de él —dijo La Motte—. Aunque por lo que me ha dicho el Marqués, existen buenas razones para creer que no se halla muy lejos de aquí.

Adeline se sobresaltó, aunque fue capaz de responder con la adecuada firmeza.

—Señor, ya os he mezclado bastante en mi aflicción; ahora veo que mi resistencia os destruirá sin servirme a mí. Por tanto estoy contenta de regresar con mi padre y evitaros de ese modo nuevas calamidades.

—Es una determinación precipitada —replicó La Motte—; si insistís en ella, me temo que os arrepintáis firmemente. Os hablo como amigo, Adeline, y deseo que procuréis escucharme sin prejuicios. Según tengo entendido, el Marqués ha pedido vuestra mano. No sé qué me sorprende más: que un hombre de su rango e

importancia solicite en matrimonio a una persona sin fortuna ni relaciones ostensibles; o que una persona en esas circunstancias pueda rechazar incluso por un momento las ventajas que se le ofrecen. ¿Lloráis, Adeline? Permitidme suponer que estáis convencida de lo absurda que es semejante conducta y que no jugaréis con vuestra buena fortuna. La amabilidad que os he mostrado debe convenceros de mi estima y de que no tengo otro motivo para daros este consejo que vuestro propio bien. No obstante, debo deciros que, aunque vuestro padre no insistiese en sacaros de este lugar, no sé por cuánto tiempo mi situación me permitiría proporcionaros los humildes recursos que recibís aquí. ¿Guardáis silencio todavía?

La angustia que aquella afirmación hizo experimentar a Adeline le impidió hablar y prolongó su llanto.

—Permitid, señor —dijo al fin—, que vuelva con mi padre. Si pretendiera quedarme aquí por más tiempo, después de lo que acabáis de decir, sería en efecto corresponder ingratamente a las bondades que habéis mencionado; y aceptar al Marqués me parece totalmente imposible.

El recuerdo de Théodore afloró a su mente y lloró en voz alta.

La Motte permaneció pensativo durante algún tiempo.

—¡Extraño encaprichamiento! —exclamó—. ¿Cómo es posible que sigáis insistiendo en ese heroísmo de romance y prefiráis un padre tan inhumano como el vuestro al marqués de Montalt, un destino tan plagado de peligros a una vida de esplendor y delicias?

—Perdonadme, señor —dijo Adeline—; mi matrimonio con el Marqués sería ciertamente magnífico, mas jamás feliz. Su carácter me produce aversión; os suplico, señor, que no volváis a mencionarle.

CAPÍTULO X

Ni falta corazón a quien por hablar bajo
No hace sonidos huecos.

LEAR^[47]

LA conversación referida en el capítulo precedente fue interrumpida por la entrada de Peter, que al salir de la habitación miró a Adeline significativamente y le volvió a hacer una seña con el mayor disimulo. La joven se hallaba muy inquieta por saber lo que quería y poco después fue a la sala, donde lo encontró, pues se había rezagado un poco. Apenas verla, el criado le hizo señas para que no dijese nada y le siguiese a un lugar apartado.

—Y bien, Peter —dijo Adeline—, ¿qué es lo que querías decirme?

—¡Chitón, ma'mselle! ¡Por el amor de Dios, hablad más bajo! Si por casualidad nos oyeran, descubrirían nuestros secretos con desastrosas consecuencias.

Adeline le pidió que se explicase.

—Sí, ma'mselle, eso es lo que he intentado hacer durante todo el día. He estado al acecho de una ocasión oportuna; os he mirado y vuelto a mirar tanto que temí que mi amo pudiera verme. Mas fue en vano; vos no me entendíais.

Adeline le suplicó que se diera más prisa.

—Sí, señora; aunque tengo miedo de que nos vean. Pues no hay nada que yo no hiciera por una joven tan buena como vos, ya que no podría soportar el pensar en el peligro que os amenaza sin hablaros de él.

—¡Por Dios! —dijo Adeline—, habla en seguida, antes de que nos interrumpan.

—Pues bien... pero es menester que antes me juréis por la Virgen Santísima que nunca diréis que fui yo el que os lo contó. Mi amo me...

—¡Lo juro, lo juro! —dijo Adeline.

—Pues bien... el lunes por la noche estando yo... ¡escuchad!, ¿no oís pasos? Ma'mselle, pasad rápidamente al claustro. Por nada del mundo querría que nos viesen juntos. Saldré a la puerta de la sala y vos podéis pasar por la galería. Por nada del mundo querría que nos viesen juntos.

Sumamente alarmada por estas palabras de Peter, Adeline se dirigió a toda prisa hacia el claustro. Peter volvió a aparecer a los pocos instantes y, mirando precavidamente a todas partes, reanudó la conversación.

—Como os decía, ma'mselle, el lunes por la noche el Marqués se quedó a dormir en la abadía y ya sabéis que no se acostó hasta muy tarde. Creo poder adivinar la razón. Han ocurrido cosas muy extrañas, mas no es mi propósito deciros todo lo que pienso.

—No te salgas del tema, por favor —dijo Adeline con impaciencia—. ¿Qué

peligro es ese que dices que me amenaza? Rápido, pueden estar observándonos.

—Un gran peligro, ma'mselle —replicó Peter—. ¡Si lo supieseis todo! Y aunque conocieseis su significado, no podríais remediarlo. Pero eso no viene al caso; he resuelto deciroslo, aunque luego pueda arrepentirme.

—Creo que más bien has resuelto no decírmelo —dijo Adeline—, pues no has adelantado nada. Vamos, explícate. Hablabas del Marqués.

—¡Chitón, señora!, no habléis tan alto. Como os decía, el Marqués no se acostó hasta muy tarde y mi amo estuvo en vela con él. Uno de los criados del Marqués se vino a dormir conmigo a la habitación de paredes de roble y el otro se quedó para ayudar a su señor a desvestirse. Cuando nos sentamos juntos... ¡Que el Señor se apiade de mí! ¡Se me erizó el cabello! Todavía tiemblo. Tan pronto como estuvimos sentados ambos... Por mi vida, allí está mi amo; le he vislumbrado entre los árboles; si me ve, estamos perdidos. Os contaré el resto en otra ocasión.

Y diciendo esto entró corriendo en la abadía, dejando a Adeline en un estado mezcla de temor, curiosidad y fastidio. La joven fue al bosque a pasear, pensando en las palabras de Peter y tratando de adivinar a qué aludían. Allí se reunió con ella Madame la Motte y ambas conversaron de cosas diversas hasta llegar a la abadía.

Adeline buscó en vano durante todo el día una ocasión para hablar con Peter. Mientras servía la cena, Adeline observaba su semblante de vez en cuando con preocupación, esperando poder descubrir en él alguna información sobre el objeto de sus temores. Cuando se retiró, Madame La Motte la acompañó a su cuarto y siguió conversando con ella un buen rato, de modo que no halló medio de conseguir hablar en privado con Peter.

Madame La Motte parecía ser víctima de alguna aflicción considerable; mas cuando Adeline se dio cuenta y le rogó que le dijese la causa de su abatimiento empezaron a brotar lágrimas de sus ojos y salió bruscamente de la habitación.

El comportamiento de Madame La Motte coincidía con el discurso de Peter para atemorizar a Adeline, que permaneció sentada en la cama absorta en sus reflexiones hasta que le sacó de ellas el reloj que había en la habitación de arriba dando las doce. Cuando se disponía a acostarse, se acordó del manuscrito y fue incapaz de dejar pasar la noche sin leerlo. Las primeras palabras que pudo descifrar fueron las siguientes:

«Vuelvo de nuevo a este triste consuelo... me han permitido ver otro día más. ¡Ahora es medianoche! Mi solitaria lámpara arde a mi lado. El tiempo es horroroso, mas para mí el silencio del mediodía es igual que el de medianoche: lo único que los diferencia es una oscuridad más profunda. ¿Cuento las silenciosas, invariables horas mediante mis sufrimientos! ¡Dios mío!, ¿cuándo me libraré de ellos?

.....
.....
.....

»Mas ¿por qué este extraño confinamiento? Nunca le ofendí. Si mi destino es morir, ¿por qué este retraso?, ¿para qué me han traído aquí sino para morir? Esta

abadía... ¡Ay de mí!...».

Aquí el manuscrito volvía a ser ilegible, y en las siguientes páginas Adeline no pudo descifrar más que frases sueltas.

»¡Ay, qué trago más amargo! ¿Cuándo hallaré por fin el descanso? ¡Ay, amigos míos! ¿Ninguno de vosotros va a venir a ayudarme? ¿Ninguno vengará mis tormentos? Cuando sea demasiado tarde... cuando haya desaparecido para siempre, entonces quizás tratéis de vengarlos

.....
.....
.....

»Una vez más ha vuelto la noche. Otro día ha pasado en medio de la soledad y la tristeza. He trepado al marco de la ventana para asomarme, creyendo que la visión de la naturaleza reconfortaría mi alma y me permitiría de alguna manera soportar estas aflicciones. ¡Ay de mí! Incluso ese pequeño consuelo me ha sido negado: las ventanas dan a un patio interior de la abadía y no reciben más que una porción de la luz del día, que ya nunca más podré ver del todo. ¡La última noche! ¡Qué escena más horrorosa!...».

Adeline se estremeció. Tenía miedo de leer la frase siguiente, mas la curiosidad le incitaba a seguir. No obstante, se detuvo: un terror inexplicable se apoderó de ella.

—Algún crimen horrible se ha consumado aquí —dijo—. Los rumores de los campesinos son ciertos. Se ha cometido algún asesinato.

La idea la estremeció de horror. Recordó la daga que había estorbado su paso por el cuarto secreto y esa circunstancia sirvió para confirmar sus más terribles conjeturas. Deseaba examinar aquella daga; mas estaba en uno de esos aposentos y le daba miedo ir a buscarla.

—¡Desdichada víctima! —exclamó Adeline—. ¡Ninguno de tus amigos pudo salvarte de la muerte! ¡Ojalá hubiese estado yo cerca! Aunque, ¿qué habría podido hacer yo para salvarte? ¡Ay de mí!, nada en absoluto. Me olvido de que en estos momentos quizás esté, como tú, sometida a peligros de los cuales ningún amigo vendrá a socorrerme. ¡También adivino ciertamente quién es el causante de mis desgracias!

Se detuvo, porque creyó oír dentro del cuarto un suspiro, como el de la noche precedente. La sangre se le heló en las venas y permaneció inmóvil. La situación de su habitación, aislada y alejada de las del resto de la familia (pues se encontraba en su antiguo aposento, del que Madame La Motte la había trasladado), y donde nadie podía oírla, sobrecogió su imaginación hasta tal punto que a duras penas pudo evitar desmayarse. Escuchó durante un buen rato, pero todo estaba en calma. Cuando se recuperó un poco, su primera intención fue alertar a la familia; mas volviéndoselo a pensar de nuevo, se abstuvo de hacerlo.

Procuró calmar su ánimo y dirigió una breve oración al Ser que hasta entonces le había protegido de todos los peligros. Mientras lo hacía, su mente fue

tranquilizándose poco a poco; una sublime complacencia invadió su corazón y se sentó una vez más para proseguir la lectura.

Los renglones que venían a continuación estaban borrados.

«... Me ha dicho que no me quedan más que tres días de vida y me ha dado a escoger entre el veneno y la espada. ¡Qué momento de angustia! ¡Dios mío! ¡Tú conoces mis sufrimientos! Con la esperanza pasajera de escapar, miraba con frecuencia los barrotes de la ventana de mi prisión... Estaba resuelto a intentar todo lo que estuviera a mi alcance y en un arrebato de desesperación trepé a la ventana; mas mis pies resbalaron y caí de espaldas al suelo, quedando aturdido por el golpe. Cuando me recuperé, lo primero que oí fueron los pasos de una persona que entraba en mi prisión. Me acordé del pasado; mi situación era deplorable; me estremecí al pensar en lo que iba a sucederme. El mismo hombre se acercó; al principio me miró con compasión, si bien pronto su semblante recobró su ferocidad innata. Sin embargo no venía a ejecutar las órdenes de su amo: todavía me queda un día más de vida... ¡Dios mío, hágase tu voluntad!».

Adeline no pudo seguir leyendo. Todas las circunstancias que parecían corroborar el hado de aquel desdichado se agolpaban en su mente. Los rumores relativos a la abadía... los sueños que habían precedido a su descubrimiento de los aposentos secretos... la forma extraña en que había encontrado el manuscrito... y la aparición, que ahora creía haber visto realmente. Se culpó por no haber mencionado todavía a La Motte su descubrimiento del manuscrito y de los aposentos secretos y decidió no demorar la revelación más allá de la mañana siguiente. Las preocupaciones inmediatas que habían ocupado su mente y el miedo a perder el manuscrito antes de haberlo leído le habían hecho guardar silencio hasta entonces.

Pensó que semejante combinación de circunstancias sólo podían ser producidas por algún poder sobrenatural que castigara de esa forma al culpable. Esas reflexiones llenaron su mente de una especie de temor, que la soledad de la amplia y antigua habitación en que se encontraba y la avanzada hora de la noche pronto convirtieron en espanto. Jamás había sido supersticiosa, mas un cúmulo de circunstancias tan extraordinarias no podían parecerle producto de la casualidad. Basándose en esas reflexiones, su imaginación volvió a hacerse sensible a las menores impresiones: le daba miedo mirar alrededor, temiendo ver otra vez algún horrible fantasma y casi llegó a figurarse que oía voces cada vez más altas en medio de la tormenta que sacudía el edificio.

No obstante, intentó controlar sus sentimientos para evitar molestar a la familia; mas llegaron a ser tan penosos, que ni siquiera el temor a ponerse en ridículo ante La Motte fue capaz de impedir que abandonara la habitación. Su mente estaba tan agitada que le era imposible continuar leyendo el manuscrito, aunque trató de hacerlo para evitar las torturas de la incertidumbre. Lo volvió a dejar y trató de mantener la compostura.

—¿Qué tengo yo que temer? —dijo—. Al menos soy inocente y no seré castigada

por el crimen de otro.

Una fuerte ráfaga de viento, que atravesó a toda velocidad la serie de aposentos, agitó de tal forma la puerta que conducía de su antigua alcoba a los cuartos secretos, que Adeline, ante la imposibilidad de seguir más tiempo en la duda, corrió a ver de dónde venía el ruido. El tapiz que ocultaba la puerta se agitaba violentamente y la joven lo observó por un momento con un terror indescriptible, hasta que, persuadida de que era el viento el que lo movía, hizo un súbito esfuerzo por dominar sus sentimientos y se inclinó a levantarlo. En aquel mismo instante, le pareció oír una voz. Se detuvo y escuchó, mas todo estaba en calma; no obstante, el temor se apoderó de ella de tal forma que no pudo examinar el aposento ni salir de él.

Algunos instantes después volvió a oírse la voz; ahora estaba convencida de no haberse engañado, pues la oía con claridad, aunque débilmente, y estaba casi segura de que repetía su nombre. Su imaginación estaba tan exaltado que llegó a pensar que se trataba de la misma voz que había oído en sueños. Esa convicción acabó por arrebatarle el poco valor que le quedaba y, desplomándose en una silla, perdió el conocimiento.

No supo cuánto tiempo permaneció en aquel estado, pero cuando se recuperó reunió todas sus fuerzas y se llegó hasta la escalera de caracol, donde llamó en voz alta. Nadie la oyó, Entonces corrió, tan veloz como le permitió su debilidad, al cuarto de Madame La Motte. Golpeó suavemente en la puerta, y le contestó Madame muy asustada, pues dada la hora tan intempestiva en que la despertaban, creía que algún peligro amenazaba a su esposo. Cuando advirtió que era Adeline, pensó que estaba indispuesta y fue rápidamente en su ayuda. El terror que todavía era visible en el rostro de Adeline excitó su curiosidad y la joven le explicó el motivo.

El relato de la joven turbó tanto a Madame que llamó a su esposo. Más enojado porque se le molestase que inquieto por la agitación de que era testigo, La Motte riñó a Adeline por permitir prestar oídos a sus fantasías en lugar de a la razón. Entonces la joven mencionó el descubrimiento que había hecho de los cuartos secretos y del manuscrito, circunstancias que despertaron tanto la atención de La Motte, que quiso ver el manuscrito enseguida y decidió ir inmediatamente a los aposentos descritos por Adeline.

Madame La Motte intentó disuadirle de su propósito, mas La Motte, en quien la oposición ejercía siempre un efecto contrario al propuesto, y que además deseaba poner de nuevo en ridículo los terrores de Adeline, persistió en su intención. Ordenó a Peter que le siguiese con una vela e insistió en que le acompañaran su esposa y la propia Adeline. Madame deseaba que la excusara y Adeline en un principio declaró que tampoco iría; mas al final le obedecieron ambas.

Subieron a la torre y entraron juntos en el primer cuarto, pues cada uno de los integrantes del grupo era reacio a ser el último. En el segundo cuarto todo estaba en orden y en silencio. Adeline mostró el manuscrito y señaló el tapiz que ocultaba la puerta. La Motte lo levantó y abrió la puerta, pero Madame La Motte y Adeline le

suplicaron que no fuese más lejos. Él les ordenó de nuevo que le siguieran. Todo estaba tranquilo en la primera pieza; La Motte manifestó su sorpresa porque las habitaciones hubiesen permanecido tanto tiempo sin ser descubiertas. Cuando se dirigían a la segunda, se detuvo de repente.

—Dejaremos nuestro registro para mañana —dijo—, la humedad de estos aposentos es malsana a cualquier hora, pero afecta más de noche. Estoy helado. Peter, acuérdate de abrir las ventanas mañana muy temprano a fin de que pueda circular el aire.

—¡Que Dios le bendiga, señoría! —dijo Peter—. ¿No veis que no puedo llegar hasta ellas? Además, no creo que puedan abrirse; ved esos gruesos barrotes de hierro; estas habitaciones parecen exactamente una prisión. Supongo que este es el lugar al que se referían nuestros vecinos cuando dijeron que ninguno de los que habían entrado en él había vuelto a salir.

Durante este discurso de Peter, La Motte había estado mirando con atención las elevadas ventanas, que quizás viera en un principio, pero en las que ciertamente no había reparado. Entonces interrumpió la elocuencia de su criado y le ordenó que fuera delante con la luz. De buena gana salieron todos de aquellos cuartos y regresaron a la habitación de abajo, donde encendieron un fuego y permanecieron juntos durante algún tiempo.

Por razones que sólo él sabía, La Motte trató de ridiculizar el descubrimiento y los temores de Adeline, hasta que ella le suplicó que desistiera en un tono tan serio que le impresionó. La Motte se calló y poco después, animada por el regreso de la luz del día, Adeline se aventuró a ir a su cuarto y durante algunas horas disfrutó de las delicias de un descanso sin interrupción.

Al día siguiente, el primer empeño de Adeline fue conseguir una entrevista con Peter, a quien esperaba ver al bajar las escaleras; sin embargo no apareció y la joven siguió hasta el salón, donde encontró a La Motte, aparentemente muy alterado. Adeline le preguntó si había leído el manuscrito,

—Le he echado un vistazo —dijo—, mas el tiempo lo ha maltratado tanto que apenas puede descifrarse. Parece contener una historia extraña y romántica; y no me sorprende que, después de haber permitido que sus horrores nutrieran vuestra imaginación, os hayáis figurado que veáis espectros y que oíais ruidos maravillosos.

Adeline pensó que La Motte no quería que le convencieran y por tanto se abstuvo de replicarle. Durante el desayuno, la joven miró con frecuencia a Peter (que esperaba) con impaciente curiosidad; y al ver su rostro dedujo que tenía alguna cosa importante que comunicarle. Con la esperanza de tener una conversación con él, salió de la habitación lo más pronto que pudo y acudió a su senda favorita. Apenas había llegado, cuando apareció Peter.

—¡Dios la bendiga, ma'mselle! —dijo—. Siento haberos asustado la noche pasada.

—¿Asustarme? —dijo Adeline—. ¿Qué tienes tú que ver en eso?

Entonces el criado le dijo que, cuando pensó que Monsieur y Madame La Motte dormían, fue a la puerta de su cuarto con la intención de contarle la continuación de lo que había empezado aquella mañana; que había llamado varias veces lo más alto que se atrevió, pero al no recibir respuesta creyó que estaba dormida, o que no quería hablar con él, y por tanto se retiró de la puerta. Esa explicación de la voz que había oído^[48] levantó el ánimo de Adeline; incluso se sorprendió de no haberle reconocido, hasta que recordó la inquietud que había sentido su mente algún tiempo antes y su sorpresa desapareció.

Adeline rogó a Peter que fuese breve al exponerle el peligro que le amenazaba.

—Si me dejáis que lo diga a mi modo, señora, bien pronto lo sabréis. Mas si me dais prisa y me hacéis preguntas a diestro y siniestro, fuera de lugar, no sé lo que voy a decir.

—Está bien —dijo Adeline—. Pero recuerda que pueden estar observándonos.

—Sí, ma'mselle, yo tengo tanto miedo como vos, pues creo que también me sentiría muy mal. No obstante, no se ve a nadie, aunque estoy seguro de que si os quedáis una noche más en esta antigua abadía será peor para vos; pues, como os dije antes, estoy enterado de todo.

—¿Qué quieres decir, Peter?

—Pues bien, me refiero a la conspiración que está en marcha.

—¿Se trata entonces de mi padre?...

—¿Vuestro padre? —interrumpió Peter—. ¡Que Dios la bendiga! Todo eso no es más que una invención para asustaros; ni vuestro padre *ni nadie* ha mandado que os sigan; es posible que sepa de vos tanto como el Papa...

Adeline parecía disgustada.

—¿Te burlas? —dijo la joven—. Si tienes algo que comunicarme, dintelo en seguida, porque tengo prisa.

—¡Jesús, María y José!, joven dama, no pretendía molestaros, espero que no os enfadéis conmigo; aunque estoy seguro de que no negaréis que vuestro padre es cruel. Mas, como os iba diciendo, el marqués de Montalt os quiere; él y mi amo (Peter miró alrededor) han estado hablando de vos en secreto.

Adeline se puso pálida... comprendió una parte de la verdad y le rogó encarecidamente que siguiese.

—Han estado hablando de vos en secreto. Eso es lo que me ha dicho Jacques, el sirviente del Marqués. Peter, me dijo, tú no sabes apenas nada... podría contártelo todo, si quisiera, mas no está bien decir a otro lo que se nos confía. Apuesto a que ahora tu amo es muy discreto contigo. Me piqué y decidí hacerle creer que yo podía ser tan de fiar como él. Quizás, le dije, sepa tanto como tú, aunque no me jacte de ello, y le guiñé un ojo... ¿De veras?, me dijo, entonces eres más discreto de lo que suponía. Ella es una buena moza, me dijo refiriéndose a vos, ma'mselle; mas después de todo no es más que una pobre expósita... así que no tiene demasiada importancia. Tenía ganas de enterarme mejor de lo que quería decir... de modo que no le presioné.

Aparentando saber tanto como él, conseguí al final que me revelara todo, y me contó que... Parecéis pálida, ma'mselle, ¿estáis indispuesta?

—No —dijo Adeline, con voz trémula y sin apenas poder sostenerse—. Continúa, te lo ruego.

—Me contó que el Marqués os había estado cortejando durante mucho tiempo, pero que vos no quisisteis escucharle y que incluso pretendió casarse con vos, pero no lo consiguió. En cuanto al matrimonio, le dije, supongo que ella sabe que la marquesa está viva; y estoy seguro de que no será dispuesta a tratar con él en otros términos.

—¡Entonces la marquesa vive realmente! —dijo Adeline.

—¡Oh, sí, ma'mselle! Todos lo sabemos y pensé que vos también lo sabríais.

»—Ya veremos —me contestó Jacques—. Yo creo al menos que nuestro amo será más listo que ella.

»Le miré fijamente, no pude evitarlo.

»—Sí —me dijo él—, ya sabes que tu amo ha consentido en entregarla a mi señor.

—¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí? —exclamó Adeline.

—Sí, ma'mselle, lo siento por vos; pero escuchadme hasta el final. Cuando Jacques dijo aquello, lo olvidé todo al momento. No lo creeré jamás, le dije. Nunca creeré que mi sino sea culpable de una acción tan baja: no la entregaré, o yo no soy cristiano.

»—¡Cómo! —dijo Jacques—, creí que lo sabías todo; de no ser así, no te hubiera dicho una palabra. No obstante, puedes convencerte con sólo ir a la puerta del salón y escuchar como yo he hecho; creo que ahora mismo están hablando de eso.

—No es necesario que me repitas otra vez aquella conversación —dijo Adeline—. Pero dime el resultado de lo que oíste en el salón.

—Pues bien, ma'mselle, cuando me dijo aquello, le tomé la palabra y fui a la puerta del salón, donde, efectivamente, oí a mi amo y al Marqués que hablaban de vos. Dijeron muchas cosas, que no pude entender; pero por fin le oí al Marqués decir:

»—Ya conocéis los términos; sólo con esa condición consentiré en sepultar el pasado en el ol... ol... olvido.

»Esa fue la palabra. Monsieur La Motte le dijo entonces al Marqués que si quería regresar a la abadía por la noche, refiriéndose a esta misma noche, todo estaría preparado según sus deseos.

»—Entonces Adeline será vuestra, milord —dijo monsieur La Motte—, ya sabéis dónde está su cuarto.

Al oír aquellas palabras, Adeline juntó las manos y elevó los ojos al Cielo en señal de callada desesperación.

—Cuando oí aquello —prosiguió Peter—, no pude dudar ya de lo que Jacques me había dicho.

»—Y bien —me dijo— ¿qué piensas ahora de eso?

»—¡Toma!, que mi amo es un bribón —le dije.

»—Menos mal que no piensas lo mismo del mío —me dijo.

»—Pues bien —le dije—, en cuanto a eso...

Adeline le interrumpió, preguntándole si no había oído más cosas.

—En aquel mismo momento —dijo Peter—, oímos a Madame La Motte que salía de otra habitación y nos volvimos corriendo a la cocina.

—¿Entonces, ella no estuvo presente en la conversación? —dijo Adeline.

—No, ma'mselle, mas apuesto cualquier cosa a que mi amo ya le ha informado de todo.

Adeline se indignó casi tanto por la aparente perfidia de Madame La Motte, como de enterarse del peligro que le amenazaba.

—Peter —dijo la joven, después de haber meditado un rato, presa de la más extrema agitación—, tienes buen corazón y sientes una justa indignación por la traición de tu amo... ¿Me ayudarás a escapar?

—¡Ah, ma'mselle! —dijo el criado—. ¿Cómo os voy a ayudar? Además, ¿adónde iríamos? Yo no tengo amigos por los alrededores, como os sucede a vos.

—¡Oh! —replicó Adeline, vivamente emocionada—. Huimos de nuestros enemigos; los desconocidos pueden convertirse en amigos. Ayúdame tan sólo a escapar de este bosque y merecerás mi eterno reconocimiento. Cuando salga de aquí, no tendré ya nada que temer.

—Bueno, en cuanto al bosque —contestó Peter—, estoy ya harto de él, aunque al llegar aquí pensé que sería un sitio estupendo para vivir, o al menos que llevaríamos una vida muy diferente de la que habíamos tenido hasta ahora. Mas esos fantasmas que frecuentan la abadía no me gustan nada y no soy más cobarde que los demás; además, *corren* muchos rumores sobre mi amo ahí fuera... Antes creía que le seguiría hasta el fin del mundo, mas ahora no me importa abandonarle a causa de su comportamiento con vos, ma'mselle.

—¿Consientes, pues, en ayudarme a escapar? —dijo Adeline con impaciencia.

—En cuanto a eso, ma'mselle, de buena gana lo haría, si supiese adónde ir. Tengo una hermana en Saboya, por supuesto; pero eso está muy lejos; y aunque he ahorrado algún dinero de mi sueldo eso no nos llevaría muy lejos.

—Olvídate de eso —dijo Adeline—. Una vez que me viese fuera de este bosque, trataría de cuidarme yo misma y te recompensaría por tu amabilidad.

—¡Oh!, en cuanto a eso, señora...

—Y bien, Peter, pensemos en la forma de escapar. Dices que esta noche va a volver el Marqués, ¿no?

—Sí, ma'mselle, esta noche, cuando oscurezca. He pensado ya un plan: los caballos de mi amo pastan en el bosque; podemos tomar uno de ellos, y enviarlo de vuelta después de la primera posta; mas ¿cómo evitar que nos vean? Por otra parte, si huimos de día, mi amo nos perseguirá y nos dará alcance; y si os quedáis hasta la noche, vendrá el Marqués y ya no tendremos ninguna posibilidad. Si notan nuestras ausencias al mismo tiempo, se preguntarán el porqué, y se pondrán inmediatamente

en camino. ¿No podéis ir sola y esperarme hasta que este barullo haya terminado? En ese caso, mientras os buscan en los sótanos de la abadía, yo podría escabullirme y estaríamos fuera de su alcance antes de que se les ocurriese perseguirnos.

Adeline estaba de acuerdo con ese plan. Algo sorprendida por la sagacidad de Peter, le preguntó si conocía algún lugar en las cercanías de la abadía donde pudiera ocultarse hasta que él llegase con el caballo.

—Claro que sí, señora. Ahora me acuerdo de un lugar donde estaréis completamente segura, pues nadie se acerca a él; mas dicen que está encantado, y quizás no queráis ir allí.

Acordándose de la última noche, Adeline se asustó un poco. Pero la sensación de peligro inminente acuciaba su mente y acabó por imponerse a sus otros temores.

—¿Dónde está ese lugar? —dijo—. Si puedo ocultarme en él, no vacilaré en ir.

—Es un antigua tumba que se halla en lo más espeso del bosque, a un cuarto de milla del camino más próximo y casi a una milla del otro. Cuando mi amo tenía la costumbre de esconderse en el bosque, solía seguirle en su deambular, pero hasta el otro día no descubrí la tumba. Sin embargo, eso no viene al caso; si os atrevéis, ma'mselle, os mostraré el camino más cercano.

Y diciendo esto señaló hacia la derecha un sendero tortuoso. Después de echar una ojeada a su alrededor sin divisar a nadie, Adeline ordenó a Peter que la condujera a la tumba. Siguieron el sendero hasta meterse en la parte más oscura y romántica del bosque, casi impenetrable a los rayos del sol, y pronto llegaron al sitio que descubrió Louis anteriormente cuando le seguía la pista a su padre.

La quietud y solemnidad de aquel paraje impresionaron a Adeline, que se detuvo y lo contempló en silencio durante algún tiempo. Al fin Peter la condujo al interior de la ruina y bajaron varios escalones.

—En tiempos pasados —dijo el criado— fue enterrado aquí, según dice la gente del Marqués, un antiguo abad que probablemente pertenecía a la abadía. Aunque no comprendo por qué se *le* ha metido en la cabeza aparecerse, pues seguramente no fue asesinado.

—Eso espero —dijo Adeline.

—No podría decirse otro tanto de los que están enterrados en la abadía, y...

—¡Silencio! —le interrumpió Adeline—. Creo oír un ruido. ¡Que el Cielo nos proteja de ser descubiertos!

Prestaron atención, pero todo estaba en calma y siguieron avanzando. Peter abrió una puerta baja y entraron en un corredor oscuro, obstruido a menudo por fragmentos dispersos de piedra, que recorrieron con precaución.

—¿Adónde vas? —preguntó Adeline.

—No lo sé muy bien —dijo Peter—. Nunca he llegado tan lejos; pero todo parece bastante tranquilo.

Algo le obstaculizó el paso. Era una puerta, que cedió a su mano, dejando al descubierto una especie de celda, apenas iluminada por la débil luz que entraba a través de una reja en lo alto. Un destello parcial atravesaba aquel lugar, dejando su mayor parte en la oscuridad.

Adeline suspiró al contemplarlo.

—Este lugar es espantoso —dijo—; mas si me proporciona refugio, me parecerá un palacio. Peter, acuérdate de que mi tranquilidad y mi honor dependen de tu fidelidad; sé discreto y a la vez resuelto. Al anochecer podré salir de la abadía con menos peligro de ser descubierta y esperaré tu llegada en esta celda. Tan pronto como Monsieur y Madame La Motte estén ocupados en buscarme por las bóvedas, me traerás aquí un caballo; tres golpes sobre la tumba me informarán de tu llegada. ¡Por el amor de Dios, sé prudente y puntual!

—Lo seré, ma'mselle; que sea lo que Dios quiera.

De nuevo salieron al bosque, y Adeline, temiendo que les vieran, ordenó a Peter que se adelantase a la abadía y se inventase alguna excusa para justificar su ausencia si le habían echado en falta. Cuando Adeline se vio otra vez sola no pudo resistirse a derramar un torrente de lágrimas y dio rienda suelta a su exceso de angustia. Se veía sin amigos, sin parientes, desvalida, desesperada y abandonada al peor de los peligros; traicionada por personas a quienes había prestado ayuda y consuelo durante tanto tiempo, y a quienes había querido como protectores y venerado como padres. Esas reflexiones produjeron en su corazón las sensaciones más dolorosas, y el recuerdo de su peligro inminente amortiguó el dolor ocasionado por el descubrimiento de semejantes culpas en los otros.

Al fin recobró toda su entereza y, tomando el camino de la abadía, procuró esperar con paciencia la caída de la tarde y mantener una apariencia de compostura en presencia de Monsieur y Madame La Motte. En un primer momento evitó verlos, pues desconfiaba de su habilidad para disfrazar sus emociones; y nada más llegar a la abadía se fue a su habitación. Allí trató de fijar su atención en cosas insignificantes; mas todo fue en vano; el peligro que la amenazaba, y la grave decepción que había recibido de parte de aquellos a quienes tanto estimaba e incluso amaba, afligían sus pensamientos. Para un alma generosa pocas circunstancias son más dolorosas que el descubrimiento de la perfidia en aquellos en quienes hemos confiado, aun cuando no resultase para nosotros perjuicio alguno. Lo que más le impresionó fue la conducta de Madame La Motte, la cual, mediante encubrimiento, también conspiraba para su perdición.

—¡Cómo me ha engañado la imaginación! —dijo—. ¡Qué cuadro me había trazado sobre la bondad de los seres humanos! ¿Debo creer entonces que todo el mundo es cruel y mentiroso? No... más vale seguir siendo engañada y seguir sufriendo que verme condenada a este estado espantoso de desconfianza.

Entonces trató de atenuar la culpabilidad de Madame La Motte, atribuyéndola al temor que tenía a su marido.

—No se atreve a oponerse a su voluntad —dijo la joven—, porque de otro modo me habría advertido del peligro y ayudado a escapar. No... Jamás la creeré capaz de maquinar mi ruina. Sólo el terror la ha mantenido callada.

Adeline se consoló un poco con aquella reflexión. La benevolencia de su corazón la llevó en este caso a adulterar los hechos. No se daba cuenta de que achacando la conducta de Madame La Motte al miedo únicamente atenuaba hasta cierto punto su culpa, imputando esta a un motivo menos depravado, pero no menos interesado. Permaneció en su cuarto hasta que la llamaron a comer; entonces enjugó sus lágrimas y bajó al salón, con paso trémulo y el corazón palpitante. Cuando vio a La Motte, a pesar de todos sus esfuerzos, tembló y se puso pálida. No podía mirar con aire de indiferencia al hombre que sabía destinado a destruirla. Al observar su estado emocional, La Motte le preguntó si se hallaba indispuesta. Y la joven, viendo el peligro al que la exponía su agitación, y temiendo que La Motte sospechase la verdadera causa, recobró el ánimo y, con una mirada de complacencia, contestó que se encontraba bien.

Durante la comida mantuvo una cierta compostura que ocultó eficazmente la angustia diversa de su corazón. Cuando miraba a La Motte, el horror y la indignación eran las sensaciones predominantes; mas cuando miraba a Madame La Motte era otra cosa: la gratitud por su antigua ternura hacía mucho que se había convertido en afecto, aunque ahora su corazón estaba lleno de amargura y de dolor por la decepción. Madame estaba deprimida y habló poco. La Motte parecía preocupado por evitar los pensamientos tristes, asumiendo una alegría ficticia y poco habitual en él; reía, hablaba y apuraba frecuentes vasos de vino llenos hasta el borde^[49]: era la

alegría de la desesperación. Madame comenzó a alarmarse y quiso impedirselo, pero él persistió en sus libaciones en honor a Baco, hasta que pareció haber ahogado en ellas toda reflexión.

Temiendo que con el descuido del momento su esposo se traicionase, Madame La Motte se retiró a otra habitación con Adeline. La joven recordaba las horas felices que en otro tiempo había pasado con ella, cuando la confianza desterraba la reserva y la simpatía y la estima dictaban sentimientos amistosos. Aquellas horas habían desaparecido para siempre; nunca más podría revelar sus penas a Madame La Motte, ni siquiera estimarla. No obstante, a pesar de todos los peligros a que la exponía el silencio criminal de Madame, no podía hablar con ella por última vez sin experimentar un cierto pesar, que la sabiduría puede que llame debilidad, pero a quien la benevolencia otorgará un apelativo más suave.

Madame La Motte parecía ser víctima, en su conversación, de una opresión parecida a la de Adeline; sus pensamientos se abstraían de los temas tratados y se sucedían largos y frecuentes intervalos de silencio. Más de una vez la sorprendió Adeline mirándola con ternura y vio sus ojos anegados en lágrimas. Esa circunstancia afectó tanto a la joven que varias veces estuvo a punto de arrojarse a sus pies para implorar su piedad y su protección. La fría reflexión le dejó ver la extravagancia y el peligro de semejante conducta; reprimió sus emociones, pero estas al final la obligaron a retirarse de la presencia de Madame La Motte.

CAPÍTULO XI

¡Tú! A quien el desconocido mundo
Con todas sus formas vagas ha sido mostrado;
Que contemplas esta escena irreal horrorizado,
Mientras la imaginación levanta el velo interpuesto;
¡Ay, miedo! ¡Ay, frenético miedo!
¡Veo cómo te acercas!
¡Reconozco tus pasos apresurados, tus ojos extraviados!
¡Como tú me sobresalto, como tú en desorden huyo!

COLLINS^[50]

ADELINE observaba con impaciencia desde la ventana de su cuarto la puesta del sol detrás de las colinas lejanas: se acercaba el momento de su fuga. El sol se puso con raro esplendor: sus rayos llameantes atravesaron el bosque y cayeron sobre algunos fragmentos esparcidos de las ruinas; era una visión que no podía contemplar con indiferencia.

—Probablemente nunca más veré ocultarse el sol detrás de aquellas colinas — dijo—, ¡ni iluminar una escena semejante! ¿Dónde estaré cuando vuelva a ponerse? ... ¿Dónde, mañana a estas horas? ¿Sumida, tal vez, en la desgracia? —y lloró—. Dentro de pocas horas llegará el Marqués... y en pocas horas esta abadía se convertirá en escenario de la confusión y el tumulto: todos los ojos me buscarán, todos los escondites serán explorados.

Esas reflexiones le inspiraron más miedo y aumentaron su impaciencia por irse.

El crepúsculo llegó poco a poco y Adeline juzgó que estaba ya lo suficientemente oscuro para aventurarse a salir. Antes de irse se arrodilló y dirigió sus oraciones al Cielo, implorando ayuda y protección y encomendándose al Dios de la misericordia. Una vez hecho eso, abandonó su cuarto y bajó con precaución por la escalera de caracol. No se cruzó con nadie y, saliendo por la puerta de la torre, se internó en el bosque. Miró en derredor, mas todo estaba cubierto por las sombras de la noche.

Con el corazón palpitante buscó el sendero que Peter le había señalado y que conducía a la tumba. Cuando lo encontró, lo siguió llena de desesperación y de terror. A menudo se sobresaltaba cuando la brisa agitaba las livianas hojas de los árboles, o cuando el murciélago revoloteaba y brincaba en el crepúsculo; y otras veces, cuando se volvía para mirar la abadía, se figuraba que veía entre la penumbra las figuras de varios hombres. Cuando hubo recorrido un buen trecho, oyó de pronto un galope de caballos y poco después ruido de voces, entre las que distinguió la del Marqués. Parecían venir del lado hacia donde ella caminaba y evidentemente se acercaban. Durante algunos segundos el terror la hizo detenerse, permaneciendo en un estado espantoso de indecisión: seguir adelante equivalía a ponerse en manos del Marqués; retroceder supondría caer en poder de La Motte.

Después de permanecer algún tiempo sin decidirse a huir, súbitamente los ruidos tomaron otra dirección y parecieron volverse hacia la abadía. El terror de Adeline cesó momentáneamente. Se dio cuenta de que el Marqués había pasado por aquel lugar únicamente porque se hallaba en su camino a la abadía, y se apresuró a ocultarse en las ruinas. Finalmente dio con ellas después de muchas dificultades, ya que la impenetrable oscuridad le impedía verlas. Se detuvo en la entrada, atemorizada por el silencio y la oscuridad absoluta que reinaban en su interior; por fin decidió vigilar hasta que Peter llegara.

—Si alguien se acerca —se dijo— le oiré antes de que pueda verme y entonces podré ocultarme en la celda.

Se apoyó en un fragmento de la tumba, sumida en una expectación temblorosa. Escuchó atentamente, mas ningún ruido turbaba el silencio. Únicamente podemos formarnos una idea de su estado mental si consideramos que aquel momento iba a ser decisivo para su suerte. «Han debido descubrir ya mi fuga —pensó— y me deben estar buscando en la abadía. Oigo sus voces espantosas llamándome y veo sus miradas anhelantes». El poder de su imaginación casi la superaba. Mientras miraba en torno vio unas luces que se movían a lo lejos, que tan pronto brillaban entre los árboles como desaparecían completamente de su vista.

Parecían ir en dirección a la abadía y entonces recordó que aquella mañana había descubierto los restos de un edificio a través de un claro del bosque. Por consiguiente, sin duda alguna las luces que veía provenían de los hombres que la estaban buscando, los cuales, se temía, no habiéndola encontrado en la abadía, dirigirían sus pasos hacia la tumba. Su refugio parecía estar demasiado cerca de sus enemigos para que pudiera sentirse segura, por lo que hubiese querido irse a otro lugar del bosque más lejano, mas se acordó de que entonces Peter no podría encontrarla.

Mientras estos pensamientos se agolpaban en su mente, oyó voces lejanas traídas por el viento y, cuando corría a ocultarse en la celda, observó que las luces desaparecieron súbitamente. Poco después todo estaba en silencio y sumido en la oscuridad; mas a pesar de todo trató de encontrar el camino a la celda. Recordaba la posición de la puerta exterior y de la galería y, después de atravesar ambas, abrió la puerta de la celda. Su interior estaba completamente a oscuras. Aunque temblaba terriblemente, entró en ella y, tanteando en las paredes, finalmente tomó asiento en un saliente de piedra.

De nuevo se encomendó al Cielo y trató de cobrar ánimos hasta que Peter llegara. Había pasado una media hora en aquel refugio tenebroso y ningún ruido anunciaba todavía la llegada del criado. Su valor se vino abajo; temía que hubiesen descubierto alguna fase de su plan, o que La Motte hubiese retenido al criado. Esta convicción aumentó sus temores hasta el punto de que resolvió abandonar la celda y buscar en la fuga el único medio de salvación que le quedaba.

Mientras ese proyecto fluctuaba en su mente oyó a través de la reja de arriba un estrépito de cascos de caballo. El ruido se aproximó y finalmente se detuvo ante la

tumba. Un momento después oyó tres latigazos. El corazón comenzó a latirle con más fuerza, y por unos momentos fue tal su agitación que no hizo ningún esfuerzo por abandonar la celda. Los golpes volvieron a repetirse: entonces la joven recobró el valor, se puso en movimiento y salió de nuevo al bosque. Llamó a Peter, pues la profunda oscuridad de la noche no le permitía distinguir ni al hombre ni al caballo. En seguida tuvo respuesta.

—¡Silencio! Ma'mselle, nuestras voces nos delatarán.

Adeline montó a la grupa y ambos cabalgaron tan rápido como la oscuridad les permitió. Adeline sentía renacer su valor a cada paso que daban. Preguntó al criado lo que había pasado en la abadía y cómo se las había ingeniado para escapar.

—Hablad bajo, ma'mselle; luego lo sabréis todo, ahora no puedo contároslo.

Apenas acababa de decir esas palabras cuando vieron a lo lejos unas luces que se movían y, como habían llegado a una parte del bosque menos tupida, emprendieron un galope tendido y continuaron así hasta que el caballo no pudo mantenerlo por más tiempo. Entonces miraron hacia atrás, pero ya no se veía ninguna luz y el terror de Adeline se apaciguó. Volvió a preguntarle lo que había pasado en la abadía cuando descubrieron su fuga.

—Puedes hablar sin temor a ser oído —dijo la joven—, pues creo que estamos ya bastante lejos para que puedan alcanzarnos.

—Pues bien, ma'mselle —dijo Peter—, al poco de irnos llegó el Marqués y Monsieur La Motte advirtió que habíais huido. El descubrimiento originó un gran alboroto, al que siguió una larga conversación de La Motte con el Marqués.

—Habla más alto —dijo Adeline—, no puedo oírte.

—Está bien, ma'mselle...

—¡Oh, cielos! —interrumpió Adeline—. ¿De quién es esa voz? No pertenece a Peter. Por el amor de Dios, decidme quién sois y adónde vamos.

—Muy pronto lo sabréis, jovencita —contestó el desconocido, pues desde luego no era Peter—. Os llevo a donde mi amo me ha ordenado.

Convencida de que se trataba de un criado del Marqués Adeline intentó saltar al suelo, pero el desconocido desmontó y la ató al caballo. Su mente vislumbró un leve rayo de esperanza; intentó que aquel hombre se compadeciese de ella y le imploró con la genuina elocuencia de la aflicción; mas aquel hombre conocía demasiado bien su deber para ceder ni aun por un instante a la compasión que las cándidas súplicas de la joven le inspiraban a su pesar.

Adeline se abandonó entonces a la desesperación y se sometió a su destino en silencio. Así continuaron su marcha hasta que una tormenta, acompañada de truenos y relámpagos, les hizo refugiarse en una espesa arboleda. El desconocido creyó que allí estarían a salvo y en aquellos momentos a Adeline le importaba bien poco su vida para que intentara disuadirle de su error. La tormenta fue larga y violenta; mas en cuanto amainó partieron al galope tendido y, después de cabalgar unas dos horas, llegaron a la linde de un bosque y poco después ante una tapia alta y solitaria, que

Adeline pudo apenas distinguir a la luz de la luna, que en aquellos momentos surgía entre las nubes.

Se detuvieron allí; el hombre desmontó y, después de abrir una puerta pequeña que había en la tapia, desató a Adeline, que gritó sin querer y en vano, mientras él la bajaba del caballo. La puerta daba a un estrecho corredor débilmente iluminado por un farol que pendía en su extremo más alejado. Conducida por el desconocido, llegaron frente a otra puerta y, una vez abierta, se encontraron en una magnífica sala, espléndidamente iluminada y amueblada con el gusto más frívolo y elegante.

Las paredes estaban pintadas al fresco, representando algunas escenas de Ovidio^[51], enmarcadas entre colgaduras de seda con festones y flecos ricamente ornamentados. Los sofás eran también de seda a juego con la tapicería. Del centro del techo, que mostraba una escena de la *Armida* de Tasso^[52], colgaba una lámpara de plata de forma etrusca^[53] que difundía una viva claridad que, al reflejarse en los grandes espejos de las entreventanas, iluminaba completamente la sala. Bustos de Horacio, Ovidio, Anacreonte, Tibulo y Petronio *Arbiter*^[54], adornaban los huecos y bosques de flores, colocadas en vasos etruscos, exhalaban los perfumes más deliciosos. En medio del vasto aposento había una mesa pequeña, cubierta con una colación de frutas, helados y licores. No se veía a nadie. Todo parecía ser obra del encantamiento: se asemejaba más al palacio de un hada que a cualquier otra cosa salida de la mano de los hombres.

Adeline quedó asombrada y preguntó dónde se encontraba, mas el hombre rehusó contestar a sus preguntas y, después de rogarle que tomara un pequeño refrigerio, la dejó sola. La joven se acercó a las ventanas: la claridad de la luna le permitió descubrir un vasto jardín, en el que las arboledas, el césped y las relucientes aguas cristalinas, formaban una escena de una belleza genuinamente variada y romántica.

—¿Qué significa esto? —dijo la joven—. ¿Se trata acaso de un hechizo para conseguir con engaño mi perdición?^[55]

Con la esperanza de poder escaparse, Adeline intentó abrir las ventanas, mas estaban todas cerradas y aseguradas luego trató de abrir varias puertas, pero las halló igualmente bloqueadas.

Viendo que no tenía ninguna posibilidad de escapar, la joven permaneció algún tiempo entregada a la tristeza y la reflexión; mas finalmente la sacaron de su ensoñación las notas de una música suave, cuyos armoniosos y fascinantes acentos suspendieron sus pesares y predispusieron su alma a la ternura y a las delicias de la contemplación. Adeline la escuchó sorprendida y sin darse cuenta se tranquilizó a la vez que se interesaba por ella. Una tierna melancolía se apoderó de su corazón, reprimiendo cualquier otro sentimiento más violento; mas en el momento mismo en que cesaron los acordes el encantamiento se disipó y la joven retornó a su triste situación.

Volvió a sonar la música —«música semejante a un sueño encantado»^[56]— y de nuevo se rindió poco a poco a su dulce magia. Una voz femenina, acompañada por un

laúd, un oboe y algunos otros instrumentos, fue elevándose gradualmente hasta alcanzar un tono sublime que llamaba la atención y hacía entrar en un dulce éxtasis. Poco a poco fue bajando la voz, hasta limitarse a unas pocas notas de patética dulzura y repentinamente cambiar de compás para convertirse en una melodía alegre y ligera.

CANCIÓN

La vida es una variada, radiante ilusión,
Alegría y pesar... luz y sombra;
Apártate de la sombría sufusión del pesar,
Atrapa los placeres antes de que se desvanezcan.
La Fantasía pinta con colores irreales,
Sonrisa de beatitud, y ánimo pesaroso;
Si ambos no son más que ideales,
¿Por qué rechazar el bien aparente?
¡Fuera! ¡Nunca más! Esta Cordura te reclama,
Te ordena que pidas ayuda al Tiempo presente;
El futuro no es fiable... la esperanza te cautiva,
«Atrapa los placeres antes de que se desvanezcan».

La música cesó, mas los sonidos todavía vibraban en su imaginación, y la joven volvió a caer en la plácida languidez que aquellos le habían inspirado. En aquel momento se abrió la puerta y apareció el marqués de Montalt. Se acercó al sofá donde estaba sentada Adeline y se dirigió a ella; mas la joven no pudo oírle, pues se había desmayado. Trató de hacerla volver en sí y al final lo consiguió; pero cuando ella abrió los ojos y volvió a verle, recayó en un estado de inconsciencia; y, después de probar en vano varios métodos para restablecerla, se vio obligado a pedir ayuda. Entraron dos jóvenes y, cuando Adeline comenzó a recobrar el conocimiento, se quedaron con ella para irla preparando a verle de nuevo. Cuando Adeline se apercibió de que el Marqués se había ido y que estaba al cuidado de dos mujeres, recobró poco a poco el ánimo y, al mirar a sus acompañantes, quedó sorprendida de ver tanta elegancia y belleza.

Hizo varias tentativas para moverlas a compasión, mas ellas parecían completamente insensibles a su aflicción y empezaron a hablar del Marqués en términos de la más alta admiración. Le aseguraron que sólo a sí misma podía culparse si no era feliz, aconsejándole que al menos lo fingiera en presencia de él. A Adeline le costó mucho contenerse y no expresar el desprecio que afloraba a sus labios, así como escuchar aquel discurso en silencio. Pero era consciente de los inconvenientes y la inutilidad de oponerse a lo que le aconsejaban, por lo que dominó sus sentimientos.

Mientras las mujeres seguían elogiando al Marqués, este volvió a aparecer; y, al hacerles una seña, aquellas abandonaron inmediatamente la habitación. Adeline le miró con una especie de desesperación muda, mientras él se acercaba y le cogía la

mano, que ella retiró apresuradamente, dándole la espalda con una expresión de angustia indecible y prorrumpiendo en llantos. El Marqués permaneció callado algún tiempo, un poco conmovido al parecer por la congoja de la joven. Pero luego se acercó de nuevo a ella y le suplicó en un tono más amable que le perdonase por aquel mal paso, inspirado sin duda por la desesperación y, según dijo, el amor. Adeline estaba demasiado abstraída en su dolor para responder; mas cuando él la instó a corresponder a su amor, el pesar dio paso a la indignación y le reprochó su conducta. El Marqués alegó que hacía mucho tiempo que la amaba y que sus intenciones eran honestas; sin embargo, cuando empezaba a repetir su ofrecimiento de esas intenciones, levantó los ojos hacia Adeline y vio en su mirada el desprecio que él bien sabía que se merecía.

Por un momento quedó desconcertado y pareció comprender que su plan había sido descubierto y que su persona era desdeñada; mas pronto recuperó su habitual dominio de sí mismo y volvió a insistir con su petición y solicitó su amor. Una rápida reflexión hizo ver a Adeline el peligro que corría de exasperar el orgullo del Marqués, confesándole el desprecio que le causaba aquel pretendido ofrecimiento de matrimonio, y no tuvo inconveniente en descender un poco a la táctica del disimulo, en una coyuntura que afectaba al honor y la paz de su vida futura. Se dio cuenta de que la única posibilidad que tenía de escapar a sus designios consistía en demorarlos, y así le hizo creer que ignoraba que la marquesa vivía y que su ofrecimiento era por tanto ilusorio.

El Marqués notó que Adeline dudaba y, en su impaciencia por sacar alguna ventaja de su vacilación, renovó sus proposiciones con mayor vehemencia.

—Mañana nos uniremos, bella Adeline; mañana consentiréis en convertirnos en la marquesa de Montalt. Entonces corresponderéis a mi amor y...

—Antes es menester, milord, merecer mi afecto.

—Lo mereceré... lo merezco. ¿No veis que aunque estáis en mi poder, me he abstenido de aprovecharme de la situación? ¿Acaso no os he hecho la proposición más honesta?

—Si deseáis merecer mi afecto, milord —dijo Adeline estremecida—, tratad si es posible de hacerme olvidar por qué medios he ido a parar a vuestro poder; si vuestras intenciones son realmente honradas, probadlo devolviéndome la libertad.

—¿Queréis, pues, bella Adeline, huir de quien os adora? —replicó el Marqués, con un estudiado aire de ternura—. ¿Por qué me exigís una prueba tan severa de desinterés que no es compatible con mi amor? No, encantadora Adeline, dejadme al menos que tenga el placer de contemplaros hasta que los vínculos eclesiales aparten todos los obstáculos a mi amor. Mañana...

Adeline comprendió el peligro a que se veía expuesta y le interrumpió.

—*Mereced* mi afecto, señor, y entonces lo *obtendréis*. Como primer paso hacia él, liberadme de este cautiverio que me obliga a miraros únicamente con temor y aversión. ¿Cómo puedo creerme vuestras declaraciones de amor mientras vos

demostráis no tomar ningún interés en mi felicidad?

De ese modo Adeline, para quien el arte y la práctica del disimulo eran igualmente desconocidos, condescendió a utilizarlos, disfrazando su indignación y su desprecio. Pero aunque fue únicamente el instinto de conservación lo que la llevó a recurrir a esas artes, las utilizó de mala gana y casi con horror; pues su mente estaba habitualmente impregnada del amor a la virtud, en pensamiento, palabra u obra y, aunque ciertamente su uso se dirigía a un buen fin, apenas podía persuadirse de que ese fin pudiese justificar los medios.

El Marqués insistió en su sofistería.

—¿Podéis poner en duda la realidad de un amor que para obtenerlo me ha expuesto al riesgo de desagradaros? ¿Acaso no he consultado vuestra felicidad, incluso en esa misma conducta que condenáis? Os he trasladado de una ruina solitaria y desolada a una alegre y espléndida villa, donde todos los lujos están a vuestra disposición y todas las personas obedecerán vuestros deseos.

—Mi primer deseo es salir de aquí —dijo Adeline—. Os suplico, os ruego encarecidamente, milord, que no me retengáis más tiempo. Soy una desdichada huérfana, sin amigos, expuesta a muchos peligros y abandonada, me temo, al infortunio. No quisiera ofenderos; mas permitidme deciros que no hay para mí desgracia mayor que la que siento permaneciendo aquí, o ¡viéndome perseguida en cualquier otra parte por los ofrecimientos que me hacéis!

Adeline había olvidado ya su táctica, pero las lágrimas le impidieron continuar y volvió la cabeza para ocultar su emoción.

—¡Cielos!, Adeline, sois injusta conmigo —dijo el Marqués, levantándose de su asiento y cogiendo la mano de la joven—. Os amo, os adoro, y vos dudáis de mi pasión y sois insensible a mis promesas. Compartiréis conmigo todos los placeres posibles que puedan gozarse entre estas paredes, mas no saldréis de ellas.

Adeline se soltó la mano y se retiró en silencio, angustiada, al otro extremo de la sala. Su corazón estalló en profundos suspiros y, casi desfallecida, se apoyó sobre el marco de una ventana para sostenerse.

El Marqués la siguió.

—¿Por qué persistís tan obstinadamente en rechazar vuestra felicidad? —dijo—. Recordad la proposición que os he hecho y aceptadla mientras podáis. Mañana un sacerdote unirá nuestras manos... Dado que estáis en mi poder, sin duda os debe interesar consentir en todo.

—Adeline sólo pudo responder con lágrimas; desesperaba de mover a compasión su corazón y temía exasperar su orgullo con su desprecio. La joven permitió entonces que el Marqués la condujese a una silla próxima a los manjares dispuestos y, una vez allí, la instó a compartir una variedad de dulces y sobre todo ciertos licores, que él bebió profusamente, Adeline sólo aceptó un melocotón.

Interpretando el silencio de ella como una conformidad tácita con sus proposiciones, el Marqués recobró su alegría y buen humor, mientras las prolongadas

miradas inflamadas que dedicaba a la joven llenaban a esta de turbación e indignación. En medio de aquella colación, sonó de nuevo una música dulce que entonaba las canciones más delicadas y apasionadas; mas ya no ejercía ningún poder sobre Adeline, pues su mente estaba demasiado confusa y angustiada por la presencia del Marqués para admitir los consuelos de la armonía. En aquel momento se oyó una canción, escrita con esa especie de arte inadecuado con que algunos poetas voluptuosos creen poder ocultar y recomendar al mismo tiempo los principios del vicio. Adeline la recibió con desprecio y disgusto y el Marqués, al notar su efecto en ella, hizo señas para que tocasen otra composición que, añadiendo a la fuerza de la poesía los encantos de la música, pudiese apartar su mente de la realidad presente y sumirla en un agradable delirio.

CANCIÓN DE UN ESPÍRITU

En el aire invisible está mi morada,
Con los rayos inclinados del sol juego;
Exploro la celda más secreta de la cueva,
Donde jamás se extravió la luz del día.

Me zambullo en el verde oleaje marino,
Y brinco en las profundidades salobres;
Paso rozando por todas las costas bañadas por Neptuno,
De las planicies de Laponia a los precipicios de la India.

A menudo subo con rápida determinación
Más arriba de la zona oscura de la ancha tierra;
Sigo la llameante estela del lucero del alba
A través de desconocidos ámbitos del espacio.

Y escucho a menudo los sonidos celestiales
Que ningún hombre ha oído,
Mientras mis rondas nocturnas hago
Por la arbolada ladera y la silenciosa cañada.

A la sombra de los cimbreantes árboles,
En la verde ribera del claro manantial,
Me siento a pensar cómodamente,
Mientras cerca murmura la mortecina música.

Y a menudo, en lo alto de un airoso acantilado
Que cuelga sobre la mar de poniente,
Contemplo cómo pasan veloces los alegres tonos,

Y el crepúsculo cubre la líquida llanura.

Entonces, cuando la brisa ha amainado,
Y al océano apenas se le oye bramar,
Las ninfas marinas tocan suavemente para mí
Sus dulces conchas bajo el piélagos.

¡Sus dulces conchas! Ahora las oigo,
Lentos llegan los acordes hasta mis oídos;
Ora decaen tenuemente... ora los trinos se debilitan,
Hasta que el éxtasis se deshace en lágrimas.

El rayo que platea las gotas de rocío,
Y tiembla a través de la frondosa sombra,
Y tiñe la escena de colores más suaves,
Me incita a recorrer el claro solitario;

O me lleva a toda prisa a alguna torre en ruinas,
Débilmente iluminada por el claro de luna,
Donde el errabundo solitario reconoce mi poder
En las sombras terribles que tan consistentes parecen;

En los escalofriantes sonidos que el infortunio susurra,
Pues el silencio causa más miedo;
En la pausa musical por debajo de
Los tristes acordes solemnes que despiertan a los muertos.

Paso inadvertido... ¡aun desconocido soy temido!
Urdo los más delirantes sueños de la Fantasía;
Y a menudo mi voz por bardos es oída
Hasta extinguirse con la brisa del crepúsculo.

Cuando la voz cesó, se oyeron a lo lejos los lúgubres compases de una trompa, ejecutados con la más exquisita expresión. Tan pronto las notas flotaban en el aire en suaves ondulaciones, como ascendían hasta convertirse en una melodía rotunda y violenta o se desvanecían casi imperceptiblemente en el silencio; o volvían a elevarse en sonidos melodiosos y delicados, que arrancaban lágrimas a la pobre Adeline y exclamaciones de arrobamiento al Marqués. Este rodeó a la joven con su brazo y quiso atraerla hacia sí, pero ella se liberó del abrazo y, con una mirada en la que estaba impresa la firme dignidad de la virtud si bien con un toque de tristeza, le atemorizó hasta hacerle desistir. Consciente de una superioridad que se avergonzaba de reconocer y tratando de desdeñar una influencia a la que no podía resistirse, el

Marqués, aunque devoto del vicio, adoptó por un momento la posición de esclavo de la virtud. Sin embargo, pronto recobró la seguridad en sí mismo y comenzó a implorarle su amor. Desprovista ya del valor que últimamente había mostrado y presa de la languidez y la fatiga que le producían las variadas y violentas agitaciones de su alma, Adeline le suplicó que la dejase descansar.

La palidez de su rostro y el tono trémulo de su voz eran demasiado expresivos para no comprenderlos. El Marqués le pidió que pensase en el día siguiente y, después de alguna vacilación, se retiró. En cuanto se encontró a solas, Adeline dio rienda suelta a las rebosantes angustias de su corazón, y estaba tan absorta en su dolor que tardó algún tiempo en darse cuenta de que se hallaba en presencia de las jóvenes que la habían atendido antes, las cuales habían vuelto a la sala poco después de que el Marqués se fuera y venían a conducirla a su aposento. Adeline las siguió en silencio al principio, basta que, llevada de la desesperación, intentó de nuevo despertar su compasión. Mas ellas en respuesta repitieron los elogios del Marqués y, viendo que eran inútiles todas las tentativas para ponerlas de su parte, las despidió. Cerró con llave la puerta por donde ellas habían salido y luego, con la vana esperanza de descubrir algún medio de evadirse, examinó la habitación con sumo cuidado. La frívola elegancia con que había sido equipada y las lujosas comodidades en que abundaba parecían ideadas con el único fin de fascinar a la imaginación y seducir al corazón. Las colgaduras eran de seda pajiza, adornadas con una gran variedad de paisajes y cuadros históricos, cuyos temas participaban del carácter voluptuoso del dueño; la chimenea, de mármol parían^[57], estaba ornamentada con varias figuras antiguas. El lecho era de seda, del mismo color que las colgaduras, con orlas de púrpura y plata, y la cabecera en forma de dosel. Una escalera sostenida por Cupidos, aparentemente de plata maciza, ayudaba a subir a la cama. Jarrones de porcelana, llenos de perfume, ocupaban varios huecos sobre repisas a juego con el tocador, que era magnífico y estaba adornado con una infinidad de dijes.

Adeline miró de paso todos aquellos objetos y procedió a examinar las ventanas, que descendían hasta el suelo y se abrían a unos balcones, que daban al jardín que ya había visto desde la sala. Estaban cerradas, y sus esfuerzos por abrirlas fueron inútiles, por lo que al final desistió de su empeño. Una puerta cercana, que no estaba cerrada, atrajo su atención; daba a un gabinete-vestidor al que se bajaba por unos pocos escalones. En su interior había dos ventanas hacia las cuales se dirigió apresuradamente; una se resistió a abrirse, mas su corazón palpitó de una súbita alegría cuando la otra se abrió con sólo tocarla.

En el primer arrebató, la joven olvidó que su altura sobre el suelo podía ser un obstáculo para la fuga que planeaba. Volvió para cerrar la puerta del gabinete y evitar así cualquier sorpresa; precaución inútil, ya que la puerta del dormitorio estaba ya cerrada. Después se asomó a la ventana: el jardín se extendía ante ella y advirtió que su alféizar estaba tan próximo al suelo que cualquiera podía saltar fácilmente. Sin pensárselo dos veces, dio un salto hacia delante y fue a parar sana y salva a un

inmenso jardín, más parecido a un parque inglés que a un conjunto de parterres franceses.

Adeline estaba casi convencida de poder escapar de allí, ya fuera por algún boquete en la cerca o por la parte baja de la tapia. Lo recorrió a paso ligero, mientras la esperanza renacía en su corazón. Las nubes de la reciente tormenta se habían dispersado y la luna, que iluminaba el césped y hacía brillar las florecillas, todavía cargadas de gotas de lluvia, le ofrecía una perspectiva distinta del escenario circundante. Siguió la dirección de la alta tapia contigua a la quinta, hasta que esta desapareció de su vista oculta por unos espesos y enmarañados matorrales, tan en penumbra que la joven tuvo miedo de internarse en ellos y se desvió a la derecha por un camino que la condujo al borde de un lago sombreado por árboles muy altos.

Los rayos de la luna danzaban sobre las aguas, cuya suave ondulación parecía acariciar las orillas, mostrando una escena de belleza y sosiego que hubiera apaciguado a un corazón menos agitado que el de Adeline. La joven suspiró y la examinó por encima; luego siguió adelante en busca de la tapia del jardín, de la que se había desviado considerablemente. Después de vagar durante algún tiempo por paseos y prados, sin encontrar señal alguna de delimitación, volvió a encontrarse de nuevo en el lago y recorrió su orilla cada vez más desesperada, corriéndole las lágrimas por las mejillas. La escena que la rodeaba mostraba únicamente imágenes de paz y deleite; todo parecía en reposo; ni un soplo de aire movía el follaje, ni un sonido se oía en el aire; sólo en su pecho imperaba la agitación y la congoja. Continuó siguiendo las sinuosidades de la orilla hasta que un claro en el bosque la llevó a un sendero que ascendía suavemente una colina; la oscuridad era tan profunda que le costaba seguir el camino; no obstante, de repente la senda fue a dar a un bosquecillo algo elevado desde donde divisó una luz que salía de un lugar apartado a cierta distancia.

Adeline se detuvo. Aunque su primer impulso fue retroceder, como no oyó ningún ruido su alma concibió un débil rayo de esperanza: quizás pudiese ganarse el favor de la persona a quien pertenecía la luz para que la ayudara a escapar. Avanzó temblando y con precaución hacia el lugar de donde salía la luz, a fin de observar a escondidas a los ocupantes, antes de aventurarse a entrar. Conforme se aproximaba, su emoción iba en aumento; y al llegar a un emparrado vio a través de una ventana abierta al Marqués, recostado en un sofá, cerca de una mesa cubierta de frutas y vino. Estaba solo y tenía el rostro encendido por la bebida.

Mientras la joven contemplaba aquella escena, paralizada por el terror, el Marqués levantó la mirada hacia la ventana. La luz dio de lleno en el rostro de Adeline, mas ella no se quedó para comprobar si él la había visto, sino que, con la velocidad del sonido, huyó de aquel lugar a toda prisa sin saber siquiera si la perseguían. Después de recorrer un trecho considerable, la fatiga la obligó finalmente a detenerse y se tumbó en la hierba, casi desfallecida de miedo y de debilidad. Sabía que si el Marqués la sorprendía tratando de escapar, probablemente traspasaría los

límites que él mismo se había impuesto y podría esperar de él las más espantosas desgracias. Eran tan fuertes las palpitaciones que su terror le causaba que apenas podía respirar.

Observó y escuchó atentamente con temblorosa expectación, mas sus ojos no vislumbraron ninguna forma humana ni a su oído llegó ruido alguno. Permaneció bastante tiempo así; lloró y sus lágrimas aliviaron su corazón oprimido.

—¡Oh, padre mío! —dijo—, ¿por qué habéis abandonado a vuestra hija? Si supieseis los peligros a que la habéis expuesto sin duda os apiadaríais de ella y la liberaríais. ¡Ay de mí! ¿No hallaré jamás un amigo? ¿Estaré destinada a dar mi confianza para ser luego engañada?... ¿Es posible que Peter me haya traicionado también?

Lloró de nuevo, mas al volver a pensar en el peligro que corría se puso a considerar los medios de sustraerse a él... No veía ninguno.

Aquellos jardines no parecían tener límites; había vagado de prado en prado, de arboleda en arboleda, sin descubrir ninguna cerca o terminación. Aunque no pudo encontrar la tapia del jardín, decidió no volver a la quinta ni renunciar a su búsqueda. Cuando se levantaba para irse, divisó una sombra que se movía a cierta distancia y se quedó quieta para observarla. Avanzaba lentamente y luego desapareció; mas al poco tiempo vio a una persona salir de la penumbra y acercarse al lugar en donde ella se encontraba. Estaba segura de que el Marqués la había descubierto y corrió lo más que pudo a esconderse en las sombras de un bosquecillo que había a su izquierda. Unas pisadas la persiguieron y oyó repetir su nombre mientras trataba en vano de apresurar el paso.

De pronto el ruido de pasos que la perseguían cambió de dirección y se perdió en la lejanía. Adeline se detuvo a tomar aliento y miró en derredor, mas no vio a nadie. Avanzó lentamente por el sendero y casi había llegado al final cuando vio salir de entre los árboles a la misma figura de antes, que echó a correr hacia ella. Una voz la llamaba, pero ella no podía oírla porque había caído al suelo sin sentido. Tardó en recobrase, y cuando lo hizo se encontró en brazos de un desconocido, del que intentó soltarse.

—Nada temáis, bella Adeline —le dijo—, estáis en brazos de un amigo que arrostrará cualquier riesgo por vos, que os protegerá con su propia vida —y la estrechó contra su corazón—. ¿Me habéis olvidado pues?

Adeline le miró con atención y entonces se convenció de que el que hablaba era Théodore. La alegría fue su primera reacción; mas, al recordar su repentina partida en un momento tan crítico para su seguridad, y que era amigo del Marqués, mil sensaciones distintas lucharon en su interior y la sumieron en un abismo de desconfianza, temor y decepción.

Théodore la levantó del suelo y, mientras la sostenía todavía, le dijo:

—Huyamos inmediatamente de este lugar, un coche nos espera; seguirá el camino que le indiquéis y os conducirá hasta vuestros amigos.

Esta última frase conmovió el corazón de Adeline.

—¡Ay de mí, yo no tengo amigos! —dijo—, ni sé dónde ir.

Théodore apretó su mano suavemente y le dijo en el tono más dulce y compasivo:

—Pues bien, *mis* amigos serán los vuestros; permitidme que os conduzca hasta ellos. Apresurémonos a salir de este lugar; mientras permanezcáis aquí sufriré atrozmente.

Adeline iba a responderle cuando oyeron voces entre los árboles. Sosteniéndola con su brazo, Théodore la llevó a toda prisa por el sendero y continuaron huyendo hasta que Adeline se quedó sin aliento y no pudo seguir adelante.

Después de descansar un rato sin oír pasos que les persiguiesen, reemprendieron la marcha. Théodore sabía que no estaban lejos de la tapia del jardín, pero también era consciente de que en el espacio intermedio varias sendas procedentes de las partes más remotas de los jardines se cruzaban con el sendero por donde debían pasar, y que la gente del Marqués podía salir por cualquiera de ellas para interceptarlos. No obstante, ocultó sus temores a Adeline y trató de tranquilizarla y levantarle el ánimo.

Por fin llegaron a la tapia y, cuando Théodore conducía a la joven a la parte más baja, muy cerca de donde esperaba el coche, oyeron voces de nuevo. El ánimo de Adeline flaqueaba y sus fuerzas estaban casi exhaustas, pero hizo un último esfuerzo para seguir adelante y en seguida vio a cierta distancia la escala por la que Théodore había bajado al jardín.

—Esforzaos un poco más todavía —dijo el joven—, y pronto estaréis a salvo.

Théodore sostuvo la escala mientras ella subía. Al llegar Adeline a la parte superior de la tapia, que era ancha y lisa, permaneció allí hasta que Théodore la siguió y pasó la escala al otro lado.

Cuando descendieron, el coche les esperaba, pero sin conductor. Théodore tenía miedo de llamarle, por si su voz les delataba; por tanto, metió a Adeline en el coche y se fue él mismo a buscar al postillón, al que encontró dormido bajo un árbol a unos pasos de distancia. Después de despertarle, regresaron al vehículo y pronto se alejaron de allí a toda velocidad. Adeline no se atrevía todavía a creerse fuera de peligro, mas después de caminar bastante tiempo sin interrupción, su corazón estalló de alegría y dio gracias a su liberador en los términos de la más cariñosa gratitud. La compasión expresada por su tono de voz y sus modales probaba que en aquella ocasión su felicidad igualaba a la de ella.

A medida que la reflexión fue apoderándose de la mente de Adeline, la ansiedad reemplazó a la alegría; en el tumulto de los últimos momentos ella no pensaba más que en huir; mas al considerar ahora las circunstancias de su situación actual, se quedó callada y pensativa. No tenía amigos que pudiesen esconderla y caminaba sin saber a dónde con un joven caballero que casi le era desconocido. Se acordó de cuántas veces había sido engañada y traicionada por aquellos en quienes más confiaba y cayó en un profundo abatimiento. Recordaba también las primeras atenciones que Théodore le había mostrado y temía que esa conducta hubiese sido

inspirada por una pasión egoísta. Lo veía posible, mas se negaba a creerlo probable, y tenía la impresión de que nada podía causarle una pena más grande que dudar de la integridad de Théodore.

El Joven interrumpió sus pensamientos, hablándole de su situación en la abadía.

—Debió sorprenderos mucho —dijo— y ofenderos, me temo, que no acudiera a mi cita en la abadía, después de las alarmantes insinuaciones que os hice la última vez que nos vimos. Esa circunstancia ha podido hacerme perder vuestro afecto, si hubiese sido tan dichoso para haberlo obtenido; pero mis planes fueron anulados por los del Marqués, y creo poder aseguraros que en esta ocasión mi disgusto ha sido por lo menos igual a vuestros temores.

—Me alarmaron mucho las insinuaciones que me hicisteis —dijo Adeline—, y más aún después de que no pudisteis darme más explicaciones con relación a la naturaleza misma del peligro que me anunciasteis. Y...

Adeline reprimió la palabras que estaban a punto de salir de sus labios, pues se dio cuenta de que estaba revelando imprudentemente la inclinación por él que su corazón abrigaba. Hubo unos instantes de silencio; ni uno ni otro parecían encontrarse a gusto. Por fin, Théodore reanudó la conversación.

—Permitidme que os ponga al corriente —dijo— de las circunstancias que me impidieron acudir a la cita que yo mismo os solicité; estoy impaciente por disculparme.

Sin esperar la respuesta de Adeline, Théodore la informó de que el Marqués, por algún medio inexplicable, había sabido o sospechado el contenido de su última conversación y, viendo que sus planes corrían el peligro de ser desbaratados, había tomado medidas eficaces para impedir que la joven se informase mejor sobre ellos. Adeline recordó inmediatamente que Théodore y ella habían sido vistos en el bosque por La Motte, el cual sin duda había sospechado de su creciente intimidad y se había cuidado de informar al Marqués de que probablemente tenía un rival en su propio amigo.

—El día siguiente a aquel en que os vi por última vez —dijo Théodore—, el Marqués, que es mi coronel, me ordenó prepararme para mi incorporación a mi regimiento, señalando mi partida para la mañana siguiente. Esa orden repentina no dejó de sorprenderme, aunque no pasé mucho tiempo sin saber el motivo: un criado del Marqués, que había estado ligado a mí durante bastante tiempo, entró en mi cuarto poco después de haberme dejado su señor y me manifestó su preocupación por mi imprevista partida, soltando alguna indirecta sobre ello, que suscitó mi sorpresa. Le hice algunas preguntas y me confirmé en las sospechas que ya había albergado hacía algún tiempo acerca de los planes del Marqués con respecto a vuestra persona.

»Jacques me informó además de que nuestra última entrevista había sido advertida y comunicada al Marqués. La información la había obtenido de otro criado compañero suyo y eso me alarmó tanto que le pedí que, de cuando en cuando, me diese noticias sobre el proceder del Marqués. Desde entonces esperé con renovada

impaciencia la tarde que me traería de nuevo vuestra presencia. Mas el ingenio del Marqués desbarató eficazmente mis esfuerzos y deseos: se había comprometido a pasar el día en la villa de un noble, distante algunas leguas y, a pesar de todas las excusas que pude darle, me obligó a acompañarle. Apremiado así a obedecerle, pasé un día en la agitación y ansiedad más espantosa que jamás había experimentado. Era ya medianoche pasada cuando regresamos a la quinta del Marqués. Al día siguiente me levanté muy temprano para ponerme en camino, pero resolví hablar con vos antes de dejar el país.

»Cuando entré en el comedor a desayunar, me sorprendió mucho encontrar allí al Marqués, el cual, alabando la belleza de la mañana, manifestó su intención de acompañarme hasta Chineau. Privado de improviso de mi última esperanza, creo que mi semblante expresaba lo que sentía, pues las miradas escudriñadoras del Marqués pasaron inmediatamente de la indiferencia aparente al descontento. La distancia de Chineau a la abadía era, al menos, de doce leguas. No obstante, tenía la intención de regresar desde allí cuando el Marqués me dejase ir; pero me pareció que tenía muy pocas posibilidades de encontraros a solas y además, si La Motte me descubría, despertaría todas sus sospechas y le prevendría contra cualquier plan que en lo sucesivo juzgase yo conveniente emprender. Por tanto, seguí mi camino para unirme a mi regimiento.

»Jacques me envió frecuentes noticias sobre las operaciones del Marqués; mas su modo de expresarse era tan confuso que sólo sirvieron para dejarme perplejo y angustiado. Su última carta, sin embargo, me alarmó tanto que mi estancia en el cuartel se me hizo insoportable; y como me fue imposible obtener un permiso para ausentarme, abandoné en secreto el regimiento y me escondí en un *cottage*, a eso de una milla de la quinta, a fin de enterarme mejor de los planes del Marqués. Jacques me traía noticias a diario y al fin me anunció el horrible complot tramado para la noche siguiente.

»Tenía pocas probabilidades de avisaros de vuestro peligro. Si me aventuraba a acercarme a la abadía, La Motte podía descubrirme y frustrar cualquier tentativa mía para salvaros. No obstante, decidí afrontar aquel riesgo con la esperanza de veros; mas a la caída de la tarde, cuando me preparaba para ponerme en camino hacia el bosque, llegó Jacques y me informó de que os iban a llevar a la quinta. Mi plan se presentaba, pues, menos difícil de lo esperado. Me enteré también de que el Marqués, por medio de todos aquellos lujos refinados que tan bien conocía, planeaba seduciros, ahora que ya no tenía ningún temor a perderos, para favorecer sus deseos e imponeros un matrimonio ficticio. Después de enterarme de la situación exacta del cuarto que os habían asignado, ordené al tálburi que esperara y entré al jardín a medianoche con la intención de escalar vuestra ventana.

—No se cómo expresaros con palabras —dijo Adeline, cuando Théodore dejó de hablar— lo reconocida que os estoy y mi gratitud por vuestra generosidad.

—¡Ah!, no lo llaméis generosidad —respondió él—, fue amor.

Théodore se detuvo. Adeline siguió callada.

—Perdonadme esta repentina declaración —prosiguió él—. Mas ¿por qué la llamo repentina, cuando mis acciones os han revelado ya lo que mi boca no se había atrevido a confesaros hasta este mismo instante?

Volvió a detenerse. Adeline seguía todavía callada.

—Hacedme, no obstante, el honor de creer que me doy cuenta de lo poco apropiado que ha sido que os declarase mi amor en estos momentos, y que esta confesión también me ha sorprendido a mí. Prometo igualmente abstenerme de reanudar esta conversación hasta que os encontréis en situación de poder aceptar o rechazar libremente el afecto sincero que os ofrezco. No obstante, si pudiese estar seguro ahora de poseer vuestra estima, me tranquilizaría bastante.

Adeline se sorprendió de que él dudase de su estima después del señalado y generoso servicio que le acababa de prestar; mas ella no conocía todavía la timidez del amor.

—Entonces —dijo la joven con voz trémula—, ¿creéis que soy ingrata? Es imposible que pueda pensar en vuestra amistosa ingerencia en mi favor sin estimaros.

Théodore le tomó inmediatamente la mano y se la llevó a los labios en silencio. Ambos estaban demasiado excitados para conversar y continuaron su trayecto durante varias millas sin mediar palabra.

CAPÍTULO XII

Y la Esperanza sonrió encantada, y agitó su dorada cabellera;
Y habría cantado más... pero, frunciendo el ceño,
Impaciente surgió la Venganza.

ODE TO THE PASSIONS^[58]

CUANDO la trémula aurora empezaba a despuntar entre las nubes^[59], los viajeros se detuvieron en una ciudad pequeña para cambiar de caballos. Théodore aplicó a Adeline que se apeara y tomase algún refrigerio, a lo que al fin ella consintió. Mas el personal de la posada todavía no se había levantado y pasó algún tiempo antes de que el postillón les despertase con sus llamadas y vociferaciones.

Después de tomar un ligero desayuno, Théodore y Adeline volvieron al coche. La delicadeza le impedía a Théodore hablar del único asunto que podía interesarle; de modo que, después de hacerle notar a la joven algún bello paisaje en el camino y de haberse esforzado por sostener una conversación, volvió a callarse. Aunque todavía estaba inquieto, su mente se había liberado del temor que durante tanto tiempo le había oprimido. La primera vez que vio a Adeline, su encanto le impresionó profundamente; en la belleza de la joven había un sentimiento que su corazón inmediatamente reconoció, y que ella confirmó en seguida con sus modales y conversación. Sus encantos le parecían semejantes a los que un poeta inglés describió tan admirablemente.

¡Ay! ¿Has visto, bañada por el rocío matutino,
La rosa en ciernes exhibiendo su naciente floración?;
Cuando por vez primera sus virginales tonos despliega a la vista,
Se encoge y apenas da crédito al resplandor del día.

Tan suave, tan delicada, tan fragante surgió,
Esbozando en su mejilla el rubor adamascado de la juventud. Miré, suspiré,
capté la frágil llama,
Sentí la indulgente punzada, y con un poco de ira me incliné^[60].

El convencimiento que tenía del abandono a que ella se veía reducida y de los peligros que la rodeaban, habían despertado en el corazón de Théodore la más tierna compasión, ayudándole a trocar su admiración en amor. Y así no es fácil imaginar la angustia que experimentó cuando se vio precisado a abandonarla, expuesta a aquellos peligros, sin que le hubiese sido posible advertirla de ellos. Durante su permanencia en el regimiento, su mente se había visto asediada constantemente por temores, que no halló otro modo de combatir más que regresando a las cercanías de la abadía,

donde podría enterarse con antelación de los planes del Marqués y estaría preparado para ayudar a Adeline.

No podía solicitar permiso para ausentarse, sin revelar sus planes, precisamente en el lugar donde más temía que se conocieran. Finalmente, con una temeraria generosidad, que aunque desafiaba la ley estaba inspirada por la virtud, abandonó en secreto su regimiento. Había observado con trémula inquietud los progresos del plan del Marqués, hasta que, la noche que debía decidirse la suerte de Adeline, se preparó concienzudamente para la acción y se vio envuelto en un torbellino de esperanza y temor... de horror y expectación.

Jamás hasta entonces se había aventurado a suponer que la joven estuviese fuera de peligro. La considerable distancia a que se habían alejado de la quinta, sin verse perseguidos por persona alguna, aumentaba sus fundadas esperanzas. Le era imposible hallarse sentado al lado de su amada Adeline, recibiendo muestras inequívocas de su gratitud y estima, sin esperar que ella correspondiese a su amor. Se felicitaba de ser su protector, e imaginaba por anticipado las escenas de felicidad que aguardaban a la joven cuando estuviese bajo la protección de la familia de él. Las nubes de la aflicción y el temor desaparecieron de su mente y volvió a lucir el sol de la alegría. Cuando a veces regresaba alguna sombra de temor, o cuando recordaba con compunción las circunstancias en las que había abandonado su regimiento, estacionado como estaba en la frontera en tiempo de guerra, miraba a Adeline y su rostro, por magia inmediata, infundía paz a su corazón.

Mas Adeline tenía un motivo de ansiedad del que Théodore estaba exento: sus perspectivas de futuro se hallaban envueltas en la incertidumbre y la penumbra. Una vez más iba a necesitar la generosidad de personas desconocidas... una vez más iba a enfrentarse a la incertidumbre de su amabilidad; iba a exponerse a la preocupante dependencia o a las dificultades de ganarse la vida precariamente. Esas previsiones nublaban la alegría ocasionada por su huida y por el afecto que la conducta y la confesión de Théodore le habían mostrado. Su delicado comportamiento, absteniéndose de aprovecharse de la situación de Adeline para solicitar su amor, aumentaban la estima de la joven y halagaban su orgullo.

Adeline estaba abstraída en reflexiones de este género cuando el postillón detuvo el coche y, señalando un camino que descendía en zig zag por la falda de una colina, dijo que varios jinetes les perseguían. Théodore le ordenó inmediatamente que continuase lo más rápido posible y que se apartara del camino principal por el primer sendero recóndito que se presentase. El postillón hizo restallar su látigo y partió a toda velocidad como si le fuera la vida en ello. Mientras tanto, Théodore trató de reanimar a Adeline, que había sucumbido a su terror y creía que si escapaba del Marqués nada tendría ya que temer en los sucesivos.

Luego dieron con un camino secundario, resguardado y sombreado por árboles tupidos. Théodore se asomó a la ventanilla, pero las ramas le impidieron ver lo suficientemente lejos para determinar si continuaban persiguiéndoles. Adeline trataba

de disimular sus emociones.

—Este camino —dijo Théodore— nos conducirá seguramente a un pueblo o ciudad y entonces no tendremos nada que temer, porque si mi brazo no basta para defenderos de los grupos de perseguidores, sin duda podré interesar en vuestro favor a alguno de sus habitantes.

Adeline pareció tranquilizarse con la esperanza que le inspiró esta reflexión. Théodore miró de nuevo hacia atrás, mas las numerosas curvas del camino le tapaban la visión y el traqueteo de las ruedas le impedía oír cualquier otro ruido. Al fin ordenó al postillón que se detuviese y, habiendo escuchado con atención sin percibir ruido alguno de caballos, empezó a considerar que se encontraban fuera de peligro.

—¿Sabes adónde conduce este camino? —dijo Théodore.

El postillón le contestó que lo ignoraba, pero que veía algunas casas a lo lejos y pensaba que podía conducir hasta ellas. La noticia fue muy bien recibida por Théodore, que miró al frente y divisó las casas. El postillón se puso otra vez en marcha.

—Nada temáis, mi adorada Adeline —dijo Théodore—, ahora estáis a salvo y no me separaré de vos mientras viva.

Adeline suspiró, no sólo por ella, sino por el peligro que podía correr Théodore.

Continuaron así su marcha durante casi media hora hasta llegar a una pequeña aldea, donde poco después se detuvieron frente a una posada, la mejor del lugar. Mientras ayudaba a bajar del tálburi a Adeline, Théodore le suplicó que desechase sus temores y le habló con una ternura tal que ella únicamente pudo responderle con una sonrisa que difícilmente ocultaba su inquietud. Después de pedir un refrigerio, salió a hablar con el posadero; mas apenas abandonó él la habitación, Adeline vio entrar en el patio de la posada un grupo de jinetes y no dudó que se trataban de las personas de las que huían. Sólo dos de entre todos ellos tenían la cara vuelta hacia ella, mas pensó que la figura de otro se parecía bastante al Marqués.

Se le encogió el corazón y por unos momentos le abandonó la razón. Su primera intención fue ocultarse, pero, mientras consideraba la forma de hacerlo, uno de los jinetes levantó los ojos hacia la ventana, cerca de la cual se hallaba Adeline y, diciendo algo a sus compañeros, entraron todos juntos en la posada. No podía salir de la habitación sin ser vista; mas permanecer allí, sola y sin ninguna protección, era casi tan peligroso. Recorrió el cuarto de un lado a otro muerta de miedo, llamando de vez en cuando a Théodore en voz baja y admirándose de que todavía no hubiese vuelto. Fueron unos momentos de un padecimiento indecible. De repente le llegó un ruido tumultuoso de voces procedentes del otro lado de la posada y pronto pudo distinguir las palabras de los discutidores.

—Os arresto en nombre del rey —dijo uno de ellos— y os ordeno que no intentéis salir de aquí por vuestra cuenta y riesgo si no vais escoltado.

Un momento después Adeline oyó la voz de Théodore que respondía a la anterior.

—No pretendo discutir las órdenes del rey —dijo—, y os doy mi palabra de

honor de que no me iré de aquí sin vos; pero primero soltadme, pues debo volver a aquella habitación, tengo allí un amigo con el que quiero hablar.

Al principio se opusieron a esta petición, considerándola una mera excusa para intentar fugarse; pero, tras mucho porfiar y suplicar él, consintieron. Théodore salió corriendo hacia la habitación en donde le esperaba Adeline y, mientras un sargento y un cabo le seguían hasta la puerta, dos soldados salieron al patio de la posada a vigilar las ventanas del aposento en cuestión.

Théodore abrió la puerta con mano temblorosa, mas Adeline no se apresuró a salir a su encuentro, pues se había desmayado casi desde el comienzo de la disputa. Théodore pidió ayuda a grandes voces y pronto apareció la posadera con su surtido de remedios. Todos fueron inútiles; Adeline permanecía sin sentido y sólo daba señales de existencia por su respiración. Entre tanto la angustia de Théodore había aumentado al ver aparecer a los oficiales, quienes, riéndose del descubrimiento de su pretendido amigo, declararon que no podían esperar más. Diciendo esto, quisieron separarle del cuerpo inanimado de Adeline, sobre la cual se había inclinado, presa de una angustia indecible; mas entonces, volviéndose furiosamente hacia ellos, sacó su espada y juró que ningún poder humano le obligaría a salir de allí hasta que la joven hubiese recobrado el sentido.

Irritados por la acción y el ademán resuelto de Théodore, los hombres exclamaron:

—¿Os oponéis a las órdenes del rey?

Y avanzaron para apoderarse de él, mas Théodore les presentó la punta de su espada, invitándoles a acercarse por su cuenta y riesgo. Uno de ellos desenvainó inmediatamente; Théodore se puso en guardia, aunque sin avanzar.

—Sólo os pido que permanezcáis aquí —dijo— hasta que la joven se recupere; ya veis la alternativa.

Exasperado ya por la oposición de Théodore, el hombre tomó por una amenaza la parte final de su discurso y resolvió no ceder a sus pretensiones; siguió acosándole y, mientras su camarada llamaba a los soldados que estaban en el patio, Théodore le hirió levemente en el hombro, recibiendo él mismo un sablazo en la cabeza.

La sangre salía a borbotones de la herida. Théodore se tambaleó y cayó desplomado en un sillón en el mismo instante en que el resto de la tropa entraba en la habitación y Adeline abría los ojos para verle mortalmente pálido y cubierto de sangre. La joven profirió un grito involuntario: «¡le han matado!», y estuvo a punto de recaer. Al oír su voz, Théodore levantó la cabeza y le alargó la mano sonriente.

—No estoy herido de importancia —dijo con voz débil— y pronto estaré mejor si, como parece, vos os habéis recuperado.

Adeline corrió hacia él y le dio la mano.

—¿Nadie ha ido a buscar un cirujano? —preguntó, con una mirada angustiada.

—No os alarméis —dijo Théodore—, no estoy tan mal como imagináis.

La habitación se llenó de gente atraída por el ruido de la reyerta; entre ellos un hombre, que hacía las veces de físico, boticario y cirujano en el pueblo, el cual había venido a atender a Théodore.

Después de examinar la herida, declinó dar su parecer, pero ordenó que llevasen inmediatamente a la cama al paciente, a lo que los oficiales se opusieron alegando que su deber era conducirlo al regimiento.

—Eso no puede hacerse sin grave peligro para su vida —replicó el doctor— y...

—¡Ah, su vida! —dijo el sargento—. Nosotros no tenemos nada que ver con eso, únicamente debemos cumplir con nuestro deber.

Adeline, que hasta entonces había permanecido en temblorosa ansiedad, no pudo guardar silencio por más tiempo.

—Según ha declarado el cirujano —dijo—, en su opinión este caballero no puede ser trasladado en el estado en que se encuentra sin poner en peligro su vida. Recordad que si muere, probablemente responderéis de ello.

—Sí —corroboró el cirujano, que no estaba dispuesto a soltar a su paciente—. Declaro en presencia de estos testigos que no es posible trasladarlo sin peligro para su vida; haríais bien, por tanto, en considerar las consecuencias. Ha recibido una herida muy peligrosa que requiere el más cuidadoso tratamiento, y aun así el éxito es dudoso. Si viaja, puede producirse calentura y entonces la herida será mortal.

Théodore escuchó esta frase con calma, mas Adeline ocultaba con dificultad la angustia de su corazón. La joven reunió todo su valor para contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, y aunque deseaba apelar a la humanidad de aquellos hombres, o suscitar sus temores en favor de su desdichado prisionero, no se atrevió a confiar en su voz para expresar esos sentimientos.

Al fin fue liberada de aquel combate interior por la compasión de las personas que llenaban la habitación, las cuales, tomando abiertamente partido por la causa de

Théodore, declararon que los oficiales serían culpables de asesinato si se llevaban al herido.

—Bueno, en cualquier caso debe morir —dijo el sargento— por haber abandonado su puesto y por haber sacado la espada contra mí cuando ejecutaba mis órdenes.

Un ligero mareo se apoderó del corazón de Adeline; se apoyó contra la silla de Théodore, quien por un momento dejó de pensar en sí mismo para preocuparse por ella. La estuvo con su brazo y, forzando una sonrisa, le dijo en voz tan baja que ella apenas pudo oírle:

—Están equivocados. Sin duda cuando se investigue el asunto se resolverá sin ninguna consecuencia grave.

Adeline sabía que esas palabras fueron dichas únicamente para consolarla y, por tanto, no les hizo mucho caso, aunque Théodore continuaba dándole seguridades del mismo género. Mientras tanto, la muchedumbre, cuya compasión por él había ido aumentando gradualmente por la obstinación del oficial, estalló en la indignación por la aparente certeza del castigo y la forma brutal en que había sido denunciado. Pronto se enfurecieron tanto que el sargento, temiendo consecuencias todavía peores y avergonzado por las acusaciones de crueldad que se le hacían, consintió en que llevasen a la cama a Théodore hasta que el oficial al mando ordenara lo que había que hacer. La alegría de Adeline superó por un momento a la tristeza que le embargaba por sus infortunios y su situación.

Esperó en una habitación contigua el dictamen del cirujano, ocupado ahora en examinar la herida. Aunque en cualquier otra circunstancia aquel accidente le habría afligido en extremo, ahora se lamentaba tanto más cuanto que se consideraba la causante, y porque la desgracia, al demostrar todavía más el afecto de su amado, le acercaba más a su corazón y parecía por tanto acentuar la intensidad de su aflicción. Apenas se atrevía a considerar la espantosa afirmación de que si Théodore se restablecía, sería castigado con la muerte; por el contrario, se esforzaba en creer que sólo era una cruel exageración de su antagonista.

El peligro que corría Théodore, unido a las circunstancias concomitantes, despertó toda su ternura y le descubrió el auténtico alcance de sus afectos. La airosa figura, el semblante noble e inteligente y los atractivos modales que había admirado en un principio en Théodore le parecieron más interesantes después por la reciedumbre de pensamientos y la elegancia de sentimientos que había manifestado en su conversación. Si desde su fuga la conducta del joven le había suscitado la más afectuosa gratitud, el peligro al que ahora se había enfrentado por ella transformó ese agradecimiento en amor. Su corazón se desprendió del velo y por primera vez veía claramente sus verdaderas emociones.

El cirujano salió por fin del cuarto de Théodore y entró en la habitación en donde esperaba Adeline para hablarle. La joven le preguntó por el estado de la herida.

—Me imagino, señora, que sois pariente cercano del caballero; ¿su hermana

quizás?

La pregunta le disgustó y turbó, por lo que, sin responder, le repitió la suya.

—Puede, señora, que estéis todavía más próxima a él —prosiguió el cirujano—, quizás seáis su esposa.

Adeline enrojeció e iba ya a responderle, pero él continuó hablando.

—El interés que tomáis en su bienestar es, en cualquier caso, muy halagador, y de buena gana me cambiaría yo por él si estuviese seguro de hallar tan tierna compasión de una dama tan encantadora como vos.

Diciendo esto, se inclinó en una profunda reverencia.

—Ahora, señor —dijo Adeline, asumiendo un aire muy reservado—, que ya habéis concluido vuestros cumplidos, tal vez querráis atender mi pregunta: ¿cómo habéis dejado a vuestro paciente?

—Esa es, señora, una pregunta a la que quizás sería muy difícil responder. Igualmente es un oficio bien desagradable este de dar malas noticias... Me temo que vaya a morir.

El cirujano abrió su caja de rapé y le ofreció a Adeline.

—¡A morir! —exclamó ella con voz muy débil—. ¡A morir!

—No os alarméis, señora —prosiguió el cirujano, notando su creciente palidez—. Es posible que la herida no haya llegado a el... —tartamudeó—, y en ese caso el... —volvió a tartamudear— no esté afectado. Si eso es así, las membranas interiores del cerebro estarán intactas y en ese caso es posible que la herida no se inflame y el paciente podrá recuperarse. Mas, por otra parte, si...

—Os suplico, señor —interrumpió Adeline—, que habléis claramente y no juguéis con mi ansiedad. ¿Creéis que está realmente en peligro?

—En peligro, señora —exclamó el cirujano—, pues sí, está en peligro, efectivamente, en un gran peligro.

Diciendo esto, se marchó con una expresión de contrariedad y disgusto. Adeline permaneció algunos momentos en la habitación, víctima de un exceso de tristeza que no podía contener; y luego, enjugando sus lágrimas y tratando de serenar su semblante, envió a un criado para que buscara a la dueña de la posada, a la que quería hacer algunas preguntas. Después de esperarla algún tiempo en vano, tocó la campana y envió otro mensaje algo más apremiante. La hostelera seguía sin aparecer, por lo que finalmente Adeline decidió bajar a buscarla. La encontró rodeada de una multitud de personas, contando en voz alta, acompañándose de muchas gesticulaciones, los pormenores de la última aventura.

—¡Oh —gritó la mujer, nada más ver a Adeline—, he aquí a la mademoiselle en persona!

Y los ojos de todos los allí reunidos se volvieron inmediatamente hacia ella. Adeline, a quien la multitud impedía acercarse a la hostelera, le hizo una seña e iba ya a retirarse; mas la patrona, empeñada en continuar su historia, no la atendió. La joven trató de conseguir en vano que sus miradas se cruzaran; pero los ojos de aquella

mujer miraban en todas direcciones menos donde ella estaba, y no quería llamarla a voces porque no estaba dispuesta a atraer aún más la atención de la gente.

—Sería una lástima, por supuesto —dijo la patrona—, que le fusilaran. ¡Es tan guapo! Mas dicen que lo harán si se recupera. ¡Pobre caballero! Aunque probablemente no llegará el caso, pues el doctor dice que no saldrá con vida de esta casa.

Adeline se dirigió a un hombre que estaba a su lado y le rogó que dijese a la hostelera que deseaba hablar con ella; luego se retiró.

Al cabo de unos diez minutos apareció la patrona.

—¡Ay de mí, mademoiselle! —dijo—, vuestro hermano está en un estado lamentable; temen que no lo supere.

Adeline le preguntó si había en el pueblo algún otro físico aparte del cirujano que ya conocía.

—¡Por Dios, señora!, este es un lugar muy sano; aquí no tenemos necesidad de físicos; jamás nos había sucedido nada semejante. El doctor lleva aquí diez años, pero no encuentra demasiados incentivos en su profesión; creo que es pobre de solemnidad. Con uno de estos señores tenemos bastante.

Adeline la interrumpió para hacerle algunas preguntas acerca de Théodore, a quien la posadera había acompañado a su cuarto. Quiso saber cómo había soportado el vendaje de la herida y si después de eso parecía mejor; preguntas a las que la patrona no dio ninguna respuesta satisfactoria. A continuación le preguntó si había algún otro cirujano en las cercanías del pueblo y la mujer le respondió que no.

La angustia visible en el rostro de Adeline pareció despertar la compasión de la patrona, que trató de consolarla lo mejor que pudo. La mujer le aconsejó que llamara a sus amigos y le ofreció proporcionarle un mensajero. Adeline suspiró y le dijo que no era necesario.

—No sé, ma'mselle, lo que vos pensáis que es necesario —prosiguió la hostelera—; pero en cuanto a mí, creo que sería muy duro morir en un lugar desconocido sin ningún pariente cerca y tal vez este pobre caballero piense del mismo modo. Además, ¿quién pagará su entierro si llega a morir?

Adeline le suplicó que se callase y, deseando que no descuidase ninguna atención para con el enfermo, le prometió una recompensa por las molestias y pidió inmediatamente recado de escribir.

—Sí, seguramente, ma'mselle, es lo más adecuado. Vuestros amigos no os perdonarían que no les hubieseis puesto al corriente; lo sé por experiencia. En cuanto a ocuparme de él, tendrá a su disposición todo lo que la casa pueda proporcionarle, y os garantizo que no hay mejor posada en toda la región, aunque la ciudad no sea de las más grandes.

Adeline tuvo que repetir su petición de recado de escribir antes de que la locuaz mujer abandonara la habitación.

Con el tumulto de las últimas escenas no se le había ocurrido la idea de enviar a

buscar a los amigos de Théodore y la consoló un poco la perspectiva del alivio que eso supondría para su amado. Cuando le trajeron pluma y papel, escribió a Théodore la siguiente nota:

«En vuestro estado actual, necesitáis todo el alivio que se os pueda proporcionar y seguramente no exista un cordial más eficaz en las enfermedades que la presencia de un amigo. Permitidme, pues, poner al corriente a vuestra familia de vuestra situación; será para mí una satisfacción y para vos un consuelo, sin duda alguna».

Poco después de haber enviado la nota, recibió un mensaje de Théodore, suplicándole respetuosa pero sinceramente que le permitiese verla un momento. La joven acudió inmediatamente a su cuarto y sus peores temores se confirmaron al ver la languidez que cubría su rostro. Fue tal la impresión que recibió, y los esfuerzos que hizo para disimular sus emociones, que casi sucumbió a ellos.

—Os agradezco vuestra bondad —dijo Théodore, alargando la mano, que ella tomó entre las suyas, sentándose junto a la cama y prorrumpiendo en llantos.

Cuando se calmó un poco su agitación, Adeline apartó el pañuelo de los ojos y miró de nuevo a Théodore, el cual expresó su reconocimiento por el interés que ella se tomaba por su bienestar, con una sonrisa inspirada por el más tierno de los amores, que suministró al corazón de la joven un consuelo pasajero.

—Perdonad esta debilidad mía —dijo ella—, hace tiempo que mis ánimos se hallan tan diversamente agitados que...

—Mi corazón —la interrumpió Théodore— se siente muy halagado por esas lágrimas. Mas tratad de tranquilizaros, hacedlo por mí; no dudo de que bien pronto me hallaré mejor; el cirujano...

—No me gusta ese hombre —dijo Adeline—. Pero decidme, ¿cómo os encontráis vos?

Théodore le aseguró que se sentía mucho mejor que antes y, mencionando su amable nota, se refirió al motivo por el que había pedido verla.

—Mi familia —dijo— reside muy lejos de aquí y me consta que su afecto por mí es tan grande que, si conociesen mi situación, ninguna consideración, por razonable que fuese, podría impedirles venir en mi ayuda. No obstante, antes de que pudiesen llegar, su presencia probablemente sería innecesaria.

Adeline le miró con ansiedad.

—Probablemente me restableceré —prosiguió, sonriendo— antes de que pudiese llegarles una carta; y por tanto les ocasionaría una pena innecesaria, además de un viaje inútil. Por vuestra tranquilidad, Adeline, desearía que estuviesen aquí; mas dentro de unos pocos días sabremos las consecuencias de mi herida. Esperemos al menos hasta entonces y dejémonos llevar por la circunstancias.

Adeline no insistió más sobre ese punto y pasó a otro más interesante.

—Desearía —dijo— que tuvieseis un cirujano más capacitado. Vos conocéis

mejor que yo la geografía de esta región: ¿estamos cerca de alguna ciudad donde podamos consultar con otro físico?

—No lo creo —dijo él—. Mas no vale la pena, porque mi herida es de tan poca consideración que para curarla basta muy poco oficio. Además ¿por qué estáis tan preocupada, querida Adeline? ¿Por qué os dejáis entristecer por esa inclinación vuestra a presentir lo peor? Estoy dispuesto, quizás por presunción, a atribuirle a vuestro afecto por mí, y permitidme aseguraos que, aparte de suscitar mi gratitud, eso aumenta mi estima por vos. ¡Ay, Adeline! Ya que deseáis mi rápido restablecimiento, quiero veros tranquila; mientras os vea desdichada, no podré estar bien.

La joven le aseguró que trataría al menos de tranquilizarse y, temiendo que prolongar la conversación pudiera perjudicarle, le dejó descansar.

Al salir a la galería encontró a la hostelera, en la que ciertas palabras de Adeline habían actuado como un talismán transformando su negligencia e impertinencia en una oficiosa cortesía. Venía a preguntar si el caballero del piso de arriba tenía todo lo que deseaba, pues estaba segura de haber hecho todo lo posible por que así fuera.

—Le he puesto una enfermera para que le cuide y en mi opinión lo hará muy bien, aunque procuraré ir de vez en cuando a ocuparme personalmente de él. ¡Pobre caballero! ¡Con qué paciencia lo lleva! Nadie diría que él cree que va a morir; y, sin embargo, el doctor se lo ha dicho, o poco menos.

Adeline se indignó bastante con la imprudente conducta del cirujano y despidió a la patrona después de encargarle una ligera comida.

Al atardecer volvió a aparecer el cirujano y, después de pasar algún tiempo con su paciente, regresó al salón, como le había pedido Adeline, para informarla del estado de Théodore. Respondió a las preguntas que le formuló la joven con gran solemnidad.

—En estos momentos, señora, es imposible determinarlo categóricamente; mas tengo mis razones para ratificarme en la opinión que os di esta mañana. Yo no soy partidario, desde luego, de establecer mis opiniones sobre bases inciertas. Os pondré un ejemplo singular.

»No hace ni quince días fui llamado para ir a visitar a un paciente a algunas leguas de aquí. Cuando llegó el mensajero, me encontraba ausente; y como el caso era urgente, antes de que yo volviese consultaron a otro físico^[61], el cual había prescrito las medicinas que le parecieron más adecuadas, que en apariencia aliviaron al enfermo. Cuando yo llegué, sus amigos se felicitaban de su mejoría y estaban todos de acuerdo con la opinión del físico de que el enfermo se hallaba fuera de peligro. Estad seguros, les dije, de que os equivocáis; estas medicinas no pueden aliviarle; el paciente está en peligro máximo. El enfermo gruñó al oír mi dictamen, mas mi colega persistió en afirmar que los remedios que le había mandado no sólo eran eficaces, sino rápidos, pues algunos ya habían surtido efecto. Al oír eso perdí la paciencia y, ratificándome en mi opinión de que aquellos efectos eran falaces y que el caso era desesperado, le aseguré al paciente que su vida corría un grave peligro. Yo, señora, no soy de esos que engañan a sus pacientes hasta el último momento. Mas vais a oír el

resto.

»Supongo que mi colega estaba furioso por la firmeza de mi oposición, pues se enfadó mucho, cosa que no me afectó en lo más mínimo, y, volviéndose hacia el paciente, le rogó que decidiese a qué opinión quería atenerse, pues se negaba a obrar de acuerdo conmigo. El paciente me hizo el honor —prosiguió el cirujano, con una sonrisa de complacencia, mientras componía su pechera— de tener una opinión de mí mejor quizás de la que merecía, pues inmediatamente despidió a mi oponente.

»—Jamás hubiese imaginado —me dijo, cuando el físico abandonó la habitación—, que un hombre que lleva tantos años en la profesión pudiera ser tan ignorante.

»—Tampoco lo hubiera imaginado yo —le dije.

»—Me asombra que no se haya dado cuenta del peligro que corro —añadió el paciente.

»—Yo estoy asombrado igualmente —le contesté.

»Estaba decidido a hacer todo lo que pudiese por el enfermo, pues era un hombre juicioso, como veis, y le estimaba. Cambié, por tanto, las prescripciones y yo mismo le suministré las medicinas. Mas todo fue inútil; mi opinión se confirmó y murió antes del día siguiente.

Adeline, que se había visto obligada a escuchar esa larga historia, suspiró cuando concluyó.

—No me extraña, señora, que estéis afectada —dijo el cirujano—. El ejemplo que acabo de contaros es ciertamente conmovedor. Me angustió tanto que pasó algún tiempo antes de que pudiese pensar, o simplemente hablar del asunto. Pero convendréis conmigo, señora —prosiguió, bajando el tono de voz e inclinándose con un ademán autocomplaciente—, en que aquello fue una prueba impresionante de la infalibilidad de mi apreciación.

Adeline se estremeció por la infalibilidad de su apreciación y no respondió.

—Fue algo espantoso para aquel pobre hombre —repuso el cirujano.

—Verdaderamente espantoso —dijo Adeline.

—Cuando ocurrió me afectó bastante —continuó él.

—No lo dudo, señor —dijo Adeline.

—Mas el tiempo borra las impresiones más dolorosas.

—Me habéis dicho, según creo, que ocurrió hace unos quince días.

—Poco más o menos —respondió el cirujano, sin entender al parecer la observación.

—¿Me permitís, señor, preguntaros el nombre del físico que fue tan ignorante como para contradeciros?

—Desde luego, señora; se llama Lafance.

—Sin duda debe de vivir en la oscuridad que se merece —dijo Adeline.

—Pues no, señora; vive en una ciudad de cierta importancia, a unas cuatro leguas de aquí, lo cual nos da un ejemplo, entre tantos otros, de que la opinión pública generalmente se equivoca. Difícilmente lo creeríais, mas os aseguro que es un hecho

que este hombre se ha hecho con una gran clientela, mientras yo he tenido que permanecer aquí abandonado y por supuesto muy poco conocido.

Durante su relato, Adeline había estado considerando la manera de descubrir el nombre del físico, pues el ejemplo que había citado el cirujano para probar su *infallibilidad*, y la *ignorancia* de su oponente, había decidido sin lugar a dudas la opinión de la joven con respecto a ambos. Ahora más que nunca deseaba liberar a Théodore de las manos del cirujano y, mientras pensaba en la posibilidad de conseguirlo, él mismo le había suministrado los medios con bastante autosuficiencia.

Le hizo algunas preguntas más sobre el estado de la herida de Théodore y él le dijo que apenas había variado, salvo que había sobrevenido un poco de calentura.

—Pero he ordenado que enciendan un fuego en la habitación —continuó el cirujano— y que pongan en el lecho algunas mantas; no dudo de que eso producirá el efecto adecuado. Mientras tanto, es menester que tengan cuidado de no darle ningún líquido, a excepción de algunos sorbos del cordial que yo enviaré. Por supuesto, pedirá que le den algo de beber, mas no deben dárselo bajo ningún concepto.

—¿No aprobáis, pues, el método del que a veces he oído hablar en estos casos, de esperar a que la naturaleza actúe?

—¡La naturaleza, señora! —prosiguió él—. La naturaleza es la guía más inadecuada del mundo. Yo siempre adopto un método exactamente contrario a lo que ella propone; porque ¿de qué serviría el arte si únicamente siguiese a la naturaleza? Tal fue mi primera opinión al venir al mundo y desde entonces he sido estricto partidario de ella. Por lo que os he dicho, señora, percibiréis sin duda que se puede confiar en mis opiniones, que han sido y serán siempre las mismas, ya que mi mente no es de esas frívolas que se dejan afectar por las circunstancias.

Adeline estaba cansada de aquel discurso e impaciente por comunicar a Théodore que había descubierto un físico; mas el cirujano no parecía dispuesto de ninguna manera a dejarla y se extendía sobre varios asuntos, dando nuevos ejemplos de su sorprendente sagacidad, hasta que el camarero vino a avisarle de que cierta persona quería verle. Sin embargo, estaba enzarzado en un asunto demasiado agradable como para dejarse convencer fácilmente a abandonarlo; y sólo después de recibir un segundo recado saludó a Adeline y abandonó la habitación. En cuanto se marchó, la joven envió una nota a Théodore, suplicándole su permiso para llamar al físico.

Los modales vanidosos del cirujano habían proporcionado a Théodore una opinión desfavorable acerca de su talento, y su última receta la había confirmado tan plenamente que consintió de buena gana en consultar a otro. Adeline preguntó inmediatamente por un mensajero, pero al recordar que la dirección del físico era todavía un secreto, se dirigió a la patrona para informarse de ella. No obstante, bien porque realmente no la conociera, bien porque fingiese ignorarla, lo cierto es que no pudo proporcionársela. Las demás investigaciones que hizo fueron igualmente infructuosas y la joven pasó algunas horas extremadamente afligida, mientras el mal de Théodore aumentaba en lugar de remitir.

Cuando compareció a la cena, Adeline preguntó al muchacho que servía si conocía a un físico llamado Lafance, que vivía en los alrededores.

—En los alrededores no, señora; mas conozco al doctor Lafance de Chancy, pues yo procedo de esa ciudad.

Adeline preguntó más y recibió contestaciones bastante satisfactorias. Mas la ciudad estaba a algunas leguas de distancia y la demora que esa circunstancia debía ocasionar volvió a alarmarla. Sin embargo, ordenó que enviasen inmediatamente un mensajero y, después de volver a mandar a alguien para informarse sobre Théodore, se retiró a su cuarto a pasar la noche.

La continua fatiga que la joven había sufrido durante la últimas catorce horas venció su ansiedad y sus atormentados ánimos se vinieron abajo, cediendo al sueño. Durmió hasta muy entrada la mañana, en que la despertó la patrona, que venía a informarla de que Théodore estaba mucho peor y a preguntar lo que debía hacer. Viendo que el físico no había llegado todavía, Adeline se levantó inmediatamente y se apresuró a pedir nuevos informes sobre el estado de Théodore. La mesonera le informó de que había pasado una noche muy agitada; que se había quejado de tener mucho calor y que había pedido que apagasen el fuego de su habitación, pero que la enfermera conocía demasiado bien su obligación para obedecerla, y había seguido estrictamente las órdenes del doctor.

La patrona añadió que Théodore había tomado con regularidad sus sorbos de cordial, pero que pese a ello continuaba empeorando para caer finalmente en el delirio. Entre tanto el muchacho que había sido enviado a buscar al físico no había vuelto todavía.

—No me extraña —continuó la patrona—. Pensad que el camino es muy malo y que el chico partió bien entrada la noche y tenía que andar unas ocho leguas. Realmente, ma'mselle, deberíais haber confiado en nuestro doctor, pues los vecinos de esta ciudad jamás buscan a otro; y, si me permitís que hable sin rodeos, más hubiese valido enviar a Jacques en busca de los amigos del joven caballero que en la de ese extraño doctor que nadie conoce.

Después de haber hecho algunas preguntas más acerca de Théodore, cuyas respuestas aumentaron sus temores en lugar de disminuirlos, Adeline trató de calmarse esperando pacientemente la llegada del físico. Más que nunca sentía el abandono a que se veía reducida y el peligro que corría Théodore; y deseaba ardientemente que sus amigos pudiesen ser informados de su situación, deseo que no pudo verificarse, pues Théodore era el único que sabía dónde vivían y se hallaba privado del conocimiento.

Cuando llegó el cirujano y vio el estado de su paciente no manifestó sorpresa alguna, sino que, después de hacer algunas preguntas y dar unas cuantas instrucciones generales, bajó a ver a Adeline. Después de saludarla como de costumbre, adoptó de pronto un aire de importancia.

—Lo siento, señora —dijo—, pero es mi obligación comunicaros una

desagradable noticia: deberíais estar preparada para un acontecimiento que, me temo, no tardará mucho en suceder.

Adeline comprendió lo que quería decir, y aunque hasta entonces no había hecho mucho caso de su opinión no pudo oírle insinuar el peligro inminente de Théodore sin ceder a la influencia del terror. Le suplicó que le revelase todo cuanto sabía; y él entonces le dijo que Théodore, como él había previsto, estaba mucho peor esa mañana que la noche anterior; y como el mal le había afectado al cerebro, había motivos para temer que en unas pocas horas se produciría un desenlace fatal.

—Pueden resultar las peores consecuencias —prosiguió el cirujano— si la herida llega a inflamarse; en ese caso habría muy pocas posibilidades de que se recuperase.

Adeline escuchó esta frase con una calma espantosa, sin expresar su pesar con palabras ni con lágrimas.

—Supongo, señora, que el caballero tendrá amigos, será mejor que les informéis lo más pronto posible. Si residen lejos, es demasiado tarde efectivamente; mas existen otros deberes... ¿Os encontráis indispuesta, señora?

Adeline hizo un esfuerzo para hablar, pero en vano, y el cirujano pidió a voces un vaso de agua; la joven bebió y un profundo suspiro que exhaló, seguido de lágrimas, pareció aliviar un poco su corazón oprimido. Entre tanto el cirujano, viendo que Adeline estaba mejor, aunque no lo bastante para oír su conversación, se despidió prometiendo regresar al cabo de una hora. El físico aún no había llegado y Adeline aguardaba su aparición con una mezcla de temor, inquietud y esperanza.

Hacia el mediodía llegó, y después de ser informado del accidente que había producido la fiebre, y del tratamiento que el cirujano le había puesto, subió al cuarto de Théodore y al cabo de un cuarto de hora regresó a la habitación donde le esperaba Adeline.

—El caballero todavía delira —dijo el médico—, pero he dispuesto que le den un calmante.

—¿Existe alguna esperanza, señor? —preguntó Adeline.

—Sí, señora, por supuesto que hay esperanzas. Actualmente el caso sigue estando dudoso; mas dentro de algunas horas podré juzgar con mayor certeza. Entre tanto he ordenado que se le deje tranquilo y que se le permita beber libremente algunos líquidos diluidos.

A petición de Adeline, acababa de recomendarle otro cirujano en vez del que habían utilizado hasta entonces, cuando este último entró en la habitación; al ver al médico lanzó a Adeline una mirada de sorpresa y cólera, mas ella se lo llevó a otro aposento y le despidió con una cortesía, que seguramente no merecía, y a la que él no se dignó responder.

A la mañana siguiente llegó el cirujano muy temprano; un pero gracias a las medicinas, o bien a la crisis de la enfermedad, lo cierto es que Théodore se sumió en un sueño profundo que duró varias horas. El físico le dio entonces a Adeline algunas esperanzas acerca de un resultado favorable hizo tomar todas las precauciones

posibles para impedir que turbasen su sueño. Théodore despertó perfectamente cuerdo y sin fiebre, y sus primeras palabras fueron para interesarse por Adeline, la cual no tardó en enterarse de que estaba fuera de peligro.

Pocos días después estaba ya lo bastante recuperado para ser trasladado a una habitación contigua, donde Adeline se reunió con él con una alegría que le fue imposible disimular. Al verlo se le iluminó el semblante: en efecto, sensible al afecto que con tanta nobleza le había mostrado y enternecida por los peligros con los que se había enfrentado para salvarlo, dejó ya de disimular la estima que sentía por él y acabó por confesarle la impresión que le causó a su corazón la primera vez que le vio.

Después de una hora de la más afectuosa conversación, en la que la felicidad de una reciente y mutua pasión ocupaba sus mentes excluyendo cualquier idea que no estuviera al unísono con ella, volvieron a tomar conciencia del apuro en que se hallaban metidos: Adeline recordaba que Théodore había sido arrestado por desobedecer órdenes de un superior y haber abandonado su puesto; y Théodore, que muy pronto iba a verse arrancado del lado de la joven, la cual estaría expuesta otra vez a los peligros de los que él acababa de librarla. Ese pensamiento oprimió y angustió el corazón del joven caballero; y después de una larga pausa se aventuró a proponer a Adeline lo que sus deseos le habían sugerido muchas veces: es decir, que se casaran antes de abandonar él aquel pueblo. Ese era quizás el único medio de impedir una separación definitiva; y aunque veía los muchísimos inconvenientes a que ella se vería expuesta casándose con un hombre en las circunstancias en que él se encontraba, esos inconvenientes le parecían mucho menores que los que tendría que soportar sola, y por tanto su razón no vaciló en adoptar lo que su afecto le sugería,

Adeline estuvo durante algún tiempo demasiado agitada para responder; y aunque nada tuviese que oponer a los argumentos y súplicas de Théodore, ni contara con ningún amigo que tuviese autoridad sobre ella, ni con intereses contrapuestos que la enredaran, no podía convencerse a sí misma de que debía consentir tan a la ligera en casarse con un hombre a quien conocía tan poco y cuya familia y relaciones le eran completamente desconocidas. Finalmente le suplicó que no hablase más de aquel asunto y la conversación durante el resto del día fue más general, aunque siempre interesante.

Esa similitud de gustos y opiniones, que al principio les había atraído mutuamente, a cada momento se revelaba con más fuerza. Sus conversaciones se vieron enriquecidas por el refinamiento de la literatura. Adeline había gozado de pocas ocasiones de leer, mas los libros a que había tenido acceso, obrando sobre una mente ávida de conocimientos y sobre un gusto especialmente sensible a la belleza y la elegancia, le habían inculcado todas sus excelencias. La naturaleza había dotado a Théodore de las cualidades del genio y la educación le había proporcionado todo lo que es capaz de otorgar; a eso había que añadir una noble independencia de espíritu, un corazón sensible y unos modales que participaban de una feliz mezcla de dignidad y amabilidad.

Por la tarde llegó al lugar uno de los oficiales, que había sido enviado en representación del sargento por las personas encargadas de enjuiciar los delitos militares; y habiendo entrado en la habitación de Théodore, de la que Adeline se retiró inmediatamente, le informó dándose mucha importancia de que al día siguiente tendría que ponerse en camino en dirección al cuartel general. Théodore le contestó que no se hallaba en situación de soportar la fatiga del viaje y le remitió al dictamen del físico. Mas el oficial le respondió que no se tomaría semejante molestia, porque estaba seguro de que el físico había sido sobornado para decir lo que él quisiera, añadiendo que era absolutamente preciso que emprendiera su viaje el día siguiente por la mañana.

—Ya os habéis demorado bastante —dijo— y tenéis sobradas cosas que hacer cuando lleguéis al cuartel general, pues el sargento al que habéis herido de gravedad tiene intención de comparecer ante un tribunal en contra de vos, y si a eso unimos el delito que habéis cometido desertando de vuestro puesto...

Los ojos de Théodore echaron chispas.

—¡Desertando! —dijo, levantándose de su asiento y arrojando una mirada amenazadora sobre su acusador—. ¿Quién se atreve a tildarme de desertor?

Mas al recordar inmediatamente lo mucho que su conducta parecía justificar esa acusación, trató de reprimir sus emociones, y con voz firme y modales sosegados, dijo que cuando llegase al cuartel general sabría responder a todos los cargos que hubiesen en contra suya, pero que hasta entonces permanecería callado. La firmeza y dignidad con que pronunció estas palabras contuvieron la osadía del oficial, que abandonó la habitación murmurando entre dientes alguna respuesta apenas audible.

Théodore se puso a reflexionar sobre lo peligroso de su situación. Sabía que tenía mucho que temer de las circunstancias especiales en que había abandonado bruscamente su regimiento, que estaba de guarnición en una ciudad cercana a la frontera española; sabía que la disciplina era muy severa y conocía el poder de su coronel, el marqués de Montalt, a quien el orgullo y el despecho incitarían a vengarse y probablemente pondría todo su empeño en destruirle. Mas sus pensamientos pronto pasaron de su propio peligro al de Adeline y esta consideración le hizo perder todo su valor: no podía soportar la idea de dejarla expuesta a los peligros que él presentía, ni por supuesto una separación tan repentina como la que ahora le amenazaba. Y así, cuando ella entró nuevamente en la habitación, renovó sus solicitudes de casamiento rápido, sirviéndose de todos los argumentos que podían sugerirle el cariño y la ingenuidad.

Cuando Adeline se enteró de que Théodore iba a partir al día siguiente, le pareció que la privaban del único consuelo que le quedaba. Todos los horrores de la situación de su amigo acudieron a su mente y se apartó de él presa de una angustia indecible. Tomando el silencio de ella por un presagio favorable, Théodore repitió sus súplicas para que consintiera en ser suya, proporcionándole así la certeza de que su separación no sería eterna. Adeline suspiró profundamente al oír aquellas palabras.

—¿Quién sabe si nuestra separación sería eterna —dijo ella— aun cuando yo pudiese aceptar el matrimonio que vos me proponéis? Pero en tanto oigáis mi determinación, absteneos de acusarme de indiferencia, pues sería un crimen, en efecto, que yo os mostrara indiferencia después de los servicios que me habéis prestado.

—¿Un frío sentimiento de gratitud es lo único que debo esperar de vos? —preguntó Théodore—. Ya sé que vais a afligirme con una prueba de vuestra indiferencia, que confundís con las sugerencias de la prudencia, y que me veré obligado de mala gana a considerar los peligros que puedo esperar dentro de poco. ¡Ay, Adeline!, si rechazáis esta proposición, acaso la última que pueda haceros, al menos dejad de engañaros imaginando que me amáis; imaginando que el delirio desaparece gradualmente de mi mente.

—¿Habéis olvidado tan pronto nuestra conversación de esta mañana? —respondió Adeline—. ¿Cómo podéis tomarme tan a la ligera para pensar que os declarararía un afecto que no siento? Si de verdad sois capaz de creer eso, haré muy bien en olvidarme de que os he hecho semejante confesión, y vos haríais bien en olvidaros de que la habéis oído.

—Perdonadme, Adeline, perdonad las dudas y las contradicciones de que he dado muestras: las ansiedades del amor y mi situación crítica me disculpan.

Con los ojos bañados en lágrimas, Adeline sonrió levemente y le tendió la mano, que él cogió entre las suyas y se llevó a los labios.

—Sin embargo —continuó Théodore— no me llevéis a la desesperación rechazando mi petición; pensad lo que sufriré si me veo obligado a dejaros aquí sin amigos ni protección.

—Estoy pensando en cómo evitar una situación tan deplorable —dijo Adeline—. Se dice que a unas pocas millas de aquí hay un convento que admite huéspedes; allí me gustaría ir.

—¡Un convento! —respondió Théodore—. ¿Queréis ir a un convento? ¿Sabéis las persecuciones a que os veréis expuesta, y que si el Marqués os descubriera habría pocas posibilidades de que la superiora se resistiese a su autoridad, o al menos a su soborno?

—He pensado en todo eso —dijo Adeline— y estoy preparada a enfrentarme a ello, antes que concertar un enlace que en la actualidad no serviría más que para hacernos infelices a los dos.

—¡Ay, Adeline! ¿Cómo podéis pensar eso, si de verdad me amáis? Me veo a punto de separarme, y quizás para siempre, del objeto de mis más tiernos afectos... y no puedo más que expresar toda la angustia que siento... no puedo abstenerme de repetir cualquier argumento que me proporcione la más ligera posibilidad de poder haceros variar de opinión. Mas vos, Adeline, mostráis indiferencia ante una circunstancia que *me* tortura con desesperación.

Adeline, que llevaba un tiempo intentando conservar la calma en presencia del

joven, sin dejar de mantener una decisión que la prudencia aconsejaba pero a la que se oponían tajantemente las súplicas de su corazón, no pudo dominar más su congoja y prorrumpió en lágrimas. En aquel mismo momento Théodore se convenció de su error y se sobresaltó por las penas que le había ocasionado. Acercó su silla a la de ella y, tomándole la mano, le suplicó de nuevo que le perdonase, esforzándose en apaciguarla y consolarla en los más suaves tonos.

—¡Qué miserable fui para causaros esa congoja, cuestionando un afecto con el que sin duda me honráis! Perdonadme, Adeline. Sólo pido que me perdonéis y, cualesquiera que sean los tormentos de esta separación, os prometo no oponerme más a ella.

—Me habéis causado alguna pena —dijo Adeline—, mas no me habéis ofendido.

Luego mencionó algunas particularidades acerca del convento. Théodore trató de ocultar la congoja que le causaba su próxima separación, hablando con ella de esos planes serenamente. Poco a poco su juicio prevaleció sobre sus pasiones y entonces se dio cuenta de que el plan que ella proponía le proporcionaría su mejor oportunidad de mantenerse a salvo. Consideró posible, algo que se le había pasado en la primera agitación de su mente, que le condenasen por las acusaciones presentadas en contra suya, y que su muerte, si estuviesen casados, no sólo la privaría de su protector, sino que la dejaría aún más expuesta a los designios del Marqués, que sin duda asistiría a su juicio. Sorprendido de no haberse dado cuenta de eso antes, e indignado por la imprudencia que había estado a punto de cometer, que podría haberla precipitado a una situación tan peligrosa, se resignó en seguida a la idea de dejarla en un convento. Hubiera deseado poder dejarla bajo el amparo de su familia, mas las circunstancias en que tendría que presentarla serían tan embarazosas y penosas, y sobre todo la distancia del lugar en que residían la obligaría a hacer un viaje tan peligroso que se abstuvo de proponérselo. Le suplicó únicamente que le permitiese escribirla; mas al recordar que sus cartas podían servir para que el Marqués descubriese su lugar de residencia, se contuvo.

—Es necesario que me prive —dijo— incluso de ese triste placer, para que mis cartas no descubran vuestra residencia. No obstante ¿cómo podré soportar la impaciencia y la incertidumbre a que me condena la prudencia? Si os halláis en peligro, no podré saberlo. Mas aunque lo supiese —añadió, mirando a la joven con desesperación— me sería imposible acudir a salvaros. ¡Oh, qué desgracia más grande! ¡Ahora es cuando me doy cuenta de todos los horrores de la prisión!... ¡Sólo ahora comprendo el valor de la libertad!

Sus palabras fueron interrumpidas por una violenta agitación de su mente; se levantó de la silla y recorrió la habitación a grandes zancadas. Adeline se sentó, abrumada por la descripción que Théodore acababa de hacerle de su próxima situación y por la consideración de que se hallaría en la más terrible incertidumbre acerca de su suerte. Le veía a él en prisión... pálido... demacrado... y encadenado... Se figuraba todo el peso de la venganza del Marqués cayendo sobre él; y todo eso a

causa de los esfuerzos generosos que había hecho para salvarla. Alarmado por la plácida desesperación que expresaba su semblante, Théodore se derrumbó en una silla al lado de la de ella y, tomando su mano, trató de consolarla, mas le fallaron las palabras y sólo pudo bañar su mano con lágrimas.

Aquel triste silencio fue interrumpido por la llegada de un carruaje a la posada. Théodore se levantó y se dirigió a la ventana que daba al patio. La oscuridad de la noche le impidió distinguir los objetos de fuera, mas cuando trajeron una luz de la casa vio un carruaje tirado por cuatro caballos y asistido por varios lacayos. En seguida vio bajar de él a un caballero, vestido con un *roquelaure*^[62], y entrar en la posada; y poco después oyó la voz del Marqués.

Théodore corrió a socorrer a Adeline, que estaba a punto de desmayarse de miedo, en el momento en que se abrió la puerta y entró el Marqués, seguido de unos oficiales y varios criados. La furia brilló en sus ojos cuando vieron a Théodore, que se inclinaba sobre Adeline, mirándola con temerosa solicitud.

—Prended a ese traidor —dijo el Marqués, volviéndose a los oficiales—. ¿Por qué le habéis permitido que permanezca aquí tanto tiempo?

—No soy un traidor —dijo Théodore, con la voz firme y la dignidad del valor consciente—, sino el defensor de la virtud de una joven a quien el malvado marqués de Montalt trataba de destruir.

—Obedeced mis órdenes —dijo el Marqués a los oficiales.

Adeline se puso a chillar y, asiéndose más fuertemente del brazo de Théodore, suplicó a aquella gente que no los separasen.

—Sólo podréis hacerlo mediante la fuerza —dijo Théodore, mirando a su alrededor en busca de alguna arma para defenderse. Mas no encontró ninguna y en ese preciso momento le rodearon y le prendieron.

—Mi venganza será terrible —dijo el Marqués a Théodore, mientras este tomaba la mano de Adeline, que había perdido toda capacidad de resistencia y apenas se daba cuenta de lo que pasaba—. Temedlo todo de mi venganza. Bien sabéis que os la merecéis.

—Me río de vuestra venganza —gritó Théodore—. Sólo temo los remordimientos de conciencia, y eso ni siquiera todo vuestro poder podrá imponérmelo, aunque vuestros vicios os condenen a sus torturas.

—Lleváoslo inmediatamente de la habitación y aseguraos de que sea fuertemente encadenado —dijo el Marqués—. Pronto sabrá el castigo que merece un criminal que además es insolente.

Théodore fue sacado a la fuerza de la habitación, mientras exclamaba: «¡Adiós, Adeline!». Entre tanto, la joven, a quien las voces y últimas miradas de él habían sacado de su letargo, cayó a los pies del Marqués y con amargas lágrimas imploró compasión para Théodore. Mas las súplicas en favor de su rival únicamente sirvieron para irritar el orgullo y exasperar el odio del Marqués. Reiteró su juramento de venganza con imprecaciones demasiado horribles para el ánimo de Adeline, a quien

obligó a levantarse; y luego, esforzándose por reprimir sus accesos de rabia, que la presencia de Théodore había suscitado, se dirigió a ella con sus habituales expresiones de admiración.

La desdichada Adeline, que sin atender a lo que él decía continuaba todavía interviniendo en favor de su desventurado amante, se alarmó finalmente por los accesos de rabia que volvieron a aparecer en el semblante del Marqués y, usando toda la fuerza que le quedaba, se soltó de él y se lanzó hacia la puerta de la habitación. Pero el Marqués le agarró una mano antes de que alcanzara su objetivo y, sin hacer caso de sus chillidos, la llevó de nuevo a su silla. Cuando se disponía a hablarle, se oyeron voces en la galería e inmediatamente entraron en el aposento el posadero y su esposa, atraídos por los gritos de Adeline. Volviéndose furiosamente hacia ellos, el Marqués les preguntó qué querían; mas, sin esperar su respuesta, les ordenó que le acompañaran y, abandonando la habitación, Adeline le oyó cerrar la puerta con llave.

La joven corrió entonces hacia la ventana que daba al patio, la cual estaba abierta. Afuera todo se hallaba a oscuras y en silencio. Pidió socorro a gritos, pero nadie apareció; y las ventanas estaban tan altas que era imposible escapar sin la ayuda de alguien. Se paseó por la habitación presa del terror y la desolación, ora deteniéndose para escuchar e imaginando oír voces discutiendo abajo, ora acelerando los pasos cuando la incertidumbre aumentaba la agitación de su espíritu.

Hacía cerca de una media hora que se hallaba en aquel estado, cuando de pronto oyó un ruido violento en el piso bajo de la posada, que fue en aumento hasta convertirse en un tumulto y una confusión. Varias personas atravesaban los corredores rápidamente y se oía un frecuente abrir y cerrar de puertas. La joven volvió a llamar, mas no recibió respuesta. Inmediatamente se le ocurrió que Théodore había oído sus gritos y trataba de venir en su ayuda, y que el bullicio era debido a la oposición de los oficiales. Conociendo la fiereza y crueldad de estos, concibió espantosos temores por la vida de Théodore.

Entonces oyó un confuso alboroto de voces y gritos de mujer, que la convencieron de que abajo se batían; incluso creyó escuchar el estruendo de las espadas; la imagen de Théodore, muriendo a manos del Marqués, surgió en su mente y los terrores de la incertidumbre llegaron a hacérsele insoportables. Hizo un esfuerzo desesperado por forzar la puerta y volvió a pedir ayuda; mas sus manos temblorosas nada pudieron hacer, y las personas de la posada parecían demasiado ocupadas para poder oírla. Entonces llegó a sus oídos un grito agudo y, en medio del tumulto que le siguió, distinguió nítidamente unos gemidos profundos. Aquella confirmación de sus temores la privó enteramente del poco ánimo que le quedaba y cayó desmayada en una silla cerca de la puerta. El alboroto cesó gradualmente hasta que todo quedó en silencio, mas nadie la contestó. Poco después oyó voces en el patio, pero no tuvo bastante fuerza para atravesar la habitación, ni siquiera para preguntar lo que deseaba saber, cuyas respuestas tanto temía.

Al cabo de un cuarto de hora se abrió la puerta y apareció la patrona con el

semblante más pálido que un muerto.

—Por el amor de Dios —dijo Adeline—, decidme qué ha sucedido. ¿Lo han herido? ¿Lo han matado?

—No está muerto, ma'mselle, pero...

—Entonces ¿está moribundo?... Decidme dónde está... dejadme ir a verle.

—Deteneos, mamselle —gritó la patrona—, es preciso que permanezcáis aquí. Lo único que yo quiero es sacar el amoníaco de esa alacena.

Adeline intentó escaparse por la puerta, mas la patrona la apartó de ella a empujones y, después de cerrarla, bajó las escaleras.

La angustia de Adeline se hizo insoportable; se sentó y permaneció inmóvil, apenas consciente de que existía, hasta que la sacó de su letargo un ruido de pasos cerca de la puerta, la cual se abrió de nuevo y entraron tres hombres, que reconoció como criados del Marqués. La joven tuvo bastante presencia de ánimo para hacerles las mismas preguntas que a la patrona, pero únicamente le respondieron que debía irse con ellos y que en la puerta de la calle les esperaba un tálburi. Adeline, no obstante, repitió con insistencia las preguntas.

—Decidme si vive todavía —gritó.

—Sí, ma'mselle, está vivo, pero gravemente herido; acaba de llegar el cirujano.

Mientras le decían eso, la llevaron a toda prisa por el corredor, sin hacer caso de sus súplicas y ruegos por saber dónde iban; y cuando hubieron llegado al pie de la escalera, sus gritos atrajeron muchas personas a la puerta. La patrona les dijo que la joven era esposa de un caballero que acababa de llegar y que la había sorprendido fugándose con un galán. Los criados del Marqués corroboraron su afirmación.

—Era el caballero que acaba de batirse —añadió la patrona—, y lo hizo por esta joven.

En parte porque no se dignaba hacer caso de aquella fingida historia, y en parte llevada por el deseo de enterarse de los pormenores de lo que había pasado, Adeline se contentó con repetir sus preguntas; a lo cual uno de los espectadores replicó finalmente que el caballero estaba herido de gravedad. La gente del Marqués hubiera querido llevarla entonces al tálburi, mas la joven se desmayó en sus brazos y su situación conmovió tanto a los espectadores que, a pesar de creerse lo que les habían dicho, se opusieron a que la introdujeran a la fuerza, desmayada como estaba, en el interior del carruaje.

Finalmente la llevaron a una habitación y mediante los remedios adecuados le hicieron recobrar el sentido. Allí les imploró tan insistentemente que le explicaran lo que había sucedido que la patrona la puso al corriente de algunas particularidades del asunto.

—Cuando el caballero que estaba herido oyó vuestros gritos, madam —dijo la patrona—, se puso furioso y, según me dicen, nada pudo apaciguarlo. El Marqués, pues dicen que se trata de un marqués, aunque vos lo sabréis mejor que nadie, se encontraba entonces en vuestra habitación con mi esposo y conmigo, y cuando oyó el

alboroto bajó a ver de qué se trataba; y cuando llegó a la habitación donde estaba el capitán, le halló peleándose con el sargento. Al verle, el capitán se puso más furioso y, aunque tenía una pierna encadenada y no llevaba espada, consiguió sacar de la vaina el sable del sargento y arremetió contra el Marqués, hiriéndole gravemente; después lograron sujetarle.

—Entonces es el Marqués el que está herido —dijo Adeline—. ¿El otro caballero no ha sufrido daño?

—No, él no —replicó la patrona—. Pero más pronto o más tarde lo pagará, pues el Marqués ha jurado vengarse.

Por un momento Adeline olvidó todos sus infortunios y los peligros que le amenazaban, con la alegría que experimentó al saber que Théodore había escapado con vida. Continuaba haciendo más preguntas sobre él, cuando entraron en la habitación los criados del Marqués y le anunciaron que no podían esperar por más tiempo. Alertada de los peligros que le amenazaban, Adeline hizo cuanto pudo para despertar la compasión de la patrona, la cual, sin embargo, estaba convencida, o fingía estarlo, de que la historia del Marqués era cierta, y por tanto se mostró impasible a cuanto le dijo. También se dirigió a los criados, mas fue en vano; no querían permitir que se quedara más tiempo en la posada ni informarla del lugar adonde la llevaban. En vez de eso la metieron a toda prisa en el tálburi, en presencia de varias personas, predisuestas ya en su contra por las injuriosas afirmaciones de la patrona; y los guías montaron sus caballos y muy pronto toda la comitiva se alejó del pueblo.

Así terminaba para Adeline una aventura, que había empezado con una perspectiva no sólo de salvación, sino también de felicidad; una aventura que la había unido más estrechamente a Théodore, dándole nuevas pruebas de que era digno de su amor, pero que al mismo tiempo le había afligido con una nueva decepción y había supuesto el encarcelamiento de su generoso y adorado amante, poniendo a ambos en manos de un rival irritado por la demora, el desprecio y la competencia.

CAPÍTULO XIII

Ni mar, ni sombra, ni escudo, ni roca, ni cueva,
Ni los silenciosos desiertos, ni la lúgubre tumba,
Que los ojos llameantes de la Furia parecen desaprobado
... puede salvarnos^[63].

HABIENDO examinado la herida del Marqués, el cirujano del lugar dio al momento su parecer sobre ella y ordenó que le metiesen en la cama. Mas, a pesar de lo mal que estaba, al Marqués lo único que le preocupaba era perder a Adeline, por lo que declaró que al cabo de unas pocas horas se hallaría en condiciones de ponerse en camino. Con esa intención había empezado a dar órdenes para que tuviesen preparados los caballos cuando el cirujano, empeñado seria e incluso apasionadamente en reiterar que tal temeridad le haría perder la vida, lo llevó a una alcoba, donde sólo a su ayuda de cámara le estaba permitido cuidarle.

Aquel hombre, apropiado confidente de todas sus intrigas, había sido el principal instrumento de que se sirvió para llevar a cabo sus planes relativos a Adeline, y fue efectivamente la misma persona que condujo a la joven a la villa del Marqués, situada en la linde del bosque. El Marqués le había dado instrucciones ulteriores con respecto a ella; y previendo la inconveniencia, así como el peligro de retenerla en la posada, le había ordenado que, ayudado por sus criados, se la llevase inmediatamente en un coche de alquiler. Habiendo ido el ayuda de cámara a ejecutar sus órdenes, el Marqués se quedó solo, entregado a sus propias reflexiones y a la violencia de las pasiones en conflicto.

Los reproches y la oposición constante de Théodore, amante favorecido de Adeline, exasperaban su orgullo y suscitaban todo su rencor. No podía pensar en aquella oposición, que en cierta manera había salido victoriosa, sin experimentar una indignación y una obstinación que sólo la esperanza de una rápida venganza podía contener.

Cuando descubrió la huida de Adeline de la villa, al principio su sorpresa igualó a su desilusión; y después de descargar su ira contra los criados, los envió por diferentes caminos en su persecución, yendo él mismo a la abadía con la tenue esperanza de que, desprovista como estaba de cualquier otro auxilio, pudiera haberse refugiado allí. Sin embargo, al ver que La Motte estaba tan sorprendido como él y que ignoraba igualmente el camino que había tomado Adeline, el Marqués regresó a la villa, impaciente por saber algo más sobre ella, hallando a alguno de sus criados que ya estaban de vuelta sin noticias de la joven, cosa que tampoco lograron los que llegaron después.

Algunos días más tarde, una carta del teniente coronel del regimiento le informó que Théodore había abandonado su compañía y llevaba ausente algún tiempo, sin que

nadie supiese su paradero. Esa información confirmó la sospecha que a menudo se le había ocurrido de que Théodore había contribuido de una manera u otra a la fuga de Adeline; y por algún tiempo sus demás pasiones se supeditaron a su venganza y dio órdenes de que persiguiesen inmediatamente a Théodore y le prendiesen. Mas entre tanto, Théodore había sido sorprendido y arrestado como ya se ha visto.

Fue a consecuencia de haber observado anteriormente la creciente inclinación mutua entre él y Adeline, y por la información que le suministró La Motte, que había sido testigo de su entrevista en el bosque, por lo que el Marqués había resuelto quitar de en medio a un rival tan peligroso y que probablemente estaba al tanto de sus planes. Por tanto le había dicho, lo más convincentemente que pudo, que era preciso que se incorporase a su regimiento; una noticia que sólo le afectó en relación a Adeline y que parecía menos extraordinaria cuanto que ya había pasado en la villa más tiempo de lo que generalmente tenían por costumbre los oficiales invitados por el Marqués. Théodore, en efecto, conocía muy bien el carácter del Marqués y había aceptado su invitación con desgana, más bien por no faltarle al respeto a su coronel que por una esperanza excesiva en los placeres que podía gozar en su compañía.

Gracias a la información de los hombres que arrestaron a Théodore, el Marqués pudo perseguir de nuevo y recobrar a Adeline. Mas aunque había logrado llevar a cabo su plan, los corrosivos efectos de su desengaño amoroso y de su orgullo exacerbado le remordían en su interior. La angustia que embargaba su espíritu casi le hacía olvidar los dolores de su herida, y cada punzada que sentía parecía aumentar su sed de venganza, haciendo recaer sobre su corazón una nueva tortura. Mientras se hallaba en ese estado, oyó la voz de la inocente Adeline implorando protección; mas sus gritos no suscitaron ni su compasión ni sus remordimientos; y cuando, poco después, se fue el carruaje y se aseguró de que se la habían llevado y de que Théodore estaba muy abatido, pareció sentir algún alivio en su angustia mental.

Théodore sufría, en verdad, todo cuanto puede experimentar un alma virtuosa víctima de la opresión; pero al menos se veía libre de esas inveteradas y malignas pasiones que desgarraban el pecho del Marqués y que infligen a los que se abandonan a ellas un castigo más severo de lo que cualquiera pudiera sugerirles que imaginaran para otros. En aquellos momentos la indignación que podía sentir contra el Marqués era muy secundaria frente a su preocupación por Adeline. Su cautividad le parecía deplorable, pues le impedía buscar una justa y honrosa venganza; y a su vez era horrible, porque le privaba de los medios de rescatar a aquella a quien amaba más que a su vida.

Cuando oyó las ruedas del carruaje en que ella se alejaba, experimentó una angustiada desesperación que casi le hizo perder la razón. Incluso los corazones endurecidos de los soldados que le vigilaban no fueron del todo insensibles a su desdicha y, arriesgándose a censurar la conducta del Marqués, se esforzaron por consolar a su prisionero. El físico, que acababa de llegar, entró en la habitación durante aquel paroxismo de angustia y, dando muestras del interés que se tomaba por

su estado, le preguntó con extremada sorpresa por qué se le había trasladado con tanta precipitación a una habitación tan poco adecuada para recibir visitas.

Théodore le explicó la razón de aquel cambio y le habló de la congoja que le oprimía y de las cadenas que le deshonraban; y, advirtiéndole que el físico le escuchaba con atención y compasión, deseó de pronto ponerle al corriente de algunas otras particularidades, por lo que suplicó a los soldados que saliesen de la habitación. Los hombres, accediendo a su solicitud, se apostaron al otro lado de la puerta.

Entonces Théodore refirió todos los detalles de la última acción y sus relaciones con el Marqués. El físico escuchó su narración con el mayor interés, expresando frecuentemente en su rostro una fuerte agitación. Cuando Théodore concluyó, permaneció algún tiempo en silencio abismado en sus pensamientos; finalmente, despertando de su ensoñación, dijo:

—Me temo que vuestra situación sea desesperada. El carácter del Marqués es bastante conocido para soportarlo ni amarlo o respetarlo; nada debéis esperar de semejante hombre, pues él nada tiene que temer. Desearía que estuviese en mi mano el poder ayudaros, pero no veo posibilidad alguna de ello.

—¡Ay de mí! —exclamó Théodore—. Mi situación es verdaderamente desesperada, y... en cuanto a mi ángel doliente...

Hondos suspiros interrumpieron su voz y la violencia de su agitación le impidió proseguir. El físico sólo pudo expresarle la compasión que sentía por su dolor y le suplicó que se tranquilizase. En aquel mismo momento entró en la habitación un criado del Marqués, anunciando que su amo deseaba ver al físico inmediatamente. Poco después el físico dijo que iría a ver al Marqués y, esforzándose en aparentar una tranquilidad que le resultó difícil de asumir, dio un apretón de manos a Théodore y abandonó la habitación, prometiendo regresar antes de irse de la posada.

Halló al Marqués muy agitado, tanto de cuerpo como de espíritu, y bastante más inquieto por las consecuencias de su herida de lo que había esperado. Su preocupación por Théodore le sugirió un plan, cuya ejecución podría serle de algún provecho. Después de tomar el pulso a su paciente y de hacerle algunas preguntas, adoptó un semblante bastante serio cuando el Marqués, que había observado todos los cambios de su rostro, le pidió que le diera su parecer sin más vacilaciones.

—Siento alarmaros, milord, pero existen motivos para preocuparse. ¿Hace mucho que recibisteis la herida?

—¡Dios mío!, ¿hay peligro entonces? —exclamó el Marqués, añadiendo algunas amargas imprecaciones contra Théodore.

—Por supuesto que *hay* peligro —replicó el físico—. Dentro de algunas horas podré determinar hasta qué punto.

—¡Algunas horas! —interrumpió el Marqués—. ¡Algunas horas!

El físico le suplicó que se sosegase.

—¡Diantre! —gritó el Marqués—. Es bien fácil para un hombre que goza de salud pedirle a un moribundo que se calme. No obstante, Théodore será quebrantado

en la rueda por esto.

—Os equivocáis, señor —dijo el físico—. Si creyese que erais un moribundo, o que estáis realmente *muy* cerca de la muerte, no os habría hablado como lo he hecho. Mas es muy importante que sepa cuánto tiempo hace que habéis sido herido.

El miedo del Marqués empezó entonces a apaciguarse y relató con todo detalle la reyerta con Théodore, manifestando haber sido tratado indignamente en un asunto en que él había tenido una conducta justa y humana. El físico le escuchó con gran serenidad y cuando terminó, sin hacer ningún otro comentario, le dijo al Marqués que iba a prescribirle un medicamento que debería tomar inmediatamente.

Asustado de nuevo por el tono de gravedad del físico, el Marqués le suplicó que le dijese sinceramente si creía que se encontraba en peligro inminente. El físico titubeó, lo que hizo aumentar la inquietud del Marqués.

—Es muy importante —dijo— que conozca mi verdadera situación.

El físico le dijo entonces que si tenía algunos asuntos materiales que resolver, sería muy oportuno que se ocupase de ellos, pues le era imposible predecir lo que podía suceder.

Luego cambió de conversación y dijo que acababa de ver al joven oficial que estaba arrestado y que esperaba que no lo trasladasen de momento, pues eso supondría poner su vida en peligro. El Marqués profirió un espantoso juramento y, maldiciendo a Théodore por haberle puesto en el estado en que se hallaba, respondió que el preso partiría esa misma noche, acompañado de su guardia. El físico se atrevió a protestar contra la crueldad de aquella sentencia; y tratando de suscitar en el Marqués un sentimiento humanitario, defendió enérgicamente la causa de Théodore. Mas estas súplicas y estos argumentos, al mostrar al Marqués una parte de su propio carácter, parecieron provocar su resentimiento y reavivar toda la violencia de sus pasiones.

Finalmente el físico se retiró desalentado, después de haber prometido al Marqués que no se iría de la posada. Tenía la esperanza de que exagerando la gravedad de la herida obtendría algunas ventajas, tanto para Adeline como para Théodore. Mas el plan había producido un efecto totalmente contrario, pues el miedo a la muerte, tan terrible para la conciencia culpable del Marqués, en lugar de suscitar su arrepentimiento, aumentó sus deseos de venganza contra el hombre que le había reducido a semejante estado. Por tanto, resolvió llevar a Adeline a un lugar donde, si por casualidad Théodore lograba escapar, nunca podría encontrarla, para de esa manera asegurarse al menos su venganza. No ignoraba, sin embargo, que en cuanto Théodore llegase a su regimiento su perdición era segura, pues aunque le absolvieran del delito de desertión, sería condenado por haber atacado a un oficial superior.

El físico regresó a la habitación donde se hallaba Théodore. Su violenta angustia se había convertido en una sombría desesperación, más terrible que la vehemencia que últimamente le había poseído. Cuando la guardia abandonó la habitación, a petición suya, el físico le repitió su conversación con el Marqués. Después de

expresarle las gracias por sus buenos oficios, Théodore le dijo que ya nada tenía que esperar. Por él apenas lo sentía; mas sufría mucho por su familia y por Adeline. Luego le preguntó qué camino había tomado la joven y, aun cuando no tuviese perspectiva alguna de sacar partido de aquella información, pidió al físico que le ayudase a obtenerla. Mas el posadero y su esposa nada sabían, o fingían ignorarlo, y era inútil dirigirse a cualquier otra persona.

Entonces entró el sargento con órdenes del Marqués para la inmediata partida de Théodore, el cual recibió la noticia con gran compostura, aunque el médico no pudiera evitar el expresar su indignación por aquel traslado precipitado y sus temores por las consecuencias que podían derivarse. Théodore apenas tuvo tiempo para mostrar su gratitud por la amabilidad de aquel valioso amigo, antes de que los soldados entrasen en la habitación para conducirlo al carruaje que le esperaba. Mientras se despedía de él, Théodore deslizó en su mano su bolsa y, volviéndose repentinamente, dijo a los soldados que le condujesen al coche; mas el físico le detuvo y rechazó el presente con tanto ardor que le obligó a volver a cogerlo. Luego, el joven estrechó la mano de su nuevo amigo e, incapaz de hablar, se fue a toda prisa. La comitiva se puso en camino inmediatamente, y el desdichado Théodore quedó solo con los recuerdos de sus antiguas esperanzas y sufrimientos, con su preocupación por la suerte de Adeline, la contemplación de su actual desgracia, y los temores sobre lo que el futuro pudiera reservarle. Pues realmente, no veía con respecto a sí mismo otra perspectiva que la perdición, y lo único que aliviaba su desesperación era la débil esperanza de que aquella a quien amaba más que a su vida pudiera gozar algún día de la felicidad que él no se atrevía a esperar compartir con ella.

CAPÍTULO XIV

¿Tenéis corazón? Cuando sólo la cabeza os dolía,
La frente os ceñí con mi pañuelo,
[...]
Y a medianoche con mi mano la cabeza os sostuve;
Y, al igual que los vigilantes minutos a las horas,
El peso del tiempo a cada instante os aligeraba.

KING JOHN^[64]

[...] Si la campana de medianoche^[65]
Con su lengua de hierro y su boca de bronce,
Sonara una vez en el transcurso de la somnolienta noche;
Si este mismo lugar en que estamos fuese un cementerio,
Y estuvieses poseído por un millar de agravios;
O si este arisco espíritu deprimente,
Te hubiese hervido la sangre, haciéndola más pesada y espesa;
[...]
Entonces, a pesar de encontrarnos a pleno día,
Vertería mis pensamientos en tu pecho.

KING JOHN^[66]

ENTRE tanto la desdichada Adeline continuó viajando toda la noche, sin apenas interrupción. Su espíritu padecía tal agitación a causa de su congoja, desesperación y terror, que no podía decir lo que pensaba. El ayuda de cámara del Marqués, que iba a su lado en el tálburi, al principio pareció dispuesto a hablar; mas, viendo su falta de atención, pronto se calló, dejándola entregada a sus propios pesares.

Aparentemente atravesaron caminos apartados, en los que el carruaje circulaba tan velozmente como la oscuridad se lo permitía. Cuando amaneció, Adeline observó que se encontraban en las lindes de un bosque y renovó sus ruegos para enterarse de adónde se dirigían. El hombre respondió que tenía órdenes de no decírselo, mas que no tardaría en verlo. Adeline, que hasta entonces había supuesto que la llevarían a la villa del Marqués, empezó a dudarle; y como cualquier otro lugar le parecía menos terrible que aquel, su desesperación comenzó a disminuir y ya no pensó más que en el leal Théodore, del que sabía que era víctima de la malicia y la venganza.

A continuación se adentraron en el bosque y a la joven se le ocurrió que tal vez fueran a la abadía, pues aunque no recordaba el paisaje por donde pasaba, no era improbable que se tratase del bosque de Fontangville, cuyos límites eran demasiado extensos para que pudiese haberlo recorrido en su totalidad. Esa conjetura le reavivó un terror algo menor que el que le ocasionó la idea de que iban a la villa, ya que en la abadía estaría igualmente en poder del Marqués y también de su cruel enemigo La

Motte. Su mente se rebeló ante el cuadro que su imaginación le presentaba y, mientras el carruaje avanzaba entre sombras, arrojaba miradas inquietas por la ventanilla buscando algún objeto que pudiese confirmar o destruir sus suposiciones. No tuvo que mirar por mucho tiempo, ya que un claro del bosque le mostró en la lejanía las torres de la abadía.

—¡Estoy realmente perdida! —dijo, rompiendo a llorar.

Muy pronto llegaron al comienzo del prado que se extendía frente a la abadía y vieron a Peter, que corría a abrir la verja ante la cual se había detenido el carruaje. Cuando vio a Adeline pareció sorprendido e intentó hablarle, mas el tálburi continuó hacia la abadía, donde La Motte apareció en la puerta de la sala. Cuando se adelantó para ayudarla a descender del carruaje, un temblor generalizado se apoderó de ella; encontraba enormes dificultades para sostenerse y durante algún tiempo ni vio su rostro ni oyó su voz. Él le ofreció su brazo para ayudarla a entrar en la abadía, que ella al principio rechazó; si bien después de dar unos pasos tambaleándose, se vio obligada a aceptar. Entonces entraron en la habitación abovedada, donde Adeline se dejó caer en un sillón y un torrente de lágrimas vino a aliviarla. La Motte no interrumpió el silencio, que continuó durante algún tiempo, sino que se dedicó a ir y venir por la habitación aparentemente muy nervioso. Cuando Adeline se repuso lo bastante para prestar atención a lo que pasaba a su alrededor, observó su rostro y leyó en él la agitación de su alma, pese a los esfuerzos que hacía para asumir una firmeza a la que se oponían sus mejores sentimientos.

La Motte cogió entonces su mano, pretendiendo llevarla fuera del cuarto; mas Adeline se detuvo y, cobrando ánimos, hizo un esfuerzo desesperado para granjearse su compasión y le pidió que la salvase.

—No entra dentro de mis posibilidades —la interrumpió él, con voz emocionada—. No soy dueño de mí ni de mi conducta; no me preguntéis más... Es suficiente que sepáis que os compadezco; más no puedo hacer.

No le dio tiempo a responder, sino que, tomándola de la mano, la condujo hacia la escalera de la torre y de allí al cuarto que había ocupado en otro tiempo.

—Por ahora debéis permanecer aquí confinada —dijo—, lo cual me repugna casi tanto como a vos. Quiero haceros el encierro lo más agradable posible y por tanto he dado órdenes para que os traigan algunos libros.

Adeline hizo ademán de hablar, pero él salió de la habitación precipitadamente, pareciendo avergonzarse del papel que tenía que desempeñar, y no queriendo fiarse de sus lágrimas. Ella le oyó cerrar la puerta y al mirar luego a las ventanas se dio cuenta de que estaban enrejadas; la puerta que conducía a los otros aposentos también estaba cerrada. Semejantes preparativos de seguridad le chocaron y, aunque hacía tiempo que se consideraba desahuciada, notó que se sumía en la más profunda desesperación. Cuando las lágrimas que derramó la aliviaron un poco, y sus pensamientos pudieron apartarse de los asuntos que la preocupaban, agradeció hallarse en reclusión total, pues la dispensaba de la pena que hubiese experimentado

en presencia de Monsieur y Madame La Motte, y le permitía dar libre curso a su dolor y a sus reflexiones, que aunque desoladoras, eran preferibles a las angustias que experimentaba su mente cuando, agitada por la preocupación y el miedo, se veía obligada a adoptar una apariencia de tranquilidad.

Más o menos un cuarto de hora después se abrió la puerta de su cuarto y apareció Annette con un refrigerio y algunos libros. Le expresó a Adeline su satisfacción por volverla a ver de nuevo, mas parecía temerosa de hablar, sabiendo probablemente que era contrario a las órdenes de La Motte, quien —le dijo— la esperaba al pie de la escalera. Cuando Annette se fue, Adeline comió algo, lo cual era verdaderamente necesario, porque no había tomado nada desde que se marchó de la posada. Se alegró, pero no se sorprendió de que no apareciese Madame La Motte, la cual la rehuía a causa de la conducta poco generosa que había tenido con ella; esa certidumbre le hacía presuponer que todavía no era completamente hostil a ella. Reflexionó sobre las palabras de La Motte —«No soy dueño de mí ni de mi conducta»—, y aunque no le proporcionasen esperanza alguna, al menos le daba un cierto consuelo, por escaso que fuese, el creer que se compadecía de ella. Después de pasar algún tiempo con estas tristes reflexiones y una infinidad de conjeturas, su ánimo agitado durante tanto tiempo pareció reclamar un descanso y se acostó con la intención de dormir.

Adeline durmió tranquilamente durante varias horas y despertó más reconfortada y tranquilizada. Para prolongar aquella paz transitoria e impedir, por tanto, la intrusión de sus propios pensamientos, examinó los libros que La Motte le había enviado. Entre ellos encontró algunos que en tiempos más felices habían elevado su espíritu e interesado su corazón. Sin embargo, ya no surtían el mismo efecto, aunque todavía fuesen capaces de atenuar durante algún tiempo la sensación de sus infortunios.

Pero esta medicina letea^[67] no era más que un remedio temporal para un alma herida. La entrada de La Motte disipó las ilusiones despertadas por la lectura y la hizo volver a la realidad de su situación. Le traía alimentos y, después de dejarlos sobre la mesa, se retiró sin decir nada. De nuevo intentó leer, mas la aparición de él había roto el encanto... la amarga reflexión volvió a apoderarse de su espíritu y trajo consigo la imagen de Théodore... ¡del Théodore que había perdido para siempre!

Entre tanto La Motte experimentaba todos los temores que puede padecer una conciencia aún no enteramente endurecida por la culpa. Se había visto arrastrado por la pasión a la disipación... y de la disipación al vicio. Mas habiendo estado una vez próximo a la infamia, sus progresos fueron tan rápidos que pronto se vio a sí mismo como proxeneta de un malvado y delator de una joven inocente, que la justicia y la humanidad le pedían que protegiese. Al contemplar su situación... se sintió horrorizado, mas sólo podía alterar tal deformación mediante un esfuerzo demasiado atrevido para un espíritu ya enervado por el vicio. Consideró el laberinto peligroso a que se veía conducido y por primera vez percibió la progresión de su culpa; imaginó que de aquel laberinto sólo podían sacarle nuevas culpas. En lugar de ocuparse de los

medios para librar a Adeline de su ruina, y a él mismo de ser un instrumento de ella, se esforzó solamente en acallar los remordimientos de su conciencia y en persuadirse de que debía proseguir como había empezado. Sabía que estaba en poder del Marqués, y temía más ese poder que el castigo cierto, aunque tardío, que aguarda a los culpables. En consecuencia consintió en sacrificar el honor de Adeline a la tranquilidad de su propia conciencia durante unos pocos años de existencia.

Ignoraba la enfermedad del Marqués, porque de otro modo habría advertido que había una posibilidad de escapar al castigo que le amenazaba a un precio no tan enorme como la infamia, y es posible que hubiese intentado salvar a Adeline, fugándose con ella. Mas el Marqués, previendo esa posibilidad, había ordenado a sus criados que ocultasen cuidadosamente la circunstancia que le detuvo, y que informasen a La Motte de que dentro de unos días estaría en la abadía; y al mismo tiempo mandó a su ayuda de cámara que le aguardase allí. Adeline, como él esperaba, no tuvo ni el deseo ni la oportunidad de mencionárselo, y así la Motte permaneció ignorante de aquella circunstancia, que hubiera podido ahorrarle a él nuevas infamias y a Adeline mayo res males.

La Motte no manifestaba ningún deseo de dar a conocer a su esposa la acción que le había puesto enteramente bajo la dependencia del Marqués, a pesar de lo cual la agitación de su espíritu le traicionó: varias veces se le escaparon durante el sueño frases incoherentes, y otras muchas se despertó sobresaltado llamando a voces a Adeline. Aquellas muestras de una mente perturbada habían alarmado y aterrado a Madame La Motte de tal modo que solía velar mientras él dormía, y pronto logró formarse con las palabras que se le escapaban una idea confusa de los planes del Marqués.

Insinuó sus sospechas a La Motte, el cual la reprendió por haberlas albergado; mas el modo en que lo hizo aumentó sus temores con respecto a Adeline en vez de calmarlos; temores que la conducta del Marqués no tardó en confirmar. La noche en que este durmió en la abadía, se le ocurrió que cualquiera que fuese su plan probablemente lo discutiría con su esposo, y su inquietud por Adeline la hizo rebajarse a cometer una vileza que en otras circunstancias habría sido despreciable. Abandonó su habitación y se escondió en un aposento contiguo a aquel en que había dejado al Marqués y a su esposo para escuchar su conversación. Esta recayó en el asunto que ella había previsto, descubriéndole sus planes en toda su extensión. Aterrada por la suerte de Adeline y escandalizada por la debilidad culpable de La Motte, durante algún tiempo fue incapaz de pensar o de decidir lo que debería hacer. Sabía que su esposo tenía mucho que agradecerle al Marqués, cuyos dominios le proporcionaban refugio, y que entraba dentro de las posibilidades de este entregarle en manos de sus enemigos. Creía también que el Marqués obraría así si se le provocaba; aunque pensaba que, en ese caso, La Motte podría encontrar la forma de aplacarlo sin exponerse al deshonor. Después de darle más vueltas al asunto, se tranquilizó bastante y regresó a su cuarto, al que no tardó en seguirla La Motte. Sin

embargo, no tenía suficientes ánimos para enfrentarse a su enojo ni a su oposición, que tenía motivos para esperar en cuanto ella le hiciese mención del objeto de su inquietud; por eso resolvió no decirle nada hasta el día siguiente.

El día después le contó a La Motte todo lo que le había oído murmurar entre sueños, e hizo mención de otras circunstancias que le convencieron de que era inútil negar por más tiempo la realidad de sus temores. Entonces le expuso que podía evitar la infamia que estaba a punto de cometer abandonando los dominios del Marqués, y defendió con tanto ardor a Adeline que La Motte, taciturno, pareció meditar algún plan. No obstante, no era eso lo que ocupaba sus pensamientos. Era consciente de haber merecido un castigo espantoso del Marqués, y sabía que si le exasperabanegándose a aceptar sus deseos, su fuga no podría sustraerle a los ojos de la justicia y de la venganza que le perseguían incansablemente.

La Motte meditó sobre el modo de decirle eso a su esposa, pues se daba cuenta de que no había otro medio de contrarrestar su virtuosa compasión por Adeline y las peligrosas consecuencias que podían esperarse más que exponiendo el peligro que él corría; y eso sólo podía hacerlo mostrándole todos los males que resultarían del resentimiento del Marqués. El vicio no había nublado todavía su conciencia hasta ese punto: el rubor tiñó sus mejillas y su lengua titubeó cuando trató de confesar su culpa. Finalmente, siéndole totalmente imposible entrar en detalles, le contó que, a causa de un negocio, que ninguna súplica le induciría a explicar, su vida estaba en manos del Marqués.

—Ya ves la alternativa —dijo—, escoge entre dos males y cuéntale a Adeline el peligro que corre y sacrifica mi vida para sacarla de una situación que muchas mujeres ambicionarían obtener.

Condenada a la terrible alternativa de permitir la seducción de la inocente, o exponer a su esposo a su perdición, Madame La Motte experimentó una confusión que desafiaba cualquier control. Viendo, no obstante, que una oposición a los designios del Marqués causaría la ruina de La Motte y de poco le serviría a Adeline, decidió ceder y aguantar en silencio.

Cuando Adeline estaba planeando su huida de la abadía, las significativas miradas de Peter habían inducido a La Motte a sospechar la verdad y a vigilarlos más estrechamente. Los había visto separarse en la sala con cierta confusión y después los descubrió conversando juntos en el claustro. Esas circunstancias tan poco corrientes no le dejaron ninguna duda de que Adeline había descubierto el peligro que corría y estaba concertando con Peter algún medio de escaparse. Por consiguiente, aparentando estar informado de todo el asunto, acusó a Peter de traicionarle y le amenazó con la venganza del Marqués si no revelaba todo lo que sabía. La amenaza intimidó a Peter que, imaginando que ya no tenía ninguna posibilidad de ayudar a Adeline, hizo una declaración circunstanciada y prometió abstenerse de informar a Adeline de que su plan había sido descubierto. En aquella promesa fue secundado por su propia inclinación, pues temía enfrentarse al enojo que pudiera experimentar

Adeline al creer que él la había traicionado.

La tarde del día en que fue descubierto el intento de fuga de Adeline, el Marqués tenía la intención de ir a la abadía y se había convenido que sería entonces cuando se llevase a la joven a su villa. La Motte se había dado cuenta inmediatamente de la ventaja de permitir que Adeline acudiese a la tumba, creyendo que no la habían descubierto. Eso evitaría muchas molestias y le ahorraría a él el sufrimiento que hubiera sentido en su presencia, cuando ella supiera que le había traicionado. Un criado del Marqués podía ir, a la hora señalada, a la tumba y, envuelto en la oscuridad de la noche, podía hacerse pasar por Peter. De esa forma sería conducida sin resistencia a la villa y no descubriría su error hasta que fuese demasiado tarde para evitar las consecuencias.

Cuando llegó el Marqués, La Motte, que, aunque había bebido vino, no estaba tan intoxicado como para olvidar su prudencia, le informó de lo que había sucedido y de lo que había planeado; y el Marqués, aprobándolo, puso al corriente a su criado de la señal que poco después pondría a Adeline en su poder.

La vergüenza que sentía Madame La Motte pensando en la indigna neutralidad que había observado con respecto a Adeline hizo que evitara cuidadosamente el verla, ahora que estaba de nuevo en la abadía. Adeline comprendió su conducta y se alegró de ahorrarse la angustia de volverla a ver como enemiga, después de haberla considerado amiga en otro tiempo. Pasó muchos días en soledad, triste retrospectiva y horrorosa expectación. La peligrosa situación de Théodore ocupaba casi constantemente sus pensamientos. A menudo le atormentaban sus deseos de verse libre y recorría la amplia gama de posibilidades en busca de alguna esperanza. Mas la esperanza solía estar más allá del horizonte de sus perspectivas y, cuando aparecía, dependía exclusivamente de la muerte del Marqués, cuya venganza amenazaba la ruina cierta de Théodore.

Entre tanto el Marqués se hallaba en la posada de Caux y su recuperación era bastante dudosa. El físico y el cirujano —pues no había despedido a ninguno de los dos, ni permitido que se fueran del pueblo— procedían según principios opuestos y el buen efecto de lo que uno prescribía se contrarrestaba frecuentemente con el tratamiento imprudente del otro. Sólo la humanidad incitaba al físico a permanecer allí. La enfermedad del Marqués se agravó a causa de su temperamento impaciente, su miedo a la muerte y el encono de sus pasiones. Tan pronto se creía a punto de morir, como había que impedirle, no sin dificultad, que intentase seguir a Adeline hasta la abadía. Tan variadas eran las fluctuaciones de su mente, y tan rápidamente se sucedían unos a otros sus planes, que sus pasiones se veían en un continuo conflicto. El físico trató de persuadirle de que su recuperación dependía mucho de su tranquilidad, y de convencerle de que intentase al menos dominar de alguna forma sus sentimientos; mas pronto las respuestas imperiosas del Marqués le obligaron a callar, con gran enojo por su parte.

Al fin regresó el criado que se había llevado a Adeline y el Marqués, después de

llamarle a su cuarto, le hizo tantas preguntas a la vez que el hombre no supo a cuál responder. Finalmente sacó un papel doblado del bolsillo, que según dijo se le había caído a Adeline en el tálburi y que, pensando en que a su señoría le gustaría verlo, se lo había guardado. El Marqués alargó la mano con impaciencia y recibió una nota dirigida a Théodore. Al ver la dirección, la rabia y los celos le superaron por un momento y sostuvo el sobre en la mano incapaz de abrirlo.

Sin embargo, rompió el sello de lacre y vio que se trataba de una nota escrita por Adeline a Théodore durante su enfermedad para informarse de su salud, que algún accidente le había impedido enviársela. La afectuosa solicitud que expresaba por su restablecimiento remordió la conciencia del Marqués y le hizo comparar sus sentimientos con respecto a la enfermedad de su rival y la suya propia.

—Está muy inquieta por su recuperación —dijo—, mientras que sólo teme la mía.

Como si quisiese prolongar el sufrimiento que le había causado aquella nota, la leyó otra vez. Y de nuevo maldijo su suerte y execró a su rival, abandonándose como de ordinario a sus arrebatos de pasión. Cuando estaba a punto de arrojarla, sus ojos se fijaron en el sello de lacre y lo examinaron detenidamente. Su cólera pareció entonces haberse calmado; depositó la nota cuidadosamente en su cartera y durante algún tiempo quedó absorto en sus pensamientos.

Después de muchos días de esperanza y temor, la fortaleza de su constitución venció a su enfermedad y se halló bastante fuerte para escribir varias cartas, una de las cuales envió inmediatamente a La Motte para que preparase su recibimiento. La misma política que le había incitado a ocultar su enfermedad a La Motte le urgía ahora a decirle, sabiendo que sería imposible, que se pasara por la abadía al día siguiente de la llegada de su criado. Le repitió su requerimiento de que Adeline fuese estrechamente vigilada y renovó sus promesas de recompensa por los futuros servicios de La Motte.

Más sorprendido y perplejo cada día por la ausencia del Marqués, La Motte recibió esa notificación con desasosiego, pues había empezado a esperar que el Marqués cambiaría de intenciones con respecto a Adeline, ya fuese comprometiéndose en alguna nueva aventura o viéndose obligado a visitar sus dominios en alguna provincia lejana. De esa forma estaba dispuesto a librarse de un asunto que iba a cubrirle de tanto deshonor.

Mas ahora esa esperanza se había desvanecido y ordenó a Madame que hiciese los preparativos necesarios para recibir al Marqués. Adeline había pasado todos esos días en un estado de incertidumbre, unas veces animada por la esperanza y otras abrumada por la desesperación. Aquella demora, que sobrepasaba tanto sus expectativas, parecía probar que la enfermedad del Marqués era seria; y cuando consideraba las consecuencias futuras de su recuperación, no podía lamentar que se retrasase de esa manera. Los planes de aquel hombre le eran tan odiosos que no quiso permitir que su boca pronunciase su nombre, ni tampoco preguntar a Annette por algo de semejantes consecuencias para la paz de su alma.

Cerca de una semana después de recibir la carta del Marqués, Adeline vio un día desde su ventana un grupo de jinetes que se internaban en la avenida, en quienes reconoció inmediatamente al Marqués y su comitiva. Se alejó de la ventana en un estado de ánimo imposible de describir y, dejándose caer en un sillón, permaneció durante algún tiempo insensible a los objetos que la rodeaban. Cuando se recobró de su terror inicial, causado por la aparición del Marqués, se dirigió de nuevo a la ventana tambaleándose. El grupo ya no se veía, pero podía oír las pisadas de los caballos y sabía que el Marqués estaba dando la vuelta para alcanzar la gran verja de entrada a la abadía. Imploró la protección y la ayuda del Cielo y, habiéndose sosegado un tanto, se sentó a esperar qué sucedía.

La Motte recibió al Marqués expresándole su sorpresa por una ausencia tan prolongada; y este, tras limitarse a decirle que una enfermedad le había retenido, pasó a preguntarle por Adeline. Se le dijo que estaba en su cuarto, adonde podrían llamarla si deseaba verla. El Marqués vaciló y finalmente se excusó diciendo que sólo deseaba que la vigilaran estrechamente.

—Es posible, milord —dijo La Motte sonriendo—, que Adeline se haya mostrado demasiado obstinada ante vuestra pasión; parecéis menos interesado en ella que otras veces.

—¡Oh, de ningún modo! —respondió el Marqués—. Me interesa más que nunca, si eso es posible; tanto que no podría vigilarla más de cerca. Por eso, La Motte, es por lo que os suplico que no permitáis a nadie que se acerque a ella, a menos que vos estéis presente. ¿El cuarto en que está confinada es lo bastante seguro?

La Motte le aseguró que así era, pero al mismo tiempo le expresó su deseo de que fuese trasladada a la villa.

—Si por cualquier medio —dijo— consiguiera escapar, sé perfectamente lo que debo esperar de vuestro enojo; y esa reflexión me tiene sumido en una continua inquietud.

—Ese traslado no puede hacerse de momento —dijo el Marqués—. Aquí está a salvo y, si verdaderamente su cuarto es tan seguro como decís, hacéis mal en sentir algún temor por su fuga.

—No tengo ningún motivo, milord, para engañaros sobre ese punto.

—Ni yo lo supongo —dijo el Marqués—. Vigíladla con cuidado y os aseguro que no se escapará. Podéis contar con mi ayuda de cámara; si lo deseáis se quedará aquí.

La Motte pensó que no había ninguna razón para que se quedara y se convino en que regresaría a su casa.

Después de conversar con La Motte cerca de media hora, el Marqués se marchó de la abadía y Adeline le vio partir con una mezcla de sorpresa y gratitud que casi la abrumó. Había esperado que de un momento a otro la hiciesen presentarse ante él, y se había esforzado en armarse de valor para soportar su presencia. Había aplicado el oído a cada voz que sonaba abajo y, a cada paso que atravesaba el corredor, su corazón palpitaba temiendo que fuese La Motte que venía a llevarla ante el Marqués.

Cuando aquel padecimiento se había prolongado casi hasta el límite de lo que sus fuerzas podían soportar, oyó voces debajo de su ventana y, asomándose, vio al Marqués que partía a caballo. Después de dejarse llevar por la alegría y la gratitud de las que su corazón rebosaba, trató de explicarse esa circunstancia que, considerando lo que había pasado, era verdaderamente muy extraña. En efecto, parecía completamente inexplicable y, después de meditar inútilmente, abandonó aquel pensamiento, esforzándose en persuadirse a sí misma de que eso sólo podía ser un buen presagio.

Se acercaba la hora en que La Motte acostumbraba a visitarla y Adeline le esperaba temblando, con la esperanza de oír que el Marqués había cesado en su persecución. Mas, como de costumbre, lo encontró taciturno y callado, y hasta que no estuvo a punto de abandonar la habitación no tuvo el valor de preguntarle cuándo volvería el Marqués.

—Mañana —respondió La Motte, abriendo la puerta para irse.

Y turbada por el miedo y la delicadeza, Adeline comprendió que no obtendría ninguna noticia de Théodore si no preguntaba directamente; miró con ansiedad a La Motte, como si quisiese hablarle, y él se detuvo; mas ella se ruborizó y permaneció callada hasta que, viendo que él intentaba de nuevo marcharse de la habitación, le volvió a llamar débilmente.

—Quería preguntaros —dijo ella— por aquel desafortunado caballero que incurrió en la indignación del Marqués al tratar de ayudarme. ¿Lo ha mencionado el Marqués?

—En efecto —replicó La Motte—. Y vuestra indiferencia por el Marqués está ahora completamente explicada.

—Ya que debo sentir rencor por aquellos que me ofenden —dijo Adeline—, sin duda me estará permitido estar agradecida a aquellos que me sirven. Si el Marqués hubiese merecido mi estima, probablemente se la hubiera concedido.

—Bueno —dijo La Motte—, ya se han ocupado de ese joven héroe que, al parecer, ha sido lo bastante valiente para alzar su brazo contra su propio coronel; no dudo de que pronto se dará cuenta del valor de su quijotismo.

La indignación, la congoja y el miedo forcejearon en el pecho de Adeline, que no se dignó darle a La Motte una oportunidad de volver a pronunciar el nombre de Théodore. Sin embargo, la incertidumbre en que se debatía la urgió a preguntar si el Marqués había recibido noticias del joven desde que abandonó Caux.

—Sí —dijo La Motte—, ha sido conducido fuertemente custodiado a su regimiento, donde está confinado hasta que el Marqués pueda comparecer en su contra.

Adeline no tuvo fuerzas ni ganas de hacer más preguntas y, al abandonar el cuarto La Motte, se vio de nuevo presa del dolor que él había renovado. Aunque esa información no contenía ningún infortunio adicional (pues sólo fue una confirmación de lo que ella siempre esperaba), un nuevo pesar pareció apoderarse de su corazón al

darse cuenta de que había abrigado inconscientemente una oculta esperanza de que Théodore pudiese escapar antes de llegar a su destino. Sin embargo, ahora todas sus esperanzas se habían desvanecido. Su amante padecía todas las amarguras de una prisión y las torturas del temor, tanto por su propia vida como por la seguridad de ella. Se figuraba el sombrío y húmedo calabozo en que yacía, cargado de cadenas y pálido por la enfermedad y la congoja. Le oía repetir su nombre con una voz que estremecía su corazón y levantar sus ojos al Cielo en silenciosa súplica; veía la angustia de su semblante y las lágrimas que caían lentamente por sus mejillas; y al recordar al mismo tiempo la generosa conducta que le había llevado a aquel abismo de desolación, y que era por ella por quien padecía, su dolor se convirtió en desesperación, sus lágrimas dejaron de fluir y se sumió silenciosamente en un estado terrible de apatía.

Al día siguiente llegó el Marqués y se marchó como en anteriores ocasiones. Pasaron varios días sin que apareciera, hasta que una tarde, mientras La Motte y su esposa se hallaban en su habitual sala de estar, entró y conversó con ellos durante algún tiempo sobre temas generales, hasta que poco a poco fue abstrayéndose y, después de un intervalo de silencio, se levantó y llevó a La Motte junto a la ventana.

—Querría hablar con vos a solas —dijo—, si estáis desocupado; si no, lo haremos en otra ocasión.

Tras asegurarle que nada tenía que hacer, La Motte quiso conducirlo a otra habitación, pero el Marqués propuso dar un paseo por el bosque. Salieron juntos y cuando llegaron a un claro solitario, donde las tupidas ramas de las hayas y los robles intensificaban las sombras del crepúsculo y derramaban a su alrededor una oscuridad solemne, el Marqués se volvió a La Motte y le dirigió la palabra.

—Vuestra situación, La Motte, es bien triste; esta abadía es una residencia deprimente para un hombre como vos que ama la sociedad y ha nacido para adornarla.

La Motte se inclinó agradecido.

—Desearía que estuviese en mis manos el poder restituiros al mundo —continuó el Marqués—. Quizás si yo conociese los pormenores del asunto que os ha hecho retirar de él, podría servirlos eficazmente. Creo haberos oído insinuar que se trataba de un asunto de honor.

La Motte seguía callado.

—Sin embargo, no es mi intención angustiaros; ni es la simple curiosidad lo que me incita a haceros estas preguntas, sino un deseo sincero de ayudaros. Ya me habéis informado de algunas particularidades de vuestros infortunios. Creo que la liberalidad de vuestro temperamento os ha metido en unos gastos que habéis intentado recuperar me diante el juego.

—Sí, milord —dijo La Motte—, es cierto que he dilapidado la mayor parte de una abundante fortuna en excesos voluptuosos, y que después utilicé medios indignos para recuperarla, mas espero que me dispenséis por ello. Querría, si fuese posible, no

acordarme de un asunto que siempre será una mancha en mi reputación y cuyas rigurosas consecuencias, me temo, milord, no esté en vuestro poder atenuar.

—Podéis estar equivocados en ese punto —replicó el Marqués—. Mi crédito en la corte no es en modo alguno insignificante. No temáis ninguna censura de mi parte; no soy propenso a juzgar severamente las faltas de los demás. Sé perfectamente cómo tomar en consideración las circunstancias inesperadas; y pienso, La Motte, que hasta ahora no tenéis motivo para quejaros de mi amistad.

—En efecto, no lo tengo, milord.

—Y cuando recordéis que os he perdonado cierto asunto muy reciente...

—Eso es cierto, milord; y permitidme deciros que tengo una opinión justa de vuestra generosidad. El asunto al que aludís es con mucho el peor de mi vida; y lo que tengo que contaros no puede, por tanto, rebajarme en vuestra opinión. Cuando hube dilapidado la mayor parte de mis bienes en los placeres más voluptuosos, tuve que recurrir al juego para proporcionarme los medios de continuar con ellos. Una racha de buena suerte, durante algún tiempo, me permitió hacerlo, y creyendo que no me abandonaría jamás, continué del mismo modo.

»Poco después un repentino revés de fortuna destruyó todas mis esperanzas y me llevó a la más horrorosa de las miserias. En una sola noche vi reducida mi riqueza a la suma de doscientos luises^[68]. Decidí apostarlos también y con ellos mi vida, pues había resuelto no sobrevivir a su pérdida. Jamás olvidaré los horrores de aquel momento del que dependía mi destino, ni la angustia mortal que se apoderó de mi corazón cuando perdí mi última apuesta. Permanecí por algún tiempo estupefacto hasta que, al darme cuenta de mi infortunio, mi cólera me hizo verter una sarta de execraciones contra mis rivales más afortunados y me entregué al frenesí de la desesperación. Durante aquel paroxismo de locura, un caballero, que había estado observando en silencio todo lo que pasaba, se acercó a mí.

»—Habéis sido poco afortunado, señor —me dijo.

»—No necesito que me lo digáis, señor —le respondí.

»—Es posible que os haya maltratado la fortuna —prosiguió.

»—Sí, señor, estoy arruinado y por tanto puede decirse que he sido maltratado.

»—¿Conocéis a las personas con las que habéis jugado?

»—No; pero las conocí en las altas esferas.

»—Entonces, probablemente estoy equivocado —dijo, y se marchó.

»Sus últimas palabras me animaron e hicieron nacer en mí alguna esperanza de que no había perdido honradamente mi dinero. Deseando saber más, busqué al caballero, mas había abandonado aquellos aposentos. Contuve, no obstante, mis arrebatos y volví a la mesa en donde había perdido el dinero; me puse detrás de la silla de una de las personas que me lo habían ganado y observé el juego de cerca. Durante algún tiempo no vi nada que pudiese confirmar mis sospechas, mas al final me convencí de que eran correctas.

»Cuando se acabó el juego hice salir de la sala a uno de mis adversarios y,

contándole lo que había observado, le amenacé con descubrirle inmediatamente si no me devolvía mi dinero. El hombre se mostró por algún tiempo tan firme como yo y, en tono fanfarrón, me amenazó que me arrepentiría de mis calumniosas afirmaciones. Sin embargo, yo no estaba en un estado de ánimo en que pudiera asustarme fácilmente y sus modales únicamente sirvieron para exasperar mi cólera, ya bastante inflamada por el infortunio. Después de devolverle sus amenazas, estaba a punto de regresar al aposento que acabábamos de dejar y exponer lo que había pasado, cuando, con una sonrisa insidiosa y una voz suave, me suplicó que le concediese unos minutos y le permitiese hablar con su pareja de juego. Vacilé en concederle aquella última petición, mas entre tanto entró en la sala el citado caballero. Su compañero le contó en pocas palabras lo que había pasado entre nosotros y el terror que apareció en su rostro proclamó suficientemente su culpabilidad.

»Entonces se apartaron y hablaron en privado durante unos pocos minutos, después de los cuales se acercaron a mí ofreciéndome llegar a un arreglo, así lo llamaron. No obstante, me pronuncié en contra de cualquier cosa por el estilo y juré que únicamente me conformaría si me devolvía la suma completa de dinero que había perdido.

«—¿No sería posible, monsieur, que aceptaseis algo igual de ventajoso que la suma total?

»No entendí lo que quería decir, pero después de continuar durante algún tiempo con indirectas parecidas, pasaron a explicarse.

»Viendo que su reputación estaba enteramente en mis manos, quisieron atraerme a su causa y por tanto, después de informarme de que pertenecían a una asociación de personas que vivían de la locura e inexperiencia de los demás, me ofrecieron una participación en sus ganancias. Dado que mi fortuna se encontraba en situación desesperada, la proposición que me hacían no sólo me proporcionaría un suministro inmediato, sino que me permitiría volver a aquellos escenarios de placer disipado a los que me ligaron primero mis pasiones y después un prolongado hábito. Acepté el ofrecimiento y de ese modo pasé de la disipación a la infamia.

La Motte hizo una pausa, como si el recuerdo de aquellos tiempos le hubiese colmado de remordimientos. El Marqués comprendió lo que debía de sentir.

—Os juzgáis con excesivo rigor —dijo—. Pocas personas, cualquiera que sea la apariencia de honradez que manifiesten, hubieran actuado de forma distinta a la vuestra en semejantes circunstancias. Si yo me hubiese encontrado en vuestra situación, no sé cómo habría obrado. Esa rígida virtud que os condena puede dignificarse a sí misma apelando a la sabiduría; mas no me gustaría poseerla; que siga permaneciendo donde generalmente se la encuentra: en los pechos desapasionados de aquellos que, faltos de sensibilidad para ser hombres, se honran a sí mismos con el título de filósofos. Mas os suplico que prosigáis.

—Nuestro éxito fue ilimitado durante algún tiempo, ya que controlábamos la rueda de la fortuna y no nos Piábamos de sus caprichos. Dada mi naturaleza

irreflexiva y voluptuosa, mis gastos siguieron el mismo ritmo que mis ingresos. Finalmente un joven noble descubrió por desgracia las prácticas de nuestra asociación, lo que nos obligó a actuar durante algún tiempo con la mayor circunspección. Sería fastidioso entrar en detalles, pero al fin nos hicimos tan sospechosos que la distante cortesía y la fría reserva de nuestras amistades nos hicieron penosa e inútil la frecuentación de las reuniones mundanas. Decidimos utilizar otros medios para conseguir dinero, y una estafa de una suma considerable, en la que me vi envuelto, pronto me obligó a abandonar París. Ya sabéis el resto, milord.

La Motte se calló y el Marqués continuó meditando durante algún tiempo.

—Ya veis, milord —prosiguió finalmente La Motte—, que mi caso es desesperado.

—Desde luego es grave, pero no completamente desesperado. Por mi vida que os compadezco. Sin embargo, si volviéseis al mundo, afrontando el peligro de un procesamiento, pienso que el crédito que yo gozo con el Ministro podría libraros de un castigo riguroso. Parece, no obstante, que habéis perdido el gusto por la sociedad, y tal vez no deseéis volver a ella.

—¡Oh, milord! ¿Cómo podéis dudar de eso?... Mas estoy abrumado por vuestro exceso de bondad. Ojalá pluguiese al Cielo que estuviera en mis manos probaros la gratitud que ella me inspira.

—No habléis de bondad —dijo el Marqués—. No voy negar que el deseo que tengo de ayudaros sea hasta cierto punto egoísta. No pretendo ser más que un hombre, estad seguro de que los que lo pretenden lo son menos. En vuestra mano está el demostrar vuestra gratitud y el vincularme para siempre a vuestros intereses.

Hizo una pausa.

—Decidme únicamente lo que queréis —gritó La Motte—. Sólo lo que queréis y, si está dentro de mis posibilidades, lo llevaré a cabo.

El Marqués siguió callado.

—¿Por qué continuáis en silencio, milord? ¿Acaso dudáis de mi sinceridad? ¿Teméis fiaros de un hombre que os está ya tan obligado que no vive sino por vuestra misericordia y casi de vuestros recursos?

El Marqués le miró seriamente, pero siguió sin hablar.

—No me merezco eso de vuestra parte, milord; hablad, os lo suplico.

—Existen ciertos prejuicios vinculados a la mente humana —dijo el Marqués en voz baja y con un tono solemne—, que requieren toda nuestra sabiduría si queremos impedir que interfieran con nuestra felicidad. Ciertas nociones adquiridas en nuestra infancia y apreciadas involuntariamente por la edad, que crecen y se arrogan un lustre tan plausible que pocas mentes, en lo que llamamos países civilizados, pueden después superarlas. La verdad es a menudo pervertida por la educación. Mientras los refinados europeos se jactan de sus normas de honor y de la sublimidad de la virtud, que a menudo les conduce del placer a la infelicidad y de la naturaleza al error, el sencillo e ignorante americano sigue el impulso de su corazón y obedece a la

inspiración de la sabiduría^[69].

El Marqués se detuvo y La Motte continuó a la escucha con apremiante expectación.

—En todas partes la naturaleza, que no está contaminada por falsos refinamientos —prosiguió el Marqués—, actúa del mismo modo en los grandes acontecimientos de la vida. El indio descubre que su amigo es un pérfido, y le mata; el salvaje asiático hace lo mismo; el turco, cuando le inflama la ambición, o la venganza le provoca, satisface su pasión a costa de la vida y no le llama a eso asesinato^[70]. Incluso el refinado italiano, enloquecido por los celos, o tentado por la perspectiva de obtener grandes beneficios, saca su estilete para lograr su propósito^[71]. La primera prueba de un espíritu superior consiste en liberarse de los prejuicios de su país, o de la educación. ¿No decís nada, La Motte? ¿No sois de mi opinión?

—Escucho, milord, vuestro *razonamiento*.

—Existen personas, repito —dijo el Marqués—, de mentes tan débiles, que no se atreven a hacer ciertas cosas que están acostumbrados a considerar nocivas, por muy ventajosas que puedan serles. Jamás se dejan llevar por las circunstancias, sino que adoptan un plan de vida constante, del que bajo ningún concepto se separan. El instinto de conservación es la gran ley de la naturaleza; cuando un reptil nos ataca, o un animal de presa nos amenaza, no pensamos más que en aniquilarlo por todos los medios. Cuando mi vida, o lo que puede ser esencial para ella, o incluso alguna pasión irresistible, requiere el sacrificio de otra persona, sería un insensato si dudara. Creo, La Motte, que puedo confiar en vos... Hay formas de hacer determinadas cosas... vos ya me comprendéis. Existen momentos, circunstancias y oportunidades... Ya sabéis lo que quiero decir.

—Explicaos, milord.

—Hay servicios amistosos que... en una palabra, hay servicios que suscitan nuestra gratitud y que no podemos pensar en devolver nunca. En vuestras manos está ponerme en semejante situación.

—¡Desde luego, milord! Decidme cómo.

—Ya os lo he dicho. Esta abadía sirve a nuestros propósitos; está al abrigo de cualquier observación; entre estos muros se puede ocultar cualquier transacción; a media noche se puede hacer cualquier cosa, que la alborada no la revelará; estos bosques son muy discretos. ¡Ay, La Motte! ¿Hago bien en confiaros este asunto? ¿Puedo creer que deseáis servirme y protegeros?

El Marqués calló y miró fijamente a La Motte, cuyo semblante estaba casi oculto por la penumbra del atardecer.

—Milord, podéis confiar en mí para cualquier cosa. Explicaos con mayor claridad.

—¿Qué garantía me dais de vuestra fidelidad?

—Mi vida, milord. ¿Acaso no está ya en vuestras manos?

El Marqués dudó un momento y luego dijo:

—Mañana, como a esta hora, volveré a la abadía y entonces os explicaré mi propósito, si realmente no lo habéis adivinado ya. Entre tanto considerad si estáis plenamente decidido y a la vez preparado para aceptar la proposición que tengo que haceros.

La Motte contestó confusamente.

—Id con Dios, hasta mañana —dijo el Marqués—. Recordad que tenéis ante vos la libertad y la abundancia.

Al llegar a la abadía, el Marqués montó a caballo y se alejó con su comitiva. La Motte caminó lentamente hacia su casa, meditando sobre esta última conversación.

FIN DEL VOLUMEN II

VOLUMEN III

CAPÍTULO XV

Peligro, ¿qué ojo mortal mirar puede
Fijamente sus miembros gigantescos?
¡Esa forma espantosa que acecha su paso
Aullando entre la tormenta de medianoche!
[...]
Y a él se unen miles de fantasmas,
¡Que incitan a la acción a la condenada mente!
[...]
Seguidos de cerca por esa voraz progenie del Hado,
Que la sangre de la Pena sorbe;
Miedo, ¿quién puede ver ese horroroso séquito,
Y no parecer terriblemente extraviado como tú?

COLLINS^[72]

EL Marqués fue puntual. La Motte le recibió junto a la verja de entrada, pero él declinó entrar y dijo que prefería un paseo por el bosque. Por tanto La Motte le acompañó hasta allí.

—Y bien —dijo el Marqués después de un rato hablando de temas generales—, ¿habéis pensado en lo que os dije?, ¿estáis preparado para tomar una decisión?

—Lo estoy, milord. Me decidiré inmediatamente, en cuanto os hayáis explicado. Hasta entonces no puedo tomar ninguna resolución.

El Marqués pareció contrariado y se calló un momento.

—¿Es posible —añadió finalmente— que no me hayáis comprendido? Esa ignorancia es sin duda fingida. La Motte, sed franco. ¿Es necesario que os diga más?

—Lo es, milord —dijo La Motte inmediatamente—. Si teméis confiaros a mí francamente, ¿cómo puedo llevar a cabo vuestro propósito?

—Antes de ir más lejos —dijo el Marqués—, permitidme que os tome juramento de que me guardaréis el secreto. Sin embargo, no creo que sea necesario, pues aunque dudara de vuestra palabra de honor, el recuerdo de cierto asunto os advertiría de la necesidad que tenéis de guardar silencio, como debéis querer que haga yo.

Siguió un intervalo de silencio, durante el cual el Marqués y La Motte dieron muestras de cierto desconcierto.

—Creo, La Motte —dijo el Marqués—, que os he dado pruebas suficientes de que puedo ser generoso: los servicios que me habéis prestado ya con respecto a Adeline no han quedado sin recompensa.

—Cierto, milord, gustosamente lo reconozco, y siento que no haya estado en mis manos el poder servirlos más eficazmente. Estoy dispuesto a tomar parte en vuestros próximos planes con respecto a ella.

—Os lo agradezco... Adeline...

El Marqués dudó por un momento.

—Adeline —prosiguió La Motte, ansioso de anticiparse a sus deseos— es de un belleza merecedora de que la persigáis. Ha hecho nacer en vos una pasión de la que debería enorgullecerse, y en todo caso pronto será vuestra. Sus encantos son dignos de...

—Sí, claro —interrumpió el Marqués—. Mas... —se detuvo.

—Mas su persecución os ha causado bastantes problemas —dijo La Motte—. Y por supuesto, milord, hay que confesar que así ha sido. Pero esos problemas han terminado... ahora podéis considerarla como vuestra.

—Eso quisiera —dijo el Marqués, mirando atentamente a La Motte—. Eso quisiera.

—Fijad la hora, milord; no seréis interrumpidos... Una belleza como la de Adeline...

—Vigiladla estrechamente —interrumpió el Marqués— y no permitáis de ningún modo que salga de su aposento. ¿Dónde está ahora?

—Confinada en su cuarto.

—Muy bien. Pero estoy impaciente.

—Fijad una hora, milord... mañana por la noche.

—*Mañana* por la noche —dijo el Marqués—, mañana por la noche. ¿Me entendéis ahora?

—Sí, milord, esta noche, si ese es vuestro deseo. No obstante, ¿no haríais mejor en dar permiso a vuestros criados y quedaros en el bosque? Ya conocéis la puerta de la torre occidental que da al bosque. Hallaos allí a las doce... os estaré esperando para conducirlos a su cuarto. Acordaos, pues, milord, de que esta noche...

—¡Adeline ha de morir! —interrumpió el Marqués en voz baja, apenas humana—. ¿Me entendéis ahora?

La Motte retrocedió horrorizado.

—¡Milord!

—¡La Motte! —dijo el Marqués.

Hubo un silencio de varios minutos, durante el cual La Motte trató de recobrar.

—Permitidme, milord —dijo, cuando recobró el aliento y pudo hablar— que os pregunte qué significa eso. ¿Porqué deseáis la muerte de Adeline... a quien tan recientemente amabais?

—No me preguntéis el motivo —dijo el Marqués—. Mas, tan cierto como que estoy vivo, la que acabáis de nombrar debe morir. Con eso basta.

La sorpresa de La Motte igualó a su horror.

—Hay diferentes modos de hacerlo —continuó el Marqués—. Hubiera deseado que no se derramara sangre; hay drogas de efecto seguro y rápido, pero no podemos obtenerlas sin riesgo y necesitaríamos tiempo para ello. Además, deseo que este asunto se termine pronto... Debe hacerse rápidamente... esta noche.

—¿Esta noche, milord?

—Sí, esta noche, La Motte. Si ha de hacerse, ¿por qué diferirlo? ¿No tenéis a

mano alguna droga apropiada?

—Ninguna, milord.

—No me he atrevido a confiar en una tercera persona —dijo el Marqués—, de lo contrario lo habría hecho. Pero tal como están las cosas, tomad este puñal; usadlo cuando la ocasión se presente, mas tened firmeza.

La Motte recibió el puñal con mano temblorosa y lo miró durante algún tiempo, sin saber apenas lo que hacía.

—Empuñadlo —dijo el Marqués— y tratad de tranquilizaros.

La Motte obedeció, pero siguió meditando en silencio.

Se vio atrapado en la tela de araña que sus propios crímenes habían tejido. Estando en poder del Marqués, sabía que tenía que consentir en la comisión de un nuevo delito, cuya enormidad le horrorizaba por muy depravado que fuese, o sacrificaría su fortuna, su libertad y probablemente su vida si trataba de negarse. Poco a poco había sido conducido desde la locura al vicio y ahora veía ante sí un abismo de culpa que hubiera aterrado incluso a una conciencia por mucho tiempo inactiva. Retroceder era una medida desesperada... aunque también lo era seguir adelante.

Cuando consideraba la inocencia y el desamparo de Adeline, su orfandad, su conducta afectuosa y su confianza en la protección que él le brindaba, su corazón se compadecía de la congoja que ya le había causado y se estremecía de terror por la acción que estaba obligado a cometer. Mas, por otra parte, cuando pensaba en la amenaza para su vida que representaba la venganza del Marqués, y consideraba las ventajas que se le ofrecían de favor, libertad y probablemente fortuna, el terror y la tentación contribuían a superar la súplica humanitaria y acallar la voz de la conciencia. En aquel estado de agitación e incertidumbre continuó callado durante algún tiempo, hasta que la voz del Marqués le convenció de la necesidad de aparentar al menos que aceptaba sus designios.

—¿Dudáis? —dijo el Marqués.

—No, milord; mi resolución está tomada... Os obedeceré. Mas me parece que sería mejor evitar el derramamiento de sangre. Secretos bien guardados han sido revelados por...

—Sí, mas ¿cómo evitarlo? —interrumpió el Marqués—. No *me* expondré a procurarme un veneno. Os he dado un instrumento seguro de muerte. A vos también os resultaría peligroso buscar una droga.

La Motte sabía perfectamente que no podía comprar veneno sin incurrir en un peligro mucho mayor que el que quería evitar.

—Tenéis razón, milord; seguiré vuestras órdenes exactamente.

El Marqués continuó entonces, con frases interrumpidas, dándole más instrucciones con respecto a aquel plan espantoso.

—Mientras duerme —dijo—. A media noche. Entonces todos estarán acostados.

Después planearon una historia para justificar su desaparición, mediante la cual pareciera que se había fugado como consecuencia de su aversión a las peticiones del Marqués. Iban a dejar abiertas las puertas de su cuarto y de la torre occidental para corroborar esa historia, y tenían que idear otras muchas circunstancias que confirmaran aquella sospecha. También discutieron el modo en que el Marqués sería informado del suceso, y se convino en que, como de costumbre, iría a la abadía al día siguiente.

—*Esta noche, entonces* —dijo el Marqués—. ¿Puedo contar con vuestra resolución?

—Podéis, milord.

—Id con Dios, pues. Cuando nos volvamos a ver...

—Cuando nos volvamos a ver —dijo La Motte— el asunto estará concluido.

Siguió al Marqués hasta la abadía y, después de verle montar a caballo y desearle buenas noches, se retiró a su cuarto y se encerró.

Entre tanto Adeline, en la soledad de su prisión, se abandonaba a la desesperación que su situación le provocaba. Trataba de coordinar sus ideas y de persuadirse a sí misma de que debía resignarse; mas la reflexión, recordándole el pasado, y la razón,

anticipándole el futuro, traían a su mente un cuadro completo de sus infortunios y acabó sumida en el desaliento. No podía pensar en Théodore, cuya conducta tan noble había demostrado su afecto por ella y le había ocasionado su propia perdición, sin experimentar una cierta angustia infinitamente superior a cualquier otra que hubiera sentido en otras ocasiones.

Que los esfuerzos que habían merecido toda su gratitud y suscitado toda su ternura fueran la causa de su perdición, era una circunstancia que superaba tanto los límites ordinarios de la desgracia que inmediatamente su entereza se vino abajo. La idea de Théodore padeciendo... Théodore moribundo... estaba siempre presente en su imaginación y, excluyendo frecuentemente la sensación de sus propios peligros, no la dejaba pensar más que en los de él. A veces retornaba la esperanza que él le había dado de que podría justificar su conducta, o al menos obtener un perdón; mas era como un débil rayo de sol en una mañana de abril, transitoria y melancólica. Pues sabía que el Marqués, acuciado por los celos y exasperado por vengarse, lo perseguiría con implacable rencor.

¿Qué podía oponer Théodore frente a semejante enemigo? La rectitud de sus intenciones no podía servirle para parar el golpe que le asestaban la pasión defraudada y el orgullo desmedido. Su congoja aumentaba considerablemente al pensar que no podía llegarle a la abadía ninguna noticia de él y que debía permanecer, no sabía cuánto tiempo, en la incertidumbre más espantosa con respecto a su suerte. No veía ninguna posibilidad de escapar de la abadía. Estaba prisionera en un cuarto, con todas sus salidas vigiladas; no tenía oportunidad de conversar con persona alguna que pudiera proporcionarle la menor esperanza de ayuda, y se veía condenada a esperar pasivamente en silencio su inminente destino, infinitamente más terrible a su imaginación que la muerte misma.

En semejantes circunstancias, sucumbió bajo el peso de sus infortunios: permaneció horas enteras sentada e inmóvil, absorta en sus reflexiones.

—Théodore —exclamaba frecuentemente—, no podéis oír mi voz, no podéis venir corriendo en mi ayuda; estáis también prisionero y encadenado.

El cuadro era demasiado horrible. La exaltada angustia de su corazón ahogaba su voz... las lágrimas la bañaban... En fin, era insensible a cualquier otra cosa que no fuera la desgracia de Théodore.

Aquella tarde su mente había estado extraordinariamente tranquila y, mientras contemplaba desde su ventana con suave y melancólico placer la puesta de sol, el resplandor evanescente del horizonte a poniente y la gradual cercanía del crepúsculo, sus pensamientos la retrotrajeron a un tiempo en que, en circunstancias más felices, había contemplado las mismas vistas. Se acordaba también de la tarde de su fuga temporal de la abadía, cuando desde aquella misma ventana había visto el sol declinante... ¡Con cuánta inquietud había esperado la caída del crepúsculo!... ¡Cuánto se había esforzado por anticiparse a los acontecimientos de su vida futura!... ¡Con qué miedo había descendido temblorosa de la torre y se había aventurado en el

bosque! Aquellas reflexiones produjeron otras que llenaron su corazón de angustia y sus ojos de lágrimas.

Mientras estaba absorta en aquellos tristes pensamientos vio al Marqués que montaba a caballo y se marchaba de la abadía. Al verlo revivió en ella, en toda su fuerza, el recuerdo del sufrimiento que le había infligido a Théodore y la conciencia de los males que le amenazaban más directamente. Se apartó de la ventana derramando un torrente de lágrimas que acabaron por dejarla completamente exhausta, por lo que se retiró temprano a dormir.

La Motte permaneció en su cuarto hasta la hora de la cena, en que estaba obligado a bajar. Sentado a la mesa, su aspecto enfurecido y macilento que, pese a todos sus esfuerzos, demostraba el desorden de su alma, y sus largos y frecuentes ataques de ensimismamiento, sorprendieron y también alarmaron a Madame La Motte. Cuando Peter abandonó la habitación, le preguntó a su esposo con ternura qué era lo que le turbaba, y con una sonrisa fingida él trató de mostrarse contento, mas no pudo y rápidamente volvió a su silencio. Y cuando Madame le hablaba, él procuraba ocultar su distracción y contestaba alejándose tanto del tema que su ensimismamiento parecía más evidente. Al observar eso, Madame La Motte aparentó no darse cuenta de su actual malhumor y ambos continuaron sentados en silencio, sólo interrumpido a la hora de acostarse, cuando se retiraron a su cuarto.

La Motte yació durante algún tiempo inquieto y desvelado y sus frecuentes sobresaltos despertaron a su esposa que, tranquilizada con alguna excusa insignificante, pronto volvía a dormirse. Aquel nerviosismo continuó hasta cerca de la media noche cuando, recordando que estaba gastando en reflexiones ociosas un tiempo que debía dedicar a la acción, salió sigilosamente de la cama, se cubrió con su camisa de dormir y, tomando la lámpara que permanecía toda la noche encendida en su cuarto, se dirigió a la escalera de caracol. Mientras iba hacia allí se volvía frecuentemente a mirar atrás y a menudo se sobresaltaba al oír el triste susurrar del viento.

Cuando intentó abrir la puerta del cuarto de Adeline, su mano tembló con tal violencia que se vio obligado a dejar la lámpara en el suelo para servirse de ambas manos. El ruido que hizo con la llave le indujo a suponer que debía haber despertado a Adeline; pero cuando abrió la puerta y comprobó la tranquilidad que reinaba en el interior se convenció de que seguía durmiendo. Al acercarse a la cama la oyó respirar suavemente y poco después suspirar... y se detuvo; no obstante, como todo volvía a estar en silencio, siguió adelante y la oyó cantar en sueños. Al aplicar el oído distinguió unas cuantas notas de una melancólica cancioncilla que ella le había cantado en días más felices. Los débiles y tristes acentos con que se expresaba demostraban el estado de abatimiento de su alma.

La Motte se acercó entonces precipitadamente a la cama; ella dio un profundo suspiro y de nuevo renació el silencio. Descorrió la cortina y la vio profundamente dormida, con el rostro todavía húmedo por las lágrimas derramadas, apoyado sobre el

brazo. Permaneció un rato mirándola; y mientras contemplaba su inocente y hermoso semblante, y su palidez pesarosa, la luz de la lámpara le dio de lleno en los ojos y la despertó y, al ver a un hombre cerca de ella, profirió un grito. Cuando recuperó la conciencia, reconoció a La Motte y, creyendo que el Marqués no estaría lejos, se levantó de la cama y le imploró compasión y protección. La Motte la miró atentamente, mas no dijo nada.

Su mirada extraviada y el lúgubre silencio que observaba aumentaron los temores de Adeline, que volvió a suplicarle con lágrimas de terror en los ojos.

—Vos me salvasteis ya una vez —gritó—. ¡Salvadme ahora! Tened piedad de mí... no tengo otro protector que vos.

—¿De qué tenéis miedo? —dijo La Motte en un tono apenas articulado.

—¡Oh, salvadme... salvadme del Marqués!

—Levantaos entonces —dijo él— y vestíos rápidamente... Estaré de vuelta dentro de unos minutos.

Luego encendió una vela que había sobre la mesa y salió del cuarto. Adeline se levantó inmediatamente y trató de vestirse; mas estaba tan desconcertada que apenas sabía lo que hacía, y la agitación en todo su cuerpo era tan grande que varias veces estuvo a punto de desmayarse. Se vistió precipitadamente y luego se sentó a esperar el regreso de La Motte.

Transcurrió bastante tiempo, pero él no aparecía; y habiéndose esforzado inútilmente en recobrar el ánimo, se le hizo tan insoportable aquella cruel incertidumbre que abrió la puerta de su cuarto y se dirigió a lo alto de la escalera de caracol para escuchar. Creyó oír voces abajo; mas, considerando que si el Marqués la encontrase allí, su presencia sólo serviría para aumentar el peligro que se cernía sobre ella, contuvo el paso que involuntariamente estuvo a punto de dar para bajar. Siguió escuchando y de nuevo creyó oír voces. Poco después oyó cerrar una puerta y a continuación unos pasos; de modo que se apresuró a regresar a su cuarto.

Pasó casi un cuarto de hora y La Motte seguía sin aparecer. De nuevo creyó oír un murmullo de voces abajo y también pasos; y finalmente, como su inquietud no le permitía permanecer por más tiempo en su habitación, salió a la galería que comunicaba con la escalera de caracol; pero todo seguía en silencio. Sin embargo, poco después vio el resplandor de una luz que atravesaba la sala y apareció La Motte por la puerta de la habitación abovedada. Miró hacia arriba y, viendo a Adeline en la galería, le hizo señas para que bajase.

La joven dudó un momento y miró hacia su cuarto; pero La Motte se aproximó a la escalera y ella salió a su encuentro con pasos titubeantes.

—Tengo miedo de que el Marqués me vea —dijo ella en voz baja—. ¿Dónde está?

La Motte la tomó de la mano y se la llevó de allí, asegurándole que nada tenía que temer del Marqués. Sin embargo, el extravío de su mirada y el temblor de su mano parecían contradecir esa seguridad, y le preguntó adónde la conducía.

—Al bosque —dijo La Motte—, para que podáis escapar de la abadía... un caballo os espera fuera. No tengo otro medio de salvaros.

Un nuevo terror se apoderó de Adeline. Apenas podía creer que La Motte, que hasta entonces había conspirado con el Marqués y la había confinado en su cuarto, se encargara ahora de hacerla escapar; de modo que tuvo el horroroso presentimiento, imposible de explicar, de que la llevaba al bosque para asesinarla. De nuevo retrocedió y le suplicó misericordia. La Motte le aseguró que únicamente quería protegerla y le rogó que no perdiese tiempo.

Algo en sus modales le decía que hablaba sinceramente, por lo que permitió que la llevase a una puerta lateral que daba al bosque, donde en medio de la oscuridad pudo distinguir a un hombre a caballo. Aquello trajo a su memoria la noche en que al salir de la tumba, confiando en una persona que allí apareció, fue conducida a la villa del marqués. La Motte llamó y le contestó Peter, cuya voz tranquilizó un poco a Adeline.

Entonces le dijo que el Marqués regresaría a la abadía a la mañana siguiente y que esa podía ser la única posibilidad que se le presentase de escapar a sus designios; que podía contar con su palabra, que Peter había recibido instrucciones para llevarla a donde quisiera, pero que, como sabía que el Marqués la buscaría incansablemente, le aconsejaba que abandonase el reino a toda costa, lo que no le resultaría difícil con la ayuda de Peter, que era natural de Saboya y la llevaría a casa de su hermana. Allí podía permanecer hasta que él se reuniera con ella, ya que no creía que fuese prudente quedarse más tiempo en Francia^[73]. Le rogó que cualquiera que fuese lo que pudiera suceder, jamás mencionase lo que había pasado en la abadía.

—Arriesgo mi vida por salvaros, Adeline; no aumentéis mi peligro ni el vuestro con revelaciones innecesarias. Puede que no volvamos a vernos, mas espero que seáis feliz; y recordad, cuando penséis en mí, que no soy tan malo como me he visto obligado a ser.

Después de decir eso, le dio algo de dinero, que necesitaría para costear los gastos del viaje. Adeline ya no podía seguir dudando de su sinceridad, sin embargo, su excesiva alegría apenas le permitió darle las gracias. Hubiera querido despedirse de Madame La Motte y, en efecto, lo solicitó encarecidamente; mas él volvió a decirle que no tenía tiempo que perder y, después de envolverla en una capa, la subió al caballo. Adeline se despidió con lágrimas de gratitud y Peter partió lo más rápido que la oscuridad le permitió.

—Me alegro de todo corazón, ma'mselle —dijo Peter, cuando se hallaron a alguna distancia—, de volver a veros. ¡Quién hubiera pensado, después de todo, que mi amo fuera a ordenarme que os sacara de aquí!... Por supuesto, ocurren cosas extrañas; aunque espero que esta vez tengamos más suerte.

No queriendo echarle en cara la traición de la que le creía culpable, Adeline le dio las gracias por sus buenos deseos y le dijo que esperaba que en adelante fuesen más afortunados; mas Peter, con su habitual tendencia a la elocuencia, acabó por

desengañarla sobre aquel punto, poniéndola al corriente de todas las circunstancias que su memoria, por lo general bastante buena, fue capaz de proporcionarle.

Peter manifestó un interés tan sincero en su bienestar y tal preocupación por su decepción, que Adeline no pudo seguir dudando de su fidelidad; y esa convicción no sólo aumentó su confianza en el plan de fuga, sino que hizo que escuchase su conversación con amabilidad y placer.

—No habría permanecido en la abadía hasta ahora —dijo Peter—, si hubiese podido marcharme; pero mi amo me asustó tanto con el Marqués que, no teniendo dinero suficiente para regresar a mi país, me vi obligado a quedarme. Menos mal que tenemos algunos luses de oro, pues dudo, ma'mselle, que la gente con la que nos encontremos en nuestro camino nos hubiese proporcionado dinero a cambio de esas baratijas de las que me hablasteis.

—Quizás no —dijo Adeline—. Agradezco a Monsieur La Motte que nos haya dado mejores medios de procurarnos todo lo que necesitemos. ¿Qué camino tomarás cuando salgamos del bosque?

Peter indicó exactamente una gran parte del camino que conduce a Lyon.

—Y después —dijo— podremos ir fácilmente a Saboya, eso no será nada. Espero que mi hermana, ¡Dios la bendiga!, esté aún viva; no la he visto desde hace muchos años; pero si no lo está, las gentes del pueblo se alegrarán de verme y vos, ma'mselle, hallaréis alojamiento fácilmente y todo cuanto deseáis.

Adeline decidió irse con él a Saboya. La Motte, que conocía el carácter y los planes del Marqués, le había aconsejado que abandonase el reino, diciéndole lo que ella se temía: que el Marqués la buscaría incansablemente. Aquel consejo debía de estar motivado por su deseo de ayudarla; de otro modo, ¿por qué llevarla a otro lugar e incluso proporcionarle dinero para los gastos del viaje, si ya se encontraba en su poder?

Era muy probable que hallaría protección y bienestar en Leloncourt, donde Peter decía ser muy conocido, aun cuando su hermana hubiese muerto; y su lejanía y su situación aislada eran circunstancias que le agradaban. Aquellas reflexiones le indicaban lo prudente que era seguir hasta Saboya, aunque estuviera más desvalida que en Francia; en su situación actual resultaba necesario.

Hizo más preguntas sobre el camino que iban a tomar, queriendo saber si Peter lo conocía suficientemente.

—Una vez que lleguemos a Thiers lo conozco bastante bien —dijo Peter—, pues he estado muchas veces en mis años jóvenes, y cualquiera nos dirá cómo ir hasta allí.

Viajaron durante varias horas en silencio y a oscuras y, hasta que no salieron del bosque, no vio Adeline los primeros rayos matutinos traspasando las nubes por el este. Su vista la reanimó y, mientras avanzaba en silencio, reflexionó sobre los sucesos de la noche pasada e ideó planes para el futuro. La amabilidad actual de La Motte parecía tan diferente de su conducta anterior que le asombraba y le dejaba perpleja, y sólo podía explicarla atribuyéndola a uno de esos repentinos impulsos

humanitarios que a veces afloran incluso en los corazones más depravados.

Mas cuando recordaba sus primeras palabras, «que no era dueño de sus propias acciones», apenas podía creer que la sola piedad le hubiese inducido a romper unos vínculos que hasta entonces había mantenido drásticamente; y entonces, considerando el cambio de conducta del Marqués, estaba inclinada a pensar que debía su libertad a algún cambio en sus sentimientos hacia ella; no obstante, el consejo que La Motte le había dado de que abandonara el reino, y el dinero que le había suministrado para ese fin, parecían contradecir esa opinión y le suscitaban nuevas dudas.

Peter se informó del camino a Thiers, adonde llegaron sin problemas y se detuvieron a descansar. Tan pronto como Peter creyó que el caballo había descansado bastante, se pusieron de nuevo en camino y, desde las fértiles llanuras lionesas, Adeline pudo vislumbrar por vez primera los lejanos Alpes, cuyas cimas majestuosas, que parecían sostener la bóveda del cielo, colmaron su alma de emociones sublimes.

En pocas horas llegaron al valle, en donde se halla la ciudad de Lyon, cuyos bellos alrededores, salpicados de villas y de fértiles cultivos, le hicieron olvidar su triste situación y su inquietud todavía más insoportable por Théodore.

Cuando llegaron a la atareada ciudad, lo primero que hicieron fue informarse de cómo pasar el Ródano; mas Adeline se abstuvo de hacer preguntas a la gente de la posada, temiendo que si el Marqués le seguía la pista hasta allí pudieran indicarle el camino que ella había tomado. Por tanto, mientras ella tomaba una ligera comida, envió a Peter a los muelles para alquilar un barco, pues su intención era embarcarse inmediatamente. Peter no tardó en volver, habiendo alquilado un barco y hombres para llevarles Ródano arriba hasta el lugar más próximo a Saboya, desde donde seguirían por tierra hasta la aldea de Leloncourt.

Después de tomar un refrigerio, Adeline le ordenó que la condujese al barco. Una nueva e impresionante vista se ofreció entonces a sus ojos, que contemplaron sorprendidos el río lleno de barcos y el muelle cubierto de rostros ocupados; sentía vivamente el contraste entre los objetos risueños que la rodeaban... y su situación de huérfana, sin consuelo ni amigos, que huía de una persecución y de su país. Habló con el patrón de la embarcación y, en cuanto Peter regresó de la posada, adonde ella le había enviado para recoger su caballo (regalo de La Motte en pago de algunos atrasos de su salario), se embarcaron.

Mientras remontaban lentamente el Ródano, cuyas escarpadas riberas, coronadas de montañas, ofrecían la vista más variada, salvaje y romántica^[74], Adeline se sumió en la más profunda meditación. La novedad de aquel escenario a través del cual flotaba, que le hacía fruncir el ceño por su salvaje grandiosidad, o sonreír por su fertilidad^[75] y sus alegres y abundantes aldeas y pueblos, apaciguó su espíritu, y su congoja se tornó gradualmente en una dulce y desagradable melancolía^[76]. Se había sentado en la proa del barco y desde allí observaba cómo hendía la rápida corriente y oía el chapoteo de las aguas.

Oponiéndose con lentitud a la corriente, el barco siguió adelante durante varias horas y finalmente la noche extendió su velo sobre el paisaje. El tiempo era excelente y Adeline, insensible al rocío que entonces caía, permaneció al aire libre viendo obscurecerse los objetos a su alrededor, desvanecerse los últimos rayos de luz en el horizonte y aparecer gradualmente las estrellas, centelleando sobre el resplandeciente espejo de las aguas. La escena se sumió entonces en profundas sombras y el silencio sólo lo rompía el acompasado choque de los remos y, de cuando en cuando, la voz de Peter que hablaba a los marineros. Adeline estaba ensimismada: su imaginación realizaba lo desesperado de su situación.

Se hallaba rodeada de tinieblas y en la quietud de la noche, en un lugar desconocido, alejada de sus amigos, caminando sin saber adónde, guiada por forasteros, y tal vez perseguida por un enemigo inveterado. Se figuraba la rabia del Marqués cuando descubriera su fuga y, aunque sabía que era muy poco probable que la siguiera por el río, razón por la que había elegido ese modo de viajar, temblaba ante el cuadro que su imaginación le presentaba. Sus pensamientos recayeron entonces en el plan que debía adoptar al llegar a Saboya; y aunque su propia experiencia le había predispuesto en contra de la vida en un convento, no encontró otro lugar más apropiado que le proporcionara un refugio adecuado. Finalmente se retiró a un pequeño camarote para descansar unas horas.

Se despertó al amanecer y, hallándose demasiado turbada para volverse a dormir, se levantó y contempló la llegada gradual del día. Mientras meditaba, expresó sus sentimientos en aquel momento con el siguiente

SONETO

Al fin el alba los radiantes ojos abre,
Y el color enciende de la rosa,
Que agobiada por el rocío toda la noche,
Sus tonos velados por las gélidas sombras,
Reclinaba, desolada, la cabeza lánguida,
Buscando tristemente su lecho matriz;
De sus rayos el calor la trémula flor saca,
Y con un ligero rubor de lágrimas, revive.

«Al fin el alba los radiantes ojos abre»,
Y las lágrimas que comban la rosa funde;
Mas ¿acaso sus encantos el suspiro sofocar pueden,
O las lágrimas ahuyentar de los ojos del Pesar?
¿Puede impartir un rayo de paz
Toda su brillante luz al corazón del Pesar?
¡Ah, no! Su fuego su temerosa alma oprime...
¡Las solemnes sombras del crepúsculo su dócil congoja más bien aplacan!

Cuando Adeline abandonó la abadía, La Motte había permanecido algún tiempo junto a la verja, escuchando los pasos del caballo que la transportaba hasta que el sonido se perdió en la lejanía. Entonces regresó a la sala con una alegría en el corazón que hacía mucho que no experimentaba. La satisfacción de haberla protegido, como él esperaba, de los designios del Marqués le hizo olvidar el peligro a que le exponía aquel paso. Mas cuando reflexionó sobre su propia situación, el temor al rencor del Marqués se apoderó de su espíritu y pensó que lo mejor que podía hacer era escapar.

Era cerca de medianoche... y al Marqués se le esperaba al día siguiente temprano. Al principio le pareció probable el poder salir del bosque antes de su llegada. Sólo había un caballo y dudaba si sería mejor salir inmediatamente hacia Auboine, adonde podía procurarse un carruaje para trasladar a su familia y su mobiliario, o esperar tranquilamente la llegada del Marqués y tratar de hacerle creer una historia inventada sobre la fuga de Adeline.

El tiempo que necesitaría un carruaje para llegarse a la abadía apenas le permitiría escapar del bosque; el poco dinero que le quedaba de la gratificación del Marqués no le llevaría muy lejos; y cuando se le agotase no sabría cómo subsistir, si es que no le descubrían antes. Quedándose en la abadía parecería que no se daba cuenta de que se merecía el rencor del Marqués y, aunque no esperaba poder persuadirle de que había ejecutado sus órdenes, podía hacerle creer que Peter era el único cómplice de la fuga de Adeline, cosa tanto más probable cuanto que el criado ya había sido descubierto anteriormente en un plan similar. Por otra parte, pensaba que si el Marqués le amenazaba con entregarle a manos de la justicia, podía librarse intimidándole con revelar el crimen que le había encargado perpetrar.

Razonando así, La Motte decidió quedarse en la abadía y esperar a ver qué pasaba.

Cuando llegó el Marqués y fue informado de la fuga de Adeline, la cólera y la rabia que aparecieron en su semblante alarmaron y aterraron a La Motte durante algún tiempo. Se maldijo a sí mismo y a Adeline en unos términos tan groseros y agresivos que La Motte se asombró de oírlos en boca de un hombre cuyos *modales* eran por lo general amables, por muy violentas y criminales que fuesen sus pasiones. Inventar y proferir esas imprecaciones parecía no sólo proporcionarle alivio sino placer; no obstante parecía más indignado por la fuga de Adeline que irritado por el descuido de La Motte y, recordando finalmente que estaba perdiendo el tiempo, abandonó la abadía y envió varios criados en su persecución.

Luego que hubo partido, considerando La Motte que su historia había tenido éxito, se felicitó de nuevo por haber cumplido con su deber, con la esperanza de que Adeline se encontrase ya fuera del alcance de la persecución. Esa tranquilidad no le duró mucho. A las pocas horas regresó el Marqués, acompañado por varios oficiales de justicia. Al verlos acercarse el asustado La Motte trató de esconderse, mas fue detenido y conducido en presencia del Marqués, que le llevó aparte.

—No vais a engañarme —dijo— con unos cuentos tan ridículos como los que habéis inventado; ya sabéis que vuestra vida está en mis manos; decidme inmediatamente dónde habéis ocultado a Adeline, u os acusaré del crimen que habéis cometido contra mí; mas si me reveláis el sitio donde se oculta, despediré a los oficiales y, si así lo deseáis, os ayudaré a abandonar el reino. No tenéis tiempo para titubear; y sabed que nadie se burla de mí.

La Motte intentó apaciguar al Marqués, asegurándole que era verdad que Adeline se había fugado, pero que él no sabía a dónde había ido.

—Debéis recordar, milord, que vuestra reputación está también en mis manos; y que si lleváis las cosas al extremo, me veré obligado a revelar que pretendíais que cometiera un asesinato.

—¿Y quién os creerá? —dijo el Marqués—. Los crímenes que os han excluido de la sociedad no servirán precisamente de testimonio de vuestra veracidad, y este del que yo os acuso será suficiente para presumir que vuestra acusación es maliciosa. Oficiales, cumplid con vuestro deber.

Los oficiales entraron en la habitación y detuvieron a La Motte, a quien el terror privó de cualquier tipo de resistencia, que por otro lado hubiera sido inútil; y, en medio de la turbación que le embargaba, informó al Marqués de que Adeline había tomado el camino de Lyon. Esa confesión, sin embargo, era demasiado tardía para salvarle; el Marqués aprovechó la ventaja que se le ofrecía, mas la acusación ya se había hecho; y con la angustia de saber que había expuesto a Adeline sin sacar ningún provecho, La Motte aceptó su suerte sin decir nada. Sin darle apenas tiempo para llevarse consigo algunos efectos personales, los oficiales se lo llevaron de la abadía; aunque el Marqués, en consideración de la extrema aflicción de Madame La Motte, ordenó a uno de sus criados que se procurase un carruaje en Aubeine para que ella pudiese seguir a su esposo.

Entre tanto, enterado del camino tomado por Adeline, el Marqués envió por delante a su fiel ayuda de cámara para localizar el lugar en donde se ocultaba la joven, con la orden de regresar inmediatamente a la villa en cuanto obtuviese la información.

Entregados a la desesperación, La Motte y su esposa abandonaron el bosque de Fontangville, que durante tantos meses les había servido de refugio, y se embarcaron una vez más en ese mundo agitado en que la justicia se las vería con La Motte por sus antiguos crímenes, que les habían obligado a refugiarse en el bosque donde durante algún tiempo habían hallado la seguridad que buscaban. Mas no tardaron en imputarle nuevos delitos, pues incluso en aquel sitio apartado había lugar para las tentaciones; y su vida, ya suficientemente marcada por el castigo del vicio, le brindó un nuevo ejemplo de esa gran verdad: «Donde hay culpa no puede haber espíritu en paz»^[77].

CAPÍTULO XVI

¡Bienvenidas escenas atroces, que los pechos turbados calman,
Y a los fatigados un descanso profundo proporcionan!

BEATTIE^[78]

ENTRE tanto, Adeline y Peter continuaron su viaje sin ninguna dificultad y llegaron a Saboya, que recorrieron, la joven montada en el caballo y el criado caminando a su lado. Cuando aparecieron las montañas de su país natal, la extravagante alegría de Peter le hizo prorrumpir en frecuentes exclamaciones, preguntando frecuentemente a Adeline si había visto semejantes *colinas* en Francia.

—No, no —decía—, las colinas de aquel país son muy buenas para ser francesas, mas no pueden compararse con las nuestras^[79].

Admirada y asombrada por el extraordinario paisaje que la rodeaba, Adeline convino amablemente en la verdad de la aserción de Peter, lo que animó a este a extenderse ampliamente sobre las ventajas de su país, olvidándose por completo de sus inconvenientes; y aunque repartió los últimos luises que le quedaban entre los niños de los campesinos que corrían descalzos a ambos lados del caballo, no hablaba más que de la felicidad y el contento de sus paisanos^[80].

Su aldea natal, en efecto, era una excepción dentro del ámbito general de su país, y en relación a las consecuencias habituales de un gobierno arbitrario^[81]; era floreciente, sano y feliz; y esas ventajas se debían principalmente a la actividad y las atenciones del caritativo clérigo a cuyo cuidado estaba.

Adeline, que empezaba ya a sentir los efectos de una prolongada ansiedad y fatiga, deseaba vivamente llegar al término de su viaje y en su impaciencia preguntaba a Peter al respecto. Desanimada como estaba, la sombría grandiosidad de aquellos paisajes que hacía tan poco tiempo le habían suscitado sensaciones sublimes y deliciosas, ahora le inspiraban terror; temblaba con sólo oír los torrentes que se precipitaban por entre los riscos y retumbaban abajo en el valle, y se le encogía el corazón a la vista de los precipicios, que unas veces colgaban por encima del camino y otras se abrían a sus pies. A pesar de estar fatigada, frecuentemente desmontaba para subir a pie el empinado camino pedregoso que le daba miedo recorrer a caballo.

El día tocaba ya a su fin cuando llegaron a una pequeña aldea al pie de los Alpes saboyanos y el sol, descendiendo en todo su esplendor vespertino por detrás de sus cimas, arrojaba sobre el paisaje sus últimos rayos de despedida, tan suaves y tan vivos que Adeline, a pesar de su languidez, no pudo evitar una exclamación de arrobamiento.

La situación de la aldea llamó en seguida su atención por su romanticismo. Se encontraba al pie de una cadena de montañas formidables que rodeaban un lago a

escasa distancia, y los bosques que se extendían desde sus cimas casi la abrazaban. El lago, apenas alterado por la ligera brisa, reflejaba los tintes bermejos del horizonte y el sublime paisaje de sus orillas^[82], que iba oscureciéndose gradualmente con la caída del crepúsculo.

Cuando Peter divisó la aldea prorrumpió en un grito de alegría.

—Gracias a Dios —dijo— estamos cerca de casa; ahí está mi querida aldea natal. Tiene la misma apariencia que hace veinte años; ved allá a lo lejos los mismos árboles antiguos que crecen alrededor de nuestra alquería, y la enorme roca que se eleva sobre ella. Mi pobre padre murió allí, ma'mselle. Quiera Dios que mi hermana viva; hace mucho que no la veo.

Adeline escuchaba con melancólico placer aquellas sencillas expresiones de Peter que, al remontarse a las escenas de su niñez, parecía revivirlas de nuevo. Mientras se acercaban a la aldea, continuó mostrándole los diversos lugares que recordaba.

—Aquel es el feudo del buen pastor; mirad, ma'mselle, es aquella casa blanca, de la que sale humo, a orillas del lago. Me pregunto si todavía estará vivo. No era viejo cuando yo dejé el lugar, y era tan querido por todos cuanto pueda serlo un hombre; ¡mas la muerte no perdona a nadie!

Para entonces habían llegado a la aldea, que estaba extremadamente bien cuidada, aunque no prometiese demasiadas comodidades. Apenas hubo andado una docena de pasos, Peter fue abordado por algunos antiguos conocidos, que le estrecharon la mano y no parecían querer separarse de él. Les preguntó por su hermana y le dijeron que todavía vivía y gozaba de buena salud. A su paso se congregaban y les rodeaban tantos viejos amigos que Adeline estaba cada vez más fatigada por la demora. Muchos de los que él había dejado en la flor de la vida ahora arrastraban los achaques de la edad, en tanto que sus hijos e hijas, a los que había conocido solamente de niños, habían crecido y ya no podía reconocerlos en aquellos orgullosos jóvenes. Finalmente llegaron a la casa y fueron recibidos por su hermana, que habiéndose enterado de su llegada, salió a su encuentro y le dio la bienvenida con sincera alegría.

Al ver a Adeline pareció sorprenderse, mas la ayudó a bajar del caballo y la condujo a una casa de campo pequeña pero limpia, donde le hizo los honores con tanto entusiasmo y cordialidad que habría merecido mejor ocasión. Adeline quiso hablar a solas con ella, pues la habitación estaba atestada de amigos de Peter y, después de ponerla al corriente de las particularidades de su situación, le dijo que deseaba saber si la podía alojar en su casa.

—Sí, ma'mselle —dijo la buena mujer—, tal cual es, está a vuestra disposición. Lo único que siento es que no sea mejor. Mas parecéis enferma, ma'mselle, ¿puedo servirlos en algo?

Adeline, que había estado luchando mucho tiempo con la fatiga y la indisposición, no pudo aguantar más aquella doble presión. Reconoció que, en efecto, estaba enferma, pero que esperaba que el descanso la restablecería y le pidió que le preparase una cama inmediatamente. La buena mujer salió para obedecerla y volvió

poco después, mostrándole un pequeño cubículo con una cama, cuya limpieza era su única recomendación.

Sin embargo, a pesar de su fatiga, la joven no podía dormir; pese a los esfuerzos que hacía para evitarlo, volvían a su mente las escenas pasadas o imaginaba incompletas y lúgubres visiones del futuro.

La diferencia entre su situación y la de otras personas educadas como ella le impresionaba bastante y se lamentaba de ello.

—Tienen parientes y amigos —decía— que procuran librarlas no sólo de lo que puede hacerles daño, sino también de lo que podría disgustarlas; que velan no sólo por su seguridad actual, sino por su provecho futuro, e incluso les impiden que se perjudiquen a sí mismas. Yo, sin embargo, jamás he tenido un amigo en toda mi vida^[83]; he estado por lo general rodeada de enemigos, y muy raras veces me he visto dispensada de peligros o calamidades. No obstante, sin duda no he nacido para ser siempre desdichada; llegará un tiempo en que...

Empezaba a pensar que algún día podría ser feliz; mas, al recordar la desesperada situación de Théodore, dijo:

—No, ¡nunca podré estar en paz!

A la mañana siguiente, muy temprano, la buena mujer fue a preguntarle cómo había descansado y descubrió que había dormido muy poco y estaba mucho peor que la noche precedente. La inquietud que la embargaba contribuía a aumentar los síntomas febriles que ya presentaba, y en el transcurso del día su trastorno empezó a asumir un aspecto serio. Adeline observaba sus progresos con calma, resignándose a la voluntad de Dios y sintiendo muy poco el dejar su existencia. Su amable anfitriona hizo todo lo que pudo por aliviarla, y aunque en la aldea no había ni físico ni boticario, la naturaleza no se vio privada de ninguna de sus ventajas. A pesar de todo, su trastorno se agravó rápidamente y al tercer día empezó a delirar, después de lo cual se sumió en una especie de estupefacción.

Adeline no supo cuánto tiempo permaneció en aquel deplorable estado; mas al recuperar el sentido se encontró en un aposento muy diferente de todos los que recordaba. Era amplio y casi hermoso, el lecho y todo lo que había a su alrededor era de una elegante simplicidad. Durante algunos minutos permaneció asombrada, como en trance, tratando de reunir sus dispersas ideas sobre lo que había pasado y temiendo moverse para que no se desvaneciese aquella agradable visión.

Cuando al fin se aventuró a levantarse, oyó una voz hablando cerca de ella y una hermosa joven recorrió las cortinas de un lado de la cama. Mientras se inclinaba y le preguntaba, con una sonrisa mezcla de ternura y alegría, cómo se encontraba, Adeline pudo contemplar con silenciosa admiración el rostro femenino más interesante que jamás había visto, en el cual la expresión de dulzura, unida al sentido agudo y al refinamiento, parecía realzada por la sencillez.

Adeline se recuperó al fin lo suficiente para dar las gracias a la amable joven que le había hecho la pregunta, y le rogó que la informase de con quién estaba en deuda y

dónde se encontraba. La encantadora joven le apretó la mano.

—Somos nosotros los que estamos en deuda con vos —dijo—. ¡Cómo me alegro de que hayáis recuperado la memoria!

No dijo nada más; corrió hacia la puerta del aposento y desapareció. A los pocos minutos volvió con una señora mayor, la cual, acercándose a la cama con mucho interés y ternura, preguntó por el estado de Adeline. Esta respondió, en tanto que la agitación de su ánimo se lo permitió, reiterándole su deseo de saber con quién estaba en deuda.

—Más tarde lo sabréis —dijo la señora—. Por ahora básteos saber que estáis con personas que se sentirán pagadas en exceso si recobráis la salud; por tanto, es preciso que os sometáis a todo lo que pueda conducirlos a ello y que consintáis en permanecer lo más quieta posible.

Adeline sonrió agradecida e inclinó la cabeza en silencio en señal de asentimiento. La señora se fue entonces de la habitación en busca de una medicina y, después de suministrársela, corrió la cortina y la dejó descansar. Mas la mente de Adeline estaba demasiado atareada para que pudiese aprovechar aquella ocasión. Contemplaba el pasado y veía el presente y, cuando los comparaba, el contraste la dejaba asombrada. Toda la escena le parecía como una de esas repentinas transiciones tan frecuentes en los sueños en que, sin saber cómo, se pasa de la aflicción y la desesperación al consuelo y el deleite.

Sin embargo, miraba al futuro con una inquietud temblorosa que amenazaba retardar su recuperación, y que trataba de ocultar cuando recordaba las palabras de su generosa benefactora. Si hubiese conocido mejor la disposición de las personas en cuya casa se hallaba, su preocupación, en lo tocante a ella misma, habría desaparecido en buena medida; pues La Luc, su propietario, era uno de esos raros personajes a los que el infortunio mira en vano y cuya bondad natural, confirmada por principio, es siempre uniforme y sin pretensiones. El siguiente cuadro de su vida privada, su familia y sus costumbres, aclarará mucho mejor su carácter. Está extraído de la vida misma y su exactitud compensará, eso espero, su extensión.

LA FAMILIA DE LA LUC

Mas media humanidad, como el bufón de Handel, destruye
Con su rabia e ignorancia su tendencia a la alegría;
Desigualmente insensatas, sus pasiones se rigen
Por el más excelso instrumento de la Naturaleza: el alma.
Mientras que los hombres sensatos, con la técnica certera de Handel,
El gusto corrigen y la voluntad armonizan;
Sus afectos enseñan a fluir, como las notas de aquel,
Sin elevarse demasiado alto ni sumergirse demasiado hondo;
Hasta que cada virtud, sopesada y refinada,

Cual al concierto del cerebro corresponde,
Mézclase con sus sonidos afines y vierte
La música acorde con la canción moral.

CAWTHORNE^[84]

En la aldea de Leloncourt, célebre por su pintoresca situación al pie de los Alpes saboyanos, vivía Arnaud La Luc^[85], un clérigo descendiente de una antigua familia francesa que, a causa de la desintegración de su fortuna, se vio obligado a buscar refugio en Suiza^[86] en una época en que la violencia de las guerras civiles raramente perdonaba a los vencidos. Era párroco del lugar, y tanto más querido por su piedad y benevolencia de cristiano, cuanto respetado por su dignidad y elevación como filósofo. La suya era una especie de filosofía de la naturaleza^[87], dirigida por el sentido común. Despreciaba la jerga de las escuelas modernas y los absurdos pomposos de los sistemas que han deslumbrado a sus discípulos sin instruirlos y los han guiado sin convencerlos.

Tenía una mente perspicaz y amplias miras; y tanto su sistema como su religión eran simples, racionales y sublimes. Sus feligreses lo respetaban como a un padre, pues mientras sus preceptos dirigían sus mentes, su ejemplo conmovía sus corazones.

En su juventud había perdido una esposa^[88] a la que amaba tiernamente. Ese suceso había teñido su carácter de una melancolía suave e interesante, que todavía permanecía aun después de que el tiempo hubiese suavizado el recuerdo que la había causado. La filosofía había fortalecido su alma sin endurecer su corazón; le permitía resistir la presión de la aflicción, más que superarla.

La desgracia le había enseñado a compadecerse de forma bastante peculiar de las aflicciones de los demás. Las rentas de su parroquia eran escasas, y lo que quedaba de las divididas y reducidas propiedades de sus antepasados apenas las incrementaba; mas aunque no pudiese aliviar las necesidades del indigente, su afectuosa compasión y su santa conversación raras veces dejaban de proporcionar consuelo al afligido. En esas ocasiones, a menudo las agradables y exquisitas emociones de su corazón le inducían a decir que, aunque el voluptuoso pudiese ser sensible una sola vez a aquellos sentimientos, jamás podría renunciar «al placer de hacer el bien».

—La ignorancia de los verdaderos placeres —diría— conduce al vicio con más frecuencia que la tentación de los falsos.

La Luc tenía un hijo y una hija, que cuando su madre murió eran demasiado niños para lamentar su pérdida. Los amaba con una peculiar ternura, como hijos de una mujer cuya suerte jamás dejó de lamentar; y durante algún tiempo su única distracción consistió en observar el desarrollo gradual de sus mentes infantiles y en orientarles hacia la virtud^[89]. Encerraba su dolor callado en el fondo de su corazón, jamás turbaba a los demás con sus lamentos y muy raras veces mencionaba a su esposa. Su congoja era demasiado sagrada a los ojos del vulgo. A menudo se retiraba

a la profunda soledad de las montañas y, en medio de sus escenarios solemnes y tremendos, rumiaba sus recuerdos del pasado y se conformaba con el placer de la congoja. Al regreso de esas pequeñas excursiones siempre se hallaba más tranquilo y contento. Una dulce calma, que casi se asemejaba a la felicidad, se esparcía por toda su alma, y sus acciones eran más benévolas de lo habitual. Contemplando a sus hijos y besándolos cariñosamente, a veces derramaba una furtiva lágrima de compasivo lamento, que no mostraba ninguna de las oscuras cualidades del pesar y era muy grata a su corazón.

A la muerte de su esposa acogió en su casa a una hermana soltera, joven sensible y respetable que estaba profundamente interesada en la felicidad de su hermano. Sus afectuosas atenciones y su conducta juiciosa se anticiparon al efecto del tiempo en mitigar la intensidad de su desgracia, y los incesantes cuidados que prodigaba a sus hijos, al tiempo que acreditaban la bondad de su corazón, la acercaban todavía más a su hermano.

Con un placer no expresado, este creyó descubrir en las facciones infantiles de Clara la semejanza con su madre. No tardó en mostrar la misma delicadeza en los modales y la misma dulzura de carácter y, a medida que crecía, con frecuencia sus acciones le recordaban tan vivamente a su perdida esposa que le sumían en ensoñaciones que absorbían toda su alma.

Su vida discurría tranquilamente, ocupado en los deberes de su parroquia, la educación de sus hijos y el estudio de la filosofía. La tierna melancolía que la aflicción había imprimido en su alma cada día le era más querida, debido a una prolongada indulgencia, y no la hubiera cambiado por el más prometedor sueño de felicidad quimérica. Cuando algún incidente pasajero le preocupaba, hallaba su consuelo pensando en aquella que tan fielmente había amado y, cediendo a una moderada tristeza, que el vulgo llamaría romántica, recobraba la calma. Aquel era el placer secreto con el que se abstraía de su desengaño... la diversión solitaria con que disipaba la bruma de su inquietud y suavizaba la mordacidad de las vejaciones... con que elevaba su alma por encima de este mundo para ofrecerle la perspectiva de otro más sublime.

La Luc adoraba el lugar que habitaba, sus alrededores, la belleza romántica de los paseos cercanos, porque una vez los había amado Clara; habían sido los escenarios del cariño de ella y la felicidad de él.

Su quinta estaba situada a orillas de un pequeño lago casi completamente rodeado de montañas de prodigiosa altura que, proyectándose en una variedad de formas grotescas, componían una vista singularmente sublime y majestuosa, bosques sombríos, salpicados de incrustaciones rocosas, unas veces yermas y otras cubiertas de flores púrpura de plantas silvestres, se cernían sobre el lago y se reflejaban en el diáfano espejo de sus aguas. Las agrestes cumbres alpinas estaban coronadas de nieves perpetuas, o mostraban tremendos despeñaderos y masas rocosas, cuyo aspecto cambiaba continuamente a medida que los rayos de luz se reflejaban

diferentemente en su superficie, y cuyas cimas estaban envueltas a menudo en una niebla impenetrable. Algunas casas de campo y caseríos, esparcidos a la orilla del lago o asentados en pintorescos lugares estratégicos en las rocas, eran los únicos objetos que recordaban la humanidad al espectador^[90].

En uno de los flancos del lago, casi enfrente de la quinta, las montañas retrocedían, dejando ver una larga cordillera alpina que se extendía en perspectiva. Los innumerables tonos de color y sombras de sus cumbres, algunas ocultas por nieblas azulencas, otras teñidas de púrpura subido o brillando a media luz, proporcionaban un fastuoso y mágico colorido a la escena.

La quinta no era grande, aunque estaba bien situada, y se caracterizaba por una elegante simplicidad y buen orden. Se entraba por una sala pequeña, que se comunicaba con el jardín mediante una puerta de cristal, que ofrecía una vista del lago con el magnífico paisaje que mostraban sus orillas. A la izquierda de la sala estaba el despacho de La Luc, donde solía pasar las mañanas; y contigua a este una pequeña habitación equipada de aparatos químicos, instrumentos astronómicos y otros utensilios de la ciencia. A la derecha estaba el salón familiar y detrás una habitación que pertenecía exclusivamente a Madame La Luc. En ella estaban depositadas varias medicinas y destilaciones botánicas, junto con aparatos para prepararlas. Desde aquella habitación toda la aldea podía procurarse libremente alivio físico, ya que Madame se enorgullecía de su habilidad para resolver los trastornos de sus vecinos^[91].

Detrás de la quinta sobresalían los penachos de unos pinos y, frente a ella, un suave declive cubierto de verdor y flores se extendía hasta el lago, cuyas aguas lo bañaban, proporcionando lozanía a las acacias que se agitaban en su superficie. Arbustos entremezclados con serbales, cipreses y robles siempre verdes, marcaban los límites del jardín.

Cuando volvía la primavera, Clara se ocupaba de dirigir los nuevos brotes de las plantas, de cuidar su floración y de protegerlas con las exuberantes ramas de los arbustos de las heladas ráfagas de viento que descendían por las montañas. Durante el verano solía levantarse con el sol y visitaba sus flores favoritas cuando el rocío todavía brillaba en sus hojas. El frescor de las primeras horas del día y los brillantes colores que entonces teñían toda la escena proporcionaban a su inocente corazón un deleite puro y exquisito. Habiendo nacido entre grandiosos y sublimes escenarios, rápidamente le había encontrado gusto a sus encantos, gusto luego realizado por su ardiente imaginación. Contemplar la salida del sol sobre los Alpes, tiñendo sus cimas nevadas con su luz y lanzando súbitamente sus rayos sobre toda la naturaleza circundante... ver el apasionante esplendor de las nubes reflejándose abajo en el lago y los primeros tintes rosáceos sobre las rocas en lo alto... fueron algunos de los primeros placeres a los que Clara fue susceptible. De deleitarse observando la naturaleza pasó a complacerse en ver cómo la imitaban y pronto mostró una afición por la poesía y la pintura. Cuando tenía alrededor de dieciséis años solía seleccionar

de la biblioteca de su padre los poetas italianos más famosos por su belleza pintoresca y pasaba las primeras horas de la mañana leyéndolos a la sombra de las acacias que bordeaban el lago. Allí intentó también sus primeros y toscos esbozos del paisaje circundante y, después de muchos esfuerzos, logró realizar con la ayuda de su hermano doce dibujos al carboncillo que fueron juzgados dignos de decorar el salón de la casa.

El joven La Luc tocaba la flauta y ella escuchaba con exquisito deleite, especialmente cuando lo hacía a orillas del lago, bajo sus queridas acacias. Su voz era dulce y flexible, aunque no muy potente, y pronto aprendió a adaptarla al instrumento. Nada sabía de las complejidades de la ejecución; sus canciones eran sencillas, lo mismo que su estilo, mas pronto logró darles un tono conmovedor, inspirado por su sensible corazón, que raras veces dejaba indiferente a los oyentes.

La única dicha de La Luc consistía en ver felices a sus hijos y, en una de sus excursiones a Ginebra, adonde fue a visitar a unos parientes de su difunta esposa, compró un laúd para Clara. La joven lo aceptó con mayor gratitud de la que podía expresar, y habiéndose aprendido una canción, se fue a toda prisa a su lugar favorito bajo las acacias y la tocó una y otra vez hasta que se olvidó de todo lo demás. Sus pequeños deberes domésticos, sus libros, su dibujo, incluso la hora que su padre dedicaba a su instrucción, en que iba con su hermano a la biblioteca y participaba de sus lecciones, incluso aquella pasó sin que ella le prestase atención. La Luc no dijo nada. A Madame le disgustaba que su sobrina descuidase sus deberes domésticos y quiso reprenderla, pero La Luc le suplicó que se callara.

—Deja que la experiencia la saque de su error —dijo—. Los preceptos raras veces convencen a las mentes jóvenes^[92].

Madame objetó que la experiencia era un maestro más bien lento.

—Pero seguro —replicó La Luc—. Y muchas veces es el más rápido: cuando no puede causarnos serios males, es mejor confiar en ella.

Clara pasó el segundo día como el primero, y el tercero como el segundo. Ya podía tocar varias canciones, por lo que fue a ver a su padre y repitió lo que había aprendido.

A la hora de la cena la nata no estaba preparada y no había fruta en la mesa. La Luc preguntó el motivo; Clara lo recordó y se ruborizó. Observó que su hermano estaba ausente, mas no dijo nada. Apareció hacia el final de la cena; su rostro expresaba una satisfacción desacostumbrada, pero se sentó también sin decir nada. Clara le preguntó qué era lo que le había retrasado y se enteró de que había estado en casa de una familia enferma del vecindario para llevarles la ayuda semanal que su padre les daba. La Luc había confiado el cuidado de esa familia a su hija, que era la que debía haberles llevado aquella pequeña ayuda el día anterior, pero ella había olvidado cualquier otra cosa que no fuera la música.

—¿Cómo encontraste a la mujer? —dijo La Luc a su hijo.

—Peor, señor —contestó él—. No se ha tomado las medicinas con regularidad, y

los niños no tenían apenas nada para comer hoy.

Clara se escandalizó.

—Nada que comer hoy —se dijo a sí misma—, ¡y yo he estado todo el día en el lago tocando mi laúd bajo las acacias!

Su padre no pareció darse cuenta de su conmoción y se volvió hacia su hijo.

—Cuando la dejé, estaba mejor —dijo este último—. Las medicinas que le llevé aliviaron su dolor y tuve el placer de ver a sus hijos cenando alegremente.

Clara, quizás por vez primera en su vida, le envidió aquel placer a su hermano; tenía el corazón acongojado y guardaba silencio. ¡Nada que comer hoy!, pensaba.

Se retiró a su cuarto pensativa. La apacible serenidad con que solía acostarse se había desvanecido, pues no podía acordarse del día pasado con satisfacción.

—¡Qué lástima —dijo— que algo tan agradable pueda ser causa de tanta pena! Este laúd hace mis delicias y al mismo tiempo ¡es mi tormento!

Aquella reflexión le provocó un gran debate interno; mas antes de que llegase a alguna resolución sobre el asunto en cuestión se quedó dormida.

A la mañana siguiente se despertó muy temprano y observó con impaciencia el despuntar del día. Cuando al fin apareció el sol, se levantó y, resuelta a reparar en lo posible su anterior negligencia, se fue corriendo a la casa de campo.

Permaneció allí bastante tiempo y cuando regresó a la quinta su rostro había recobrado la serenidad acostumbrada. No obstante, resolvió no tocar el laúd en todo el día.

Hasta la hora del desayuno se dedicó a coger flores y a podar los brotes demasiado exuberantes y, sin darse cuenta, acabó debajo de sus queridas acacias a orillas del lago.

—¡Ay! —dijo, suspirando—. ¡Qué bien sonaría ahora sobre las aguas la canción que aprendí ayer!

Mas al recordar su decisión, detuvo los pasos que había dado involuntariamente en dirección a la quinta.

A la hora acostumbrada acompañó a su padre a la biblioteca, y por la conversación que tuvo con su hermano sobre las lecturas de los dos días anteriores, comprendió que se había perdido unas lecciones muy entretenidas. Rogó a su padre que le informase de qué trataban; mas este le respondió tranquilamente que ella había preferido otra diversión durante la discusión de dichas materias y, por tanto, ahora debía resignarse a ignorarlas.

—Te gustaría obtener los beneficios del estudio en las diversiones de la ociosidad —dijo él—. Aprende a ser razonable... no esperes que las contradicciones se reconcilien.

Clara reconoció lo justo de la reprimenda y se acordó de su laúd.

—¡Cuánto perjuicio me ha ocasionado! —dijo, suspirando—. Estoy decidida a no tocarlo en todo el día. Demostraré que soy capaz de controlar mis inclinaciones cuando comprenda que no hay más remedio.

Así resuelta, se aplicó al estudio con más asiduidad que de costumbre.

Se mantuvo firme en su resolución y al caer la tarde fue al jardín para distraerse un poco. La tarde era apacible y extraordinariamente hermosa. No se oía más que el ligero temblor de las hojas, que se repetía a intervalos, lo que hacía que el silencio pareciese todavía más solemne^[93], y el murmullo lejano de los torrentes que se despeñaban entre los riscos. Se encontraba junto al lago y observaba el lento ocultarse del sol detrás de los Alpes, cuyas cumbres estaban teñidas de oro y púrpura. Cuando contempló los últimos rayos de sol reflejados en las aguas, cuya superficie no agitaba el más ligero soplo, suspiró.

—¡Oh, cómo me encantaría el sonido de mi laúd en estos momentos, en este lugar, cuando todo lo que me rodea está tan en calma!

La tentación fue demasiado convincente para la resolución de Clara: corrió a la quinta, regresó con el instrumento junto a sus queridas acacias y, a su sombra, siguió tocando hasta que la oscuridad de la noche hizo desaparecer de su vista los objetos que la rodeaban. Mas salió la luna y, derramando su luz opaca sobre el lago, hizo la escena todavía más fascinante.

Era imposible abandonar un lugar tan delicioso. Clara repitió sus canciones favoritas una y otra vez. La belleza del momento despertaba todo su genio; jamás había tocado antes tan expresivamente, y escuchaba con creciente embeleso las notas que iban languideciendo sobre la superficie de las aguas y se desvanecían en la lejanía. Estaba encantada. ¡No, nada había más delicioso que tocar el laúd bajo las acacias, a orillas del lago, y a la luz de la luna!

Cuando regresó a la quinta, la cena había terminado. La Luc había notado la ausencia de Clara, pero no quiso que la interrumpieran.

Cuando pasó el entusiasmo del momento, la joven recordó que había faltado a su resolución, y al reflexionar le dio pena.

—Me vanagloriaba de controlar mis inclinaciones —dijo—, y he tenido la debilidad de ceder a una de ellas. Mas ¿qué mal he hecho esta tarde consintiéndola? No he descuidado ningún deber, pues no tenía ninguno que realizar. ¿Qué tengo que reprocharme entonces? Habría sido absurdo mantener mi resolución y negarme un placer cuando no había ninguna razón para semejante abnegación.

Se detuvo un momento, poco satisfecha de aquel razonamiento. De pronto reanudó sus preguntas.

—Mas ¿cómo puedo estar segura de que habría resistido a mis inclinaciones si *hubiese* habido alguna razón que se opusiera? Si la pobre familia a la que ayer descuidé no se hallase hoy provista, me temo que la hubiese vuelto a olvidar mientras tocaba mi laúd a orillas del lago.

Luego recordó todo lo que su padre le había dicho en diferentes ocasiones sobre dominarse a sí misma y sintió alguna pena.

—No —dijo—, si no considero que mantener una resolución que he tomado solemnemente sea razón suficiente para controlar mis inclinaciones, me temo que

ningún otro motivo pueda contenerme. Decidí firmemente no tocar mi laúd en todo el día y he faltado a mi resolución. Mañana quizás me vea tentada a descuidar algún deber, pues he descubierto que no puedo fiarme demasiado de mi prudencia. Ya que no puedo vencer la tentación, la evitaré.

A la mañana siguiente entregó el laúd a La Luc y le rogó que lo volviese a aceptar, o por lo menos lo guardase hasta que ella aprendiese a controlar sus inclinaciones.

El corazón de La Luc se hinchó de orgullo mientras hablaba.

—No, Clara —dijo—, no es necesario que me quede con tu laúd; el sacrificio que quieres hacer prueba que mereces mi confianza. Toma otra vez el instrumento; puesto que tienes suficiente resolución para renunciar a él porque te separa de tus deberes, no dudo de que serás capaz de controlar su influencia ahora que te lo devuelvo.

Aquellas palabras proporcionaron a Clara un placer y un orgullo que nunca había experimentado; mas pensó que para merecer el elogio que ellas le concedían era necesario consumir el sacrificio que había empezado. En medio del virtuoso entusiasmo momentáneo, los placeres de la música fueron olvidados en beneficio de aquel otro que aspiraba a ganarse una alabanza; cuando rechazó el laúd que se le ofrecía, sólo fue consciente de que experimentaba sensaciones exquisitas.

—Querido señor —dijo, con los ojos llenos de lágrimas—, permitidme que me haga digna de los elogios que me concedéis, entonces seré verdaderamente feliz.

La Luc pensó que nunca se había parecido tanto a su madre como en aquellos momentos y, besándola tiernamente, lloró él también en silencio.

—Mereces ya mis elogios —dijo La Luc, cuando pudo hablar— y te devuelvo el laúd como recompensa por la conducta que los ha provocado.

Aquella escena trajo a La Luc recuerdos demasiado dolorosos para su corazón, por lo que entregó el instrumento a Clara y abandonó repentinamente la habitación.

El hijo de La Luc, un joven que prometía mucho, estaba destinado por su padre a la iglesia y había recibido de él una excelente educación que, no obstante, juzgó necesario que concluyese en una universidad. La Luc había elegido la de Ginebra. Su intención no era solamente convertir a su hijo en un erudito; ambicionaba que fuera también envidiable como hombre. Desde la más tierna infancia le había acostumbrado a la audacia y al aguante y, a medida que avanzaba su juventud, le animó a realizar ejercicios varoniles y le instruyó en las artes útiles lo mismo que en las ciencias abstractas.

Era alegre y de carácter ardiente, y su corazón era generoso y cariñoso. Esperaba su marcha a Ginebra, que le descubriría un mundo nuevo, con toda la impaciencia de la juventud; y el placer que le proporcionaban aquellas expectativas amortiguaba la pena que de otro modo habría experimentado al separarse de su familia.

Un hermano de la difunta Madame La Luc, inglesa de nacimiento, residía en Ginebra con su familia. Bastaba con ser pariente de su mujer para tener derechos sobre el corazón de La Luc, y por eso, siempre había mantenido relaciones con Mr.

Audley, aunque la diferencia en sus caracteres y maneras de pensar nunca permitió que naciera entre ellos una gran amistad. La Luc le escribió entonces, dándole a conocer su intención de enviar a su hijo a Ginebra y de confiarle a su cuidado. Mr. Audley respondió amistosamente a esa carta y, al tener conocimiento La Luc de que un amigo suyo tenía que ir a Ginebra, decidió que su hijo le acompañara. La separación fue penosa para La Luc y casi insoportable para Clara. Madame estaba afligida y tuvo buen cuidado de poner en su baúl una cantidad suficiente de medicinas, esmerándose en explicarle sus virtudes y las diferentes enfermedades en que podían ser útiles; sin embargo, tuvo la precaución de darle todas esas instrucciones en ausencia de su hermano.

La Luc y su hija acompañaron al joven a caballo hasta la ciudad vecina, que estaba a unas ocho millas de Lelencourt; y allí, volviendo a insistir en los consejos que le había dado con respecto a su conducta y a sus ocupaciones, y cediendo de nuevo a la ternura paternal, se despidió de su hijo. Clara lloró y sintió más pesar por su partida de lo que la ocasión parecía justificar; mas era prácticamente la primera vez que había conocido la pena y cándidamente cedió a su influencia.

La Luc y Clara regresaron a casa pensativos y, cuando el día estaba a punto de concluir, empezaron a vislumbrar el lago y poco después la quinta. Nunca hasta entonces les había parecido sombría; pero ahora Clara recorría con tristeza cada uno de los aposentos en donde estaba acostumbrada a ver a su hermano y recordaba una infinidad de pequeñas circunstancias que, aunque en la actualidad su imaginación les atribuyera cierto valor, si él hubiese estado presente las habría mirado con la mayor indiferencia. El jardín y los paisajes que lo rodeaban, todo tenía un aspecto melancólico, y pasó mucho tiempo antes de que ambos recuperaran sus caracteres naturales y Clara recobrase su vivacidad.

Cerca de cuatro años habían transcurrido desde aquella separación, cuando una tarde, mientras Madame La Luc y su sobrina se ocupaban de sus labores en el salón, una buena mujer de la vecindad solicitó verla. Venía a recoger algunas medicinas y a pedir consejo a Madame La Luc.

—Ha sucedido un triste accidente en nuestra casa, madame —dijo—; le confieso que la pobre criatura me da mucha lástima.

Madame La Luc le pidió que se explicase y la mujer le dijo que acababa de llegar su hermano Peter, a quien no había visto en muchos años, y que había traído con él a una señorita, que ella creía sinceramente que estaba moribunda. Hizo una descripción de su mal e informó a Madame con todo detalle de la triste historia que Peter le había contado, sin dejar de exagerar un poco, impulsada por su compasión hacia la desdichada forastera y por su afición a lo maravilloso.

A Madame le pareció muy extraordinario todo lo que le contó; mas su compasión por la triste situación de la joven paciente la indujo a indagar más en el asunto.

—¿Me dejáis que vaya a verla, señora? —dijo Clara, que había escuchado con viva compasión lo que había contado la pobre mujer—. ¿Me permitís que vaya?...

Debe necesitar ayuda y me gustaría mucho ver cómo se encuentra.

Madame hizo algunas preguntas más acerca del mal de la joven forastera y luego, quitándose los anteojos, se levantó de la silla y dijo que iría ella misma. Clara quiso acompañarla. Se pusieron los sombreros ambas y siguieron a la buena mujer a la casa de campo, donde, en una habitación muy pequeña y mal ventilada, sobre un miserable lecho, yacía Adeline, pálida, demacrada e insensible a todo lo que la rodeaba. Madame se volvió a la mujer y le preguntó cuánto tiempo hacía que se hallaba en aquel estado; mientras, Clara se acercó a la cama y, tomando la mano casi sin vida que yacía sobre la colcha, miró con inquietud su rostro.

—No se da cuenta de nada —dijo—. ¡Pobre criatura! Me gustaría que estuviese en la quinta; allí estaría mejor acomodada: yo misma podría cuidar de ella.

La mujer contó a Madame La Luc que hacía varias horas que la joven estaba acostada en aquel estado. Madame le tomó el pulso y meneó la cabeza.

—Esta habitación está muy mal ventilada —dijo.

—En efecto —gritó Clara con impaciencia—. Sin duda estaría mejor en la quinta, si pudiese ser trasladada.

—Nos ocuparemos de eso —dijo su tía—. Entre tanto dejadme hablar con Peter; hace varios años que no le veo.

Fue a la otra habitación y la mujer salió corriendo en busca de su hermano.

—Esta habitación es muy triste para esta pobre forastera —dijo Clara cuando la mujer se hubo ido—. Aquí jamás se recuperará; permitid, señora, que la lleven a nuestra casa; estoy segura de que mi padre lo aprobaría. Además, hay algo en sus facciones, aunque ahora estén inanimadas, que me predispone en su favor.

—¿No conseguiré nunca disuadirte de que debes abandonar esa idea romántica de juzgar a la gente por sus caras^[94]? —dijo su tía—. Poco importa el tipo de cara que tiene... su estado es deplorable, estoy deseosa de modificarlo; mas primero quisiera hacerle algunas preguntas a Peter sobre ella.

—Gracias, querida tía —dijo Clara—, entonces la trasladaremos.

Madame La Luc iba a responder cuando entró Peter, y, tras expresarle la alegría que sentía al verla de nuevo, preguntó cómo estaban Monsieur La Luc y Clara. Esta dio la bienvenida inmediatamente al honrado Peter a su tierra natal y él le devolvió el saludo expresando su sorpresa por encontrarla *tan crecida*.

—Aunque os he llevado en brazos tantas veces, ma'mselle, no os habría reconocido. Las ramas jóvenes crecen deprisa, como suele decirse.

Madame La Luc le preguntó entonces por los detalles de la historia de Adeline y Peter le contó todo lo que sabía de ella, que se reducía al hecho de que su último amo la había encontrado en una situación angustiosa y que él mismo se la había llevado de la abadía para librarla de un marqués francés. La sencillez de su explicación impidió que ella pusiera en duda su veracidad, aunque algunas de las circunstancias que contó la sorprendieron y despertaron su compasión. Las lágrimas asomaron frecuentemente a los ojos de Clara durante el transcurso de aquella conversación.

—Querida señora —dijo, cuando él concluyó—, estoy segura de que cuando mi padre conozca la historia de esta desdichada joven no se negará a hacer las veces de padre, y yo seré su hermana.

—Bien se lo merece ella —dijo Peter—, porque verdaderamente es muy buena.

Entonces se extendió en sus elogios, cosa excepcional en él.

—Iré a casa —dijo Madame La Luc, levantándose— a consultar a mi hermano: desde luego debería ser trasladada a una habitación más aireada. La quinta está tan cerca que supongo que podríamos llevarla allí sin correr grandes riesgos.

—¡Que el Cielo la bendiga!, señora —exclamó Peter, frotándose las manos—, por su bondad con mi pobre señorita.

Cuando llegaron a la quinta, La Luc acababa de volver de su paseo vespertino. Madame le dijo dónde habían estado y le contó la historia de Adeline y su situación actual.

—Podéis traerla aquí, faltaría más —dijo La Luc, cuyos ojos atestiguaban la ternura de su corazón—. Aquí estará mejor atendida que en la casa de campo de Susan.

—Sabía que diríais eso, querido padre —dijo Clara—. Iré y ordenaré que le preparen la cama verde.

—Ten paciencia, sobrina —dijo Madame La Luc—. No hay razón para apresurarse tanto; antes debemos pensar en otras cosas; ¡eres tan joven y romántica!

La Luc sonrió.

—Ya es de noche —continuó Madame—. Por tanto sería peligroso trasladarla ahora. Mañana temprano tendremos lista una habitación y entonces la traeremos; entre tanto iré a preparar una medicina que espero le sea útil.

De mala gana, Clara consintió en esa demora y Madame La Luc se retiró a su gabinete.

A la mañana siguiente, bien arropada entre mantas y protegida de la intemperie lo mejor posible, Adeline fue trasladada a la quinta, donde el bueno de La Luc dispuso que se le prestasen todos los cuidados necesarios y Clara cuidó de ella con incesante ternura y preocupación. Permaneció en estado aletargado durante la mayor parte del día; mas por la tarde empezó a respirar mejor y Clara, que seguía velándola junto a la cabecera de la cama, tuvo al fin el placer de ver que había recobrado el sentido. En aquel momento fue precisamente cuando la dejamos para dar cuenta de la historia del venerable La Luc y su familia. El lector comprobará en seguida que las virtudes de ese hombre y la amistad que brindó a Adeline se merecían esta digresión.

CAPÍTULO XVII

Severa consigo misma, la Fantasía
Pesar causa todavía a las mentes reblandecidas,
Y al amigo bondadoso señala.

COLLINS^[95]

GRACIAS a su excelente constitución y a los amables cuidados de sus nuevos amigos, en poco más de una semana Adeline estuvo bastante recuperada para abandonar su cuarto. Fue presentada a La Luc, con quien se entrevistó derramando lágrimas de gratitud; y fue tal el entusiasmo, y al mismo tiempo la sencillez con que le agradeció su bondad, que él se interesó todavía más por su caso. Durante el curso de su convalecencia, la dulzura de su comportamiento había conquistado plenamente el corazón de Clara, y había logrado interesar enormemente a su tía, cuyos informes sobre Adeline, junto a los elogios que le dedicaba Clara, suscitaron la estimación y la curiosidad de La Luc. Este la recibió con una expresión de benevolencia que trajo paz y alivio a su corazón. La joven había puesto al corriente a Madame La Luc sobre los detalles de su historia que Peter, por ignorancia o descuido, no le había comunicado, suprimiendo únicamente, por falsa delicadeza quizás, la confesión de su pasión por Théodore. Esas circunstancias fueron repetidas a La Luc que, siempre sensible a las desgracias de los demás, se interesó en particular por los singulares infortunios de Adeline.

Hacía cerca de quince días que se había trasladado a la quinta, cuando una mañana La Luc quiso hablar con ella a solas. Adeline le siguió a su estudio y entonces él le dijo del modo más delicado que, como había sido tan poco afortunada con su padre, deseaba que en lo sucesivo le considerase como tal y su casa como la suya propia.

—Vos y Clara seréis igualmente mis hijas —añadió—. Soy muy afortunado de tener tales hijas.

Las intensas emociones de sorpresa y reconocimiento mantuvieron a Adeline en silencio durante algún tiempo.

—No me lo agradezcáis a mí —prosiguió La Luc—. Comprendo todo lo que queréis decirme y sé también que no hago más que cumplir con mi deber. Doy gracias a Dios porque mi deber y mi placer estén generalmente en armonía.

Adeline se enjugó las lágrimas provocadas por la bondad de La Luc y se dispuso a hablar; mas La Luc le apretó la mano y, volviéndose para ocultar su emoción, salió de la habitación.

Desde entonces Adeline fue considerada un miembro más de la familia, y habría sido feliz con la ternura paternal de La Luc, el afecto fraternal de Clara y las constantes atenciones de Madame, si su incesante preocupación por la suerte de

Théodore, del cual era menos probable que nunca tener noticias, no le hubiera corroído el corazón y amargado todos sus momentos de reflexión. Incluso cuando, durante el sueño, borraba por algún tiempo el recuerdo de lo pasado, la imagen de él surgía frecuentemente en su imaginación, acompañada de todas las exageraciones del terror. Le veía encadenado, forcejeando entre rufianes o conducido al lugar de la ejecución en medio de grandes preparativos: veía toda la agonía de su mirada y le oía repetir su nombre con frenéticos acentos, hasta que el horror de la escena la superaba y se despertaba llena de sobresalto.

Una similitud de gustos y de caracteres la unía a Clara, aunque el sufrimiento que la consumía era de una naturaleza demasiado delicada para hablar de él y jamás había mencionado a Théodore, ni siquiera a su amiga. Su enfermedad la había dejado débil y lánguida y la continua inquietud de su espíritu contribuyó a prolongar esa situación. Se esforzaba por todos los medios imaginables para alejar sus pensamientos de aquel triste asunto y a menudo lo lograba. La Luc tenía una excelente biblioteca, y las enseñanzas que le ofrecía satisfacían inmediatamente sus ansias de conocimientos y apartaban de su imaginación aquellos penosos recuerdos. Su conversación era también para ella otro recurso contra la aflicción.

Mas su principal distracción era vagar por los sublimes escenarios de los alrededores, a veces con Clara, aunque más frecuentemente sin otra compañía que un libro. En efecto, había ciertos momentos, cuando la conversación de su amiga le imponía una penosa reserva y se abandonaba a sus reflexiones, en que prefería ir sola a pasear por aquellos escenarios^[96], cuya solitaria grandiosidad apaciguaba la melancolía de su corazón. Allí repasaba el comportamiento de su querido Théodore y trataba de recordar su figura, su semblante y sus modales. Algunas veces aquel recuerdo la hacía llorar y entonces, considerando que tal vez habría sufrido ya una muerte ignominiosa por ella, a consecuencia de la propia acción que demostraba su amor, se apoderaba de ella una horrible desesperación que, deteniendo su llanto, amenazaba con derribar todas las barreras que la entereza y la razón podían oponer.

Temiendo dar crédito a sus propios pensamientos, volvía precipitadamente a casa y trataba desesperadamente de olvidar el pasado mediante sus conversaciones con La Luc. Cuando este observó su melancolía, la atribuyó al cruel trato que había recibido de su padre; circunstancia que, suscitando su compasión, le granjeaba todavía más las simpatías de su corazón; y la afición de ella por la conversación racional, que con tanta frecuencia aparecía en sus momentos de más calma, le suministraba a él un nuevo motivo de distracción: cultivar una mente ávida de conocimientos y susceptible de todo el vigor del genio. Adeline hallaba un placer melancólico en escuchar los suaves tonos del laúd de Clara y a menudo trataba de apaciguar su espíritu repitiendo las canciones que oía.

Sus suaves modales, tan adecuados al carácter reflexivo de La Luc, tranquilizaban a este e impregnaban su comportamiento de una cierta ternura que consolaba a la joven; y el buen hombre no tardó en ganarse la confianza y el afecto de ella. Adeline se daba cuenta con gran preocupación de su declinante estado de salud y unía sus esfuerzos a los de su familia para distraerle y animarle.

La agradable compañía que compartía y la tranquilidad de aquella región devolvieron finalmente a su espíritu una aceptable serenidad. Ahora estaba al corriente de todas las sendas que surcaban las montañas vecinas y no se cansaba nunca de contemplar sus asombrosas vistas. A menudo solía darse gusto atravesando sola aquellas sendas poco frecuentadas, en las que lo único que interrumpía su profunda soledad era la aparición de vez en cuando de algún que otro campesino procedente de alguna aldea vecina. Casi siempre llevaba consigo un libro, de modo que, si sus pensamientos se concentraban en el único objeto de su dolor, pudiese hacerlos recaer sobre otro menos peligroso para su tranquilidad. Cuando estuvo en el convento en que la educaron había hecho grandes progresos en inglés y las enseñanzas de La Luc, que conocía perfectamente esa lengua, le sirvieron para perfeccionarla. La Luc era muy aficionado a todo lo inglés; admiraba el carácter de sus gentes y la constitución de sus leyes, y su biblioteca contenía una selección de sus mejores autores, sobre todo filósofos y poetas. Adeline descubrió que ningún género de literatura era más a propósito para distraer su espíritu de la contemplación de sus propias desgracias que la poesía, y su gusto no tardó en hacerle comprender que en esto los ingleses eran superiores a los franceses. La causa de ello era la índole de la propia lengua, más quizás que el genio de la gente, si puede admitirse semejante distinción.

Frecuentemente cogía un libro de Shakespeare o Milton y, habiendo alcanzado alguna prominencia agreste, se sentaba bajo los pinos, cuyos murmullos apaciguaban su espíritu, y conspiraba con las visiones del poeta para olvidarse de sus penas.

Una tarde, mientras Clara se hallaba ocupada en la casa, Adeline vagaba sola por uno de sus lugares predilectos entre las rocas que circundan el lago. Era una prominencia que ofrecía una vista completa del lago y de las formidables montañas

que lo rodeaban. Unos cuantos espinos crecían en el precipicio de abajo, que descendía perpendicularmente al borde del lago, y encima se alzaba un espeso bosque de alerces, pinos y abetos, entremezclados con algún castaño o serbal. La tarde era excelente, y el aire estaba tan en calma que apenas agitaba las hojas de los árboles circundantes u ondulaba la amplia extensión de las aguas^[97]. Adeline contemplaba la escena con una especie de arrobamiento inmóvil y veía el sol ocultarse entre el arrebol carmesí, que teñía el fondo del lago y las cimas nevadas de los lejanos Alpes^[98]. El deleite que le producía la escena,

Sosegando cada arrebató de pasión,
Excepto la hinchazón del corazón debilitado,
¡Que despierta la mente tranquila, sin perturbarla!^[99]

de pronto se vio realizado por los sonos de una trompa de caza y, al mirar al lago, divisó a alguna distancia un barco de recreo. Como era un espectáculo poco frecuente en aquella soledad, concluyó que sería un grupo de extranjeros que venían a contemplar el maravilloso paisaje de aquella región, o tal vez unos ginebrinos que habían decidido divertirse en un lago tan grandioso, aunque de mucha menos extensión que el suyo. Probablemente esa última conjetura era la justa.

Mientras escuchaba los melodiosos y encantadores sonos de la trompa, que gradualmente se perdían en la lejanía, la escena le pareció más atractiva que antes y, no pudiendo resistir a la tentación de describir en verso aquellas bellezas, compuso las siguientes

ESTROFAS

¡Qué tranquilo ese lago su amplio seno extiende,
Donde el cielo estival sonrío enardecido!
¡Qué inmensas las rocas que en su superficie apoyan!
¡Qué salvajes las vistas que sus tortuosas riberas proporcionan!

Ahora el sol despacio por poniente descende,
Y los copetudos árboles tiñe de amarillo;
Mientras aquí las sombras alargadas y pardas de las montañas,
El espejo de cristal de las aguas invaden.

Observad cómo con luz parcial su esplendor se vuelca
Sobre aquellas destrozadas almenas, que en la cumbre
De aquel escarpado promontorio de pronto asoman
Por encima de los bosques que cubren la ladera baja.

En el suave arrebol producto de la luz reflejada,

La roca estriada, los bosques que su pendiente coronan,
La almena iluminada, y la torre oscurecida,
Sobre el piélago en calma con trémula belleza duermen.

Mas he aquí que el sol sus fervientes rayos retira,
Y frío y sin brillo, las visiones acuosas frustra;
Mientras sobre aquel acantilado, cuyos puntiagudos riscos se desmoronan,
¡El templado Ocaso descorre su tenue velo enrojecido!

¡Qué dulces esos acordes melancólicos de trompa,
Que arrastra la marea menguante,
Y nacidos en las lejanas montañas,
Devuelven una mortecina cadencia de la cueva de Eco!

¡Hola, formas quiméricas del apacible, expresivo Crepúsculo!
Vuestras gracias solemnes, al robarme el corazón,
Todas las emociones admirablemente armonizadas reviven,
Y la Fantasía sus más encantadores sueños concede.

La Luc había notado lo encantada que estaba Adeline con las características de la región y, deseando distraerla de su melancolía que, a pesar de sus esfuerzos, era bastante evidente en muchos momentos, quiso mostrarle otros escenarios distintos a los que hasta entonces había frecuentado. Le propuso una expedición a caballo para ver de cerca los glaciares, ya que intentar subir a pie entrañaba muchas dificultades y fatigas tanto para el propio La Luc, en su actual estado de salud, como para Adeline. La joven no estaba acostumbrada a cabalgar sola y los senderos de montaña por donde debía pasar hacían la experiencia todavía más peligrosa; mas ocultó sus temores, que por otra parte no bastaban para hacerla renunciar a un placer como el que se le ofrecía.

Fijaron el día siguiente para la excursión. La Luc y su grupo se levantaron muy temprano y, después de tomar un ligero desayuno, se pusieron en camino hacia el glaciar de Montanvert^[100], que se encontraba a pocas leguas de distancia. Peter llevaba un cesto con provisiones y tenían previsto comer al aire libre en algún sitio agradable.

Es inútil describir el entusiasmo de Adeline, el placer más complaciente de La Luc y los arrebatos de Clara, a medida que los escenarios de aquel romántico país pasaban ante sus ojos. El paisaje tan pronto amenazaba con su sombría y deprimente grandiosidad, no ofreciendo más que rocas enormes y cataratas que se precipitaban desde las alturas en valles profundos y estrechos, donde se unían a otras aguas espumeantes y rugientes para dirigirse hacia regiones inaccesibles a los pies humanos, como presentaba una apariencia menos agreste.

La pompa de los bosquecillos y el aderezo de los campos^[101]

estaban mezclados con las más extremas características de la naturaleza, y mientras la nieve se helaba en la cima de la montaña, la vid florecía a sus pies.

Ocupados en una conversación interesante, y llevados por la admiración que les suscitaba el país, cabalgaron hasta el mediodía, buscando en seguida un sitio agradable para descansar y tomar un refrigerio. A poca distancia descubrieron las ruinas de un edificio que en otro tiempo había sido un castillo. Estaba situado casi en el extremo de una roca que se cernía sobre un profundo valle, y sus torreones desmoronados se elevaban entre los bosques que lo rodeaban realzando la pintoresca belleza de la escena^[102].

El edificio despertaba la curiosidad y las sombras invitaban al descanso... La Luc y su grupo se acercaron a él.

Profundamente atemorizados, la derrocada cúpula observaron,
Donde una vez la belleza floreciera y el guerrero brillase.
El deterioro de las desmoronadas torres del *castillo* contemplaron,
La piedra suelta sobre las temblorosas sombras tambaleándose.

Se sentaron sobre la hierba a la sombra de algunos árboles, cerca de las ruinas. Un claro en el bosque ofrecía una vista lejana de los Alpes... Reinaba el más profundo silencio. Durante algún tiempo se quedaron ensimismados en sus pensamientos. Adeline sentía una dulce satisfacción que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. Mirando a La Luc, notó que una lágrima corría por sus mejillas al tiempo que su rostro expresaba la elevación de su espíritu. Luego volvió los ojos llenos de ternura hacia Clara e hizo un esfuerzo para reponerse.

—La quietud y el total aislamiento de este lugar —dijo Adeline—, esas formidables montañas, la sombría grandiosidad de estos bosques, como asimismo ese monumento de glorias desvanecidas en el que están impresas tan enfáticamente las huellas del paso del tiempo, suscitan un entusiasmo sagrado y provocan sensaciones verdaderamente sublimes^[103].

Cuando La Luc se disponía a hablar, se acercó Peter y le preguntó si no sería mejor abrir el morral, pues se imaginaba que su señoría y las señoritas debían estar hambrientas después de cabalgar tanto tiempo al trote, subiendo y bajando montañas antes de comer. Reconocieron que el honrado Peter llevaba razón en su suposición y aceptaron su consejo.

Extendieron el refrigerio sobre la hierba y, sentados bajo el dosel ondulante de los árboles del bosque, rodeados del suave perfume de las flores silvestres, inhalaban la brisa pura de los Alpes, que podríamos llamar espíritu del aire, y participaron de una comida que las circunstancias hicieron más deliciosa.

—No estoy dispuesta —dijo Clara cuando se levantaron para partir de nuevo— a

abandonar este lugar encantador. ¡Qué agradable sería pasar la vida bajo estas sombras con los amigos que nos son queridos!

La Luc sonrió por la sencillez romántica de la idea; mas Adeline suspiró profundamente pues le recordaba su felicidad y la de Théodore, y se volvió para ocultar sus lágrimas.

Montaron otra vez a caballo y poco después llegaron al pie del glaciar de Montanvert. Es imposible expresar las emociones de Adeline al contemplar desde diferentes puntos de vista el asombroso paisaje que la rodeaba; igualmente, los demás se hallaban demasiado afectados para intentar hablar. La profunda quietud que reinaba en aquellas soledades inspiraba temor y realzaba la sublimidad de la vista hasta extremos exquisitos.

—Parece —dijo Adeline— como si camináramos sobre las ruinas del mundo, y fuéramos las únicas personas que hubiésemos sobrevivido al naufragio^[104]. Me cuesta trabajo persuadirme de que no estamos solos sobre la superficie del globo.

—Estas vistas —dijo La Luc— elevan el espíritu hacia el Creador. Contemplamos con sentimientos que sobrepasan la humanidad... la majestad de su sabiduría en la grandiosidad de sus obras.

La Luc elevó al cielo los ojos, bañados en lágrimas, y estuvo algunos momentos absorto en un gesto de muda adoración.

Abandonaron aquellos paisajes con bastante desgana; pero la avanzada hora del día y la aparición de nubes que parecían amenazar tormenta les hicieron apresurar su partida. Adeline casi hubiera deseado presenciar los formidables efectos de una tormenta en aquellas regiones, si hubiese podido protegerse de su furia.

Regresaron a Leloncourt por un camino diferente y las sombras de los precipicios, suspendidos sobre sus cabezas, eran cada vez más profundas a causa de la penumbra de la atmósfera. Era ya de noche cuando divisaron el lago, cuya vista les alegró, pues la tormenta que amenazaba hacía tiempo se acercaba ya rápidamente. Los truenos retumbaban entre los Alpes y los vapores oscuros que se deslizaban pesadamente por sus laderas realzaban su horrible sublimidad. La Luc hubiese querido acelerar el paso, mas como el camino daba muchas vueltas por la escarpada ladera de una montaña, era necesario caminar con precaución. La atmósfera nublada y los relámpagos que centelleaban en el horizonte empezaron a atemorizar a Clara; pero, en consideración a su padre, ocultó su miedo. Entonces estalló sobre sus cabezas el estruendo de un trueno, que pareció conmover la tierra en sus cimientos y retumbó entre los riscos con tremendos ecos. El caballo de Clara se asustó por el ruido y salió disparado a una velocidad asombrosa^[105], bajando la montaña en dirección al lago cuyo pie bañaba. La angustia de La Luc, que contemplaba su vertiginoso descenso temiendo que se estrellase en el fondo del precipicio que bordeaba el camino, fue indescriptible.

Clara se mantuvo firme sobre el caballo, mas el terror casi la privó del conocimiento. Sus esfuerzos por mantenerse en la silla eran maquinales, pues apenas sabía lo que hacía. Sin embargo, el caballo la condujo sin accidente hasta el pie de la

montaña, y ya corría hacia el lago cuando un caballero que pasaba a su lado lo agarró por la brida. La brusca parada del caballo arrojó al suelo a Clara e, impaciente por soltarse, el animal se desprendió de la mano del forastero y se precipitó en el lago. La violencia de la caída aturdió a la joven; pero, mientras el forastero trataba de ayudarla, su criado corrió a traer agua.

Clara no tardó en recobrar el conocimiento y, al abrir los ojos, se encontró en brazos de un caballero que parecía sostenerla con dificultad. La compasión que su rostro expresaba cuando preguntó por su salud la reanimó; y ya se disponía a darle las gracias por su amabilidad cuando llegaron La Luc y Adeline. Clara observó el terror impreso en el rostro de su padre; y a pesar de lo débil que se encontraba, trató de levantarse y dijo con una sonrisa forzada que traicionaba sus padecimientos en lugar de disimularlos;

—Querido señor, no me he hecho daño.

La palidez de sus facciones y la sangre que corría por sus mejillas contradecían sus palabras. Mas La Luc, a quien el miedo había hecho temer el mayor de los males, se alegró de oírla hablar; recuperó su presencia de ánimo y, mientras Adeline le aplicaba sus sales, él le frotó las sienes.

Cuando se recuperó del todo, le contó lo mucho que le estaba agradecida al forastero. La Luc quiso manifestarle su gratitud; mas aquel le interrumpió, suplicándole que se ahorrara el trabajo de darle las gracias por haber seguido únicamente un impulso humanitario de lo más corriente.

No estaban lejos de Leloncourt, pero la noche era cerrada y los truenos resonaban entre las montañas. La Luc no sabía cómo conducir a Clara a casa.

Al tratar de levantarla del suelo, el desconocido mostró unos síntomas tan evidentes de dolor que La Luc le preguntó qué le ocurría. La repentina sacudida que el caballo había dado al brazo del caballero al escaparse de sus manos le había dislocado el hombro y casi no podía servirse del brazo. Padecía considerablemente y La Luc, cuyos temores por su hija se habían apaciguado, lamentó la circunstancia y le instó a que le acompañara a la aldea, donde podría procurarse socorro. El desconocido aceptó la invitación y, después de que su padre montara a Clara en un caballo, volvieron todos a la quinta.

Madame, que hacía algún tiempo que esperaba a su hermano, se alarmó al advertir que se aproximaba la cabalgata, y sus temores pronto quedaron confirmados cuando vio el estado de su sobrina. Clara fue llevada al interior de la casa. La Luc hubiese querido enviar a buscar un cirujano, mas no había ninguno en varias leguas a la redonda, ni tampoco ningún otro miembro de la profesión médica. Adeline ayudó a Clara a subir a su cuarto y Madame se encargó de examinar sus heridas. El resultado de ese examen devolvió la paz a la familia, pues, aunque estaba bastante magullada, no tenía ninguna herida grave; sólo una pequeña contusión en la frente, que le ocasionó la hemorragia que alarmó a La Luc al principio. Con la ayuda de un bálsamo que ella misma había compuesto, cuyas virtudes ponderó con gran

elocuencia, Madame se encargó de la curación de su sobrina, hasta que La Luc la interrumpió recordándole el estado de la paciente.

Después de lavar las magulladuras y darle un cordial de incomparable eficacia, la dejó bajo los cuidados de Adeline, que permaneció en el cuarto de su amiga hasta la hora de acostarse.

La Luc, cuyos ánimos estaban bastante alterados, se tranquilizó cuando su hermana le informó del estado de Clara. Entonces le presentó al desconocido y, después de mencionarle el accidente que había tenido, le pidió que le prestase ayuda inmediata. Madame se fue a toda prisa a su gabinete, y es difícil determinar si le afectaron más los padecimientos de su huésped o el placer de tener una oportunidad de exhibir sus conocimientos de medicina. Sea lo que fuere, abandonó la habitación con gran diligencia y volvió muy pronto con un frasco que contenía su inestimable bálsamo; y, después de haberle dado las instrucciones necesarias sobre el modo de usarlo, dejó al desconocido al cuidado de su criado.

La Luc insistió en que el caballero, Monsieur Verneuil, pasase la noche en la quinta, lo que él aceptó de buena gana. Sus modales durante aquella noche fueron tan francos y simpáticos cuanto la hospitalidad y la gratitud de La Luc eran sinceras, y no tardaron en trabar una conversación interesante. Monsieur Verneuil hablaba como un hombre que había visto mucho y reflexionado más; cuando mostraba algún prejuicio en sus opiniones, era evidentemente el prejuicio de una mente que, viendo las cosas a través de su propia bondad, les daba un viso de su cualidad predominante. La Luc estaba muy complacido, pues en su situación de aislamiento no solía tener ocasión de saborear el placer que resulta de la comunión de dos mentes inteligentes. Comprobó que Monsieur Verneuil había viajado mucho. La Luc le hizo algunas preguntas sobre Inglaterra y se pusieron a conversar sobre el carácter nacional de los franceses y de los ingleses.

—Si es privilegio de la sabiduría —dijo Monsieur Verneuil— mirar más allá de la felicidad, reconozco que preferiría pasarme sin ella. Cuando observamos a los ingleses, sus leyes, su escritura y su forma de hablar, y al mismo tiempo sus semblantes, sus modales y la frecuencia con que se da el suicidio entre ellos, estamos dispuestos a creer que la sabiduría y la felicidad son incompatibles. Por otro lado, si nos volvemos a nuestros vecinos los franceses y observamos su lamentable política^[*], su conversación brillante y sofisticada, sus frívolas ocupaciones y su aspecto alegre y animado, nos veremos obligados a reconocer que la felicidad y el desatino a menudo van acompañados.

—El objetivo de la sabiduría —dijo La Luc— es obtener la felicidad, y difícilmente puedo dignificar esa conducta o corriente de pensamiento que contribuye al infortunio en nombre de la sabiduría. Por esa regla quizás lo que calificamos de locura en los franceses merecería llamarse sabiduría, pues les proporciona felicidad. Esa frívola ligereza, que parece despreciar la reflexión y la previsión, resulta efectiva sin limitarse a las mortificaciones de la filosofía. Mas a decir verdad, la sabiduría

consiste en un esfuerzo de la mente por dominar la locura; y como la felicidad de los franceses es menos una consecuencia de la mente que de la constitución física, no merece los honores de la sabiduría.

Discutiendo sobre la variedad de opiniones que sobre una misma conducta se forman a diario, La Luc observó que lo que comúnmente llamamos opinión hasta cierto punto no es más que resultado de la pasión y el temperamento.

—Cierto —dijo Monsieur Verneuil—; existe un tono de pensamiento, como hay notas tónicas en música, que remite a sus afectos más débiles. Así, aunque los poderes judiciales puedan ser iguales, la disposición a juzgar es diferente, y con bastante frecuencia las acciones de los hombres son criticadas cuanto menos por capricho, por vanidad o por el humor del momento en cuestión.

La Luc aprovechó la ocasión para reprobar la conducta de aquellos escritores que, mostrando únicamente el lado oscuro de la naturaleza humana, e insistiendo sólo en los males propios de la humanidad, han procurado degradar al hombre a sus propios ojos y presentarlo como un descontento de la vida.

—¿Qué diríamos de un pintor —prosiguió La Luc— que utilizara en su obra únicamente el color negro, que presentase sólo hombres negros, caballos negros, perros negros, etc., etc., y dijera que se trataba de una representación de la naturaleza, que la naturaleza es negra?

»Es cierto —replicaríais vos— que los objetos que mostráis existen en la naturaleza, mas sólo forman una pequeña parte de todas sus obras. Vos afirmáis que la naturaleza es negra y, para probarlo, habéis reunido en vuestro lienzo todos los animales que existen de ese mismo color. Mas habéis olvidado pintar la tierra verde, el cielo azul, el hombre blanco y los objetos de todos los demás colores que abundan en la creación, de los cuales el negro no es más que una parte insignificante.

El semblante de Monsieur Verneuil se iluminó de una manera peculiar durante el discurso de La Luc.

—El hombre necesita pensar bien de sí mismo —dijo— en beneficio de su dignidad y felicidad. Hay un orgullo razonable que conviene a cualquier mente y es apropiado a la virtud. Ese conocimiento innato de la dignidad, que le muestra la nobleza de su naturaleza, será su mejor protección contra la vileza del vicio. Cuando falta ese conocimiento —continuó Monsieur Verneuil— es posible que no exista sensación de honor ni de moral y, por consiguiente, ninguno de los más elevados principios de la acción. ¿Qué puede esperarse del que dice que su naturaleza es mezquina y egoísta? O ¿quién puede dudar de que el que así piensa, lo hace basándose en la experiencia de su corazón y por propia inclinación? Nunca debemos olvidar que el que quiera persuadir a los hombres de ser buenos, deberá mostrarles que son estupendos.

—Habláis —dijo La Luc— con el sincero entusiasmo de un espíritu virtuoso; y al obedecer los impulsos de vuestro corazón, expresáis las verdades de la filosofía. Creedme, un mal corazón y una mente *verdaderamente* filosófica nunca han estado

unidas en un mismo individuo. Las inclinaciones viciosas no sólo corrompen el corazón, sino la inteligencia, y de ese modo conducen al falso razonamiento. Sólo la virtud está del lado de la verdad.

La Luc y su huésped, mutuamente complacidos el uno con el otro, se enzarzaron en una discusión sobre temas tan interesantes que se prolongó hasta bien entrada la noche.

CAPÍTULO XVIII

Tal fue la visión que a la memoria
Un alivio procuró, presa de una mediatibunda congoja.

VIRGIL'S TOMB^[106]

Sea mía la ventosa colina, que la loma rodea,
Donde un verde césped es lo único que reclamo,
Aquí y allá sembrado de violetas,
Y más de un atardecer el sol gratamente brillando sobre mi tumba.

THE MINSTREL^[107]

EL sueño restableció tanto a Clara que cuando Adeline, impaciente por saber cómo estaba, fue a su cuarto por la mañana temprano, la encontró levantada y preparada para desayunar con el resto de la familia. Monsieur Verneuil también compareció, mas sus ojos daban a entender que había descansado poco; su brazo, en efecto, le había causado tales dolores durante la noche que necesitó bastante resolución para soportarlos en silencio. Ahora estaba hinchado y algo inflamado, y eso podía atribuirse en cierta manera al bálsamo de Madame La Luc, cuyas propiedades curativas por una vez habían fallado. Toda la familia se compadeció de sus sufrimientos y Madame, a instancia de Monsieur Verneuil, renunció al bálsamo y lo sustituyó por una cataplasma.

Con aquel remedio en poco tiempo experimentó cierto alivio y regresó a la mesa con aspecto más tranquilo. La felicidad que sentía La Luc al ver a su hija fuera de peligro era bastante visible, mas le resultaba difícil manifestar a su salvador la gratitud y el afecto que sentía por él. Clara expresó las genuinas emociones de su corazón con naturalidad y una cierta energía, y declaró su sincera preocupación por los sufrimientos ocasionados a Monsieur Verneuil.

El placer que le producía la compañía de su huésped, y la consideración del esencial servicio que le había prestado, cooperaron con la natural hospitalidad de La Luc para que este instase a Monsieur Verneuil a que se quedase algún tiempo en la quinta.

—Nunca podré devolveros los servicios que me habéis prestado —dijo La Luc—. Sin embargo quiero mostraros mi agradecimiento pidiéndoos que prolonguéis vuestra visita, brindándome así una oportunidad de cultivar vuestra amistad.

Monsieur Verneuil, que cuando encontró a La Luc viajaba desde Ginebra a un lugar lejano de Saboya únicamente por admirar el paisaje, aceptó gustosamente la invitación, pues estaba encantado con su anfitrión y con todo lo que le rodeaba. En estas circunstancias la prudencia coincidía con sus inclinaciones, pues hubiera sido peligroso para él, si no imposible, el continuar su viaje a caballo en el estado en que

se encontraba.

Pasaron la mañana conversando y Monsieur Verneuil demostró poseer buen gusto, grandes conocimientos científicos y finas dotes de observación. La situación de la quinta y las características del paisaje circundante le encantaban, y por la tarde se atrevió a pasear con La Luc y explorar las bellezas de aquella romántica región. Cuando atravesaban la aldea, los saludos de los campesinos, en los que se mezclaban por igual el cariño y el respeto, y sus apremiantes preguntas sobre Clara, dieron testimonio del carácter de La Luc, el cual expresaba en su semblante una serena satisfacción, basada en su convencimiento de que se merecía y tenía el afecto de todos ellos.

—Vivo rodeado de mis hijos —dijo, volviéndose a Monsieur Verneuil, que había notado la impaciencia de aquellas gentes—, pues como a tales considero a mis parroquianos. Al desempeñar las funciones de mi oficio, no sólo soy correspondido por mi propia conciencia, sino también por la gratitud de ellos. Es un placer observar su sencillez y honrado afecto, que no cambiaría por nada de lo que en este mundo llaman ventajas.

—Sin embargo, señor, el mundo calificaría de románticos a los placeres de que habláis —dijo Monsieur Verneuil—; pues ser sensible a ese deleite puro y exquisito requiere un corazón no corrompido por los depravados placeres de la sociedad... placeres que adormecen sus mejores sentimientos y envenenan la fuente de sus más auténticas diversiones.

Siguieron su camino a orillas del lago, unas veces a la sombra de los árboles, otras sobre montículos cubiertos de césped que ofrecían una vista magnífica. Monsieur Verneuil se detenía frecuentemente y observaba extasiado aquellas singulares bellezas, mientras La Luc, complacido por el deleite que su amigo expresaba, contemplaba con mayor satisfacción que de costumbre los mismos paisajes que tantas veces le habían encantado anteriormente. Mas había una suave melancolía en el tono de su voz y en su semblante, originada por el recuerdo de haberlos recorrido a menudo, y haber participado del placer que suministraban en compañía de la que hacía ya tanto tiempo se despidió de ellos para siempre.

Al poco rato se fueron del lago y, subiendo una escarpada pendiente entre los bosques, llegaron, después de una hora de camino, a una cumbre totalmente verde que surgía entre las rocas como la flor en un espino. Era un lugar idóneo para la contemplación solitaria, que inspiraba esa tranquilizadora ternura tan querida a un espíritu sensible y volvía a traer a la memoria las imágenes de penas pasadas, atenuadas por la distancia pero todavía atractivas por recordarlas frecuentemente. En las grietas de las rocas de debajo crecían arbustos silvestres, y los altos pinos y cedros que se agitaban arriba ofrecían una sombra melancólica y romántica. El silencio de la escena sólo lo interrumpía el viento que movía los árboles y las notas solitarias de los pájaros que habitaban en los riscos.

Desde aquel lugar se dominaba una vista completa de los majestuosos y sublimes

Alpes, que colmaba el alma de emociones de indescriptible admiración. La aldea y la quinta de La Luc parecían un refugio en lo más recóndito de las montañas contra las tormentas que se congregaban en sus cimas. Monsieur Verneuil estaba absorto en la contemplación del paisaje y permaneció durante algún tiempo completamente callado; finalmente, cuando se volvió, en medio de estallidos de entusiasmo, para dirigirse a La Luc, lo divisó a lo lejos apoyado en una urna rústica, sobre la que se inclinaba un sauce llorón de exuberante belleza.

Al aproximarse, La Luc abandonó su posición y salió a su encuentro, mientras Monsieur Verneuil le preguntaba por qué motivo había sido erigida la urna. Incapaz de contestar, La Luc la señaló y se fueron en silencio hacia ella. Monsieur Verneuil leyó la siguiente inscripción:

A
LA MEMORIA DE CLARA LA LUC
SE ERIGE ESTA URNA
EN EL LUGAR QUE ELLA AMABA
EN TESTIMONIO DE AFECTO DE
UN MARIDO

Monsieur Verneuil lo comprendió entonces todo y, sintiéndolo por su amigo, le dolió haber reparado en aquel monumento a su pena. Se reunió con La Luc, que se encontraba en el extremo del promontorio, contemplando el paisaje que se extendía a sus pies, con aspecto más apacible y afectado por la dulzura de la piedad y la resignación. Notó que Monsieur Verneuil estaba algo desconcertado y procuró disipar su desasosiego.

—Debéis considerar —dijo— como una prueba de mi estima el que os haya traído a este lugar. Nunca es profanado por la presencia de seres insensibles. Se mofarían de la fidelidad de un afecto que ha sobrevivido tanto tiempo a su objeto amado y que, en sus propios pechos, se hubiera perdido rápidamente entre la disipación de la sociedad en general. He abrigado en mi corazón el recuerdo de una mujer cuyas virtudes reclamaron todo mi amor. Lo he guardado como un tesoro al que pudiese recurrir huyendo de las preocupaciones y aflicciones transitorias, en la certeza de encontrar un consuelo tranquilizador aunque melancólico.

La Luc hizo una pausa. Monsieur Verneuil le expresó la compasión que sentía, mas comprendiendo que el pesar era algo sagrado, en seguida volvió a guardar silencio.

—Una de las más brillantes esperanzas de una vida futura —prosiguió La Luc— consiste en que encontraremos de nuevo a los que hemos amado en este mundo. Y quizás nuestra felicidad sea permitida para implicarnos más en la compañía de nuestros amigos, purificados de las flaquezas de la mortalidad, con los afectos más puros armonizados con mayor suavidad y las facultades mentales infinitamente más elevadas y desarrolladas. Entonces seremos capaces de comprender asuntos que son

demasiado vastos para una mente humana; de comprender quizás lo sublime de la Divinidad que nos dio el ser. Esas visiones de futuro, mi querido amigo, nos elevan por encima de los males del mundo y parecen hacernos partícipes de una porción de la naturaleza que contemplamos.

»No son ilusiones de un cerebro soñador —continuó La Luc—. Yo confío en su realidad. De una cosa estoy seguro: sean o no ilusiones, debemos tener fe en ellas por el alivio que suponen para el corazón y tenemos que reverenciarlas por la dignidad que imparten a la mente. En semejantes sentimientos se funda nuestra felicidad y una parte importante de nuestra creencia en la existencia futura: estimulan a la virtud y dan estabilidad a los principios.

—Eso es —dijo Monsieur Verneuil— lo que a menudo he pensado y lo que cualquier mente ingenua debería reconocer.

La Luc y Monsieur Verneuil continuaron conversando hasta que el sol se puso. Las montañas, oscurecidas por el crepúsculo, adoptaron un aspecto más sublime: las cimas más elevadas de los Alpes, todavía iluminadas por los rayos del sol, contrastaban impresionantemente con la sombría oscuridad del mundo de abajo. A medida que descendían a través de los bosques y recorrían la orilla del lago, la quietud y solemnidad de aquellos momentos difundía en sus mentes una reflexiva dulzura y las sumía en el silencio.

Encontraron, como de costumbre, la cena servida en el salón cuyas ventanas daban al jardín, donde podía decirse que las flores entregaban su fragancia en gratitud por el refrescante rocío. Las ventanas estaban entretejidas de escaramujo y otros arbustos fragantes, que colgaban con delirante exuberancia formando una hermosa y sencilla decoración. A Clara y a Adeline les gustaba pasar las tardes en este salón donde habían adquirido los primeros rudimentos de astronomía y desde donde habían contemplado una amplia vista del cielo. La Luc les mostró los planetas y las estrellas, les explicó sus leyes y desde allí tuvieron ocasión de mezclar la moral con la enseñanza científica, ascendiendo con frecuencia hasta esa gran causa primera cuya naturaleza se escapa a toda comprensión humana.

—Ningún estudio —diría a veces— ensancha tanto la mente, o le inculca de forma tan sublime la idea de la Divinidad, como el de la astronomía. Cuando la imaginación se lanza a las regiones del espacio y contempla los innumerables mundos que en ellas se desparraman, quedamos asombrados y admirados. Este globo parece una masa de átomos en la inmensidad del universo, y el hombre un simple insecto. Sin embargo, ¡oh maravilla!, este hombre, cuya estatura es tan diminuta en la escala de los seres vivos, debe de tener poderes para desdeñar los estrechos límites del tiempo y el espacio, para remontarse más allá de la esfera de su existencia, para descubrir las secretas leyes de la naturaleza y tener en cuenta sus efectos progresivos.

»¡Ay, cuán expresivamente prueba esto la espiritualidad de nuestro ser! Que el materialista lo tenga en cuenta y se ruborice por haber incluso dudado^[108].

La familia entera se reunió en aquel salón para cenar y, durante el resto de la

velada, la conversación giró en torno a temas generales en los que Clara participó con modestos y juiciosos comentarios. La Luc le había enseñado a familiarizarse con el razonamiento y la había acostumbrado a mostrar sus sentimientos libremente: los expresaba con una sencillez extremadamente atractiva, que convencía a sus oyentes de que lo que le inducía a conversar no era la vanidad de la charla sino el ansia de conocimiento. Monsieur Verneuil procuraba evidentemente darle pie y Clara, interesada por los temas que él abordaba sin afectación y complacida con las opiniones que expresaba, le contestaba con franqueza y animación. Se retiraron mutuamente complacidos el uno con el otro.

Monsieur Verneuil tenía alrededor de treinta y seis años, una figura varonil y un semblante franco y atractivo. Su penetrante mirada, cuyo ardor moderaba su benevolencia, revelaba los principales rasgos de su carácter: era rápido en discernir las locuras de la humanidad, pero generoso para excusarlas; y, aunque nadie era más sensible que él a una ofensa, ninguno estaba más dispuesto que él a hacer concesiones al enemigo.

Era francés de nacimiento. La fortuna que recientemente había heredado le permitía llevar a cabo el plan que le había inspirado su activa y curiosa mente de visitar los lugares más notables del continente. Era especialmente susceptible a todo lo que de bello y sublime hay en la naturaleza. Suiza y los países limítrofes le habían parecido los más a propósito para satisfacer semejante gusto y, en efecto, los paisajes que exhibían le parecieron infinitamente superiores a todo lo que su ardiente imaginación le había sugerido; miraba con ojos de pintor y sentía con el embeleso de un poeta.

En la morada de La Luc había hallado la hospitalidad, franqueza y sencillez tan características del país. Veía en su venerable anfitrión la firmeza de la filosofía, unida a la más refinada sensibilidad de la humanidad... una filosofía que le había enseñado a corregir sus sentimientos, no a aniquilarlos; en Clara, el primor de la belleza y la más perfecta sencillez de corazón; y en Adeline, todos los encantos de la elegancia y la gracia, con un talento digno de la más elevada cultura. En aquel cuadro familiar, la bondad de Madame La Luc tampoco pasaba inadvertida ni estaba olvidada. La alegría y la armonía que reinaban en la quinta eran una delicia; mas la filantropía inherente al corazón del párroco se había difundido por toda la aldea y había unido a todos los habitantes con los más firmes y agradables vínculos del pacto social. Esas circunstancias, junto a su privilegiada situación, contribuyeron a hacer de Leloncourt casi un paraíso terrenal. Monsieur Verneuil comentó entre suspiros que pronto tendría que irse.

—No debo buscar más —dijo—, pues aquí se hallan reunidas la sabiduría y la felicidad.

La admiración era recíproca; La Luc y su familia se interesaban por Monsieur Verneuil y aguardaban con pena el momento de su partida. Tan calurosamente le instaron a prolongar su visita, y tan intensamente secundó su propia inclinación a la

de ellos, que aceptó la invitación. La Luc no olvidaba ninguna circunstancia que pudiera contribuir a distraer a su huésped y, como en pocos días recuperó el uso del brazo, hicieron varias excursiones a las montañas. Adeline y Clara, que había recuperado la salud gracias a los cuidados de Madame, se unían generalmente al grupo.

Después de pasar una semana en la quinta, Monsieur Verneuil se despidió de La Luc y de su familia. La pena por la separación fue mutua y le hicieron prometer que cuando regresase a Ginebra pasaría de nuevo por Leloncourt. Una vez hecha la promesa, Adeline, que había notado con bastante alarma la declinante salud de La Luc, miró con tristeza su lánguido semblante y profirió una súplica secreta: que pudiese vivir para recibir la visita de Monsieur Verneuil.

Madame fue la única persona que no lamentó su partida, pues se daba cuenta de que los esfuerzos que hacía su hermano para agasajar al huésped superaban los límites impuestos por su actual estado de salud y se alegraba de la tranquilidad que de nuevo iba a gozar.

Mas esa tranquilidad no impidió que La Luc cayera enfermo; la fatiga que había tenido que soportar en sus últimas excursiones parecía haber aumentado sus trastornos y, en poco tiempo, presentaba un aspecto amenazador. Cediendo a las súplicas de su familia, fue a Ginebra a consultar a un facultativo, que le recomendó tomase los aires de Niza^[109].

No obstante, el viaje hasta allí era considerablemente largo y, pensando que su salud era demasiado precaria para hacerlo, dudó algún tiempo. Tampoco quería abandonar los deberes de su parroquia por tanto tiempo como probablemente le exigiría su total restablecimiento; mas esa era una objeción que no le habría impedido ir a Niza si hubiera tenido igual fe en su clima que los médicos^[110].

Sus feligreses, que sabían la importancia que para ellos tenía la vida de su párroco, fueron en pleno a pedirle que se marchara. Al buen anciano le conmovió aquella prueba de cariño y adhesión; y eso, unido a las súplicas de su familia y a la propia consideración de que era un deber suyo tratar de prolongar su vida, fueron razones suficientes para no resistirse, y finalmente se decidió a ir a Italia^[111].

Se acordó que Clara y Adeline, cuya salud según La Luc necesitaba un cambio de aires, le acompañarían, atendidos por el fiel Peter.

El día de su partida un gran número de feligreses se reunió alrededor de su puerta para despedirse de él. Fue una escena conmovedora; era posible que no le vieran más.

—Confiemos en Dios, amigos míos —dijo La Luc al fin, enjugándose la lágrimas—; él tiene poder para curar cualquier mal tanto del cuerpo como del espíritu. Nos volveremos a ver, si no en este mundo, espero que en otro mejor. Que nuestra conducta se haga merecedora de esa mejoría.

Los sollozos de los parroquianos impidieron cualquier respuesta. No había en toda la aldea ni uno solo que no vertiese lágrimas^[112], pues prácticamente estaban todos reunidos en presencia de La Luc.

—Adiós, amigos —dijo el sacerdote, estrechando las manos a cada uno de ellos —, nos volveremos a ver.

—Dios lo quiera —exclamaron ellos, con voz de súplica ferviente.

Después de montar a caballo y comprobar que tanto Clara como Adeline estaban listas, se despidieron de Madame La Luc y se marcharon de la quinta. Como no se resignaban a perder a La Luc, la gente les acompañó un rato cuando dejaron atrás la aldea. Mientras avanzaban lentamente, La Luc echó una última mirada a su hogar, en donde había pasado tantos años tranquilo, y que quizás ya no volvería a ver; las lágrimas se agolparon en sus ojos, mas él las reprimió. Conforme los atravesaba, los parajes más próximos le traían gratos recuerdos. Miró hacia el lugar consagrado a la memoria de su difunta esposa; los húmedos vapores de la mañana lo velaban. La Luc sentía una decepción posiblemente mayor de lo que la razón pudiera justificar; mas aquellos que sepan por experiencia lo mucho que le gusta a la imaginación detenerse en otros objetos, no importa lo remotamente relacionados que estén con el de nuestra predilección, estarán de acuerdo con él. Aquel era un objeto en el que La Luc había depositado su afecto; era un recuerdo cuya vista suscitaba más contundentemente en su memoria cualquier idea afectuosa que pudiera asociar con el objeto principal de su estima. En tales casos la imaginación otorga un sello de realidad a las ilusiones afectivas que el corazón acepta con romántica indulgencia.

La gente le acompañó casi una milla fuera de la aldea y, aún entonces, fue muy difícil convencerles de que se fueran; finalmente se despidió una vez más y siguió su camino, seguido por sus plegarias y sus bendiciones.

La Luc y su pequeño grupo cabalgaron lentamente, sumidos en un silencio contemplativo... un silencio demasiado agradable en su tristeza para ser tan pronto interrumpido y al que se abandonaron sin temor. La solitaria grandiosidad de los escenarios por donde pasaban y el dulce murmullo de los pinos que agitaban sus altas copas contribuían a aquel suave placer de la meditación.

Continuaron en etapas cortas; y, después de recorrer durante algunos días las románticas montañas y los verdes valles del Piamonte, llegaron a la rica región de Niza. Las alegres y exuberantes vistas que surgían ante los viajeros a su paso por las colinas parecían escenas de un encanto mágico, o el producto de las visiones solitarias de los poetas. Mientras las cimas en espiral de las montañas mostraban la nevosa severidad del invierno, los pinos, cipreses, olivos y mirtos oscurecían sus laderas con los tintes verdes de la primavera, y arboledas de naranjos, limoneros y cidros desplegaban a sus pies los vivos colores del otoño. Según avanzaban, los paisajes se diversificaban cada vez más; y al final, entre las alturas dejadas atrás, Adeline vislumbró las lejanas aguas del Mediterráneo, fundiéndose con el horizonte azul y sin nubes. Nunca había visto el océano y aquella visión pasajera excitó su imaginación y le hizo mirar impacientemente en busca de una perspectiva más próxima.

El día casi tocaba a su fin cuando los viajeros, doblando un escarpado saliente de la cadena alpina que corona el anfiteatro que rodea Niza, descubrieron las verdes

colinas que se extienden hasta la costa, la ciudad con su castillo antiguo y el vasto mar Mediterráneo; y al fondo las montañas de Córcega^[113]. Semejante extensión de mar y tierra, con tan variados contrastes de alegría, magnificencia y enormidad, era capaz de suscitar la admiración de cualquiera; mas para Adeline y Clara, la novedad y el entusiasmo añadían nuevos encantos a la perspectiva. El aire suave y saludable parecía dar la bienvenida a La Luc a aquella risueña región, y la serena atmósfera parecía prometer un verano perpetuo. Finalmente bajaron a la pequeña llanura en donde está situada la ciudad de Niza, que es la mayor extensión de terreno llano que hasta entonces habían encontrado desde que entraron en la región. Allí, en el seno de las montañas, protegidos del norte y del levante, donde los vendavales de poniente sólo parecen susurrar, se unían la floración de la primavera y el esplendor del otoño. Sendas hileras de mirtos bordeaban la carretera, que serpenteaba entre arboledas de naranjos, limoneros y bergamotos, cuya deliciosa fragancia llegaba a los sentidos mezclada con el aroma de las rosas y claveles que florecían a su sombra. Las suaves colinas que se elevaban en la llanura estaban cubiertas de viñedos y rematadas de cipreses, olivos y palmeras; más allá aparecía una extensión de altas montañas, de donde los viajeros habían descendido, y en donde nacía el riachuelo Paglion^[114], alimentado por las nieves de sus cumbres, el cual, después de serpentear por la llanura, bañaba los muros de Niza antes de desembocar en el Mediterráneo. Adeline observó que los habitantes de aquella fértil comarca tenían los rostros consumidos y parecían descontentos, formando un melancólico contraste con la superficie de la tierra, y lamentó de nuevo los funestos efectos de un gobierno arbitrario, en que la liberalidad de la naturaleza, destinada a todos, era monopolizada por unos pocos, mientras que el resto se moría de hambre en medio de la abundancia^[115].

La ciudad perdió mucho de sus encantos cuando se aproximaron a ella: sus calles estrechas y sus pobres casas apenas correspondían a lo que parecía prometer la visión lejana de sus murallas y de su puerto, lleno de barcos. El aspecto de la posada en la que se apeó La Luc tampoco contribuyó a atenuar su decepción; mas lo que más le sorprendió fue el encontrar tan insignificante alojamiento en una ciudad célebre como balneario para enfermos; y todavía más cuando se enteró de las dificultades para procurarse una vivienda amueblada.

Después de buscar mucho, consiguió unos aposentos en una casa pequeña, aunque agradable, situada a las afueras de la ciudad. Tenía un jardín y una terraza desde donde se dominaba el mar, y era notable por su aspecto de limpieza, poco común en las casas de Niza. Accedió a hospedarse con la familia, a cuya mesa se sentaban otros dos huéspedes, un caballero y una dama, y de ese modo se convirtió en un habitante provisional de aquel paraíso climático.

A la mañana siguiente, Adeline se levantó muy temprano, ansiosa de entregarse de nuevo a la sublime emoción que le inspiraba la vista del océano, y se fue con Clara a las colinas, que ofrecían una perspectiva más extensa. Caminaron durante algún tiempo entre lomas ocultas por los arbustos, hasta llegar a una eminencia, desde la

cual

¡El cielo, la tierra y el mar sonreían!^[116]

Se sentaron en la punta de una roca, a la sombra de altas palmeras, para contemplar sin prisa el magnífico panorama. El sol estaba saliendo en aquellos momentos por detrás del mar, sobre el cual sus rayos vertían raudales de luz, sacando millares de brillantes colores a los vapores que se elevaban en el horizonte formando ligeras nubecillas que flotaban, quedando las aguas de donde salían tan claras como el cristal, excepto allí donde el espumoso oleaje batía los acantilados; al fondo se veían las velas de las barcas de pesca y más lejos las montañas de Córcega, teñidas de un azul etéreo. Al cabo de un rato, Clara sacó su lapicero, mas en seguida lo echó a un lado con desesperación. Mientras regresaban a casa por una romántica cañada, Adeline, cuyos sentidos ya no estaban absortos en la contemplación de aquel espléndido panorama cuyas imágenes flotaban todavía en su memoria sólo que con colores más suaves, repitió los siguientes versos:

AMANECER: SONETO

Déjame vagar, al romper el día,
Por el tranquilo valle repleto de árboles,
Absorber la rica fragancia del mayo en ciernes,
Y captar el susurro de las lejanas corrientes;
O descansar en la fresca ribera del límpido riachuelo,
Donde en la sombra húmeda la violeta reposa,
Donde las abiertas azucenas su fragancia destilan,
Y la silvestre rosa almizcleña en el claro rezuma;
O subir al acantilado oriental, cuya airosa punta
Sobre el brumoso océano azul abruptamente pende;
Observar los hermosos tonos del alba difundiéndose por el éter,
Y tiñendo de un rosa vivo la cristalina planicie.
¡Ah, quién pudiera expresar el embeleso del alma
Cuando sobre las olas comienza el sol a despuntar furtivo,
Descubriendo todo el mundo acuático
Y la vasta bóveda celeste a plena luz!
Así la fase joven de la vida al hombre encantador sonrío,
Con chispeante salud y alegría, ¡y las mágicas artimañas de la fantasía!

La Luc encontró en sus paseos algunos compañeros sensatos y agradables, que al igual que él habían ido a Niza en busca de salud. Con todos ellos formó bien pronto un pequeño pero simpático grupo, en el que destacaba un francés, cuyos suaves modales, marcados por una profunda melancolía, habían atraído especialmente la

atención de La Luc. Rara vez hablaba de sí mismo, ni mencionaba circunstancia alguna que pudiese revelar de qué familia procedía; mas sobre otros temas hablaba con franqueza y mucha inteligencia. La Luc le había invitado frecuentemente a visitar sus aposentos alquilados; pero él siempre declinaba la invitación de un modo tan amable que era imposible enfadarse, por lo que La Luc estaba convencido de que su negativa era consecuencia de cierto abatimiento de espíritu que le hacía ser reacio a conocer a otros desconocidos.

La descripción que La Luc había hecho de aquel extranjero había excitado la curiosidad de Clara; y la simpatía que los desdichados suelen sentir unos por otros suscitó la compasión de Adeline, ya que no podía dudar de que fuese desgraciado. Volviendo un día de pasear, La Luc divisó al susodicho caballero y aceleró el paso para alcanzarle. Por un momento, Adeline estuvo tentada de seguirle, mas su delicadeza la detuvo; sabía lo desagradable que era para un espíritu turbado la presencia de un desconocido y se abstuvo de inmiscuirse sólo por satisfacer una frívola curiosidad. Tomó pues otro camino. Sin embargo, la casualidad hizo algunos días después lo que su delicadeza le había impedido hacer entonces: La Luc le presentó al desconocido. Adeline le acogió con una dulce sonrisa, mas se esforzó por reprimir la expresión de lástima que involuntariamente afloraba en su semblante; no quería mostrar que sabía que era desgraciado.

Después de aquella entrevista, el desconocido ya no rechazó más las invitaciones de La Luc; por el contrario le hizo frecuentes visitas y acompañó muchas veces a Adeline y a Clara en sus paseos. La amena y sensata conversación de la primera parecía apaciguar su mente, y en su presencia hablaba frecuentemente con una animación que La Luc no había notado hasta entonces en él. Adeline experimentaba también, por la semejanza de sus gustos con los de él y su inteligente conversación, una cierta satisfacción que contribuía, mediante la compasión que inspiraba su abatimiento, a ganar su confianza; y conversaba con una franqueza y naturalidad nada habituales en ella.

Muy pronto sus visitas se hicieron más frecuentes. Paseaba con La Luc y su familia y los acompañaba en sus pequeñas excursiones para visitar los magníficos restos de la antigüedad romana que enriquecían los alrededores de Niza. Cuando las jóvenes se quedaban en casa con sus labores, él las distraía con la lectura; y tuvieron la satisfacción de observar que se había librado en cierto modo de la profunda melancolía que le había oprimido.

Monsieur Amand amaba con pasión la música. Clara no había olvidado llevarse el laúd, y a veces pulsaba sus cuerdas y entonaba dulces y melancólicas melodías; más jamás pudo convencerle de que lo tocase él. Cuando Adeline o Clara lo tocaban, él se sumía en una profunda ensoñación, ajeno a todo lo que le rodeaba, excepto cuando miraba a Adeline tristemente y a veces se le escapaba un suspiro.

Una tarde Adeline se excusó de acompañar a La Luc y a Clara en su visita a una familia vecina y se retiró a una terraza del jardín que daba al mar. Mientras

contemplaba el esplendor tranquilo de la puesta de sol, con sus gloriosos reflejos en la brillante superficie de las aguas, pulsó su laúd y cantó unos versos que en otro tiempo había escrito después de haber leído esa preciosa efusión del genio de Shakespeare titulada *El sueño de una noche de verano*.

TITANIA A SU AMOR

¡Vuela conmigo por el lejano espacio
A las islas que el piélago de poniente adornan!
Pues allí el risueño Verano se divierte,
Y su guirnalda sobre cada precipicio cuelga.

A través del verde mar transparente
Flotando en sus olas vamos,
Las ninfas me darán la bienvenida alegremente
Allá abajo en sus cuevas de coral.

Pues a sus arenosos márgenes suelo acudir,
Cuando el Crepúsculo trae las Horas refrescantes,
Con toda mi jocunda pandilla
Para hechizarlos con sus emparrados verdemar.

Y bien que les gusta nuestros deportes ver,
Y en el seno del océano bañarse;
Y con frecuencia, cuando reanudamos la danza,
Música hacen surgir de las olas.

Veloces a ese clima espléndido nos dirigimos,
Donde la alegre Jamaica extiende sus dominios,
Asciende la montaña azul... salvaje... ¡sublime!
Y sus valles de intenso verdor allana.

Donde elevado al trono, con la pompa de las sombras,
El *Poder de la Vegetación* reina,
Esparciendo lejos, sobre la colina y el claro de bosque,
Matorrales de todo tipo... frutos de todos los colores.

El resplandor ferviente de los rayos del sol ella hurta
Para teñir sus flores con una mezcla de colores;
Y sobre la uva el añublo arroja,
Destrozando a la vista sus hojas verdes.

Emparrados de arrayán, y una arboleda de cidros

Nuestra airosa danza allí endoselan;
Y la brisa marina por allí gusta vagar
Cuando el destello del Día saliente tiembla.

Y cuando la falsa luna se escabulle,
O surge de nuevo el alba,
Solemos ponernos a brincar sin miedo
Frente a los radiantes ojos de la luciérnaga.

Y chupamos los juncos melíferos que empenachados
Crecen con blancas plumas plateadas;
O perforamos la lechosa pulpa del coco
¡Para sorber el néctar delicioso!

Y cuando los temblorosos truenos retumban,
Y los relámpagos en la penumbra estallan,
Nos resguardamos bajo el tronco del cedro,
¡Y gozamos del rico perfume!

Mas sobre todo nos gusta, bajo la palmera,
O la ancha hoja del verde plátano,
Escuchar, en la calma de la media noche,
Desahogar sus penas a la dulce Filomela^[117].

¡Jamás conoció mortal trasgo
Sonido tan dulce, momentos tan dichosos!
¡Ah, vuela conmigo en mi larga ronda
Y haré que sean tuyos todos ellos!

Adeline dejó de cantar... y al momento oyó repetir ciertos versos en voz baja,

¡Jamás conoció mortal trasgo
Sonido tan dulce, momentos tan dichosos!

y volviendo los ojos hacia el lugar de donde procedían, vio a Monsieur Amand. La joven se ruborizó y dejó el laúd; y él lo cogió al momento, y con mano trémula tocó unos compases

Que un alma podría crear de las costillas de la Muerte^[118].

Con voz melodiosa y llena de sensibilidad, cantó el siguiente:

SONETO^[119]

¡Qué agradable es el primer vaivén cortés del Amor,
Cuando, coronado de flores, sonrío en voz baja!
Sus ojos azules llenos de lágrimas, seduce
Allí donde a sus delicados transportes da rienda suelta.
La Esperanza le guía en su alegre camino,
Y todavía la Fe y la Fantasía le seducen...
La Fe pronto enredada en sus mismos esfuerzos...
La Fantasía, cuyas mágicas formas tan alegre
El egoísmo del bello Embustero burla.
«¡Qué agradable es el primer vaivén cortés del Amor!»
Nunca ese corazón que a lamentarse invita
De los suaves hechizos del Pesar se extraviaría...
Nunca... hasta que el Dios, exultante de su arte,
Implacable frunza el ceño, ¡y lance el envenenado dardo!

Monsieur Amand hizo una pausa; parecía muy agobiado y finalmente rompió a llorar, dejó el instrumento y se marchó precipitadamente al otro extremo de la terraza. Sin aparentar haber notado su agitación, Adeline se levantó y se asomó por encima del muro, al pie del cual un grupo de pescadores se afanaba en acarrear una red. Al cabo de un rato volvió Monsieur Amand con el semblante más sosegado.

—Perdonad mi brusca conducta —dijo—. No sé cómo disculparme por ella sino confesándoos la causa. Cuando os diga, señora, que mis lágrimas corren en memoria de una joven que se os parecía mucho y que perdí para siempre, no podréis menos de compadecerme.

La voz se le quebró y se detuvo. Adeline guardaba silencio.

—El laúd —continuó— era su instrumento favorito y, cuando vos lo tocasteis con tan tristes acentos, creí tener delante de mí su viva imagen. Mas ¿por qué os aflijo contándoos mis penas? Ella se ha ido y ¡nunca volverá! En cambio, vos, Adeline... vos...

Interrumpió su discurso, y Adeline le miró tristemente, notando en sus ojos un extravío que le alarmó.

—Esos recuerdos son demasiado dolorosos —dijo ella—. Regresemos a casa; es probable que Monsieur La Luc esté ya de vuelta.

—¡Oh, no! —replicó Monsieur Amand—. No... esta brisa es refrescante. ¡Cuántas veces he conversado con *ella* a estas horas como ahora converso con vos!... Tales eran los dulces acentos de su voz... tal era la inefable expresión de su rostro.

Adeline le interrumpió.

—Permitidme que os diga que debéis considerar vuestra salud... este relente no puede ser bueno para un enfermo.

Él permanecía con las manos unidas y parecía no oírla. Adeline cogió el laúd para irse y pasó suavemente sus dedos por las cuerdas. El sonido hizo volver en sí a

Monsieur Amand: levantó los ojos y los fijó en los de ella en una prolongada mirada indecisa.

—Ahora debo dejaros —dijo la joven, sonriendo y en actitud de marcharse.

—Os suplico que volváis a tocar esa canción que acabo de oír —dijo Monsieur Amand, con voz apresurada.

—Desde luego —dijo ella, y se puso inmediatamente a tocar.

Él se apoyó en una palmera en actitud de profunda atención; y, a medida que los sonos se perdían en el aire, su rostro fue perdiendo su expresión extraviada y se deshizo en lágrimas. Continuó llorando en silencio hasta que concluyó la canción, y pasó algún tiempo antes de poder decir:

—Adeline, no os puedo agradecer suficientemente el favor que me habéis hecho. Mi mente ha recobrado su equilibrio, habéis aliviado un corazón herido. Sed todavía más amable y prometedme que jamás mencionaréis lo que habéis visto esta tarde; yo procuraré no volver a herir vuestra sensibilidad con otra ofensa similar.

Adeline le hizo la promesa que exigía y Monsieur Amand, apretándole la mano y sonriéndole melancólicamente, se marchó apresuradamente del jardín y no lo volvió a ver en toda la noche.

La Luc llevaba ya casi una quincena en Niza y su salud en vez de mejorar parecía más bien declinar; no obstante tenía intención de probar por bastante más tiempo la benignidad de su clima. El aire, que en él no había producido efecto alguno, había restablecido en cambio a Adeline. La variedad y novedad de los escenarios circundantes distraían su mente, aunque fuesen insuficientes para disipar su lánguida y enfermiza melancolía, ya que no podían borrar los recuerdos del pasado o suprimir su agonía actual. La compañía, obligándola a desviar su atención del objeto de su pesar, le proporcionaba un alivio pasajero, aunque la violencia de sus esfuerzos generalmente la dejaba más deprimida. Sólo en la quietud de la soledad, en la tranquila contemplación de las bellezas de la naturaleza, su espíritu recobraba su vigor y, cediendo a su inclinación a meditar que ahora era habitual en ella, se apaciguaba y fortalecía. De todo cuanto mostraba la naturaleza, el océano era lo que más le inspiraba una sublime admiración^[120]. Le encantaba vagar sola por sus costas y, cada vez que podía escaparse por algún tiempo de sus deberes o compromisos sociales, pasaba horas sentada en la playa viendo romper las olas y oyendo su murmullo mortecino; hasta que su reblandecida imaginación se acordaba de escenas perdidas hacía mucho tiempo y le restituía la imagen de Théodore, y entonces con demasiada frecuencia a las lágrimas de compasión y pesar seguían otras de desaliento. Mas estas visiones de recuerdos, aunque fueran dolorosas, ya no suscitaban en ella esa congoja arrebatadora que anteriormente le despertaban en Saboya; la agudeza del sufrimiento había pasado, aunque quizás su acusada influencia no friera menos poderosa. A aquellas solitarias complacencias generalmente seguía la calma; lo que Adeline trataba de mantener era la resignación.

Acostumbraba a levantarse muy temprano y se iba a la costa para gozar de las

bellezas de la naturaleza en medio del frescor y el silencio de la mañana y respirar el aire puro del mar. Cada objeto resplandecía con los colores más vivos. El mar azulado, el cielo radiante, las lejanas barcas de pesca con sus velas blancas y las voces de los pescadores que el viento traía a intervalos le levantaban el ánimo; y en uno de sus paseos, cediendo a esa afición por la poesía que muy pocas veces le abandonaba, repitió los siguientes versos:

UNA MAÑANA, A ORILLAS DEL MAR

¿Qué huellas de pies encantados hay aquí
En las tersas arenas amarillas de Neptuno?
¿Qué airosa danza de la fiesta de medianoche,
Bajo el tembloroso destello de los rayos de luna,
Ha bendecido estas playas?... ¿Qué alegres cuadrillas
Han perseguido las olas insensibles al miedo?
Quienquiera que fuesen huyeron al alba,
Pues ahora tristes y silenciosas
Estas arenas abandonadas por la marea aparecen...
¡Volved, queridos duendes! ¡La escena animad!

¡En vano la llamada!... Hasta que el claro de luna
Difuso de nuevo su más débil poder,
Ni Titania, ni sus hadados amantes,
De los árboles de especias de la India surgen.
Entonces, cuando las sombras vuelven,
Y el silencio reina así en el cielo como en la tierra,
Y en el éter todas las estrellas brillan,
A celebrar su alegría vienen;
En traviesos círculos avanzan despacio,
Ordenan a la voz de la Música que guarde Silencio,
Hasta que los mágicos ecos estén de vuelta...
Así comienzan sus festivos ritos.

¡Ay, formas encantadas, para los mortales tan remilgadas,
Vuestros místicos pasos sólo a los poetas mostráis!
¡Llevadme al arroyo, o a la venerada cañada,
Apartada y cubierta de tortuosos bosques!
Dondequiera que prefiráis mandar;
Si en el retiro solitario de algún bosque,
Conducid allá mis complacientes pies,
Hasta la orilla del manantial helado,
Donde, durmiendo en el rocío matutino,

Yacen los nuevos brotes policromos de la Primavera, Proporcionando al aire
su suave fragancia;
para sus sedosas hojas poner a salvo,
Y sus frías cabezas al abrigo del claro de luna,
Al cuidado de la alegre Titania.

Al quejumbroso trino del pájaro nocturno
Vuestros dulces cánticos allí os gusta alzar,
Con caramillo de caña de avena y pastoriles lais;
Y mediante contundente hechizo su querencia guardáis,
La cual, cuando vuestras curiosas diversiones terminan,
A menudo os acuna en la celdilla de la azucena,
¡Fragante flor! que a vuestros sueños tan bien sienta,
Y os protege del sol naciente.
Cuando no huís a los precipicios de la India
Después del crepúsculo y la luna,
En yemas melíferas os gusta tenderos
Mientras la Luz reina suprema en su apogeo;
No abandonéis la celdilla donde la paz prevalece
Hasta que la noche traiga consigo el rocío y las sombras.

¡Incluso ahora vuestros paisajes encantados a la vista me saltan!
Veo la tierra abrirse, el palacio erigirse,
La gran cúpula elevarse, y largos soportales de luz
Entre los espesos bosques enmarañados brillando,
¡Y el destello reflejado de los trémulos torrentes!
Mientras a los suaves laúdes los pórticos se abren,
Y formas encantadas, de bellos tonos etéreos,
Con paso juguetón y ojos risueños avanzan,
Su cabello con perlas, su ropa adornada con oro;
Perlas que en el salobre piélago de Neptuno buscan,
Y oro traído de las más recónditas cavernas de la India.
Así que vuestras ligeras visiones a mis ojos revelan,
Vuestros placeres deportivos, dulces ilusiones, ¡bienvenidos!
Mas, ¡ay!, con el primer arrebol del alba os desvanecéis de nuevo.
Así que con el ardor de la juventud contempláis el alegre paisaje de la vida,
¡Y formas ataviadas con los estivales tonos de la Fantasía,
Se disuelven de pronto en el aire en el resplandeciente día de la Verdad!^[121]

Después de revelar la causa de su melancolía, Monsieur Amand estuvo varios días sin visitar a La Luc. Al fin Adeline lo encontró en la playa durante uno de su paseos solitarios. Estaba pálido y abatido y parecía nervioso al verla. Ella trató de evitarle,

pero él aceleró el paso y la abordó. Le dijo que era su intención abandonar Niza al cabo de unos días.

—No he sacado provecho del clima —añadió Monsieur Amand—. ¡Ay de mí! ¿Qué clima podría aliviar los males del corazón? Pensaba olvidarme de la felicidad pasada con toda esta variedad de paisajes; sin embargo el esfuerzo ha sido inútil; en todas partes estoy igual de inquieto y soy desgraciado.

Adeline trató de animarle, diciéndole que confiara en el paso del tiempo y el cambio de lugar.

—El tiempo borra las penas más agudas —añadió—. Lo sé por experiencia.

No obstante, mientras Adeline hablaba, las lágrimas en sus ojos contradecían lo que decían sus labios.

—¡Vos también habéis sido desgraciada, Adeline!... Sí... Lo supe desde el primer momento. La sonrisa compasiva que me concedisteis me convenció de que sabíais lo que era padecer.

El tono de desaliento con que hablaba hizo temer a Adeline que se repitiera una escena similar a la que había presenciado recientemente; por tanto cambió de tema, aunque él volvió a insistir.

—¡Me pedís que confíe en el paso del tiempo!... ¡Mi querida esposa!... —la voz se le quebraba—. Hace ya muchos meses que la perdí... sin embargo, parece que fue ayer cuando murió.

Adeline sonrió ligeramente.

—No podéis juzgar todavía los efectos del tiempo —le dijo—, tenéis mucho que esperar.

Monsieur Amand movió la cabeza.

—Otra vez os estoy importunando con mis infortunios; perdonad este egoísmo continuo. La compasión de un alma buena proporciona un consuelo como ninguna otra cosa puede hacerlo; esa es mi excusa. Ojalá no la necesitéis nunca, Adeline. ¡Ah! esas lágrimas...

Adeline las enjugó apresuradamente. Monsieur Amand se abstuvo de volver a sacar el tema y en seguida empezó a conversar sobre cosas indiferentes. Volvieron juntos a la quinta, mas como La Luc había salido, Monsieur Amand la dejó en la puerta. Adeline se retiró a su cuarto, agobiada por sus propios pesares y por los de su amable amigo.

Hacía casi tres semanas que estaban en Niza y la enfermedad de La Luc parecía más bien agravarse que mejorar; el médico le confesó francamente que él abrigaba ya pocas esperanzas de que el clima le beneficiara y le aconsejó que tratase de hacer un viaje por mar, añadiendo que, si el experimento fallase, incluso el aire de Montpellier sería más idóneo para aliviarle que el de Niza. La Luc recibió aquel desinteresado consejo con una mezcla de gratitud y decepción. Las circunstancias que le habían obligado a abandonar Saboya contra su voluntad le hacían ahora prolongar su ausencia y aumentar sus gastos; mas los vínculos de afecto que le unían a su familia y

el amor a la vida, que raras veces nos abandona, prevaleció una vez más sobre otras consideraciones de menor importancia y decidió costear el Mediterráneo hasta el Languedoc donde, si el viaje no respondía a sus expectativas, podría desembarcar y dirigirse a Montpellier.

Cuando Monsieur Amand se enteró de que La Luc pensaba dejar Niza dentro de pocos días decidió quedarse, por lo menos hasta que él se fuera. Durante ese período de tiempo no tuvo bastante resolución para renunciar a conversar frecuentemente con Adeline, aunque su presencia, al recordarle a su esposa perdida, le proporcionaba más pena que consuelo. Era el segundo hijo de una noble familia francesa y había estado casado cerca de un año con una joven a la que estaba muy unido cuando murió de parto. El niño pronto siguió a su madre, dejando a su desconsolado padre abandonado a la desesperación, que atacó de tal modo su salud que su médico consideró conveniente enviarlo a Niza. Sin embargo, no sacó ningún provecho del aire de Niza y ahora había resuelto adentrarse más en Italia, aunque ya no hallase interés alguno en los paisajes encantadores que en los días más felices en compañía de la mujer cuya pérdida nunca dejó de lamentar le hubieran proporcionado el mayor placer... ahora sólo buscaba huir de sí mismo, o más bien de la imagen de lo que una vez constituyó su verdadera felicidad.

Siguiendo el plan trazado, La Luc alquiló un barco pequeño y pocos días después embarcó con una débil esperanza, despidiéndose de las costas italianas y de los Alpes, buscando en un nuevo elemento la salud que hasta ahora le había esquivado.

Monsieur Amand se despidió tristemente de sus nuevos amigos, a quienes acompañó hasta la orilla del mar. Cuando ayudó a Adeline a subir a bordo, estaba tan abstraído que no pudo decirle adiós; mas permaneció mucho tiempo en la playa siguiendo su rumbo con la mirada y agitando la mano hasta que las lágrimas le empañaron la vista. La brisa impulsaba levemente la embarcación hacia alta mar y Adeline se vio rodeada por las olas del océano. La costa parecía retroceder, sus montañas empequeñecían, los alegres colores del paisaje se mezclaban unos con otros, y en poco tiempo la figura de Monsieur Amand dejó de verse: la ciudad de Niza, con su castillo y su puerto, se desvaneció en la distancia y al final lo único que permaneció en la línea del horizonte fue el púrpura de las montañas. Al mirarlas, suspiró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Así se desvanecen mis últimas perspectivas de felicidad —dijo—. Mi futuro es como la inmensidad del océano que me rodea.

Estaba emocionada y, para que no la vieran, se retiró a una parte remota de la cubierta, donde dio libre curso a sus lágrimas mientras observaba al barco hender el espejo líquido. El agua era tan transparente que veía los rayos del sol jugando a considerable profundidad y peces de todos los colores mirando a contracorriente. Innumerables plantas marinas esparcían sus vigorosas hojas por las rocas del fondo y la riqueza de su verdor ofrecía un soberbio contraste con el rojo brillante del coral que se ramificaba entre aquellas.

La lejana costa desapareció del todo finalmente. Adeline contempló con la más sublime emoción la ilimitada extensión de las aguas: le parecía hallarse en un mundo nuevo; la grandiosidad e inmensidad de aquella vista le asombraba y abrumaba. Por un momento dudó de la exactitud de la brújula y creyó que era casi imposible que el barco consiguiese llegar a alguna costa a través del mar inexplorado. Y cuando consideró que sólo una tabla la separaba de la muerte, una sensación de puro horror reemplazó a la de sublimidad, y se apresuró a apartar los ojos de la vista y sus pensamientos de aquel tema.

CAPÍTULO XIX

¿Existe un corazón que la música no pueda ablandar?
¡Ay, qué triste está ese corazón robusto!
¿Acaso ha nacido quien nunca experimentó
Los místicos transportes de la soledad y la melancolía?
No necesita cortejar a la Musa... ella le desprecia.

BEATTIE^[122]

AL atardecer, para evitar encontrarse con los corsarios berberiscos, el capitán se dirigió a la costa francesa y Adeline divisó a la luz del sol poniente las playas de la Provenza, sembradas de árboles y pastos verdes. Débil y enfermo, La Luc se había retirado al camarote, donde Clara le cuidaba. Asido al timón, el piloto dirigía el barco a través de las aguas turbulentas; un marinero apoyado contra el mástil con los brazos cruzados, que de vez en cuando cantaba trozos de una cancioncilla triste, era el único miembro de la tripulación que, a excepción de Adeline, permanecía sobre cubierta... La joven contemplaba en silencio el declinar del sol, que arrojaba sobre las olas un resplandor azafranado, y las velas ligeramente hinchadas por la brisa que empezaba a amainar. El sol se sumergió al fin en el océano y el crepúsculo se apoderó de toda la escena, permitiendo ver todavía la costa vagamente y proporcionando un aspecto majestuoso a la vasta extensión de las aguas. Adeline esbozó un dibujo, mas con un simple lapicero.

NOCHE

Sobre el oscuro seno del ondulado océano
La noche extiende sus tenebrosas alas,
Y trae pensamientos meditabundos, y silencio,
Salvo que las distantes aguas se ricen;
O que la voz solitaria del marinero
Se eleve un poco más en medio de la tormenta,
O que las estridentes gaviotas se ciernan
Sobre el palo mayor y el velamen hinchado,
Saltando sobre el destello gris de las profundidades,
Donde formas fantásticas asoman la cabeza.
La oscuridad barre las orillas, en cuya empinada pendiente
Susurra el triste espíritu del viento.
¡Qué suave es su voz en el aire
Al caer la melancólica tarde,
Cuando las calmadas olas fluyen en silencio!
¡Qué dulce la paz a sus acentos robados tan apropiada!

¡Benditas sean tus sombras, oh Noche! ¡Y bendita la canción
Que tus débiles vientos a lo largo de las lejanas orillas susurran!

A medida que las sombras se espesaban, la escena se sumió en una calma más profunda. Incluso cesó la canción del marinero y no se oía más que el ruido de las olas que se estrellaban contra el barco y su murmullo aún más débil en la costa pedregosa. El espíritu de Adeline estaba en armonía con la calma del momento; arrullada por las olas, se resignaba a una apacible melancolía y permanecía sentada, absorta en sus ensoñaciones. El momento presente le recordaba su viaje por el Ródano cuando, huyendo de la persecución del marqués de Montalt, trató por todos los medios de sustraerse al triste destino que este le reservaba. Entonces como ahora había contemplado la caída de la tarde y la desaparición gradual del paisaje, y recordaba el desconuelo que había acompañado a la impresión causada por dicha visión. Entonces no tenía amigos... ni refugio... ni la certeza de poder escapar a la persecución de su enemigo. Ahora había encontrado amigos afectuosos... un retiro seguro... y se había librado de los terrores que entonces padecía... aunque todavía era desgraciada. El recuerdo de Théodore... que la había amado tan fielmente, que había sufrido tanto por ella y cuyo destino le era tan desconocido como cuando surcaba el Ródano, le ocasionaba continuas angustias. Parecía estar más lejos que nunca de la posibilidad de tener noticias suyas. A veces concebía una débil esperanza de que hubiese escapado a la maldad de su perseguidor; mas cuando consideraba el arraigo y poder de este último, y la severidad de la ley con los ataques a un oficial de rango superior, incluso aquella pobre esperanza se desvanecía y la dejaba sumida en lágrimas y acongojada, al igual que su ensueño, que empezaba con una sensación de suave melancolía para acabar remitiéndola a ella.

Adeline continuó meditando hasta que la luna salió por detrás del océano y derramó su resplandor trémulo sobre las olas, haciendo que el silencio pareciese más solemne, irradiando su suave luz sobre las blancas velas y arrojando sobre las aguas la sombra del navío, que ahora parecía deslizarse sin oposición de ninguna clase. Sus lágrimas habían apaciguado algo la angustia que la embargaba y, cuando de nuevo estaba inmersa en una apacible melancolía, rompieron el silencio de la noche unos acordes de una dulzura tan fascinante que más parecían música celestial que mortal... se introdujeron en sus oídos de un modo tan suave y tranquilizador que le hicieron pasar de la congoja a la esperanza y el amor. Lloró de nuevo... pero fueron lágrimas que no hubiera cambiado por risas de júbilo. Miró en derredor, mas no divisó ningún barco o chalupa; y como el ondulante sonido crecía en la lejanía, pensó que procedía de la costa. Una y otra vez la brisa lo traía con suavidad. Los intervalos de las ráfagas hacían que llegase a sus oídos la música pero no la melodía, hasta que, al acercarse el barco a la costa, distinguió las notas de una canción que le era familiar. En vano trató de recordar dónde la había oído; no obstante, su corazón latió casi involuntariamente por algo que parecía un conato de esperanza. Continuó escuchando hasta que la brisa le devolvió de nuevo el sonido. Entonces descubrió con pesar que el barco se estaba alejando de él y el sonido ya sólo resonaba débilmente por encima de las olas, hasta

que finalmente, perdiéndose en la lejanía, dejó de oírse. Permaneció en cubierta bastante tiempo, negándose a renunciar a la esperanza de volverlo a oír y vibrando todavía en su imaginación su dulce armonía; mas finalmente se retiró a su camarote, abrumada por un cierto desconsuelo que la ocasión no parecía justificar.

La salud de La Luc mejoró durante el viaje y recobró el ánimo; y cuando el barco entró en esa parte del Mediterráneo llamada Golfo de León, estaba lo suficientemente animado para subir a cubierta a gozar de la magnífica vista que ofrecían las extensas costas de Provenza, que concluían a lo lejos en las del Languedoc. Adeline y Clara, que le observaban inquietas, se alegraron de su mejoría; y los cariñosos deseos de esta última anticiparon ya su completo restablecimiento. Adeline, por el contrario, aunque confiaba mucho en los resultados de aquel viaje, había sufrido con demasiada frecuencia el desengaño de sus expectativas para abandonarse a ellas con tanta facilidad como su amiga.

La Luc se distraía conversando de vez en cuando y señalando la posición de los puertos importantes de la costa y las desembocaduras de los ríos que, después de recorrer la Provenza, desaguaban en el Mediterráneo. Sin embargo, el Ródano fue el único río importante que dejaron atrás. Aunque estaba posiblemente más lejos de su imaginación que de sus sentidos, cuando Clara lo divisó, sintió un gran placer, pues venía de las tierras de Saboya y pensó que las mismas olas que estaba viendo habían bañado los pies de las queridas montañas de su país natal. El tiempo pasaba con una mezcla de placer y aprovechamiento, ya que La Luc describía a sus aplicadas pupilas las costumbres y comercio de los diferentes habitantes de la costa y la historia de cada país; o trazaba los remotos vagabundeos imaginarios de los ríos desde su nacimiento y esbozaba las bellezas características del paisaje.

Después de dos días de agradable viaje dejaron de ver las costas de la Provenza, y las del Languedoc, que hacía ya tiempo se divisaban en la distancia, se convirtieron en el principal objeto de observación, mientras el barco se dirigía a uno de sus puertos. Desembarcaron después del mediodía en una pequeña ciudad situada al pie de un promontorio poblado de árboles, que dominaba a la derecha el mar, y a la izquierda las fértiles llanuras del Languedoc, famosas por su vino tinto. La Luc decidió diferir su viaje hasta el día siguiente y se dirigió a una pequeña posada a la salida de la ciudad, donde procuró contentarse con las pocas comodidades que podía ofrecerle.

Por la tarde, Adeline tuvo ganas de pasear, impulsada por la belleza del momento y el deseo de explorar nuevos paisajes. La Luc estaba fatigado y no quiso salir, por lo que Clara se quedó a hacerle compañía. Adeline dirigió sus pasos hacia el bosque que se elevaba desde las orillas del mar y subió a la cumbre del promontorio. Mientras ascendía, volvía los ojos a menudo para vislumbrar entre el sombrío follaje las aguas azules de la bahía, las velas blancas que las surcaban y los trémulos destellos del sol poniente. Cuando llegó a la cima y recorrió con la mirada las sombrías copas de los árboles, que ofrecían amplias y variadas vistas, se apoderó de ella una especie de

éxtasis imposible de expresar y permaneció indiferente al paso del tiempo, hasta que el sol desapareció del horizonte y el crepúsculo tendió su majestuoso velo sobre las montañas. Sólo el mar reflejaba ya la desfalleciente luz de poniente; su tranquila superficie estaba algo agitada por el flojo viento que se deslizaba por las aguas en trémulos trazos, se elevaba hacia el bosque, donde hacía temblar las hojas de los árboles, y luego amainaba. Abandonándose al placer de las emociones dulces y delicadas, Adeline repitió los siguientes versos:

OCASO

Sobre la cumbre púrpura de la montaña
El dócil crepúsculo sus sombras grises arroja;
En los copetudos bosques, y en los valles bajos,
Los mágicos colores de la luz se escabullen.
No obstante, mientras se extiende la penumbra,
El resplandeciente arrebol de las olas a poniente,
Que desbordan las cavernas coralinas de Neptuno,
Ilumina una porción de la bóveda del atardecer.
Deja que me detenga en esta cima solitaria,
Y que contemple esas formas tan gratas a la fantasía,
Hasta que las estrellas vespertinas tiemblen nítidamente
En el oscurecido seno del océano;
O que aparezca el pálido orbe de la luna,
Arrojando a lo lejos su resplandor
Sobre la marea algo rizada,
Que a las doradas arenas parece reprender.
Sobre el silencio ningún sonido prevalece,
Salvo el de las mortecinas olas allá abajo,
O la canción del marino que la tempestad trae,
O el lento batir de remos en la lejanía.
¡Ojalá mi rayo vespertino, tan dulce y tan tranquilo,
Arregle este mundo... y lo mejore en el futuro!

Luego dejó las alturas y siguió una estrecha senda que conducía a la playa de abajo. Su espíritu era especialmente sensible a las impresiones más refinadas, y el dulce canto del ruiseñor en medio del silencio de los bosques suscitó de nuevo su entusiasmo.

AL RUISEÑOR

¡Hijo de la canción melancólica
Que, sin embargo, aquel delicado tono prolongas!

Su sombra alargada, cuando cae la Tarde,
A lo largo del espejeante Poniente es vista,
Desde los acantilados montañosos y los verdes bosques,
Volando despacio y en silencio;
Adoro por inexploradas colinas extraviarme,
O el sinuoso valle remoto rastrear,
O detenerme, ¡oh dulce Pájaro!, a escuchar tu lay
Mientras los rayos de la luna en las tenues nubes flotan,
Hasta que sobre la cumbre montañosa cubierta de rocío
La pálida Medianoche trate de despertar a los muertos.

Más allá del azul etéreo del Cielo,
Traído por la suave brisa de la Primavera vienes,
Con sus brotes, flores, y rocío vivificante,
De regiones donde el Verano gusta de vagar.
¡Oh, bienvenido a tu hogar por tanto tiempo perdido!
«¡Hijo de la canción melancólica!»
Que amas los solitarios claros del bosque
Para lamentarte, sin ser visto, entre las ramas,
Cuando el Crepúsculo su sombra solemne extiende,
¡De nuevo tu voz suave saludo!
¡Oh, vierte de nuevo la clara nota
Que con la brisa vespertina se extingue!
Pues la Fantasía prefiere los tonos similares;
Sus pesares tienen acentos quejumbrosos.
Le encanta oír tu música vagar
En la hora más tranquila de la solemne Medianoche,
Y en los amigos para siempre perdidos pensar,
En los placeres por la decepción frustrados,
Y lamentarse de nuevo del poder lleno de encanto del Amor.

La Memoria evoca, pues, la sonrisa mágica,
La voz apasionada, el ojo que en lágrimas se deshace,
Que al corazón confiado no engañará,
¡Y *despierta de nuevo* inútiles susurros!
Su destreza los matices más vivos restablece
De las vistas que el Tiempo había deteriorado;
Hace que las Pasiones suavizadas revivan...
Las Pasiones de nuevo abogan por su predominio.
Sobre la tan lamentada vista, no obstante,
Tu canción la gracia del dolor infunde;

Un sereno encanto melancólico,
Más raro que la mayor de las alegrías.
¡Te saludo, oh, dulce Pájaro! ¡Y saludo tu solemne llanto!
¡Por el Gusto, la Fantasía y la Virtud, tan apreciado!

La creciente oscuridad le recordó al fin que se hallaba lejos de la posada y que para volver debía atravesar un solitario bosque. Se despidió del encantamiento que la había detenido durante tanto tiempo y siguió la senda con paso rápido. Después de caminar durante algún tiempo se perdió entre la espesura y la oscuridad, cada vez mayor, no le permitió formarse una opinión acerca de la dirección que debía tomar. Sus temores aumentaron sus dificultades: creyó oír voces de hombres a poca distancia y redobló el paso hasta llegar a la playa, sobre la cual parecía estar suspendido el bosque. Estaba sin aliento... se detuvo un momento para recobrar y escuchó temerosa; mas en vez de voces de hombres oyó vagamente las notas de una música triste que traía de lejos la brisa... Su corazón, siempre sensible a las impresiones melódicas, se enterneció al oírla, y aquel dulce encantamiento disipó por unos instantes su miedo. La sorpresa pronto se mezcló al placer cuando, a medida que se acercaba, pudo distinguir los tonos de aquel instrumento y la melodía de aquella conocida canción que había oído unas tardes antes en las costas de Provenza. Pero no tenía tiempo de hacer conjeturas... unos pasos se acercaban y ella apresuró el suyo. Había salido de la oscuridad del bosque y la luna, que brillaba en lo alto, le mostraba a lo lejos la ciudad y el puerto. Los pasos que la seguían no tardaron en alcanzarla y vio a dos hombres, mas pasaron a su lado hablando sin fijarse en ella. Adeline creyó recordar la voz del que entonces estaba hablando. Su tono le era tan familiar que estaba sorprendida de su falta de memoria, que le impedía estar segura de a quién pertenecía. Oyó otros pasos y una voz ruda le ordenó detenerse. Cuando se volvió apresuradamente, vio defectuosamente a la luz de la luna a un hombre vestido de marinero, que le repitió la orden de detenerse. Llevada por el terror, echó a correr por la arena; pero sus pasos eran breves y temblorosos... mientras que los de su perseguidor eran rápidos y firmes.

Apenas tuvo fuerzas suficientes para alcanzar a los hombres que la habían pasado antes e implorar su protección, cuando su perseguidor llegó a su altura; mas de repente volvió a meterse en el bosque a la izquierda y desapareció.

Adeline estaba tan alterada que no pudo contestar las preguntas de los desconocidos que la sostenían. Hasta que una repentina exclamación, y el oír mencionar su nombre, atrajo su mirada hacia la persona que lo pronunciaba y, a la luz de la luna que daba sobre su rostro, reconoció a Monsieur Verneuil... Ambos experimentaron una satisfacción mutua y en seguida vinieron las explicaciones. Cuando Monsieur Verneuil se enteró de que La Luc y su hija estaban en la posada experimentó un doble placer al conducirla hasta allí. Le dijo que había encontrado a un antiguo amigo en Saboya, a quien presentó como Monsieur Mauron, el cual le

había convencido de cambiar su ruta, acompañándole a las costas del Mediterráneo. Habían embarcado en Provenza hacía sólo unos días y acababan de desembarcar esa tarde en Languedoc en una propiedad de Monsieur Mauron. Adeline ya no dudó de que fuese la flauta de Monsieur Verneuil, que tan a menudo la deleitó en Leloncourt, la que había oído desde el mar.

Cuando llegaron a la posada encontraron a La Luc muy preocupado por Adeline, en cuya busca había enviado a varias personas. Su inquietud se convirtió en sorpresa y satisfacción cuando la vio con Monsieur Verneuil, cuyos ojos brillaron con desacostumbrada animación al ver a Clara. Después de los saludos de rigor, Monsieur Verneuil comprobó y lamentó las escasas comodidades que la posada ofrecía a sus amigos, y Monsieur Mauron les invitó inmediatamente a su quinta, dando tantas muestras de calurosa hospitalidad que vencieron todos los escrúpulos que la delicadeza o el orgullo podían oponer.

Los bosques que Adeline había atravesado formaban parte de sus propiedades, que se extendían casi hasta la posada; mas él insistió en que sus huéspedes no fuesen a pie y partió al momento para enviarles su carruaje y preparar su recibimiento. La presencia de Monsieur Verneuil y la amabilidad de su amigo animaron considerablemente a La Luc; conversó con un vigor y una vivacidad que no mostraba desde hacía mucho tiempo, y la sonrisa de satisfacción que Clara concedió a Adeline expresó que ella pensaba que el viaje había sido muy beneficioso para él. Adeline respondió a su mirada con una sonrisa no tan confiada, pues atribuía su actual animación a una causa más pasajera.

Alrededor de media hora después de la partida de Monsieur Mauron, un muchacho que trabajaba de camarero trajo un mensaje de un caballero que se encontraba entonces en la posada, pidiéndole permiso para hablar con Adeline. Ella pensó inmediatamente en el hombre que la había perseguido por la arena y no dudaba de que fuese algún enviado del marqués de Montalt, o quizás el Marqués mismo, aunque parecía muy improbable que la hubiese descubierto por casualidad en un lugar tan oscuro y nada más llegar. Con labios temblorosos y el rostro más pálido que un muerto, la joven preguntó el nombre del caballero. El muchacho no lo sabía. La Luc preguntó qué clase de hombre era; mas el muchacho, poco dado a las descripciones, le dio una tan confusa que Adeline sólo pudo sacar de ella que no era alto, sino de estatura mediana. No obstante, esa circunstancia la convenció de que no era el marqués de Montalt quien deseaba verla y preguntó a La Luc si le permitía dejar entrar a aquel desconocido.

—No faltaría más —dijo La Luc y el camarero se retiró.

Adeline esperó temblando hasta que la puerta se abrió y entró en la habitación Louis de La Motte. Se acercó con aspecto melancólico y turbado, aunque su semblante se iluminó momentáneamente cuando advirtió por vez primera la presencia de Adeline... que todavía era el ídolo de su corazón. Después de los primeros saludos, y una vez disipados los temores al Marqués, la joven preguntó a Louis desde

cuando no había visto a Monsieur y Madame La Motte.

—Más bien soy yo quien debería haceros esta pregunta —dijo Louis, un poco confuso—, pues creo que los visteis después que yo y el placer de veros iguala a mi sorpresa. Hace mucho tiempo que no he tenido noticias de mi padre, probablemente porque mi regimiento se trasladó a un nuevo cuartel.

Sus miradas indicaban que hubiera deseado saber con quién estaba Adeline actualmente; mas como era un asunto del que no podía hablar en presencia de La Luc, ella desvió la conversación hacia temas generales, después de decirle que Monsieur y Madame La Motte se encontraban bien cuando los dejó. Louis habló poco; miraba ansiosamente a Adeline y su espíritu parecía hallarse seriamente atormentado. Adeline lo notó y, acordándose de la declaración que le había hecho la mañana en que partió de la abadía, atribuyó su actual desconcierto al resultado de una pasión no reprimida y aparentó no darse cuenta. Después de permanecer sentado casi un cuarto de hora, preso de unas angustias que no podía contener ni ocultar, Louis se levantó para marcharse y, al pasar junto a Adeline, le dijo en voz baja:

—Permitidme que hable con vos a solas durante cinco minutos.

Adeline vaciló algo confundida y, después de decirle que todos los presentes eran amigos, le suplicó que se sentase.

—Perdonadme —respondió él en el mismo tono—. Lo que tengo que deciros sólo os concierne a vos. Hacedme el favor de prestarme atención sólo un momento.

Lo dijo de una forma que la sorprendió y, después de ordenar que llevasen velas a otra habitación, Adeline pasó a ella para oírle.

Louis se sentó y permaneció callado algunos instantes, al parecer muy preocupado.

—No sé si alegrarme o lamentar —dijo al fin— este encuentro inesperado; aunque, si estáis en buenas manos, ciertamente debo alegrarme, por muy penoso que sea el deber que me ha caído en suerte. No ignoro los peligros y persecuciones que habéis padecido, ni puedo por menos de manifestar mi inquietud al conocer vuestras actuales circunstancias. ¿De verdad estáis entre amigos?

—Lo estoy —dijo Adeline—. ¿Os ha informado Monsieur La Motte...?

—No —replicó Louis, suspirando profundamente—. Mi padre, no... —hizo una pausa—. Pero realmente ¡me alegro de que estéis a salvo! ¡Si supierais, mi encantadora Adeline, lo que he sufrido...!

Volvió a detenerse.

—Creía, señor —dijo Adeline—, que teníais algo importante que decirme. Debéis excusarme si os recuerdo que no tengo tiempo que perder.

—En efecto, es importante —replicó Louis—. Sin embargo, no sé cómo expresarlo... cómo suavizar... Es un deber demasiado cruel. ¡Ay de mí! ¡Pobre amigo mío!

—¿De quién habláis, señor? —preguntó Adeline con prontitud.

Louis se levantó de la silla y se puso a pasear por la habitación.

—Quisiera prepararos para lo que tengo que deciros —continuó—, mas ¡por mi vida! no me siento con fuerzas para hacerlo.

—Os suplico que no me tengáis más tiempo en la incertidumbre —dijo Adeline, que tenía la absurda idea de que era de Théodore de quien quería hablarle.

Louis dudó todavía un poco.

—¿Está...? Os suplico que me contéis de una vez lo peor —dijo Adeline, con voz angustiada—. Puedo soportarlo... de veras que puedo.

—¡Mi desgraciado amigo! —exclamó Louis—. ¡Oh, Théodore!

—¡Théodore! —apenas pudo articular Adeline—. ¿Entonces vive?

—Sí —dijo Louis—, pero...

Se detuvo.

—¿Pero qué? —gritó Adeline, temblando violentamente—. Si vive, nada podéis contarme peor de lo que mi temor me ha hecho pensar. Por tanto, os ruego que no dudéis más.

Louis se volvió a sentar y, tratando de parecer sosegado, dijo:

—Vive, señora, pero está preso, y... ¿para qué engañaros? Temo que le queden pocas esperanzas en este mundo.

—Eso me temía yo desde hace tiempo —dijo Adeline, fingiendo calma en su voz—. Sin duda tenéis algo más terrible que contarme y de nuevo os ruego que os expliquéis.

—Tiene que temer lo peor del marqués de Montalt —dijo Louis—. ¡Ay de mí! ¿Por qué digo temer? Su sentencia ha sido ya fijada... está condenado a muerte.

Al ver confirmados sus temores, una palidez mortal se extendió por el semblante de Adeline; se quedó inmóvil y trató de suspirar, aunque pareció ahogarse. Aterrado por su estado y, creyendo que se iba a desmayar, Louis quiso sostenerla, mas ella le desvió la mano y fue incapaz de hablar. Louis pidió ayuda, y La Luc y Clara, y Monsieur Verneuil, informados de la indisposición de Adeline, fueron rápidamente a su lado.

Al oír sus voces, Adeline levantó los ojos y pareció recuperarse: emitió un profundo suspiro y estalló en llanto. La Luc se alegró al verla llorar y alentó sus lágrimas, las cuales, al cabo de algún tiempo, la aliviaron; y cuando la joven fue capaz de hablar, quiso volver al salón de La Luc. Louis la acompañó; y cuando vio que ella se encontraba mejor, hizo ademán de retirarse, mas La Luc le pidió que se quedase.

—Sin duda, señor, sois pariente de esta joven —dijo— y puede que le traigáis noticias de su padre.

—No es eso, señor —replicó Louis, un poco dubitativo.

—Este caballero —dijo Adeline, que parecía haberse serenado— es hijo de Monsieur La Motte, de quien me habéis oído hablar.

Louis pareció sobresaltarse de ser declarado hijo de un hombre que en otro tiempo había obrado tan indignamente con Adeline; y esta, que se dio cuenta al

momento de la pena que sus palabras le habían ocasionado, trató de suavizar su efecto diciendo que La Motte la había salvado de un peligro inminente y le había proporcionado refugio durante varios meses.

Adeline estaba muy impaciente por conocer los pormenores de la situación de Théodore; sin embargo no tenía suficiente valor para volver a sacar el tema en presencia de La Luc. No obstante, se aventuró a preguntar a Louis si su regimiento estaba acuartelado en la ciudad.

Él le respondió que su regimiento estaba en Vaceau, una ciudad francesa en la frontera con España; que él acababa de cruzar el Golfo de León y se dirigía a Saboya, hacia donde se pondría en camino al día siguiente muy temprano.

—Nosotros venimos de allí —dijo Adeline—. ¿Puedo preguntaros a qué parte de Saboya vais?

—A Leloncourt —contestó él.

—¡A Leloncourt! —dijo Adeline, algo sorprendida.

—No conozco el país —continuó Louis—, pero voy a ayudar a un amigo. Parece que vos conocéis Leloncourt...

—En efecto —dijo Adeline.

—Probablemente sabréis que Monsieur La Luc vive allí y fácilmente adivinaréis el motivo de mi viaje.

—¡Oh, cielos! ¿Será posible? —exclamó Adeline—. ¿Será posible que Théodore Peyrou sea pariente de Monsieur La Luc?

—¡Théodore! ¿Qué decís de mi hijo? —preguntó La Luc, sorprendido y temeroso.

—¡Vuestro hijo! —dijo Adeline, con voz trémula—. ¡Es vuestro hijo!

El asombro y la angustia pintados en su rostro aumentaron los temores de aquel infortunado padre, que repitió la pregunta. Mas Adeline fue totalmente incapaz de responderle; y la congoja de Louis al descubrir inesperadamente al padre de su desgraciado amigo, sabiendo que era su deber revelarle la suerte de su hijo, le impidió hablar durante algún tiempo. Entre tanto, La Luc y Clara, cuyos temores se acrecentaban por momentos a causa de aquel horrible silencio, repitieron de nuevo sus preguntas.

Al final, el sentimiento de las penas que le aguardaban al bueno de La Luc sobrepasó a cualquier otra consideración, y Adeline recobró las fuerzas suficientes para tratar de suavizar la noticia que Louis debía comunicarle y llevarse a Clara a otra habitación. Allí le contó, del modo más delicado, las circunstancias en que se encontraba su hermano, ocultándole únicamente que sabía que su sentencia ya había sido dictada. En su explicación incluyó necesariamente la mención de su afecto mutuo y así Clara descubrió que la amiga de su corazón era la causa inocente de la perdición de su hermano. Adeline supo al mismo tiempo el motivo que había contribuido a que ignorase la relación de Théodore con La Luc; el primero le había dicho que había tomado el apellido de Peyrou al entrar en posesión de una propiedad

que un año antes le había dejado un pariente de su madre con esa condición. Théodore estaba destinado a la vida eclesiástica, pero su carácter le inclinaba por una vida más activa de lo que admitiría el hábito clerical y, al acceder a esa propiedad, había entrado al servicio del rey de Francia.

En las pocas e intermitentes entrevistas que pudieron permitirse en Caux, Théodore le había mencionado a Adeline su familia sólo en términos generales; y así, cuando fueron separados tan de repente, la había dejado, sin pretenderlo, en la ignorancia acerca del nombre de su padre y de su lugar de residencia.

La delicadeza de Adeline, que nunca se había permitido mencionar aquel asunto ni siquiera a Clara, había contribuido a mantenerla en la ignorancia.

La angustia de Clara al enterarse de la situación de su hermano no tuvo límites. Adeline, que había procurado a toda costa dominarse lo suficiente para darle aquella noticia con aceptable serenidad, se vio entonces abrumada por su propio pesar y el de Clara, que se le acumulaba. Mientras ambas se lamentaban de las respectivas angustias de sus corazones, ocurrió una escena más conmovedora si cabe entre La Luc y Louis, el cual consideró necesario informarle, aunque con cautela y paulatinamente, de todo el alcance de su desgracia. Contó, por tanto, a La Luc que, aunque al principio Théodore había sido juzgado por haber abandonado su puesto, finalmente le habían acusado de haber atacado al general bajo cuyo mando estaba, el marqués de Montalt, el cual había presentado testigos para probar que su vida había corrido peligro en tal ocasión y, habiendo porfiado en el juicio con el mayor rencor, al final había conseguido la sentencia que la ley exigía, pero que los demás oficiales del regimiento deploraban.

Louis añadió que la sentencia debía ejecutarse antes de quince días y que Théodore, entristecido por no haber recibido contestación a las cartas que había enviado a su padre, deseaba verle por última vez; y sabiendo que no había tiempo que perder, le había pedido que fuese a Leloncourt para informar a su padre de su situación.

La Luc escuchó aquel relato de la situación de su hijo con una angustia que no admitía lágrimas ni quejas. Le preguntó dónde se encontraba Théodore y, deseando ser conducido hasta él lo antes posible, agradeció a Louis su amabilidad y pidió al momento caballos de posta.

Pronto estuvo listo un carruaje y el desdichado padre, después de despedirse con tristeza de Monsieur Verneuil y enviar un saludo a Monsieur Mauron, partió con su familia en dirección a la prisión donde estaba su hijo. El viaje fue silencioso; cada miembro del grupo procuró, en consideración a los demás, reprimir la expresión de su pesar, no pudiendo hacer otra cosa. La Luc parecía sereno y resignado, y de vez en cuando al parecer rezaba; mas a veces eran visibles en su rostro los esfuerzos que hacía por conservar ese aspecto resignado y esa calma, pese a la agitación de su mente.

CAPÍTULO XX

Y envenenó con ignominia el dardo de la Muerte.

SEWARD^[123]

VOLVAMOS ahora al Marqués de Montalt, quien, después de ver a La Motte a buen recaudo en la prisión de D***, y sabiendo que el juicio no se celebraría inmediatamente, regresó a su villa en las afueras del bosque, donde esperaba tener noticias de Adeline. Su primera intención fue seguir a sus criados a Lyon; pero finalmente decidió esperar unos cuantos días por si llegaban cartas. Tenía pocas dudas de que, dado que su fuga había sido seguida muy de cerca, Adeline podría ser alcanzada, probablemente antes de que llegase a esa ciudad. Sin embargo, sus esperanzas fueron miserablemente defraudadas, pues sus criados le informaron de que, aunque le siguieron la pista hasta allí, no pudieron descubrirla en Lyon ni seguirla más lejos. Probablemente se escapó embarcada por el Ródano, pues no parece que la gente del Marqués pensara en buscarla en el curso de ese río.

Poco después se requirió su presencia en Vaceau, donde se celebraba el consejo de guerra. Por consiguiente fue allí, todavía más irritado por su última decepción, y procuró por todos los medios que Théodore fuese condenado. La sentencia fue lamentada por todas partes, pues Théodore era muy querido en su regimiento y, cuando se supo el resentimiento del Marqués hacia él, todos los corazones se interesaron por su causa.

Hallándose por aquel tiempo Louis de la Motte de guarnición en aquella ciudad, oyó un relato imperfecto de esa historia y, convencido de que el prisionero era el joven caballero que en otro tiempo había visto en la abadía con el Marqués, decidió visitarle, en parte por compasión y en parte con la esperanza de tener noticias de sus padres. La compasiva comprensión que Louis manifestó y el celo con que ofreció sus servicios conmovieron a Théodore y le despertaron su antigua amistad. Louis le visitó frecuentemente e hizo todo lo que la bondad pudo sugerirle para aliviar sus sufrimientos; y de todo ello resultó una mutua estima y confianza.

Théodore comunicó al fin a Louis el principal objeto de su preocupación, y este descubrió con inefable dolor que era Adeline a quien el Marqués había perseguido tan cruelmente y que por ella el generoso Théodore iba a ser conducido al suplicio. Pronto supo también que Théodore era su rival favorecido; mas reprimió generosamente los celos que el descubrimiento le ocasionó y decidió que ningún prejuicio amoroso le impediría cumplir con sus deberes humanitarios y amistosos. Preguntó impacientemente dónde vivía Adeline.

—Está aún, me temo, en poder del Marqués —dijo Théodore, suspirando profundamente—. ¡Oh, Dios!... ¡estas cadenas! —y arrojó sobre ellas una mirada

agonizante.

Louis permaneció sentado en silencio y pensativo. Al fin, saliendo de su ensueño, dijo que iría a ver al Marqués e inmediatamente abandonó la prisión. El Marqués, no obstante, había salido ya para París, donde había sido citado en el próximo juicio de La Motte; y Louis, ignorando todavía lo que había pasado en la abadía, regresó a la prisión, donde procuró olvidar que Théodore era el rival favorecido por su amada y recordar únicamente que había sido su defensor. Insistió tan sinceramente en ofrecerle sus servicios que Théodore, que se hallaba tan sorprendido como afligido por el silencio de su padre y deseaba ansiosamente verle por última vez, aceptó su proposición de irle a ver a Saboya.

—Tengo serias sospechas —dijo Théodore— de que mis cartas han sido interceptadas por el Marqués. Si eso es así, mi pobre padre tendrá que soportar todo el peso de esta desgracia de una sola vez; y, a menos que me aproveche de vuestra amistad, no podré verle ni oírle antes de morir. ¡Louis!, hay momentos en que mi entereza es incapaz de resistir semejantes golpes y mis sentidos amenazan con abandonarme.

No había más tiempo que perder; la autorización para su ejecución estaba ya firmada por el rey, por lo que Louis partió inmediatamente para Saboya. Las cartas de Théodore habían sido interceptadas, en efecto, por orden del Marqués, quien, con la esperanza de descubrir el refugio de Adeline, las había abierto y luego destruido.

Pero volvamos a La Luc, que ahora se acercaba a Vaceau. Su familia había notado un gran cambio en sus facciones desde que se enteró de la calamitosa noticia; no profería la menor queja, mas era evidente que su enfermedad había hecho rápidos progresos. Louis, que durante el viaje había dado pruebas de la bondad de su carácter por las delicadas atenciones que había tenido con aquella desdichada familia, aparentó no advertir el empeoramiento de La Luc y, para animar un poco a Adeline, trató de convencerla de que sus temores al respecto eran infundados. Realmente la joven necesitaba que la animaran, pues se hallaba a muy pocas millas de la ciudad en que estaba encerrado Théodore y, aunque su creciente agitación casi la superaba, trataba sin embargo de parecer calmada. Cuando el carruaje entró en la ciudad, la joven arrojó una tímida y ansiosa mirada por la ventanilla en busca de la prisión; mas después de haber pasado por varias calles sin ver ningún edificio que se correspondiese con la idea que ella se había formado de aquella, el coche se detuvo ante la posada. Los frecuentes cambios en el rostro de La Luc delataban la violenta agitación de su alma; y cuando intentó bajar, débil y exhausto, se vio obligado a apoyarse en el brazo de Louis, a quien dijo con voz débil al entrar en el salón:

—Efectivamente estoy enfermo, pero confío en que esto pasará.

Louis le apretó la mano sin decir nada y volvió a toda prisa a por Adeline y Clara, que estaban ya en el corredor. La Luc enjugó las lágrimas de sus ojos (eran las primeras que había mostrado) cuando entraron en el salón.

—Me gustaría ir inmediatamente a ver a mi pobre hijo —dijo a Louis—. Vuestro

cargo, señor, es bastante desagradable... tened la bondad de llevarme hasta él.

Se levantó para ir, pero, débil como estaba y superado por el dolor, tuvo que sentarse de nuevo. Adeline y Clara le suplicaron al unísono que se calmara un poco y tomase algún refrigerio; y Louis, insistiendo en la necesidad de preparar a Théodore para la entrevista, le persuadió a que esperase hasta que su hijo fuese informado de su llegada, y abandonó inmediatamente la posada para ir a la prisión a ver a su amigo. Cuando se fue, La Luc, por respeto a las personas amadas, procuró tomar algún sustento, mas las convulsiones de su garganta no le permitieron tragar el vino que se llevó a sus resacos labios y se puso tan enfermo que quiso retirarse a su cuarto, donde pasó, solo y en oración, el espantoso intervalo en que estuvo ausente Louis.

Apoyada en el regazo de Adeline, que estaba sentada tranquilamente pese a su profunda congoja, Clara cedió a la intensidad de su pena.

—Perderé también a mi querido padre —dijo—. Lo sé. Perderé a un tiempo a mi padre y a mi hermano.

Adeline lloró con su amiga en silencio durante algún tiempo y luego intentó persuadirla de que La Luc no estaba tan enfermo como ella temía.

—No me engañes con falsas esperanzas —replicó Clara—, no sobrevivirá a esta desgracia... lo sé desde el principio.

Sabiendo que la angustia de La Luc aumentaría al ver a su hija en aquel estado, y que la indulgencia sólo serviría para incrementar su patetismo, Adeline trató de elevar su ánimo insistiendo en la necesidad de reprimir sus emociones en presencia de su padre.

—No es imposible —añadió—, por muy penoso que sea el esfuerzo. Debes saber, querida, que mi pena no es menor que la tuya y sin embargo he sido capaz hasta ahora de contenerme en silencio, pues amo de veras a Monsieur La Luc y le respeto como a un padre.

Entre tanto Louis había llegado a la prisión de Théodore, que le recibió con una mezcla de sorpresa e impaciencia.

—¿Qué es lo que os trae tan pronto de vuelta? —dijo—. ¿Tenéis noticias de mi padre?

Louis le fue revelando poco a poco las circunstancias de su encuentro y la llegada de La Luc a Vaceau. Al recibir aquella noticia, diferentes emociones agitaron el rostro de Théodore.

—¡Mi pobre padre! —dijo—. ¡Entonces ha seguido a su hijo hasta este ignominioso lugar! ¡Quién me iba a decir a mí cuando nos separamos por última vez que le volvería a encontrar en una prisión y condenado a muerte!

Aquella reflexión aumentó su dolor hasta tales extremos que durante algún tiempo le fue imposible hablar.

—Pero ¿dónde está? —dijo Théodore, recobrándose un poco—. Ahora que ha llegado, temo por esta entrevista que tanto había deseado. La vista de su congoja será terrible para mí. ¡Louis!, cuando me haya ido... consolad a mi pobre padre.

Su voz fue interrumpida de nuevo por sus sollozos; y Louis, que había tenido miedo de informarle al mismo tiempo de la llegada de La Luc y el descubrimiento de Adeline, juzgó entonces muy a propósito darle este último consuelo.

Los horrores de la prisión y de la desgracia se desvanecieron por un momento; cualquiera que le hubiese visto entonces habría creído que en aquel mismo momento le habían dado la vida y la libertad.

—No me quejaré de mi suerte —dijo, cuando se calmaron sus primeras emociones— ya que Adeline se ha salvado y, cuando vea a mi padre una vez más, procuraré morir con resignación.

Entonces preguntó si La Luc estaba en la prisión; y le dijeron que estaba en la posada con Clara y Adeline.

—¡Adeline! ¿También está aquí Adeline?... Eso excede todas mis esperanzas. Sin embargo, ¿por qué me alegro? Nunca más podré verla: este no es un lugar a propósito para Adeline.

De nuevo volvió a sumirse en la más negra angustia... y de nuevo repitió mil preguntas con respecto a Adeline, hasta que Louis le recordó que su padre estaba impaciente por verlo. Escandalizado por haber retenido tanto tiempo a su amigo, le suplicó que condujese a La Luc a la prisión y trató de recobrar todo su valor para la próxima entrevista.

Cuando Louis regresó a la posada La Luc estaba todavía en su cuarto. Clara dejó la habitación para llamarle y Adeline, con temblorosa impaciencia, aprovechó la ocasión para informarse con más detalles acerca de Théodore, pues no quería hacerlo en presencia de su desdichada hermana. Louis aparentó estar mucho más tranquilo de lo que realmente estaba. Adeline se quedó algo más apaciguada después de lo que oyó y sus lágrimas, hasta entonces reprimidas, corrieron por sus mejillas rápida y silenciosamente hasta que La Luc apareció. Su semblante había recobrado la serenidad, pero tenía impresas las huellas de una pena profunda y constante que suscitaba en cualquiera que le viese una mezcla de compasión y respeto.

—¿Cómo se encuentra mi hijo? —dijo al entrar en la habitación—. Vayamos inmediatamente a verlo.

Clara repitió las súplicas que ya habían sido desestimadas de acompañar a su padre, el cual persistió en su negativa.

—Mañana le verás —añadió él—. Es preciso que nuestro primer encuentro sea a solas. Quédate con tu amiga; necesita consuelo.

Cuando se fue La Luc, Adeline, incapaz de resistir más su dolor, se retiró a su cuarto y se acostó.

La Luc caminó en silencio hacia la prisión, apoyándose en el brazo de Louis. Era ya de noche; un sombrío farol que colgaba en lo alto les mostró la puerta y Louis tocó la campana; abrumado por sus angustias, La Luc se apoyó contra el postigo hasta que apareció el portero; le preguntó por Théodore y luego siguió al hombre. Mas cuando llegó al segundo patio parecía a punto de desmayarse y se detuvo de nuevo. Louis le

pidió al portero que fuese a buscar un poco de agua; mas La Luc, recuperando la voz, dijo que pronto estaría mejor y no le dejó ir. Al cabo de pocos minutos pudo seguir a Louis, que le condujo a través de sombríos corredores y le hizo subir un tramo de escaleras hasta una puerta que al ser desatracada le abrió paso a la celda de su hijo. Este se hallaba sentado delante de una mesa pequeña, sobre la cual había una lámpara que arrojaba por todo el calabozo una luz débil, suficiente únicamente para mostrar su desolación y tristeza. Cuando divisó a La Luc, se levantó de su silla de un salto y se arrojó en sus brazos.

—¡Padre mío! —dijo con voz trémula.

—¡Hijo mío! —exclamó La Luc.

Y ambos permanecieron callados durante algún tiempo, estrechamente abrazados. Por fin Théodore lo llevó hasta la única silla que había en el calabozo y, sentándose con Louis al pie de la cama, tuvo tiempo de sobra para observar los estragos que la enfermedad y la desgracia habían causado en las facciones de su padre. La Luc hizo varios intentos de hablar, mas, incapaz de articular palabra, se llevó la mano al pecho y suspiró profundamente. Temiendo las consecuencias de una escena tan conmovedora en su quebrantado cuerpo, Louis trató de desviar su atención del objeto causante de su angustia y rompió el silencio; mas La Luc, temblando y quejándose de tener mucho frío, volvió a dejarse caer en la silla. Su estado sacó a Théodore del estupor de la desesperación; y mientras se apresuraba a sostener a su padre, Louis salió corriendo en busca de ayuda.

—Pronto estaré mejor, Théodore —dijo La Luc, abriendo un ojo—. La debilidad ya ha pasado. Últimamente no he estado muy bien... ¡y este triste encuentro!

Incapaz de contenerse por más tiempo, Théodore se retorció las manos y la angustia que le embargaba, que hacía tiempo trataba de manifestarse, estalló de pronto en sollozos convulsivos. Poco a poco La Luc volvió en sí y trató de calmar los arrebatos de su hijo; mas la entereza de este último le había abandonado por completo y sólo podía proferir exclamaciones y quejas.

—¡Ay, quién iba a decirme que algún día nos encontraríamos en unas circunstancias tan espantosas como las actuales! Sin embargo, padre mío, no he merecido una suerte tan cruel; los motivos de mi conducta han sido muy justos.

—Ese es mi mayor consuelo —dijo La Luc— y debe ayudarte en estos momentos de prueba. El Todopoderoso, que juzga el valor, te recompensará en la otra vida. Confía en Él, hijo mío; tengo depositadas en su justicia no pocas esperanzas.

Se le quebró la voz; alzó los ojos al cielo en un ademán de mansa devoción, mientras las lágrimas caían lentamente por sus mejillas.

Conmovido todavía más por sus últimas palabras, Théodore se apartó de él y se puso a recorrer el calabozo a paso ligero. La entrada de Louis proporcionó un oportuno alivio a La Luc, que después de tomarse un cordial que aquel traía, se recuperó lo suficiente para conversar sobre el asunto que más le importaba. Théodore trató de dominarse y lo consiguió. Conversó con aceptable compostura durante más

de una hora, y durante todo aquel tiempo La Luc se esforzó por levantar su ánimo mediante el consuelo religioso, para que arrostrase con entereza el terrible momento que se avecinaba. Mas la aparente resignación conseguida por Théodore se desvanecía cuando pensaba que iba a dejar a su padre víctima de un gran sufrimiento y a perder a Adeline para siempre. Cuando La Luc iba a marcharse, Théodore volvió a hacer mención de ella.

—Por muy dolorosa que pueda ser la entrevista en las actuales circunstancias —dijo—, no puedo soportar el pensamiento de dejar este mundo sin verla una vez más, aunque no sé cómo pedirle que se exponga por mí a la angustia de una escena de despedida. Decidle que no dejo un solo instante de pensar en ella, que...

La Luc le interrumpió, asegurándole que, puesto que lo deseaba tanto, la vería, aunque el encuentro no pudiese servir más que para aumentar el mutuo dolor de una separación definitiva.

—Lo sé... demasiado bien lo sé —dijo Théodore—. Y sin embargo, no puedo decidirme a no verla más y así evitarle la pena que esta entrevista pueda causarle. ¡Ay, padre mío! Cuando pienso en aquellos que pronto dejaré para siempre se me parte el corazón. Mas trataré, en efecto, de aprovechar vuestro ejemplo y vuestros consejos, y mostraros que vuestros paternales cuidados no han sido en vano. Mi buen Louis, id con mi padre... necesita ayuda. ¡Cómo os agradezco esta generosa amistad! —añadió Théodore—, bien lo sabéis, señor.

—Lo sé, de veras —replicó La Luc—, y nunca podré corresponder a su amabilidad contigo. Ha contribuido a sostenernos a todos; mas tú tienes más necesidad de consuelo que yo... se quedará contigo... me iré solo.

Théodore no quiso permitirlo; y como La Luc no opuso más resistencia, se abrazaron cariñosamente y se separaron por aquella noche.

Cuando llegaron a la posada, La Luc consultó con Louis la posibilidad de enviar una petición al rey con tiempo suficiente para salvar a Théodore. Su distancia de París y el corto intervalo de tiempo hasta la fecha fijada para la ejecución de la sentencia hacían muy difícil este plan. Sin embargo, La Luc pensaba que era factible y decidió intentarlo, aunque pareciese incapaz de llevar a cabo tan largo viaje. Considerando que semejante empresa sería fatal para el padre, y no beneficiaría al hijo, Louis trató de disuadirlo, aunque vagamente, de llevarla a cabo... mas su decisión estaba tomada.

—Si sacrifico lo poco que me queda de vida al servicio de mi hijo —dijo—, no perderé gran cosa. Mas si consigo salvarlo, lo habré ganado todo. No hay tiempo que perder... Me pondré en camino inmediatamente.

Quiso que le preparasen en seguida los caballos de posta, mas Louis y Clara, que acababa de llegar dejando a su amiga en el lecho, insistieron en la necesidad que tenía de tomarse unas cuantas horas de descanso. Al fin se vio obligado a reconocer que le era imposible llevar a cabo inmediatamente lo que su ansiedad paternal le sugería y consintió en acostarse.

Cuando se hubo retirado, Clara lamentó el estado de su padre.

—No soportará el viaje —dijo—; ha cambiado mucho en estos pocos días.

Louis era de su misma opinión y no pudo disimularla, ni siquiera para halagarla con una esperanza. La joven añadió, lo que no contribuyó a animarle, que Adeline estaba tan indispuesta por el dolor que le causaba la situación de Théodore y los sufrimientos de La Luc que temía las peores consecuencias.

Ya se ha visto que la pasión del joven La Motte no había disminuido con el paso del tiempo ni la ausencia; por el contrario, la persecución y los peligros en que se había visto envuelta Adeline suscitaron toda su ternura y la acercaron todavía más a su corazón. Cuando descubrió que Théodore la amaba y que ella le correspondía experimentó toda la angustia de los celos y el desengaño; pues aunque ella le había negado cualquier esperanza, le resultaba muy doloroso el obedecerla y alimentaba en secreto una llama que debería haberse extinguido. Sin embargo, tenía demasiada nobleza para permitir que su celo por Théodore disminuyera sólo porque fuese su rival favorecido, y se sentía lo bastante fuerte como para ocultar la angustia que aquella certeza le ocasionaba. El afecto que Théodore había manifestado por Adeline, incluso le granjeó las simpatías de Louis cuando este se recuperó del primer sobresalto producido por la decepción; y aquella victoria sobre los celos surgidos al principio, que no resultó nada fácil, se convirtió en su mayor orgullo. No obstante, cuando vio de nuevo a Adeline... más atractiva que nunca en su apacible dignidad ante el dolor... y aunque abrumada bajo el peso de su congoja, mostrándose dulce y solícita, presta a suavizar la aflicción de los que la rodeaban... cuando la vio así, tuvo muchas dificultades para mantener su resolución y conseguir ocultar los sentimientos que ella le inspiraba. Cuando además consideró que sus más intensos padecimientos provenían de la fuerza de su pasión, deseó más que nunca ser el elegido de un corazón capaz de tanta ternura, y momentáneamente tuvo envidia de Théodore prisionero y encadenado.

Por la mañana, cuando La Luc se levantó después de un corto e inquieto sueño, halló reunidos en el salón de la posada para verle partir a Louis, Clara y Adeline, cuya indisposición no le había impedido rendirle aquel testimonio de respeto y afecto. Después de un ligero desayuno, durante el cual su aflicción apenas le permitió decir palabra, La Luc se despidió de sus amigos y entró en el carruaje, seguido de sus lágrimas y rezos.

Adeline se retiró inmediatamente a su cuarto, que no pudo abandonar en todo el día debido a su enfermedad. Por la tarde, Clara dejó a su amiga y, conducida por Louis, fue a visitar a su hermano, cuyas emociones al enterarse de la partida de su padre fueron tan variadas como intensas.

CAPÍTULO XXI

Sólo cuando con horror innato le remuerde
Algún acto despreciable, cometido, o por cometer,
El alma rechazada, con temor consciente,
Se repliega sobre sí misma.

MASON^[124]

VOLVAMOS ahora a Pierre De La Motte, quien, después de haber permanecido algunas semanas en la prisión de D***, fue trasladado para ser juzgado en los tribunales de París, adonde le siguió el marqués de Montalt para declarar en su contra. Madame De La Motte acompañó a su esposo a la prisión de Châtelet. Este había sucumbido bajo el peso de sus infortunios, y ni siquiera los esfuerzos de su esposa pudieron sacarle de la apatía y la desesperación que sus terribles circunstancias le habían ocasionado. Aunque le absolvieran de la acusación que el Marqués presentó en su contra (lo que era bastante improbable), se encontraba de nuevo en el escenario de sus anteriores crímenes, y en cuanto saliese de entre los muros de su prisión, probablemente sería entregado de nuevo en manos de la justicia.

La acusación del Marqués estaba tan bien fundada, y era tan grave, que el terror de La Motte estaba más que justificado. Poco después de haberse instalado en la abadía de St. Clair, cuando el poco dinero que su crítica situación le había dejado estaba a punto de agotarse, le empezó a atormentar de la manera más cruel su preocupación por los medios de subsistencia en el futuro. Una tarde que cabalgaba solo por un lugar apartado del bosque, pensando en su angustiosa situación y meditando un plan para mitigar las necesidades que pronto llegarían, divisó entre los árboles a alguna distancia un jinete que iba deliberadamente al paso y parecía solo. Un pensamiento le vino en mente: robando a aquel desconocido podría evitar la miseria que le amenazaba. Hacía ya tiempo que había transpasado los límites de la honradez —el fraude le era familiar hasta cierto punto— y por tanto no descartó la idea. No obstante vaciló —cada vacilación aumenta la tentación—, aunque era probable que la oportunidad no volviera a presentarsele nunca. Miró a todos lados y no vio más que a aquel caballero, cuyo aspecto y porte daban la impresión de que se trataba de un hombre distinguido. Armándose de valor, La Motte cabalgó hacia él y le atacó. El marqués de Montalt, pues era él, iba desarmado; mas sabiendo que sus criados no andaban lejos, se negó a rendirse. Mientras ambos luchaban, La Motte vio aparecer varios jinetes por un extremo del camino, e irritado por la tardanza y por la oposición que encontraba, sacó una pistola de su bolsillo (siempre que se alejaba de la abadía solía llevar una por miedo a los bandidos) y le disparó al Marqués, que se tambaleó y cayó al suelo sin sentido. La Motte tuvo tiempo de arrancarle de su capote una brillante estrella, sacarle de los dedos algunas sortijas de diamantes, y vaciar sus

bolsillos, antes de que llegasen sus criados. Estos se sorprendieron de tal modo, que en lugar de perseguir al ladrón corrieron a socorrer a su amo, y La Motte se escapó.

Antes de llegar a la abadía se detuvo en unas ruinas, la tumba anteriormente mencionada, para examinar su botín. Consistía en una bolsa que contenía setenta luises de oro, una estrella de diamantes, tres anillos de gran valor y una miniatura del propio Marqués, adornada de brillantes, que tenía la intención de regalar a su amante preferida. Al ver aquel tesoro, La Motte, que sólo unas horas antes se veía casi en la miseria, experimentó un arrebató incontenible; mas pronto se contuvo cuando recordó los medios que había empleado para obtenerlo, y que había pagado el precio de la sangre por las riquezas que ahora contemplaba. Violento en sus pasiones por naturaleza, aquella reflexión le hundió, desde las cumbres de exultación en que se encontraba, en los abismos del desaliento. Se vio a sí mismo como un asesino, y se estremeció como el que despierta de un sueño; y habría dado la mitad del mundo, si fuese suyo, por volver a ser tan pobre y tan inocente como unas horas antes. Examinando el retrato descubrió el parecido, y creyendo haber privado de la vida al original, lo contempló con angustia indecible. A los horrores del remordimiento siguieron las perplejidades del miedo. Temiendo no sabía bien qué, se quedó en la tumba, donde finalmente depositó su tesoro, pensando que si la justicia descubriese su crimen, podría registrar la abadía y la presencia de las joyas le delataría. Le resultó muy fácil ocultar a Madame La Motte el aumento de su fortuna, ya que como nunca le había dado a conocer el estado exacto de sus finanzas, ella no sospechaba la extrema pobreza que les amenazaba, y como continuaron viviendo como antes, se imaginaba que sus gastos provenían de la fuente acostumbrada. Pero no le fue tan fácil sustraerse a los remordimientos y al horror; se volvió melancólico y reservado, y sus frecuentes visitas a la tumba, donde iba en parte para examinar su tesoro, pero sobre todo para entregarse al espantoso placer de contemplar el retrato del Marqués, despertaron la curiosidad. En la soledad del bosque, donde ninguna novedad podía renovar sus ideas, tenía siempre presente una y bien horrible: había cometido un asesinato.

Cuando el Marqués llegó a la abadía, al asombro y terror de La Motte (que al pronto no supo si era la sombra o la realidad de una figura humana lo que aparecía ante sus ojos) siguió rápidamente el temor al castigo por el crimen que había cometido. Cuando el Marqués, conmovido por su angustia, consintió en hablar con él en privado, le informó de su noble cuna y después le hizo mención de aquellas circunstancias de sus infortunios que él pensaba que podrían suscitar su compasión; luego le expresó su horror por el crimen cometido y finalmente le prometió por propia voluntad devolverle las joyas que todavía estaban en posesión suya, pues sólo se había atrevido a disponer de una pequeña parte. Fue tan convincente que el Marqués sintió compasión, y aquel sentimiento favorable, unido a un motivo egoísta, le indujo a llegar a un arreglo con La Motte. Propenso como era a las pasiones repentinas y ardientes, había observado la belleza de Adeline con aviesas intenciones

y decidió perdonar la vida a La Motte a condición de que este sacrificara a la infortunada joven. La Motte no había tenido suficiente valor ni virtud para rechazar los términos... las joyas fueron devueltas y consintió en traicionar a la inocente Adeline. Mas como conocía demasiado bien el corazón de la joven para creer que se entregaría fácilmente a la práctica del vicio y, dado que todavía sentía por ella un cierto grado de compasión y de ternura, intentó convencer al Marqués de que no precipitase las cosas, que tratase poco a poco de socavar sus principios ganándose su afecto. El Marqués aprobó y adoptó el plan; mas al no conseguir el éxito, decidió emplear las estratagemas que luego siguió, y de aquel modo multiplicó los infortunios de Adeline.

Tales eran las circunstancias que habían llevado a La Motte al deplorable estado en que se hallaba. Llegó pues el día del juicio, y fue conducido desde la prisión al tribunal de justicia, donde el Marqués compareció como acusador. Cuando fue leído el cargo, La Motte, como de costumbre, se declaró inocente, y el abogado Nemours, que se encargaba de su defensa, trató de demostrar que la acusación por parte del marqués de Montalt era falsa y maliciosa. Con ese motivo mencionó la circunstancia de que este último había intentado persuadir a su cliente de que matase a Adeline; y luego añadió que el Marqués había tenido relaciones íntimas con La Motte varios meses antes de su arresto, y que únicamente cuando este defraudó los planes de su acusador, liberando al desdichado objeto de su venganza, el Marqués consideró conveniente acusar a La Motte del crimen que ahora se le imputaba. Nemours insistió en la inverosimilitud de que un hombre mantuviese una relación amistosa con otro que le hubiera asaltado y robado; y probó que el Marqués había tenido trato frecuente con La Motte varios meses después de la fecha en que se suponía haberse cometido el crimen. Si la intención del Marqués era procesarle, ¿por qué no lo había hecho inmediatamente después de descubrir a La Motte? Y si no lo hizo entonces, ¿qué le había inducido a procesarle tanto tiempo después?

El Marqués no replicó a estos argumentos. En este asunto había subordinado su conducta a sus malévolos planes acerca de Adeline, y no podía justificarla sin exponer algunos detalles que hubieran puesto al descubierto su tenebroso carácter y hubieran invalidado su declaración. Por tanto se contentó con hacer comparecer como testigos del asalto y robo a varios criados suyos, que juraron sin ningún escrúpulo que La Motte era culpable, aunque ninguno de ellos lo había visto sino en la oscuridad y saliendo huyendo al galope. En el interrogatorio se contradijeron unos a otros y su testimonio fue, naturalmente, desechado; mas como el Marqués tenía aún otros dos testigos que presentar, cuya llegada a París se esperaba de un momento a otro, se suspendió la vista y se aplazó el juicio.

La Motte fue conducido de nuevo a su prisión en el mismo estado de desesperación en que había salido de ella. Mientras paseaba por uno de los corredores, adelantó a un hombre que se paró para dejarle pasar y que le miró fijamente. La Motte creía haberle visto antes; mas no podía estar seguro, pues aquel

lugar estaba bastante oscuro y no había podido distinguir sus facciones sino de manera incompleta; por otra parte se hallaba demasiado turbado para que el asunto le interesara. Cuando se fue, el desconocido preguntó al carcelero quién era aquel hombre; y cuando se lo dijeron, y recibió contestación a algunas preguntas más que formuló, solicitó que le permitiesen hablar con él. Como se hallaba en prisión únicamente por deudas, le concedieron lo que pedía. Mas no pudo verlo hasta el día siguiente, porque las puertas se cerraban por la noche.

La Motte halló a su esposa en su cuarto, donde le había estado esperando durante varias horas para enterarse del resultado del juicio. En aquellos momentos ambos deseaban más que nunca ver a su hijo; mas, como él había sospechado, ignoraban el cambio de acuartelamiento de su regimiento, ya que las cartas que les había dirigido bajo nombre supuesto, como de costumbre, permanecían en la oficina de correos de Auboigne. Esa circunstancia hizo que Madame La Motte dirigiese sus cartas a la última residencia de su hijo, con lo que este había seguido ignorando los infortunios de su padre, así como su traslado. Sorprendida de no recibir respuesta a sus cartas, Madame La Motte le envió otra en la que le contaba el juicio hasta donde se había desarrollado, y le pedía que solicitase un permiso y fuese a París inmediatamente. Como ignoraba todavía que las cartas no llegaron a su destino, y aunque no hubiese sido así, no sabía a qué otro lugar dirigirlas, la envió a donde siempre.

Entre tanto, La Motte no podía dejar de pensar en la suerte que le aguardaba; débil por naturaleza y más enervado todavía por sus excesos, se negaba a aceptar aquel momento espantoso.

Mientras en París pasaban estas cosas, La Luc llegó a esa ciudad sin contratiempos después de un viaje, que sólo había podido soportar gracias a su determinación. Se apresuró a arrojarse a los pies del monarca, y fueron tales sus excesos de sentimentalismo al presentar la petición que iba a decidir la suerte de su hijo, que sólo pudo levantar los ojos en silencio y luego se desmayó. El rey recibió el informe y, después de ordenar que se ocupasen del infortunado padre, pasó a otra cosa. La Luc fue llevado de nuevo a la posada, donde esperó el resultado de su último intento.

Mientras tanto, Adeline continuaba en Vaceau en un estado de ansiedad demasiado intenso para su maltrecho organismo, y la enfermedad que resultó de ello la retuvo casi continuamente en su cuarto. A veces se atrevía a abrigar la esperanza de que el viaje de La Luc tendría éxito; mas esos cortos e ilusorios intervalos de consuelo sólo servían para aumentar, por contraste, el desánimo que solía seguir; y alternativamente atormentada entre esos dos extremos, experimentaba un suplicio todavía mayor que el que le producía el afilado aguijón de la inesperada desgracia, o el triste pesar de la desesperación.

Cuando se encontraba mejor bajaba al salón a conversar con Louis, que le traía frecuentes noticias de Théodore, y empleaba todo el tiempo que podía robarle a sus deberes profesionales tratando de ayudar y consolar a sus afligidos amigos. Adeline y

Théodore sólo podían recurrir a él como único consuelo, pues a cada uno de ellos les llevaba noticias del otro, y siempre que le veían se apoderaba de sus corazones una especie de transitorio placer melancólico. No pudo ocultar a Théodore la indisposición de Adeline, pues no tuvo más remedio que contarle las razones que la habían impedido hasta entonces complacer el ardiente deseo de volver a verla que él había manifestado en repetidas ocasiones. A Adeline le hablaba sobre todo de la entereza y resignación de su amigo, sin olvidar no obstante hacerle mención del tierno cariño que siempre manifestaba por ella. Acostumbrada a hallar su único consuelo en presencia de Louis y, viendo la inquebrantable amistad de este hacia el hombre que ella amaba tan sinceramente, la estima que hasta entonces le había tenido se trocó en gratitud, y su respeto por él aumentó día a día.

La entereza con que, según él, Théodore soportaba sus desgracias era exagerada. Le era imposible olvidar completamente los vínculos que le unían a la vida para aceptar su suerte con firmeza; mas aunque tuviese frecuentes y violentos accesos de dolor, trataba de aparentar, y a menudo lo lograba en presencia de sus amigos, que no había perdido la compostura. Cifraba pocas esperanzas en el viaje de su padre; no obstante, eran suficientes para torturar su mente con la incertidumbre hasta que se viera el resultado.

La víspera del día señalado para la ejecución de la sentencia La Luc llegó a Vaceau. Adeline estaba asomada a la ventana de su cuarto cuando el carruaje se detuvo delante de la posada; le vio apearse y, con paso tambaleante, entrar en la casa, ayudado por Peter. Su aspecto consumido no presagiaba nada bueno, y salió a su encuentro abrumada por la violencia de sus emociones. Clara estaba ya con su padre cuando Adeline entró en la habitación. La joven se aproximó a él, mas temiendo recibir de sus labios la confirmación de la desgracia que su rostro parecía anunciar, le miró expresivamente y se sentó a su lado, incapaz de hacerle la pregunta que tanto deseaba. Él le tendió una mano en silencio, volvió a arrellanarse en su sillón, y pareció desfallecer víctima de su agitación. Su comportamiento confirmaba los temores de Adeline, y esa espantosa convicción casi le hizo perder el sentido: se quedó inmóvil y estupefacta.

La Luc y Clara estaban demasiado ocupados con su propia congoja para darse cuenta de la situación. Poco después, la joven dejó escapar un profundo suspiro y rompió a llorar. Aliviada un poco por el llanto, recuperó el ánimo poco a poco y finalmente le dijo a La Luc:

—Es inútil, señor, preguntaros por el éxito de vuestro viaje; no obstante, cuando podáis soportar que se mencione el asunto, me gustaría...

La Luc le hizo señas con la mano.

—¡Ay de mí! —dijo—. Nada tengo que deciros que no hayáis adivinado demasiado bien. ¡Mi pobre Théodore!

Su voz se ahogó entre sollozos, y siguieron unos momentos de indecible angustia.

Adeline fue la primera en recobrar bastante presencia de ánimo para notar la

extrema languidez de La Luc, y se aprestó a socorrerle. Hizo preparar un refrigerio para él, y le suplicó que se acostase y permitiese que ella enviara a buscar un físico, añadiendo que la fatiga que había padecido exigía mucho reposo.

—Ojalá pudiese encontrarlo, mi querida niña —dijo él—. Mas no debo buscarlo en este mundo, sino en otro mejor, que espero no tardaré en conseguir. ¿Dónde está nuestro buen amigo Louis La Motte? Debe llevarme a ver a mi hijo.

La congoja volvió a interrumpir su discurso, pero la entrada de Louis trajo a todos un oportuno alivio. Sus lágrimas contestaban a la pregunta que él hubiera querido hacer. La Luc preguntó inmediatamente por su hijo y, agradeciendo a Louis su amabilidad con él, pidió ser conducido a la prisión. Louis trató de persuadirle a diferir su visita hasta la mañana siguiente, y Adeline y Clara se unieron a sus súplicas; mas La Luc decidió ir aquella noche.

—Le queda poco tiempo de vida —dijo—. Dentro de pocas horas ya no podré verle más, al menos en este mundo; no debo desperdiciar estos preciosos momentos. ¡Adeline!, le había prometido a mi pobre hijo que os vería una vez más; en estos momentos no tenéis fuerzas suficientes para ir a verle. Trataré de ayudarle a sobrellevar el desengaño; mas si no lo consigo, y mañana por la mañana estáis mejor, estoy persuadido de que haréis todo lo posible por asistir a esa entrevista.

Adeline miró con impaciencia y trató de hablar. La Luc se levantó para marcharse, mas sólo pudo llegar a la puerta de la habitación, donde, débil y mareado, se sentó en una silla.

—Debo rendirme a la necesidad —dijo—. Ya veo que esta noche no podré ir más lejos. Id vos a verle, La Motte, y decidle que estoy algo indispuesto a causa del viaje, pero que estaré con él mañana temprano. No le deis falsas esperanzas; preparadle para lo peor...

Hubo una pausa de silencio. Finalmente La Luc, recobrándose, pidió a Clara que ordenase preparar su cama, y ella obedeció de buena gana. Cuando se retiró, Adeline contó a Louis, cosa realmente innecesaria, el resultado del viaje de La Luc.

—Reconozco —continuó la joven— que yo misma he llegado a esperar a veces que tuviese éxito, por lo que ahora siento esta desgracia con doble fuerza. Temo también que Monsieur La Luc sucumba bajo semejante tensión; desde que se marchó a París ha empeorado bastante. Decidme vuestra opinión con sinceridad.

El cambio era tan obvio que Louis no pudo negarlo; mas se esforzó por apaciguar sus temores atribuyendo la alteración en gran medida a la fatiga del viaje. Adeline declaró su decisión de acompañar al día siguiente a La Luc en su despedida de Théodore.

—No sé cómo soportaré la entrevista —dijo—; pero verle una vez más es una obligación que le debo a él y me debo a mí misma. El recuerdo de haber omitido el proporcionarle esta última prueba de afecto me produciría continuos remordimientos.

Después de hablar un poco más del asunto, Louis se marchó a la prisión, reflexionando sobre la mejor manera de comunicar a su amigo la fatal noticia que

tenía que darle. Théodore la recibió con más resignación de lo que hubiera pensado; mas le preguntó con impaciencia por qué no veía a su padre y a Adeline y, al ser informado de que la indisposición de ambos lo había impedido, se imaginó lo peor y creyó que su padre había muerto. Louis tuvo que emplear bastante tiempo para convencerle de lo contrario, y de que Adeline no estaba seriamente enferma. No obstante, cuando le aseguró que podría verlos al día siguiente por la mañana, se quedó más tranquilo y suplicó a su amigo que no le dejase aquella noche.

—Son los últimos momentos que podemos pasar juntos —añadió—. ¡No puedo dormir! Quedaos conmigo y aliviad esta pesada carga. Necesito consuelo, Louis. A mi edad y aferrado a tan intenso afecto, no puedo abandonar este mundo con resignación. No puedo dar crédito a esas historias que oímos acerca de la entereza filosófica; la sabiduría no puede enseñarnos alegremente a renunciar a un bien, y la vida en mis circunstancias sin duda lo es.

La noche pasó en medio de una conversación crispada, interrumpida unas veces por largos intervalos de silencio, y otras por accesos de desesperación. Y al fin amaneció, entre las rejas de su prisión, la mañana de aquel día en que iba a morir Théodore.

Entre tanto, La Luc pasó una noche espantosa sin poder dormir. Suplicó al cielo que le concediese tanto a él como a Théodore la entereza y la resignación que necesitaban; mas los tormentos de su corazón iban en aumento y no podía dominarlos. A menudo pensaba en su llorada esposa y en lo que habría sufrido si hubiese vivido para ser testigo de la ignominiosa muerte que le aguardaba a su hijo.

Parecía que la suerte estaba en contra de Théodore, pues era probable que el rey hubiera accedido a la petición del infortunado padre de no haber estado presente el Marqués en el tribunal cuando fue presentada. La apariencia y la singular aflicción del solicitante habían interesado al monarca, y en lugar de guardarse el informe lo abrió. Al ponerle los ojos encima y observar que el criminal era del regimiento del marqués de Montalt, se volvió hacia él y le preguntó por la naturaleza del delito por el que el acusado estaba a punto de morir. La respuesta del Marqués fue tal como podía esperarse de él, y el rey quedó convencido de que Théodore no era digno de perdón.

Pero volvamos a La Luc, que fue despertado, según sus deseos, a primera hora de la mañana. Después de pasar algún tiempo rezando, bajó al salón, donde Louis, puntual como siempre, le esperaba ya para conducirlo a la prisión. Parecía sosegado y tranquilo, pero en su rostro se reflejaba la desesperación, lo que afectó sensiblemente a su joven amigo. Mientras esperaban a Adeline habló muy poco y pareció esforzarse por conseguir la entereza necesaria para sostenerle durante la escena que se aproximaba. Como Adeline no aparecía, finalmente mandó decirle que se diese prisa; mas le contestaron que había estado enferma, aunque se estaba reponiendo ya. Había pasado efectivamente una noche tan agitada que su cuerpo se había debilitado mucho y ahora trataba de recobrar fuerzas y la suficiente compostura para soportar aquellos

espantosos momentos. Su emoción aumentaba a cada instante, y sólo el temor de que se le impidiese ver a Théodore le había permitido luchar contra la enfermedad y la pena.

Bajó con Clara a reunirse con La Luc, el cual se acercó a ellas cuando entraron en la habitación y le cogió una mano a cada una sin decir palabra. Algunos momentos después les propuso partir y subieron a un carruaje que les llevó hasta las puertas de la prisión. La muchedumbre había empezado ya a congregarse allí, y surgió un confuso murmullo cuando el carruaje avanzó; fue una visión bien penosa para los amigos de Théodore. Louis ayudó a bajar a Adeline, que apenas podía moverse, y con pasos temblorosos siguió a La Luc, a quien el carcelero condujo a donde su hijo estaba encerrado. Eran entonces las ocho en punto, y la sentencia no debía ejecutarse hasta las doce; pero ya había unos soldados de guardia en el patio, y al pasar el desdichado grupo por los estrechos corredores se cruzaron con varios oficiales que habían ido a despedirse por última vez de Théodore. Cuando subían la escalera que conducía a su calabozo, llegó a oídos de La Luc un ruido de cadenas, y oyó pasarse a su hijo arriba, a grandes zancadas. Abrumado por el difícil momento que se le avecinaba, el desdichado padre se detuvo y viose obligado a apoyarse en la barandilla. Temiendo que la congoja de La Luc tuviera consecuencias fatales para él, quebrantado como estaba su organismo, Louis quiso ir a buscar ayuda, pero él le hizo señas de que no se moviese.

—Estoy mejor —dijo La Luc—. ¡Oh, Dios mío, sostenedme en esta hora terrible! Y unos instantes después pudo continuar subiendo.

Cuando el carcelero abrió la puerta, el chirriar de la cerradura sobresaltó a Adeline, pero al momento se halló en presencia de Théodore, que voló a su encuentro y la cogió en sus brazos antes de que cayera al suelo. Al apoyar la cabeza de ella en su hombro, Théodore contempló una vez más aquel rostro que tanto amaba, que tan a menudo embelesó su corazón y que ahora, aunque estaba pálida e inanimada, le produjo un placer momentáneo. Cuando por fin ella abrió los ojos, miró con tristeza a Théodore, el cual, estrechándola contra su corazón, únicamente pudo responderle con una sonrisa, mezcla de ternura y de desesperación. Las lágrimas que él se esforzaba por contener temblaron en sus ojos, y durante algún tiempo se olvidó de todo a excepción de Adeline. La Luc, que se había sentado al pie de la cama, parecía no darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor, estaba absorto por completo en su propio pesar. Clara, sin embargo, mientras apretaba la mano de su hermano y colgaba llorosa de su brazo, expresaba en voz alta las angustias de su corazón, y al final llamó la atención de Adeline, que con una voz apenas audible le suplicó que se apiadase de su padre. Sus palabras conmovieron a Théodore, quien, tras depositar a Adeline en una silla, se volvió hacia La Luc.

—¡Mi querido hijo! —dijo La Luc, cogiéndole la mano y rompiendo a llorar.

Ambos lloraron juntos. Después de permanecer en silencio un buen rato, volvió a hablar La Luc.

—Pensaba que podría soportar este momento, pero estoy viejo y débil. ¡Sólo Dios sabe mis esfuerzos por resignarme, y mi confianza en su bondad!

Haciendo un gran esfuerzo, Théodore adoptó un semblante sereno y firme, y trató de consolar a sus llorosos amigos con los más bondadosos argumentos. La Luc pareció superar al fin sus sufrimientos y, secándose los ojos, dijo:

—Hijo mío, debía de haberte dado un mejor ejemplo, y practicar mejor los preceptos de la entereza que tantas veces te he enseñado. Pero esto se acabó; conozco mi deber, y lo cumpliré.

Adeline suspiró profundamente y continuó llorando.

—Consolaos, amor mío, no nos separaremos más que por algún tiempo —dijo Théodore, mientras besaba las lágrimas que caían por las mejillas de la joven.

Y uniendo la mano de Adeline con la de su padre, la encomendó encarecidamente a su protección.

—Recíbidla —añadió— como el más preciado legado que puedo dejaros; consideradla como vuestra hija. Ella os consolará cuando yo ya no exista, y hará mucho más que suplir la pérdida de vuestro hijo.

La Luc le aseguró que consideraba ya a Adeline como a una hija, y seguiría haciéndolo siempre. Durante aquellos momentos dolorosos trató de disipar los temores a la cercana muerte, inculcando a su hijo la confianza en Dios. Su conversación fue piadosa, racional y consoladora: no le habló con los fríos dictados de la cabeza, sino con los sentimientos de un corazón que amaba y practicaba desde hacía mucho tiempo los preceptos de la cristiandad, de donde sacaba ahora el consuelo que nada de este mundo podía dispensar.

—Eres joven, hijo mío —dijo La Luc—, y aún no has cometido grandes crímenes; puedes por tanto mirar la muerte sin terror, ya que su proximidad sólo es terrible para los culpables. Tengo el presentimiento de que no te sobreviviré mucho, y tengo confianza en un Dios misericordioso que hará que nos encontremos en un lugar donde no cabe la pena; *¡donde vendrá el Sol de Justicia con la salvación en sus alas!*
[125]

Mientras hablaba levantó la mirada; las lágrimas todavía temblaban en sus ojos, en los que brillaba una dócil aunque ferviente devoción, y su rostro rebosaba de la dignidad de un ser superior.

—No desperdiciemos estos momentos espantosos —dijo La Luc, levantándose—. ¡Que nuestras súplicas unidas asciendan hacia Él, que es el único que puede consolarnos y respaldarnos!

Se postraron todos de rodillas, y La Luc rezó con esa sencilla y sublime elocuencia que inspira la verdadera piedad. Cuando se levantó, abrazó a sus hijos por separado, y al llegarle el turno a Théodore se detuvo, le miró con una expresión sincera, lúgubre, y durante algún tiempo fue incapaz de hablar. Théodore no pudo soportarlo; se tapó los ojos con una mano y trató en vano de ahogar los profundos sollozos que convulsionaban todo su ser. Finalmente recuperó la voz, y suplicó a su

padre que le dejase.

—Esta desgracia es demasiado para nosotros —dijo—. No la prolonguemos más. El tiempo pasa... dejadme que me tranquilice. Lo peor de morir se consiste en separarse de los seres queridos; cuando eso pasa, la muerte está desarmada.

—No te dejaré, hijo mío —replicó La Luc—. Mis pobres niñas se irán, mas en cuanto a mí, estaré contigo hasta el último momento.

Théodore tenía la impresión de que aquello sería demasiado penoso para ambos, y utilizó todos los argumentos que la razón pudo sugerirle para persuadir a su padre de que renunciase a su propósito. Mas él se mantuvo firme en su decisión.

—No permitiré que ninguna consideración egoísta del dolor que pueda soportar —dijo La Luc— me incite a abandonar a mi hijo cuando más necesidad tiene de mi apoyo. Es mi deber acompañarte, y nada me lo impedirá.

Théodore echó mano de las palabras de La Luc y dijo:

—Puesto que queréis que no pierda la serenidad en mi última hora, os suplico que no seáis testigo de ella. Vuestra presencia, mi querido padre, afectaría a mi entereza... destruiría la poca compostura que de otro modo podría lograr. No añadáis a mis sufrimientos la visión de vuestra congoja; antes bien permitidme olvidar, si es posible, al amado padre a quien debo dejar para siempre.

Sus lágrimas corrieron de nuevo. La Luc continuó mirándole fijamente en angustioso silencio.

—Bien, así sea —dijo al fin—. Si realmente mi presencia te angustia, no iré contigo...

Su voz se quebró, y de nuevo se interrumpió. Después de una breve pausa abrazó otra vez a Théodore.

—Debemos separarnos —dijo—, *es preciso* que lo hagamos. Mas únicamente será por poco tiempo... ¡no tardaremos en reunirnos en otro mundo mejor!... ¡Oh, Dios, tú conoces mi corazón... tú conoces mis sentimientos en esta hora amarga!...

El dolor le superó de nuevo. Estrechó a Théodore entre sus brazos, y finalmente, aparentando armarse de valor, dijo de nuevo:

—*Debemos separarnos...* ¡Ay, hijo mío, adiós para siempre en este mundo!... ¡Que la misericordia del Todopoderoso te sostenga y te colme de bendiciones!

Se volvió con ánimo de abandonar la prisión, mas, completamente agotado por el sufrimiento, se dejó caer en una silla que había cerca de la puerta que estaba a punto de abrir. Con la aflicción pintada en el rostro, Théodore miró sucesivamente a su padre, a Clara, y a Adeline, a quien estrechaba contra su corazón palpitante: sus lágrimas corrían a la par.

—¡Es posible entonces —exclamó— que sea la última vez que contemple ese rostro!... ¿Nunca... nunca lo veré más?... ¡Oh, qué desgracia más grande! Ni siquiera una vez... más —continuó, tocándole la mejilla, que estaba insensible y fría como el mármol.

Entonces entró Louis, que había salido de la celda poco antes de la llegada de La Luc para no interrumpir con su presencia la dolorosa despedida. Adeline levantó la cabeza y, al ver quién entraba, volvió a hundirla en el pecho de Théodore.

Louis parecía muy agitado. La Luc se levantó.

—Tenemos que irnos —dijo—. Adeline, querida, haz un esfuerzo... Clara... hija mía, partamos... Todavía un último... abrazo, y luego...

Louis se adelantó y le cogió la mano.

—Mi querido señor, tengo algo que decir; sin embargo, temo hacerlo.

—¿Qué queréis decir? —dijo La Luc con prontitud—. En estos momentos ninguna nueva desgracia podría afligirme más de lo que estoy. No temáis explicaros.

—Me alegra no poder ponerlos a prueba —replicó Louis—. Os he visto soportar con entereza la más penosa aflicción. ¿Podréis soportar los arrebatos de esperanza?

La Luc miró con impaciencia a Louis.

—¡Hablad! —dijo, con voz débil.

Adeline levantó la cabeza y, temblando entre la esperanza y el temor, miró a Louis como si quisiese penetrar en su alma. Él la sonrió animadamente.

—¡Oh! ¿Es... posible? —exclamó Adeline, volviendo en sí de repente—. ¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado!

No dijo más; corrió hacia La Luc, que se desplomó en una silla desfallecido, mientras Théodore y Clara reclamaban a Louis que les sacase de aquella cruel incertidumbre.

Louis procedió a informarles de que había obtenido del comandante una suspensión de la ejecución de Théodore hasta que el rey diese a conocer su última voluntad, y eso a consecuencia de una carta de su madre, Madame La Motte, que había recibido esa mañana, en la que mencionaba algunas circunstancias extraordinarias que se habían descubierto en el curso de cierto proceso celebrado recientemente en París, y que comprometían de tal modo la reputación del marqués de Montalt que era posible que se consiguiese el perdón para Théodore.

Aquellas palabras se precipitaron con la rapidez del relámpago en los corazones de sus oyentes. La Luc volvió en sí, y esa prisión que hasta hacía sólo un momento era escenario de la desesperación, resonó ahora con los gritos de alegría y gratitud.

—¡Gran Dios! —dijo La Luc, alzando las manos al cielo—. ¡Sostenme en estos momentos como me has sostenido ya!... Si mi hijo vive, moriré en paz.

Abrazó a Théodore y, recordando la angustia de su último abrazo, lágrimas de agradecimiento y alegría corrieron por sus mejillas por contraste. Esa suspensión momentánea produjo un efecto tan considerable, y una esperanza tan agradable para el futuro, que en aquellos momentos ni siquiera el indulto definitivo de Théodore habría causado un júbilo mayor. Mas en cuanto dominaron sus primeras emociones, la incertidumbre acerca de la suerte de Théodore volvió a aparecer en toda su crudeza. Adeline se abstuvo de expresarla, pero Clara se lamentó abiertamente de la posibilidad de que su hermano fuese todavía arrancado de su lado, con lo que su alegría se convirtió en pena. Una mirada de Adeline la contuvo. No obstante, la alegría era de tal modo el sentimiento predominante en aquellos momentos, que las sombras que la reflexión arrojaba sobre sus esperanzas se desvanecían como los vapores de la mañana por los rayos de sol. Louis fue el único que parecía pensativo y ensimismado.

Cuando se repusieron lo suficiente, Louis les puso en conocimiento de que el contenido de la carta de Madame La Motte le obligaba a partir inmediatamente hacia París, y que la noticia que tenía que comunicar personalmente concernía a Adeline, la cual sin duda juzgaría necesario ir allá también tan pronto como su salud se lo permitiese. Entonces leyó a sus impacientes oyentes los pasajes de la carta susceptibles de aclarar lo que acababa de decir. Mas como Madame La Motte había omitido algunas circunstancias importantes que creemos necesario dar a conocer, he aquí lo que había pasado últimamente en París.

Es preciso recordar que durante el primer día de la causa, La Motte, yendo del tribunal a su prisión, había visto a una persona cuyos rasgos, aunque vislumbrados imperfectamente a través de la oscuridad, creyó reconocer. Y que esa misma persona, al informarse del nombre de La Motte, pidió que le permitieran verlo. Al día siguiente el carcelero accedió a su petición, y es posible imaginar la sorpresa de La Motte cuando, a la luz más potente de su aposento, distinguió el rostro del hombre de cuyas manos había recibido anteriormente a Adeline.

Como observase igualmente la presencia de Madame La Motte en la habitación, dijo que tenía algo importante que comunicar a su esposo, y deseaba quedarse a solas con él. Cuando ella se fue, le contó a La Motte que tenía entendido que estaba encerrado por un pleito con el marqués de Montalt. La Motte asintió.

—Le conozco y es un villano —dijo el desconocido con descaro—. Vuestra situación es desesperada. ¿Deseáis vivir?

—¿Es necesaria esa pregunta?

—Tengo entendido que vuestro juicio continúa mañana. Yo me encuentro aquí encerrado por deudas; mas si podéis conseguirme un permiso para comparecer ante el tribunal con vos, y una promesa del juez de que lo que revelaré no me incriminará, descubriré ciertas cosas que confundirán al susodicho Marqués; probaré que es un villano. Entonces se juzgará hasta qué punto su palabra puede ser aceptada en vuestra contra.

La Motte, cuyo interés en escucharle era cada vez mayor, le suplicó que se explicase; y el hombre comenzó a relatar una larga historia acerca de los infortunios y la consiguiente pobreza que le habían obligado a prestarse sumiso a los planes del Marqués. Mas de pronto se detuvo y dijo:

—Me explicaré con más detalle cuando haya obtenido del tribunal la promesa que exijo; hasta entonces nada más puedo decir.

La Motte no pudo menos de expresar ciertas dudas acerca de su sinceridad, y manifestar su curiosidad por conocer los motivos que le inducían a acusar al Marqués.

—En cuanto a mis motivos, son muy naturales —replicó el hombre—. No es fácil verse uno maltratado sin sentir luego resentimiento, sobre todo si se trata de un villano a quien uno ha servido.

Por su propio bien, La Motte trató de refrenar un poco la vehemencia con que se expresaba.

—No me importa quién me oiga —prosiguió el desconocido, aunque bajando algo la voz—. Lo repito... el Marqués me ha tratado mal... hace ya demasiado tiempo que le guardo el secreto. No piensa que merece la pena asegurarse mi silencio, pues de otro modo hubiese aliviado mis necesidades. Me hallo preso por deudas y he acudido a él en busca de ayuda; y ya que ha preferido no prestármela, que se atenga ahora a las consecuencias. Os garantizo que no tardará en arrepentirse de haberme provocado, sería conveniente que lo hiciera.

Entonces se disiparon todas las dudas de La Motte; veía ante sí de nuevo la perspectiva de seguir viviendo, y le aseguró acaloradamente a Du Bosse (tal era el nombre del desconocido) que encargaría a su abogado que hiciese todo lo posible por obtener permiso para que compareciera en el juicio, y que lograra la promesa exigida. Después de haber convenido esas cosas se separaron.

CAPÍTULO XXII

Saca al monstruo legal a la luz,
Arranca de su mano la barra de hierro de la Opresión
Y ruega al cruel que sienta las penas que ocasiona^[126].

AL fin se le concedió a Du Bosse el permiso para comparecer en el juicio y la promesa de que sus palabras no servirían para incriminarle, por lo que acompañó a La Motte al tribunal.

El desconcierto del marqués de Montalt al ver a aquel hombre fue observado por muchos de los presentes, y especialmente La Motte, que sacó de ello un presagio favorable a su causa.

Llamado a declarar, Du Bosse informó al tribunal de que en la noche del veintiuno de abril del año precedente, un tal Jean d'Aunoy, a quien conocía hacía muchos años, fue a su casa y, después de conversar durante algún tiempo sobre su situación, le dijo que conocía un medio por el cual Du Bosse podía trocar su pobreza en riquezas, pero que no diría más hasta asegurarse de que estaba dispuesto a seguirlo. La extrema pobreza en que se encontraba entonces Du Bosse le hizo desear conocer qué medio era ese que podía ayudarle; preguntó impacientemente a su amigo que de qué se trataba, y al cabo de algún tiempo d'Aunoy se explicó. Dijo que un noble (que después manifestó ser el marqués de Montalt) le había encargado que sacase a una joven de un convento y la condujese a una casa a unas pocas leguas de París.

—Yo conocía bien la casa que me describió —dijo Du Bosse—, pues había estado en ella muchas veces con d'Aunoy, que vivía allí para evitar a los acreedores, aunque a menudo pasaba la noche en París. No me contó más del plan, pero me dijo que necesitaba ayuda y que, si mi hermano (que ya ha muerto) y yo nos uníamos a él, el que le empleaba no escatimaría su dinero y seríamos bien recompensados. De nuevo le pedí que me contara más sobre el asunto, mas era obstinado y, después de decirle que consideraría lo que me había dicho y hablaría con mi hermano, se marchó.

»Cuando volvió la noche siguiente para conocer nuestra respuesta, mi hermano y yo aceptamos el ofrecimiento, y por consiguiente le acompañamos a su casa. Entonces nos contó que la joven señorita que debía llevar a aquel lugar era hija natural del marqués de Montalt y de una monja del convento de las Ursulinas; que su esposa la había acogido nada más nacer, recibiendo una considerable renta vitalicia para educarla como hija suya, cosa que hizo hasta que murió. Entonces llevaron a la niña a un convento con la idea de que tomara los hábitos; mas cuando tuvo la edad para jurar los votos se negó firmemente a hacerlo. Esa circunstancia exasperó de tal modo al Marqués, que, enfurecido, ordenó que si persistía en su obstinación la sacaría del convento y se desharía de ella de una forma u otra, ya que si viviese fuera de él

podría descubrirse su nacimiento, y en consecuencia su madre, por la que todavía sentía estima, sería condenada a expiar su crimen con una muerte terrible.

Du Bosse fue interrumpido en su declaración por el abogado del Marqués, que sostuvo que alegar dichas circunstancias para inculpar a su cliente era irrelevante e ilegal. Le contestaron que no era irrelevante, y por tanto tampoco ilegal, pues las circunstancias que ponían en claro el carácter del Marqués afectaban a su acusación contra La Motte. A Du Bosse se le permitió proseguir con su declaración.

—D'Aunoy dijo entonces que el Marqués le había ordenado que la despachara, pero que, como estaba acostumbrado a verla desde niña, no había tenido valor para hacerlo, manifestándose así por carta. El Marqués le mandó entonces que buscara a alguien para hacerlo, y para aquel asunto nos necesitaba. Mi hermano y yo no éramos tan infames como para llegar a eso y así se lo dijimos a d'Aunoy. No pude menos de preguntarle por qué razón el Marqués prefería asesinar a su propia hija en lugar de exponer a su madre al riesgo de ser ejecutada. Me dijo que el Marqués no había visto nunca a su hija, y que por tanto era fácil imaginar que no sintiera mucho cariño por ella, ni menos todavía que la amase más que a su madre.

Du Bosse siguió contando lo mucho que se esforzaron él y su hermano por ablandar el corazón de d'Aunoy en relación a la suerte de la hija del Marqués, y que le persuadieron a que escribiese de nuevo a este e implorase clemencia para ella. D'Aunoy fue a París para esperar la respuesta, dejándoles a ellos con la joven en una casa en pleno brezal, en la que habían consentido permanecer, aparentemente con el propósito de ejecutar las órdenes que pudiesen recibir, pero en realidad con la idea de salvar del sacrificio a la desdichada víctima.

Es probable que el motivo aducido por Du Bosse fuese falso, ya que si de verdad hubiese tenido la intención de cometer aquel asesinato tan atroz, naturalmente habría tratado de ocultarlo. Sea lo que fuere, afirmó que la noche del veintiséis de abril recibió de d'Aunoy la orden de acabar con la joven, que después puso en manos de La Motte.

La Motte escuchó la declaración con asombro; y cuando supo que Adeline era hija del Marqués y recordó el crimen que este había tratado de cometer con ella, se estremeció de horror. Continuó entonces él la historia, añadiendo lo que había pasado en la abadía entre el Marqués y él respecto a los planes de aquel para matar a Adeline; y como prueba de que la presente acusación se basaba en la malicia, alegó que todo comenzó en cuanto liberó a Adeline. No obstante, concluyó diciendo que, como el Marqués había enviado inmediatamente a su gente en persecución de la joven, era posible que esta hubiese sido víctima de su venganza.

El abogado del Marqués se entrometió de nuevo, mas sus objeciones fueron denegadas por el tribunal. Todo el mundo pudo notar la extraordinaria agitación que se pintó en su rostro durante las declaraciones de Du Bosse y De la Motte. El tribunal suspendió la sentencia de este último, y ordenó que se arrestase inmediatamente al Marqués, y que fuesen buscados Adeline (nombre dado por su madre adoptiva) y

Jean d'Aunoy.

El Marqués fue por consiguiente arrestado a petición de la Corona, y encerrado hasta que Adeline apareciese —o se probase que había muerto por orden de él— y d'Aunoy confirmase o destruyese el testimonio de La Motte.

Madame La Motte, que pudo enterarse al fin del lugar de residencia de su hijo en la ciudad donde había estado estacionado su regimiento recientemente, le puso en conocimiento de la situación de su padre y de los debates del juicio. Y como creía que Adeline estaría todavía en Saboya, si había tenido la fortuna de escapar de los emisarios del Marqués, escribió a Louis para que solicitase un permiso temporal y la trajera a París, donde se requería su inmediata presencia para establecer el testimonio y salvar probablemente la vida de La Motte.

Nada más recibir la carta, que llegó el día señalado para la ejecución de Théodore, Louis fue a ver inmediatamente al comandante de su regimiento para pedir una suspensión de la sentencia hasta que se conociese la última voluntad del rey. Fundamentó su petición de que arrestasen al Marqués, y le mostró la carta que acababa de recibir. El comandante concedió en seguida una suspensión, y entonces Louis, que al recibir esta carta no había querido comunicar su contenido a Théodore para no torturarle con falsas esperanzas, se apresuró a ir a verlo con aquella noticia tan consoladora.

CAPÍTULO XXIII

¡Yace en su coche fúnebre!
Ningún corazón ni ojo compasivo se permite
Una lágrima para honrar sus exequias.

GRAY^[127]

AL enterarse del propósito de la carta de Madame La Motte, Adeline comprendió la necesidad de partir inmediatamente hacia París. La vida de La Motte, que además de haberla salvado a ella, quizás salvase a su amado Théodore, dependía del testimonio que ella diera. Y aunque hasta hacía poco sucumbía bajo el peso de la enfermedad y la desesperación, y apenas podía levantar su débil cabeza, o hablar más que en voz baja, la esperanza la reanimó en seguida y, estimulada por la importancia de los deberes que se le demandaban, se preparó para llevar a cabo un rápido viaje de varios centenares de millas.

Théodore le suplicó con ternura que tuviese en cuenta su salud y aplazase aquel viaje algunos días; mas ella le aseguró con una encantadora sonrisa que en aquellos momentos era demasiado dichosa para notar su enfermedad, y que la misma causa que confirmaría su felicidad, ratificaría su restablecimiento. Tan intenso fue el efecto de la esperanza en su alma que rápidamente sustituyó a los tormentos de la desesperación y superó la conmoción que sufrió al enterarse de que era hija del Marqués, así como cualquier otro pensamiento doloroso. Ni siquiera previo los obstáculos que podrían surgir en contra de su unión con Théodore, en el caso de que finalmente obtuviese el indulto.

Decidieron que al cabo de unas horas saldría hacia París con Louis, acompañada de Peter. Esas horas las pasaron La Luc y su familia en la prisión.

Cuando llegó el momento de partir, Adeline volvió a perder el valor y sus ilusiones de felicidad se desvanecieron. Ya no veía a Théodore como al hombre cuya sentencia acababan de suspender, sino que se despedía de él con el lúgubre presentimiento de que no le vería más. Aquel presagio se grabó tan profundamente en su mente que tardó bastante en armarse de valor para despedirse de él; y después de hacerlo, e incluso al abandonar la celda, regresó para mirarlo por última vez. Al dejar de nuevo la celda, su sombría imaginación le representó a Théodore en el lugar de la ejecución, pálido y convulso ante su próxima muerte; volvió otra vez sus ojos hacia él, pero sus sentidos estaban trastornados de tal modo que al mirarlo creyó que se mudaba su rostro, asumiendo un aspecto cadavérico. Toda su resolución se esfumó, y era tal la angustia de su corazón que decidió aplazar su viaje hasta el día siguiente, aunque de esa manera perdiera la protección de Louis, a quien la impaciencia de reunirse con su padre no le permitía demorarse. El triunfo de la pasión, no obstante, fue pasajero; apaciguada por la complacencia que se prometía a sí misma, su congoja

disminuyó y la razón recobró su ascendiente; de nuevo vio la necesidad de su inmediata partida y se armó de valor para actuar en consecuencia. La Luc hubiera querido acompañarla con el propósito de solicitar de nuevo la clemencia del rey en favor de su hijo, mas la extrema debilidad y lasitud a que se veía reducido hacían impracticable el viaje.

Al fin, Adeline, con el corazón oprimido, dejó a Théodore a pesar de las súplicas de este para que no emprendiese el viaje en su actual estado de debilidad, y se fue a la posada acompañada por Clara y La Luc. La primera se separó de su amiga con abundantes lágrimas y muy inquieta por su bienestar, aunque con la esperanza de volverla a ver muy pronto. Si Théodore obtenía el perdón, La Luc planeaba ir a buscar a Adeline a París; mas si se lo rechazaban, la joven debía volver con Peter. Se despidió de ella con la ternura de un padre, que ella le correspondió con afecto filial, suplicándole en sus últimas palabras que cuidase de su salud. La lánguida sonrisa que apareció en su rostro parecía expresar que la preocupación de ella era inútil, que él creía que estaba desahuciado.

De ese modo abandonó Adeline a los amigos que tan justamente amaba, y que tan recientemente había conocido, para ir a París, donde no era más que una forastera, casi sin protección, y se veía obligada a comparecer en juicio y atestiguar contra un padre que la había perseguido con la mayor crueldad. Al salir de Vaceau el carruaje pasó por delante de la prisión. Adeline arrojó una mirada ansiosa hacia ella: sus gruesos muros ennegrecidos y sus estrechas ventanas enrejadas parecían desaprobar sus esperanzas... mas Théodore estaba allí y, asomada a la ventanilla, continuó mirando hasta que un brusco viraje la ocultó de su vista. Entonces volvió a dejarse caer en el asiento del carruaje y, cediendo a la melancolía de su corazón, lloró en silencio. Louis no estaba dispuesto a interrumpirla; le preocupaba tanto la situación de su padre, que recorrieron muchas millas sin intercambiar ni una sola palabra.

En París, adonde ahora volvemos, la búsqueda de Jean d'Aunoy resultó infructuosa. La casa en medio del brezal que había descrito Du Bosse estaba deshabitada, y él ya no iba a los lugares que solía frecuentar en la ciudad, donde los agentes de policía le esperaban. Incluso se llegó a dudar de que continuase vivo, pues ya no visitaba las casas donde habitualmente se reunía poco antes del juicio de La Motte; por tanto era seguro que su ausencia no estaba ocasionada por nada de lo que había pasado en el tribunal.

En la soledad de su confinamiento, el marqués de Montalt tenía todo el tiempo del mundo para reflexionar sobre el pasado y arrepentirse de sus crímenes; mas ni la reflexión ni el arrepentimiento formaban parte de su carácter. Trataba con impaciencia de apartarse de los recuerdos que sólo le causaban pena, y encaraba el futuro esforzándose en alejar de él la ignominia y el castigo que le amenazaban. Su buena presencia encubría de tal modo la depravación de su corazón, que era el favorito de su soberano; y toda su esperanza de defensa se fundaba en dicha circunstancia. No obstante, se arrepentía seriamente de haber dado rienda suelta a su

irreflexivo deseo de venganza, que le llevó a procesar a La Motte, viéndose envuelto de esa manera en una situación peligrosa, si no fatal, ya que si no encontraban a Adeline le creerían culpable de su muerte. No obstante, lo que más temía era la aparición de D'Aunoy; y para evitarla envió emisarios secretos con el fin de descubrir su refugio y sobornarlo en su propio interés. Sin embargo, no tuvieron más suerte en su búsqueda que los agentes de policía; y al final el Marqués empezó a creer que efectivamente había muerto.

Entre tanto La Motte esperaba con temblorosa impaciencia la llegada de su hijo, que debía liberarlo en cierta medida de su incertidumbre con respecto a Adeline. Su única esperanza de vida se basaba en la presencia de la joven, ya que la prueba en su contra podría quedar invalidada si ella confirmaba la maldad de su demandante; y aunque el Parlamento le condenase aún podría implorar la clemencia del rey.

Adeline llegó a París después de un largo viaje de varios días, que pudo soportar gracias sobre todo a los cuidados de Louis, a quien compadecía y estimaba, aunque no pudiese amarlo. Nada más llegar fue a visitarla al hotel Madame La Motte. El encuentro fue conmovedor por ambas partes. Madame se avergonzaba de su conducta anterior y aquel sentimiento le causaba un embarazo que la delicadeza y bondad de Adeline de buena gana hubiera querido ahorrarle; mas el perdón solicitado fue concedido con tanta sinceridad que Madame poco a poco fue serenándose. No lo hubiera obtenido tan fácilmente si Adeline hubiese creído que obró deliberadamente; lo que le indujo a perdonarla fue únicamente la convicción de que la necesidad y el miedo la movieron a ello. En aquella primera reunión no se abstuvieron de tratar asuntos particulares; Madame La Motte propuso a Adeline que se trasladase del hotel a sus dependencias cerca de Châtelet, y la joven aceptó con gusto el ofrecimiento, pues consideraba indecoroso residir en un hotel público.

Madame le ofreció allí un relato pormenorizado de la situación de La Motte, y concluyó diciendo que, dado que la sentencia de su esposo había sido suspendida hasta que se pudiese obtener alguna certeza acerca de los planes criminales del Marqués, y que Adeline podía confirmar la mayor parte del testimonio de La Motte, era probable que ya que ella había llegado el tribunal reanudase el proceso inmediatamente. La joven se enteró por tanto en todo su alcance de lo mucho que tenía que agradecer a La Motte; pues hasta entonces había ignorado que cuando la sacó del bosque le salvó la vida. Su horror al Marqués, a quien un podía considerar un padre, y su gratitud por su libertador se redoblaron, haciendo que se impacientara por dar su testimonio, tan necesario para las esperanzas de su protector. Madame dijo entonces que creía que no era aún demasiado tarde para entrar esa misma noche en la prisión de Châtelet; y sabiendo con qué impaciencia su esposo deseaba ver a Adeline, suplicó a esta que consintiera en ir con ella. Aunque estaba muy cansada y agobiada, Adeline accedió. Cuando Louis volvió de casa de Monsieur Nemours, el abogado de su padre, a quien se había apresurado a informar de la llegada de la joven, se fueron todos a Châtelet. La vista de la prisión en la que se disponían a entrar recordó a

Adeline la situación de Théodore con tanta contundencia que tuvo serias dificultades para llegar a la celda de La Motte. Cuando este la vio, un rayo de alegría cruzó su rostro; mas volviendo a caer en el desánimo, la miró tristemente, luego a Louis, y gimió profundamente. Adeline, a quien las últimas acciones de La Motte habían hecho olvidar sus anteriores crueldades, expresó calurosamente a este su agradecimiento por haberle salvado la vida, y su deseo de serle útil. Pero la gratitud de la joven angustió todavía más a La Motte; en lugar de reconciliarlo consigo mismo, parecía despertar el recuerdo de los planes culpables en los que había tomado parte en otro tiempo, y clavarle más hondo en su corazón los remordimientos de su conciencia. Tratando de ocultar sus emociones, empezó a hablar de su peligrosa situación actual e informó a Adeline del testimonio que querían que diera ante el tribunal. Después de más de una hora de conversación con La Motte, la joven regresó a las dependencias de Madame, donde se retiró a su cuarto, enferma y fatigada, tratando de olvidar sus inquietudes durante el sueño.

El Parlamento encargado de aquella causa se reunió de nuevo unos días después de la llegada de Adeline, y comparecieron los dos testigos que el Marqués esperaba para corroborar su acusación contra La Motte. Adeline fue conducida temblando al tribunal, donde casi lo primero que vio fue al marqués de Montalt, a quien ahora miraba con una emoción enteramente nueva para ella y notablemente impregnada de horror. Cuando Du Bosse la vio, inmediatamente ratificó su identidad; y su testimonio quedó confirmado por la reacción de la joven, pues al verlo se puso pálida y se apoderó de ella un temblor general. Jean d'Aunoy no pudo ser encontrado, por lo que La Motte se veía así privado de un testimonio que era esencial a sus intereses. Cuando Adeline fue llamada a declarar, habló con claridad y precisión; y Peter, que la había sacado de la abadía, confirmó el testimonio que ella dio. Para la mayor parte de los presentes las pruebas aportadas eran suficientes para incriminar al Marqués de un intento de asesinato; mas no bastaban para invalidar el testimonio de los dos últimos testigos, que juraron categóricamente que se había cometido un robo y que el agresor fue La Motte. En consecuencia este fue sentenciado a muerte. Al oír esa sentencia el desdichado criminal se desmayó, y los allí reunidos, cuyos sentimientos se habían interesado tan extraordinariamente en la decisión, manifestaron su compasión con una especie de gemido general.

Un nuevo incidente llamó su atención en seguida... la entrada en la sala de Jean d'Aunoy. Mas su declaración, aunque efectivamente hubiese podido salvar a La Motte, llegaba demasiado tarde. El reo fue conducido de nuevo a la prisión y Adeline, terriblemente indispuesta por la extremada conmoción que le había producido aquella sentencia, recibió órdenes de quedarse en la sala mientras examinaban a D'Aunoy. Lo habían encontrado finalmente en la prisión de una ciudad de provincias, a la que le habían llevado sus acreedores, ya que el dinero que le remitió el Marqués con el propósito de satisfacer las insaciables importunidades de Du Bosse había sido insuficiente para ponerlo en libertad. Sin embargo este último, creyéndose olvidado

del Marqués, había resuelto vengarse de él, mientras el dinero destinado a aliviar sus necesidades se lo gastaba D'Aunoy en juergas y lujos.

Fue obligado a carearse con Adeline y con Du Bosse, y se le ordenó que confesase todo lo que supiese sobre aquel misterioso asunto si no quería sufrir tortura. D'Aunoy, que ignoraba hasta qué punto llegaban las sospechas hacia el Marqués y era consciente de que sus palabras podían condenarlo, permaneció durante algún tiempo obstinadamente en silencio; mas cuando le aplicaron la *cuestión*^[128], su resolución cedió y confesó un crimen que hasta entonces ni siquiera sospechaba.

Al parecer en el año 1642 D'Aunoy, acompañado de un tal Jacques Martigny y de François Ballière, había acechado y prendido al marqués Henry de Montalt, medio hermano de Phillipe, y después de robarle y de atar a su criado a un árbol, según las órdenes que habían recibido, lo llevaron a la abadía de St. Clair, en el lejano bosque de Fontangville. Allí fue confinado durante algún tiempo hasta que recibieron nuevas órdenes de parte de Phillipe de Montalt, el actual marqués, que entonces se hallaba en sus dominios en una provincia septentrional de Francia. Las órdenes eran de muerte y el infortunado Henry fue asesinado en su propio cuarto tres semanas después de su confinamiento en la abadía.

Al oír eso Adeline estuvo a punto de desmayarse; se acordó del manuscrito que había encontrado y de las extraordinarias circunstancias que acompañaron a aquel descubrimiento; todos sus miembros se estremecieron de horror y, alzando los ojos, vio extenderse por el rostro del Marqués la lívida palidez de la culpa. No obstante, se esforzó por recuperar sus fugaces ánimos mientras el hombre seguía con su confesión.

Una vez perpetrado el asesinato, d'Aunoy fue a ver al hombre que le había empleado, el cual le dio la recompensa convenida, y algunos meses después le entregó a la hija del difunto marqués, a la que condujo a una parte lejana del reino, donde bajo el apellido de St. Pierre la educó como hija suya, recibiendo del actual marqués una considerable pensión para que guardase el secreto.

Incapaz de resistir por más tiempo las diferentes emociones que tomaban por asalto su corazón, Adeline dio un profundo suspiro y se desmayó. Fue sacada de la sala y, cuando se calmó la confusión originada por aquella circunstancia, Jean d'Aunoy prosiguió, contando que a la muerte de su esposa, Adeline fue llevada a un convento, y de allí fue trasladada a otro, donde el Marqués había dispuesto que tomase el hábito. Y que su obstinado rechazo a abrazar la vida religiosa ocasionó que el Marqués decidiera matarla, y que en consecuencia la mandó llevar a la casa en medio del brezal. D'Aunoy añadió que por orden del Marqués había engañado a Du Bosse contándole una historia falsa del nacimiento de la niña. Habiendo descubierto al cabo de algún tiempo que sus compañeros le habían engañado en lo concerniente a la muerte de la niña, d'Aunoy se enemistó con ellos; mas decidieron unánimemente ocultar su fuga para así poder gozar de la recompensa por su supuesto crimen. No obstante, algunos meses después D'Aunoy recibió una carta del Marqués acusándolo

de no haberle obedecido y prometiéndole una buena recompensa si le confesaba dónde había llevado a Adeline. Como resultado de aquella carta, D'Aunoy admitió que la había entregado a un desconocido, pero que no sabía quién era ni dónde vivía.

En vista de aquellas deposiciones, Phillipe de Montalt fue citado ante los tribunales acusado de haber asesinado a su hermano Henry; D'Aunoy fue arrojado a una mazmorra en la Châtelet, y Du Bosse fue obligado a comparecer como testigo.

Es imposible imaginar lo que sintió el Marqués al ver que un proceso incitado por la venganza había expuesto sus crímenes de un modo tan inesperado a los ojos del público, delatándolo ante la justicia. Las pasiones que le habían llevado a cometer un crimen tan horrible como el asesinato... y lo que era mucho más atroz todavía, si eso es posible, el asesinato de un familiar al que le unían vínculos de sangre y hábitos de la infancia... las pasiones que le habían incitado a cometer aquel acto monstruoso fueron la ambición y el amor a los placeres. La primera estaba más que suficientemente satisfecha con el título de su hermano; la segunda, con las riquezas que le permitirían entregarse a sus inclinaciones voluptuosas.

El difunto Marqués de Montalt, padre de Adeline, había heredado de sus antepasados un patrimonio bastante insuficiente para sostener el esplendor de su rango; mas se había casado con la heredera de una ilustre familia, cuya fortuna suplía ampliamente el déficit de la suya. Tuvo el infortunio de perderla, pues era bella y amable, poco después del nacimiento de su hija, y entonces fue cuando el actual marqués concibió el diabólico plan de acabar con su hermano. El contraste de sus personalidades impedía que existiese entre ellos ese afecto cordial que casi parece exigir el parentesco. Henry era benévolo, apacible, contemplativo. En su corazón reinaba el amor a la virtud; en sus modales, la compasión templaba la severidad de la justicia, pero no la debilitaba; había desarrollado su mente con la ciencia y cultivado la literatura más refinada. El carácter de Phillipe ha sido ya trazado en sus acciones; sus mayores defectos alternaban con algunas brillantes cualidades; pero estas sólo servían para realzar más el lado tenebroso del personaje.

Se había casado con una joven que, al morir su hermano, heredó importantes propiedades, en especial la abadía de St. Clair y la villa en los alrededores del bosque de Fontangville. Sin embargo, su pasión por el lujo y la disipación pronto le metió en dificultades, sugiriéndole la conveniencia de apoderarse de las riquezas de su hermano. Sólo su hermano y su hija se interponían a sus deseos; ya hemos referido cómo se deshizo del primero; parece algo sorprendente que no emplease los mismos medios para deshacerse de la hija, a menos que admitamos que sobre él se cernía un destino fatal que permitió vivir a la niña para luego poder castigar al asesino de su padre. Si hacemos un examen retrospectivo de las vicisitudes y peligros a los que se vio expuesta desde su más tierna infancia, parece como si su preservación se debiese a algo más que a un principio humano, lo que proporciona un ejemplo notable de que la Justicia, aunque a veces con demora, alcanza siempre a los culpables.

Mientras el desdichado marqués se hallaba preso en la abadía, su hermano, que

para evitar sospechas permanecía en el norte de Francia, retrasó la ejecución de su abominable plan por una timidez propia de un espíritu todavía no habituado a culpas tan enormes. Antes de dar sus últimas órdenes quiso ver si la fábula que pensaba propagar sobre la muerte de su hermano le pondría al abrigo de toda sospecha. Lo consiguió, y de qué manera; pues el criado, cuya vida había perdonado para que pudiese referir el hecho, naturalmente afirmó que su amo había sido asesinado por unos bandidos; y el campesino, que algunas horas después encontró al criado herido, ensangrentado y atado a un árbol, y sabía además que el lugar estaba infestado de salteadores, se creyó el cuento y lo difundió en consecuencia.

Desde aquella época el Marqués, a quien pertenecía la abadía en virtud del derecho de su mujer, no la visitó más que dos veces, y eso en épocas bien distantes; hasta que varios años después descubrió por casualidad que La Motte habitaba en ella. Solía residir en París y en sus dominios del norte, a excepción de un mes al año que normalmente lo pasaba en su preciosa villa en los alrededores del bosque. Trataba de olvidar el recuerdo de su crimen en los ajeteos de la corte y en las disipaciones del placer; mas había veces en que la voz de su conciencia se dejaba oír, aunque no tardaba en perderse de nuevo en medio del tumulto del mundo.

Es probable que la noche de su precipitada partida de la abadía, el triste y solitario silencio del lugar que había sido escenario de su crimen le recordase tanto a su hermano y le despertase tales terrores que le obligase a abandonar aquel sitio contaminado. Si fue así, también es cierto que los espectros de la conciencia desaparecieron con la oscuridad de la noche; pues al día siguiente volvió a la abadía, aunque es de notar que jamás intentó pasar otra noche allí. Aunque experimentase terrores momentáneos, nunca eran seguidos de la piedad ni del arrepentimiento, puesto que cuando el descubrimiento de Adeline le hizo concebir temores por su vida, no vaciló en repetir el crimen y estaba dispuesto otra vez a verter sangre humana. El descubrimiento se lo proporcionó un sello con las armas de la familia de su madre, que estaba impreso en el billete que su criado había encontrado y le había entregado en Caux. Debemos recordar que después de leer aquel billete, lo arrojó lejos de sí en un arrebato de celos; y que, después de volverlo a examinar, se lo guardó cuidadosamente en su cartera. La violenta agitación que le había causado aquel terrible descubrimiento le privó por algún tiempo de la capacidad de actuar. Cuando se recuperó lo suficiente para poder escribir, envió una carta a d'Aunoy, cuyo contenido se ha mencionado ya. D'Aunoy le confirmó sus temores. Sabiendo que la muerte debía ser el castigo a su crimen, en caso de que Adeline se llegase a enterar de las circunstancias de su nacimiento, y no atreviéndose a confiar otra vez en la discreción de un hombre que ya le había engañado, decidió matarla después de algunas deliberaciones. Inmediatamente partió para la abadía y dio las órdenes pertinentes, más por el temor a verse comprometido que por el deseo de apoderarse de sus bienes.

Como la historia del sello que reveló el nacimiento de Adeline es bastante

notable, no es inoportuno mencionar que Jean d'Aunoy se lo había robado al difunto marqués, junto con un reloj de oro; del reloj no tardó en deshacerse, pero el sello lo guardó su mujer como un dije y, a su muerte, se lo llevó Adeline al convento entre sus ropas, y lo guardó cuidadosamente por haber pertenecido a una mujer que ella creía que era su madre.

CAPÍTULO XXIV

Mientras la ansiosa duda enloquece al corazón torturado^[129]

VOLVAMOS ahora a nuestra historia, cuando Adeline fue llevada desde el tribunal a las dependencias de Madame La Motte. Esta se hallaba entonces en la Châtelet con su esposo, padeciendo toda la angustia que la sentencia pronunciada contra él era capaz de hacerla sentir. El débil organismo de Adeline, tan atormentado por las penas y las fatigas, casi sucumbió a la agitación que le había provocado el descubrimiento de su nacimiento. Sus sentimientos con aquel motivo eran demasiado complejos para ser analizados. De ser una huérfana, que vivía de la generosidad de los demás, sin familia, con muy pocos amigos, y perseguida por un cruel y poderoso enemigo, se vio de pronto transformada en descendiente de una familia ilustre y heredera de una inmensa fortuna. Pero también se enteró de que su padre había sido asesinado... en la flor de la vida... por orden de su hermano, contra el que ella iba a comparecer ahora y, en castigo por haber matado a su padre, debía condenar a muerte.

Cuando se acordaba del manuscrito hallado de modo tan singular, y consideraba que las lágrimas que entonces había derramado por los sufrimientos allí descritos eran en realidad por su padre, la emoción que sentía difícilmente puede imaginarse. Las circunstancias que acompañaron al descubrimiento de aquellos documentos no le parecieron ya una mera casualidad, sino consecuencia de una Providencia, cuyos designios son nobles y justos.

—¡Oh, padre mío! —exclamaba— se ha cumplido vuestro último deseo... el corazón compasivo a quien quisisteis dar a conocer vuestros sufrimientos los vengará.

Cuando regresó Madame La Motte, Adeline se esforzó, como de costumbre, en reprimir sus emociones, a fin de poder mitigar la aflicción de su amiga. Le contó lo que había pasado en el tribunal después de la partida de La Motte, y de esa manera alumbró en el apenado corazón de Madame un destello momentáneo de satisfacción. Adeline decidió recuperar, si podía, el manuscrito. Le informaron de que La Motte, en la confusión de su partida, lo había dejado en la abadía entre otras cosas. Esa circunstancia le afligió bastante, tanto más cuanto que ella creía que su aparición podía ser de la mayor importancia para el próximo proceso. No obstante, determinó que en caso de recobrar sus derechos, haría buscar el manuscrito con el mayor cuidado.

Por la tarde Louis vino a reunirse con aquel triste grupo; acababa de dejar a su padre más tranquilo de lo que había estado desde que fuera pronunciada la fatal sentencia. Después de una cena triste y silenciosa se separaron para pasar la noche y Adeline, en la soledad de su cuarto, tuvo tiempo para meditar sobre los

descubrimientos de aquel memorable día. No podía apartar de su mente las penalidades de su difunto padre, que había leído tal cual él las había anotado de su *propia mano*. Su lectura entonces había afectado tanto a su corazón e interesado a su imaginación, que su recuerdo reflejaba ahora fielmente cada una de las circunstancias particulares allí mencionadas. Mas cuando consideraba que había estado en la misma habitación en que su padre había sufrido tan malos tratos, donde incluso fue inmolado, y que probablemente había visto la misma daga, manchada de herrumbre, ¡y de sangre!, con la que sucumbió, le era imposible controlar la angustia y el horror de su alma.

Al día siguiente Adeline recibió órdenes de prepararse para el proceso al marqués de Montalt, que iba a comenzar tan pronto como pudieran reunir los testigos necesarios. Entre estos estaba la abadesa del convento que había recibido a la joven de manos de D'Aunoy; Madame La Motte, que estaba presente cuando Du Bosse obligó a su marido a quedarse con Adeline; y Peter, que no sólo había sido testigo de aquella circunstancia, sino que desde la abadía la había acompañado hasta Saboya para que pudiera escapar de las maquinaciones del Marqués. Los dispositivos legales incapacitaban a La Motte y a Théodore La Luc para comparecer en el juicio.

Cuando La Motte fue informado del descubrimiento del origen de Adeline, y de que su padre había sido asesinado en la abadía de St. Clair, se acordó inmediatamente, y se lo mencionó a su mujer, del esqueleto que encontró en la habitación enlosada que conducía a las celdas subterráneas. El estado en que lo había encontrado, encerrado en un cofre en una habitación oscura notablemente protegida, no dejaba dudas a ninguno de los dos de que fuesen los restos del difunto marqués. No obstante, Madame decidió no sobresaltar más a Adeline mencionándole esa circunstancia hasta que fuese necesario declararlo en el juicio.

A medida que se acercaba la fecha del juicio aumentaba la congoja y la angustia de Adeline. Aunque la justicia pi diese la vida del asesino, y la ternura y la compasión que le suscitaba la memoria de su padre la urgiese a vengar su muerte, no podía dejar de considerar, con horror, que era ella el instrumento para administrar esa justicia que debía privar de la existencia a un semejante; y había veces en que deseaba que el secreto de su nacimiento jamás hubiese sido revelado. Si esa sensibilidad era, en las peculiares circunstancias en que se encontraba, una debilidad, por lo menos era virtuosa, y como tal merece ser respetada.

Las noticias que recibió de Vaceau sobre la salud de Monsieur La Luc no contribuyeron a tranquilizarla. Los síntomas descritos por Clara parecían indicar que se encontraba en la última fase de una consunción; sus cartas expresaban con este motivo el pesar de Théodore y el suyo propio con esa vivacidad elocuente que le era tan natural. Adeline amaba y respetaba a La Luc por sus propios méritos y por la ternura paternal que le había mostrado; pero todavía le era más querido porque era padre de Théodore, y el interés que se tomaba por su declinante salud no era inferior al de sus hijos. Ese interés aumentaba cuando pensaba que probablemente ella había

contribuido a acortar su vida, pues sabía demasiado bien que la congoja que le causó la desgraciada situación en que ella había metido a Théodore quebrantó su salud y agravó su enfermedad. La misma causa le impidió también ir a Montpellier en busca del alivio que su clima, según decían, podía proporcionarle. Cuando consideraba la situación de sus amigos, la perspectiva le oprimía el corazón; parecía como si su destino fuese arrastrar a la desgracia a todos aquellos que más amaba. En cuanto a La Motte, no importa cuáles fuesen sus vicios ni los planes que en otro tiempo hubiese podido tener contra ella, los había olvidado todos por el servicio que le había prestado últimamente, y consideraba que era su deber interceder en su favor, además de que se sentía movida a ello por inclinación natural. No obstante, en su situación actual no podía abrigar ninguna esperanza de éxito; mas en caso de que el pleito del que dependía el restablecimiento de su rango, su fortuna y consecuentemente su influencia, se decidiera en su favor, pensaba arrojarse a los pies del rey y, a la vez que defendiese la causa de Théodore, pediría el indulto para La Motte.

Unos días antes del juicio, Adeline recibió la visita de un desconocido, y al verlo reconoció a Monsieur Verneuil. Su rostro expresó a la vez sorpresa y satisfacción por aquel inesperado encuentro, y le preguntó, aunque con pocas esperanzas de obtener una respuesta afirmativa, si había tenido noticias de Monsieur La Luc.

—Le he visto —dijo Monsieur Verneuil—. Acabo de llegar de Vaceau. Mas siento no poder daros un informe más satisfactorio sobre su salud. ¡Está tan alterado desde la primera vez que le vi!

Adeline apenas pudo contener sus lágrimas por esas palabras que le recordaban las calamidades que habían ocasionado aquel lamentable cambio. Monsieur Verneuil le entregó un paquete de parte de Clara.

—Además de lo que os he dicho —dijo—, tengo un derecho de otro orden diferente que estoy orgulloso de reclamar, y que quizás justificará el permiso que solicito de hablaros de vuestros asuntos.

Adeline inclinó la cabeza en señal de asentimiento y Monsieur Verneuil, con la preocupación pintada en el rostro, añadió que había tenido noticias del último proceso del Parlamento de París y de los descubrimientos tan íntimamente relacionados con ella.

—No sé —dijo— si debo felicitaros o compadecerme de vos en esta penosa situación. Espero que creáis que estoy sinceramente interesado en todo cuanto os concierne, y no puedo negarme el placer de deciros que soy pariente, aunque lejano, de la difunta marquesa, vuestra madre, pues no tengo la menor duda de que ella *fue vuestra madre*.

Adeline se levantó precipitadamente y se acercó a Monsieur Verneuil, con el rostro reanimado por la sorpresa y la satisfacción.

—¿Debo entender que sois realmente pariente mío? —dijo con voz dulce y temblorosa—. ¿Un pariente a quien puedo considerar amigo?

Las lágrimas le vinieron a los ojos mientras Monsieur Verneuil la abrazaba en

silencio, y durante algún tiempo la emoción no le dejó hablar.

Aquel descubrimiento fue para Adeline tan agradable como inesperado. Ella que desde su tierna infancia había sido abandonada entre desconocidos, convertida en una huérfana desamparada; que nunca había conocido a un pariente suyo hasta hacía muy poco y cuando lo hizo resultó ser su más inveterado enemigo. Durante algún tiempo pugnó con las variadas emociones que oprimían su corazón, y finalmente pidió permiso a Monsieur Verneuil para retirarse hasta que se recobrase un poco. Mas cuando él hizo ademán de despedirse, ella le suplicó que no se fuera.

El interés que Monsieur Verneuil se había tomado en los asuntos de La Luc, fortalecido por su creciente afecto por Clara, le había llevado a Vaceau, donde se informó de la familia y las peculiares circunstancias de Adeline. Nada más enterarse partió inmediatamente hacia París para ofrecer su protección y ayuda a su recién descubierta pariente, y tratar, si era posible, de ser útil a Théodore.

Adeline regresó poco después, y entonces pudo sostener una conversación acerca de su familia. Monsieur Verneuil le ofreció su apoyo y ayuda, en caso de que fuesen necesarios.

—Mas confío —añadió— en la justicia de vuestra causa, y espero que no tengáis necesidad de ninguna ayuda adventicia. Vuestras facciones serán prueba suficiente de vuestra cuna para todos aquellos que conocieron a la difunta marquesa. Como prueba de que en este caso mi juicio no se ha dejado llevar por los prejuicios, el parecido me impresionó cuando os vi en Saboya, aunque no conocí a la marquesa personalmente sino en retrato. Creo haberle mencionado a Monsieur La Luc que a veces vos me recordabais a una pariente muerta. Para más convencimiento, vos misma podéis juzgarlo —añadió Monsieur Verneuil, sacando una miniatura del bolsillo—. Esta era vuestra madre.

Adeline mudó de color; cogió el retrato ansiosamente y lo contempló un buen rato en silencio, con los ojos anegados en lágrimas. No era el parecido lo que estudiaba, sino el rostro... el apacible y hermoso rostro de su madre, cuyos ojos azules, llenos de una dulce ternura, parecían dirigirse a los suyos, mientras una suave sonrisa se asomaba a sus labios. Adeline estrechó el retrato contra los suyos, y lo contempló de nuevo en silencio.

—Sin duda *fue* mi madre —dijo al fin, después de suspirar profundamente—. Si ella hubiese vivido, ¡oh, padre mío!, vos no hubierais perecido.

Esa reflexión la abrumó completamente y rompió a llorar. Monsieur Verneuil no interrumpió su dolor, mas le cogió una mano y se sentó a su lado sin decir nada hasta que ella se tranquilizó un poco. Adeline volvió a besar el retrato y se lo devolvió algo indecisa.

—No —dijo él—, ahora está con su verdadera dueña.

La joven le dio las gracias con una sonrisa de inefable dulzura y, después de charlar un rato sobre el próximo juicio, ocasión que ella aprovechó para pedir a Monsieur Verneuil que la ayudase con su asistencia, se retiró, pidiendo permiso para

repetir su visita al día siguiente.

Adeline abrió entonces el paquete y vio una vez más los caracteres de Théodore, que tan bien conocía. Por un momento creyó encontrarse en presencia de él y un visible rubor se extendió por sus mejillas; rompió el sello con mano trémula y leyó las más tiernas garantías y solicitudes de su amor; a menudo hacía un alto para prolongar las dulces emociones suscitadas por esas garantías; pero mientras se agolpaban en sus párpados lágrimas de ternura, volvía a acordarse de la situación en la que él se encontraba y sentía una opresión en el pecho.

Théodore la felicitaba, con peculiar delicadeza, por las nuevas perspectivas de vida que se abrían para ella; expresaba todo lo que podía contribuir a animarla y respaldarla, mas evitaba extenderse sobre su propia situación: únicamente manifestaba su reconocimiento al celo y bondad de su comandante y añadía que no desesperaba de obtener finalmente el indulto.

Esa esperanza, aunque vagamente expresada, y escrita evidentemente con el propósito de consolar a Adeline, no dejó de producir el efecto deseado. La joven cedió a su encantadora influencia y olvidó por un tiempo los diversos motivos de inquietud y preocupación que la asediaban. Théodore no hablaba mucho de la salud de su padre; lo que decía no era de ningún modo tan desalentador como los informes de Clara, la cual, menos preocupada en ocultar una verdad que podía apesadumbrar a Adeline, expresaba sin reservas todos sus temores e inquietudes.

CAPÍTULO XXV

[...] ¡El cielo es justo!
Y cuando la medida de sus crímenes se rebasa,
Su brazo derecho teñido de sangre revela, y sus rayos lanza

MASON^[130]

EL día de la vista, esperado con tanta impaciencia y del que dependía la suerte de tantas personas, llegó al fin. Acompañada por Monsieur Verneuil y Madame La Motte, Adeline compareció como demandante del marqués de Montalt; y D'Aunoy, Du Bosse, Louis de la Motte y varias personas más, fueron sus testigos de cargo. Los jueces eran los más eminentes de Francia, y los abogados de ambas partes profesionales de gran talento. En una causa de esa importancia la sala se llenó, como es fácil imaginar, de gentes distinguidas, ofreciendo un espectáculo verdaderamente solemne y magnífico.

Cuando Adeline compareció ante el tribunal, su emoción, que rebasaba todas las artes del disimulo, pero añadía a su dignidad natural una expresión de suave timidez y a sus ojos abatidos un ligero desconcierto, la hizo todavía más interesante y le atrajo la piedad y la admiración de todos los congregados. Cuando se aventuró a alzar los ojos, observó que el Marqués no se encontraba todavía en la sala, y mientras esperaba temblando su aparición, un confuso murmullo surgió en algún lugar apartado de la misma. Su ánimo estuvo a punto de abandonarla; la certeza de que iba a ver en seguida, y conscientemente, al asesino de su padre le producía escalofríos de terror, y tuvo muchas dificultades para conseguir no desmayarse. Un rumor sordo se extendió por la audiencia, y una confusión que no tardó en contagiarse al mismo tribunal. Varios de sus miembros se levantaron; algunos abandonaron la sala; la escena era de total desorden; finalmente le llegó a Adeline el rumor de que el marqués de Montalt se moría. En medio de aquella incertidumbre pasó un tiempo considerable, mas la confusión continuaba y el Marqués no aparecía; a instancias de Adeline, Monsieur Verneuil salió a buscar información más fidedigna.

Siguió a una multitud que se dirigía precipitadamente a la Châtelet, y con algunas dificultades logró entrar en la prisión; mas el portero, a quien había sobornado para obtener un salvoconducto, no pudo darle ninguna información segura sobre el asunto que le ocupaba y, como no podía abandonar su puesto, le proporcionó una vaga indicación sobre la celda en donde se encontraba el Marqués. Los patios estaban desiertos y silenciosos; pero a medida que avanzaba un lejano murmullo de voces le guiaba, hasta que divisó varias personas corriendo hacia una escalera al otro lado de un largo corredor abovedado. Los siguió hasta allí y se enteró de que efectivamente el Marqués se estaba muriendo. La escalera estaba llena de gente; trató de abrirse paso entre la muchedumbre y después de muchas dificultades llegó a la puerta de una

antecámara que comunicaba con el aposento donde yacía el Marqués, del que ahora salían varias personas. Allí se enteró de que el objeto de su investigación ya había muerto. No obstante, Monsieur Verneuil se abrió paso en la antecámara y llegó a la cámara en donde yacía el Marqués tendido en una cama, rodeado de policías y de dos notarios, que al parecer habían estado tomando nota de sus últimas deposiciones. Su rostro estaba cubierto por un tinte negruzco y cadavérico, y en él estaban impresos los horrores de la muerte. Monsieur Verneuil desvió la mirada, conmovido por el espectáculo y, al preguntar, le dijeron que el Marqués había muerto envenenado.

Al parecer, convencido de que no podía esperar nada de su proceso, había utilizado aquel medio para evitar una muerte ignominiosa. En sus últimos momentos de vida, atormentado por el recuerdo de sus crímenes, decidió hacer una reparación de los mismos, y después de tragarse la pócima, envió llamar inmediatamente a un confesor para hacer una confesión completa de sus culpas, y a dos notarios; de esa forma reconoció sin ningún género de dudas los derechos de Adeline por su noble cuna y además le dejó un legado considerable.

Como consecuencia de esas deposiciones, poco después Adeline fue reconocida formalmente como hija y heredera de Henry, marqués de Montalt, y le fueron restituidas las ricas posesiones de su padre. En seguida fue a postrarse a los pies del rey para abogar por Théodore y por La Motte. La reputación del primero, la causa por la que había arriesgado su vida, y el motivo por el que se ganó la enemistad del difunto marqués, eran circunstancias tan notorias y tan evidentes, que es más que probable que el monarca hubiese concedido igualmente su perdón a un intercesor menos irresistible que Adeline de Montalt. Théodore La Luc no sólo obtuvo su indulto, sino que, en consideración a su galante conducta para con Adeline, fue ascendido poco después a un puesto de considerable rango dentro del ejército.

En cuanto a La Motte, que había sido condenado por robo sin ningún paliativo, y estaba también acusado del crimen que anteriormente le había obligado a abandonar París, fue imposible conseguir su total perdón; mas gracias a las sinceras súplicas de Adeline, y en consideración al servicio que había prestado a la joven, la sentencia fue suavizada y en lugar de morir fue condenado al destierro. Sin embargo, esa indulgencia de poco le hubiera valido si la noble generosidad de Adeline no hubiese silenciado otras acusaciones que se estaban preparando contra él, y no le hubiese concedido una suma más que suficiente para mantener a su familia en un país extranjero. Una conducta tan noble y bondadosa hizo tal efecto en su corazón, que había delinquido más por debilidad que por depravación congénita, y despertó en él unos remordimientos tan agudos por las asechanzas que en otro tiempo estuvo a punto de cometer con su benefactora, que se le hicieron odiosos sus antiguos hábitos y su carácter recobró gradualmente los rasgos que posiblemente nunca habría perdido si no se hubiese expuesto a las tentadoras disipaciones de París.

La conducta de Adeline cambió la pasión que Louis había sentido por ella desde hacía tanto tiempo en adoración. Renunció incluso a la débil esperanza que hasta

entonces había acariciado casi inconscientemente; y como el perdón de Théodore hacía necesario aquel sacrificio, no podía quejarse. No obstante, decidió ausentarse para buscar la tranquilidad perdida y supeditar su felicidad futura a la de aquellas dos personas que tan merecidamente quería.

La víspera de su partida, La Motte y su familia se despidieron afectuosamente de Adeline. El matrimonio abandonó París y se fue a Inglaterra, en donde pensaban establecerse; y Louis, que ansiaba alejarse de los encantos de Adeline, partió el mismo día para su regimiento.

Adeline permaneció algún tiempo en París para arreglar sus asuntos. Allí Monsieur V*** le presentó a los pocos parientes lejanos que aún le quedaban. Entre ellos el conde y la condesa D***, y Monsieur Amand, que tanto se había granjeado su compasión y su estima en Niza. Su esposa, cuya muerte tanto lamentaba, era de la familia de Montalt; el parecido que había encontrado entre sus facciones y las de Adeline, su prima, no eran enteramente efecto de su imaginación. La muerte de su hermano mayor le reclamaba urgentemente en Italia; mas Adeline tuvo la satisfacción de observar que la profunda melancolía que anteriormente le oprimía se había convertido en una especie de plácida resignación, y que de vez en cuando su rostro se animaba con algún destello transitorio de alegría.

El conde y la condesa de D***, a quienes habían llamado la atención la bondad y la belleza de la joven, la invitaron a que residiese en su hotelito particular mientras permaneciese en París.

Su primer cuidado fue hacer trasladar los restos de su padre desde la abadía de St. Clair, y depositarlos en la cripta de sus antepasados. D'Aunoy fue juzgado, condenado y colgado por aquel asesinato. Momentos antes de morir describió el sitio donde estaban ocultos los restos del Marqués, que era la ya mencionada habitación enlosada de la abadía. Monsieur V*** acompañó a los policías que fueron a buscarlos y llevó las cenizas del marqués a St. Maur, una finca en una provincia septentrional. Allí fueron depositadas con solemne pompa apropiada a su rango. Adeline presidió las exequias como principal doliente y, una vez tributado aquel último deber a la memoria de su padre, quedó más tranquila y resignada. El manuscrito que narra los sufrimientos del Marqués fue encontrado en la abadía y entregado por Monsieur V*** a Adeline, que lo guardó con el piadoso entusiasmo que merecía tan sagrada reliquia.

A su vuelta a París, la esperaba Théodore La Luc, que había llegado de Montpellier. No obstante, la felicidad del encuentro quedó un poco empañada por las noticias que traía de su padre, cuya extrema gravedad fue el único motivo que le había impedido acudir a Adeline nada más obtener su libertad para agradecer que le hubiese salvado la vida. La joven recibió a Théodore como al hombre que la había protegido y al amante que merecía y poseía su más tierno afecto. El recuerdo de las circunstancias en las que se habían visto por última vez, y de su mutua angustia, hacía más deliciosa la felicidad de aquellos momentos y, no teniendo ya a la vista la

horrorosa perspectiva de una muerte ignominiosa y la separación definitiva, tan sólo consideraban los días risueños que les aguardaban, en que podrían caminar juntos, cogidos de la mano, por los floridos senderos de la vida. El contraste entre el pasado y el presente que les ofrecía la memoria, con frecuencia arrancaba a sus ojos lágrimas de ternura y de gratitud; y la dulce sonrisa que parecía luchar denodadamente por disipar del rostro de Adeline aquellos residuos de pena le llegaba al corazón a Théodore, trayéndole recuerdos de una cancioncilla que en otro tiempo le había cantado a ella en diferentes circunstancias. Entonces cogió un laúd que había encima de la mesa y acompañándose de sus dulces acordes cantó la siguiente

CANCIÓN

La rosa que rezuma rocío mañanero,
Y al sol reluce,
A ti se parece, que lloras y sonrías
Cuando el Amor la nube del Pesar aleja.

Las gotas que las flores encarnadas inclinan,
Su perfume enriquecen... su color reavivan;
Así las dulces lágrimas del Amor su poderío exaltan,
¡Y tras el infortunio resplandece todavía más la dicha!

Su afecto por Théodore indujo a Adeline a rechazar varios pretendientes, atraídos por su bondad, belleza y riqueza, los cuales, aunque superaban ampliamente la fortuna de él, eran en su mayoría de familias de menor lustre y todos ellos de cualidades muy inferiores.

Las variadas y tumultuosas emociones que los últimos acontecimientos habían suscitado en el corazón de Adeline se habían apaciguado ya; mas el recuerdo de su padre todavía producía en su alma una melancolía que sólo el tiempo podía suavizar. Por eso se negó a escuchar las súplicas de Théodore hasta que el tiempo que se había fijado para el luto hubiese expirado. La necesidad de reunirse con su regimiento obligó al joven a dejar París dos semanas después de su llegada; mas se llevó consigo la promesa de obtener su mano tan pronto como ella dejase el luto, y por consiguiente partió bastante tranquilo.

El precario estado de salud de Monsieur La Luc fue para Adeline una fuente continua de incesante inquietud, por lo que decidió acompañar a Monsieur V***, que ahora era novio formal de Clara, a Montpellier, adonde La Luc había ido nada más ser puesto en libertad su hijo. Cuando se estaba preparando para dicho viaje, la joven recibió de su amigo halagüeñas noticias sobre la mejoría de La Luc; y como sus asuntos requerían todavía su presencia en París, aplazó su plan y Monsieur V*** partió solo.

Cuando el proceso de Théodore tomó un aspecto más favorable, Monsieur

Verneuil había escrito a La Luc comunicándole el secreto de su corazón con respecto a Clara. La Luc, que admiraba y estimaba a Monsieur V***, y no ignoraba sus vínculos de familia, se alegró mucho de la alianza propuesta. Clara pensó que no había conocido a nadie por quien sintiese mayor afecto. Y Monsieur V*** recibió una respuesta favorable a sus deseos, que le animó a emprender el viaje a Montpellier.

El restablecimiento de su felicidad y el clima de Montpellier hicieron por la salud de La Luc todo lo que sus amigos más sinceros hubieran podido desear, y finalmente se encontró bastante recuperado para visitar a Adeline en su finca de St. Maur. Clara y Monsieur V*** le acompañaron, y poco después un cese de hostilidades entre Francia y España^[131] permitió que Théodore se uniese a tan feliz grupo. Cuando La Luc, rodeado de aquellos que más amaba, recordó los sufrimientos a los que había escapado, y consideró las bendiciones que le aguardaban en el futuro, su corazón se explayó con las más dulces emociones de alegría y gratitud; y su venerable rostro, suavizado por una expresión de deliciosa complacencia, mostró un perfecto retrato de la felicidad.

CAPÍTULO XXVI

Al fin llegó la prueba extática de la Alegría:
Creyeron estar oyendo sus acordes,
En el valle de Tempe^[132] vieron a sus doncellas nativas
Entre las festivas sombras sonoras,
Bailando incansables en torno a algún trovador,
Y mientras sus dedos raudos las cuerdas rozaban,
El Amor con Júbilo un alegre recorrido fantástico tramaba.

ODE TO THE PASSIONS^[133]

RODEADA de personas tan queridas, Adeline no tardó en alejar de sí la melancolía que le había causado el destino de su padre; recobró toda su vivacidad natural y, después de quitarse el luto que su piedad filial le había obligado a llevar, otorgó su mano a Théodore. Las nupcias, celebradas en St. Maur, se honraron con la presencia de los condes de D***, y La Luc tuvo la suprema felicidad de confirmar ese mismo día los lisonjeros destinos de sus dos hijos. Cuando la ceremonia se terminó, bendijo y abrazó a todos con lágrimas de afecto paternal.

—Te doy las gracias, ¡oh Dios! —dijo— por haberme permitido ver este momento. Cuando te dignes llamarme, partiré en paz.

—Ojalá dispongáis de tiempo, mucho tiempo, para bendecir a vuestros hijos —replicó Adeline.

Clara besó la mano de su padre y se puso a llorar.

—Mucho tiempo, sí —repitió con una voz apenas audible. La Luc sonrió alegremente, y cambió de conversación hacia temas menos conmovedores.

Entre tanto llegó un momento en que La Luc juzgó necesario regresar a su parroquia, de la que había estado ausente tanto tiempo. Madame La Luc, que le había cuidado en Montpellier durante su enfermedad y de allí había vuelto a Saboya, se quejaba también de la soledad en que vivía; y eso fue un motivo adicional para que su hermano apresurase su partida. Théodore y Adeline, que no podían soportar la idea de separarse de él, trataron de persuadirle a que abandonase su quinta y residiese en Francia con ellos; pero fue en vano, numerosos vínculos lo retenían en Leloncourt. Durante muchos años había sido el consuelo y la alegría de sus feligreses, que lo reverenciaban y amaban como a un padre... y él los consideraba a su vez como hijos suyos. El afecto que le manifestaron el día de su partida no lo había olvidado; le había impresionado profundamente, y no podía soportar la idea de abandonarlos en el momento en que el cielo acababa de colmarle de beneficios.

—Es muy agradable vivir para ellos —decía—, y también lo será morir entre ellos.

Un sentimiento de una naturaleza más delicada (que el profano estoico no lo llame debilidad, ni el hombre de mundo lo menosprecie por poco natural)... un

sentimiento todavía más delicado le atraía a Leloncourt... los restos de su esposa reposaban allí.

Como La Luc no quiso quedarse con ellos en Francia, Théodore y Adeline, para quienes las fastuosas diversiones de París constituían tentaciones muy inferiores a los dulces placeres domésticos y la selecta compañía que les ofrecía Leloncourt, decidieron acompañar a La Luc y a Monsieur y Madame Verneuil. Adeline arregló sus asuntos de manera que ya no necesitase vivir en Francia y, después de despedirse afectuosamente de los condes de D*** y de Monsieur Amand, que había recobrado hasta cierto punto su alegría, partió con sus amigos para Saboya.

Viajaban sin prisa y de vez en cuando se desviaban de su camino para contemplar todo lo que les parecía digno de observarse. Después de un largo pero agradable viaje, divisaron una vez más las montañas suizas, y su vista trajo a Adeline miles de recuerdos interesantes. Recordaba las circunstancias en que las había visto por vez primera —cuando era huérfana y, huyendo de la persecución del malvado Marqués, encontró refugio entre desconocidos, después de haber perdido a la única persona de este mundo a la que amaba— y las sensaciones experimentadas entonces; recordaba todo eso y el contraste con el momento actual le sobrecogió.

A medida que se acercaba a los queridos escenarios de su placentera infancia el rostro de Clara se iba animando con una deliciosa sonrisa. Asomándose frecuentemente a la ventanilla, Théodore acogía con entusiasmo patriótico los magníficos y variados paisajes que las montañas ofrecían a su vista sucesivamente según se alejaban.

Era ya por la tarde cuando llegaron a sólo unas millas de Leloncourt. El camino rodeaba la base de un formidable risco y mostraba una vista completa del lago y de la pacífica morada de La Luc. Una exclamación conjunta de alegría anunció aquel descubrimiento, y un destello de placer brilló en los ojos de todos ellos. Los últimos rayos de sol se reflejaban abajo en las aguas, límpidas como el cristal^[134], suavizando cada rasgo del paisaje y tiñendo de púrpura las nubes que dejaban atrás las cimas de las montañas.

La Luc felicitó a su familia por el feliz regreso al hogar, y dio en silencio gracias al Creador por haberle permitido volver a él también. Adeline siguió contemplando aquellos ambientes que tan bien conocía; mientras reflexionaba sobre la vicisitudes de las penas y las alegrías, y acerca del sorprendente cambio de fortuna que había experimentado desde que los viera por última vez, su corazón resplandecía de gratitud y complacencia. Miraba a Théodore, a quien había dado por perdido para siempre en aquellos mismos parajes y a quien, cuando volvió a encontrarlo, una muerte ignominiosa estuvo a punto de arrancárselo de su lado; mas ahora estaba sentado junto a ella, al abrigo de todo peligro y como feliz esposo suyo, orgullo de su familia y de la de ella; y mientras su corazón sensible le hacía derramar lágrimas, lo que sentía por él lo expresaba con una sonrisa de inefable ternura. Théodore le apretó suavemente la mano, contestándola con una mirada llena de amor.

Peter, que llegó galopando hasta el carruaje con el semblante rebosante de alegría y dándose importancia, vino a interrumpir el curso de sus sentimientos, que se habían convertido en demasiado absorbentes.

—¡Ah, mi querido amo! —gritó—. Bien venido seáis otra vez a vuestro hogar. He aquí la aldea, ¡Dios la bendiga! Vale un millón de veces más que París. Gracias a Santiago, hemos vuelto todos sanos y salvos.

Aquella efusión de alegría del leal Peter fue acogida y correspondida cual merecía. A medida que se acercaban al lago, les llegaba una música lejana y pronto vieron un grupo numeroso de aldeanos reunidos sobre el verde césped que descendía hasta el borde de las aguas, bailando con sus trajes de domingo. Celebraban una fiesta. Los campesinos más ancianos estaban sentados a la sombra de los árboles que coronaban aquel pequeño promontorio, comiendo frutas y leche, y mirando saltar a sus hijos e hijas a los sonos de la flauta y el tamboril, a los que se unían los suaves tonos de la mandolina.

La escena era muy agradable y ganaba todavía más en belleza y pintoresquismo gracias a un grupo de vacas, unas en la orilla, otras en medio del agua, y el resto tumbadas en el césped en declive, mientras varias campesinas, vestidas con la extrema sencillez del país, preparaban confituras de leche. Peter fue el primero en llegar, y no tardó en congregarse a su alrededor una multitud, que al enterarse de que su querido pastor se acercaba, corrieron a su encuentro a darle la bienvenida. Sus cálidas y sinceras expresiones de alegría llenaron de satisfacción el corazón de La Luc, que los recibió con la ternura de un padre, sin poder evitar el derramar unas lágrimas por aquellas muestras de afecto. Cuando los campesinos más jóvenes tuvieron noticias de su llegada, la alegría fue tan generalizada que, guiados por la flauta y el tamboril, bailaron delante del carruaje hasta llegar a la quinta, donde de nuevo le dieron la bienvenida a él y a su familia con los más animados compases. A la puerta de la quinta fueron recibidos por Madame La Luc, y jamás se vio un grupo más feliz.

Como la noche era particularmente suave y hermosa, la cena se sirvió en el jardín. Una vez terminada, Clara, cuyo corazón rebosaba de júbilo, propuso bailar a la luz de la luna.

—Será delicioso —dijo—. Los rayos de la luna están ya bailando sobre las aguas. Ved el resplandor que derraman por todo el lago, y cómo centellean alrededor del pequeño promontorio que está a la izquierda. El frescor de la noche invita igualmente al baile.

Aceptaron todos su propuesta.

—Que vengan también las buenas gentes que tan cordialmente nos han recibido —dijo La Luc—. Que *todos* participen de nuestra felicidad. Existe una devoción que consiste en hacer felices a los demás; la gratitud debe hacernos devotos. Peter, trae más vino y pon algunas mesas debajo de los árboles.

Mientras Peter colocaba a toda prisa sillas y mesas, Clara fue a buscar su laúd

favorito, que en otro tiempo le había proporcionado tanto placer, y que Adeline había tocado de vez en cuando con expresión melancólica. La ligera mano de Clara pulsó sus cuerdas, sacándole los más dulces tonos para acompañar a la siguiente

CANCIÓN

En esta hora mágica del claro de luna,
Cuando débilmente brillan los rociados precipicios,
Y el valle y la montaña, el lago y la casita rústica,
En su grandeza solitaria duermen;

Cuando lentamente amaina la brisa vespertina,
Que la mente preocupada sosiega,
Y la Fantasía visiones más elevadas contempla,
Hagamos que la Música rompa el silencio.

Que suene el alegre tamboril,
Y con las hadas del bosque o del claro,
En ligeros círculos dancemos
A la trémula sombra de los grandes árboles.

«En esta hora mágica del claro de luna»,
Que la Música susurre con su voz dulce,
Y con mágico poder, sobre las olas
¡Nuestro regocijo invoque!

Peter, que no era capaz de actuar con moderación, ya había desplegado los refrescos bajo los árboles y poco después el césped se llenó de campesinos. La flauta y el tamboril fueron colocados, a instancias de Clara, a la sombra de sus queridas acacias a orillas del lago. Cuando sonaron las alegres notas de música, Adeline empezó el baile, y las montañas repitieron tan melodiosos acentos mezclados con los gritos de alegría.

El venerable La Luc se sentó entre los ancianos y contempló la escena: sus hijos y sus feligreses, congregados a su alrededor formando un conjunto armónico y jubiloso.

Todos estaban entregados de tal modo a la alegría que la fiesta duró hasta el amanecer, en que cada paisano volvió a su casa bendiciendo la benevolencia de La Luc.

Después de pasar algunas semanas con La Luc, Monsieur Verneuil compró una quinta en Leloncourt y, como era la única en venta, Théodore tuvo que buscar una residencia en las cercanías. Compró, pues, una villa a unas pocas leguas, a orillas del lago de Ginebra, donde sus aguas forman una pequeña bahía. En contra de lo que era habitual por aquellos alrededores, la quinta se caracterizaba más por su sencillez y

buen gusto que por su magnificencia. Estaba casi rodeada de bosques, que formaban un gran anfiteatro que descendía suavemente hasta el borde de las aguas, y en los que abundaban los paseos agrestes y románticos. Allí la naturaleza se manifestaba en toda su hermosura o exuberancia, salvo donde la mano del hombre había abierto un claro para poder admirar las azuladas aguas del lago, con las velas blancas deslizándose, o las lejanas montañas. Frente a la quinta se extendía un prado, desde donde se podía ver el lago, cuyo centro ofrecía un cuadro siempre cambiante, mientras sus márgenes estaban salpicadas de villas, bosques y ciudades, y más allá las cumbres nevadas de los sublimes Alpes, levantándose uno tras otro en horrible confusión, mostrando una vista casi inigualable de magnificencia.

Allí, despreciando la pompa de la falsa felicidad, gozando las puras y sensatas delicias de un amor acrisolado por la más tierna amistad, rodeados de los amigos que más querían, y visitados por la más selecta e ilustrada sociedad... allí, en el seno mismo de la felicidad, vivían Théodore y Adeline La Luc.

La pasión de Louis La Motte sucumbió al fin al poder de la ausencia y la necesidad. Todavía amaba a Adeline, mas era con la plácida ternura de la amistad; y cuando, respondiendo a la sincera invitación de Théodore, visitaba la villa, contemplaba la felicidad de la pareja con una satisfacción pura, sin la menor señal de envidia. Al cabo de un tiempo se casó con una joven heredera de Ginebra y renunció a su grado de oficial en el ejército francés, estableciéndose a orillas del lago y aumentando sus visitas a Théodore y Adeline.

Sus vidas anteriores ofrecieron un buen ejemplo de pruebas bien soportadas... y sus vidas actuales, un modelo de virtudes ampliamente recompensadas... y esa recompensa continuaron mereciéndola... pues su felicidad no se limitaba a ellos solos, sino que la difundían a todos los que entraban en su esfera de influencia. El indigente y el desdichado disfrutaban de su benevolencia; el virtuoso y el ilustrado se honraban con su amistad; y sus hijos, de tener unos padres cuyo ejemplo imprimía en sus corazones los preceptos propuestos a sus entendimientos.

FINIS